



Argentina y Gran Bretaña

200 años de historia (1825-2025)

Paula Seiguer
Alina Silveira
(editoras)

Argentina y Gran Bretaña

200 años de historia (1825-2025)

Editado por:
Paula Seiguer
Alina Silveira



(serie **encuentros**)

Universidad Nacional de Quilmes

Rector

Alfredo Alfonso

Vicerrectora

María Alejandra Zinni

Departamento de Ciencias Sociales

Director

Néstor Daniel González

Vicedirectora

Cecilia Elizondo

Coordinadora de Gestión Académica

María Laura Finauri

Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia

Presidenta

Mónica Rubalcaba

Integrantes del Comité Editorial

Bruno De Angelis

María Eugenia Fazio

Karina Roberta Vasquez

Editora

Melanie Delobelle

Diseño gráfico

Julia Gouffier

Asistencia Técnica

Eleonora Anabel Benczearki

Hugo Pereira Noble

Argentina y Gran Bretaña
200 años de historia (1825-2025)

Editado por:
Paula Seiguer
Alina Silveira

Seiguer, Paula

Argentina y Gran Bretaña : 200 años de historia 1825-2025 / Paula Seiguer ;
Editado por Paula Seiguer ; Alina Silveira. - 1a ed. - Bernal : Universidad Nacional
de Quilmes, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-558-958-2

1. Imperialismo. I. Seiguer, Paula, ed. II. Silveira, Alina, ed. III. Título.
CDD 325.32

Departamento de Ciencias Sociales





Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia

Serie Encuentros

sociales.unq.edu.ar/publicaciones

sociales_publicaciones@unq.edu.ar

Los capítulos publicados aquí han sido sometidos a evaluadores internos y
externos de acuerdo con las normas de uso en el ámbito académico internacional.

-  Esta edición se realiza bajo licencia de uso creativo compartido o Creative Commons.
Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las
siguientes condiciones:
-  **Atribución:** se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor, editor, año).
-  **No comercial:** no se permite la utilización de esta obra con fines comerciales.
-  **Mantener estas condiciones para obras derivadas:** solo está autorizado el uso
parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre
que estas condiciones de licencia se mantengan en la obra resultante.

| ÍNDICE |

PREFACIO

Eduardo Zimmermann..... 9

INTRODUCCIÓN

Paula Seiguer y Alina Silveira 19

PARTE I. Presencia política y económica

CAPÍTULO 1

Penetración del capital británico, disputa interimperialista y dependencia en la Argentina agroexportadora

Pablo Volkind..... 31

CAPÍTULO 2

Entre la “cuestión Malvinas” y la “causa Malvinas”:
las relaciones argentino-británicas antes de 1982

María Inés Tato 63

PARTE II. Soldados, colonos, *sportsmen*, periodistas

CAPÍTULO 3

El itinerario atlántico de Thomas Elliot en una era de revoluciones y guerras interimperiales

Gabriela Paula Lupiañez..... 89

CAPÍTULO 4

Una colonia escocesa en Buenos Aires (1825-1850). Imperialismo informal y comunidades entrelazadas

Alina Silveira..... 119

CAPÍTULO 5

Los británicos, deportes y la sociabilidad suburbana (Buenos Aires, mediados-fines del siglo XIX)

Florencia Rolla..... 153

CAPÍTULO 6

La independencia de Irlanda en la prensa provincial: repercusiones del Tratado anglo-irlandés (1921)

Jeremías Daniel Rodríguez..... 175

PARTE III. Representaciones y cultura material

CAPÍTULO 7

Hispanoamérica en impresos británicos de comienzos del siglo XIX (1805-1810)

Evangelina Mischelejis..... 189

CAPÍTULO 8

La construcción de un relato gráfico protestante sobre América del Sur (1880-1914). ¿Una mirada imperial?

Paula Seiguer..... 209

CAPÍTULO 9

Antropología en el Solar de Santa Catalina

Diego Daniel Aguirre y Gustavo David Candela 245

CAPÍTULO 10

**Aportes de la arqueología histórica y marítima al estudio del
comercio de loza británica en Patagonia y Tierra del Fuego
(1850-1914)**

Julieta Frère 263

| PREFACIO |

Eduardo Zimmermann¹

Desde hace ya varios años, el Programa de Estudios sobre la Comunidad Británica en América Latina (PECBAL) —asentado como grupo de investigación dentro del Programa de Posgrado en Historia de la Universidad de San Andrés y eficazmente dirigido por Paula Seiguer y Alina Silveira— se ha convertido en un núcleo importante de producción y difusión de conocimiento sobre la historia de esa comunidad en la región. A través de sus múltiples actividades —seminarios, publicaciones, dirección de tesis de posgrado—, el PECBAL ha generado un importante espacio de diálogo y discusión entre investigadores, docentes y estudiantes graduados dedicados a estos temas. Tanto la mirada de larga duración sobre esas comunidades como la diversidad de los países de recepción plantean enormes desafíos al momento de estudiar las expresiones económicas, sociales, culturales y políticas, a su vez también diversas, de ingleses, escoceses, irlandeses y galeses.

La participación en las guerras de independencia y en la formación de fuerzas militares en los distintos países, los emprendimientos económicos, las formas de asentamiento urbano y rural, sus iglesias y escuelas, las formas de asociacionismo cultural y deportivo y sus proyecciones sobre las sociedades receptoras son algunos de los temas que conforman esta ambiciosa agenda de investigaciones. Su relevan-

¹Director del Programa de Posgrado en Historia, Departamento de Humanidades, Universidad de San Andrés.

cia adquiere rasgos más destacados cuando se piensa en la acumulación de debates recientes sobre el papel que tanto América Latina como la historiografía latinoamericana pueden ocupar en la expansión de las distintas variantes de historia global, historia transnacional, historias cruzadas, etc.

Finalmente, el PECBAL se ha constituido también como un actor importante en el proceso de descubrimiento y puesta en disposición de archivos y fuentes documentales para los investigadores de la región, a través de su colaboración con la sección *Colecciones Especiales* y *Archivos* de la Biblioteca Max von Buch, de la Universidad de San Andrés, que mantiene un importante repositorio documental de la historia de la comunidad británica en el Río de la Plata.

La presente publicación, enfocada en las relaciones argentino-británicas al momento de conmemorar los doscientos años del *Tratado de Amistad, Comercio y Navegación* de 1825, es un buen ejemplo de la riqueza de temas, el rigor en las investigaciones y la capacidad para vincular distintas perspectivas disciplinares que han caracterizado al programa. El libro está estructurado en tres secciones que cubren buena parte de las agendas de investigación que se han desplegado en las últimas décadas en torno a las relaciones argentino-británicas: los debates sobre el imperialismo formal e informal, el impacto del capital británico en el desarrollo económico argentino, la “causa Malvinas”, pero también el impacto cultural de la presencia británica en el país y sus expresiones en la sociabilidad local, en el país y en la región.

Cabe reflexionar, dada la riqueza de las agendas de investigación aquí compiladas, sobre la manera en la que estos proyectos pueden insertarse en la producción de las distintas vertientes de historia transnacional o historia global generada en los últimos años, tanto en lo

que hace a las formas en que los procesos globales contribuyeron a la conformación de los espacios e identidades nacionales como a la manera en la que los desarrollos locales pudieron impactar sobre esos procesos globales más amplios.

Como sabemos, uno de los objetivos de estos nuevos enfoques ha sido el de reemplazar el tradicional modelo “difusionista” —según el cual ideas y doctrinas, teorías científicas, ideologías políticas y tendencias culturales simplemente se diseminaron desde un núcleo generador occidental (Europa y los Estados Unidos) hacia el resto del mundo— por perspectivas que enfatizan los vínculos y redes de un circuito transnacional de creación de conocimientos, identidades y estilos de vida, profundamente transformados durante el proceso de adaptación y generalización en un nuevo ambiente en nuevas formaciones “híbridas”.

Dos consecuencias emergen de este reconocimiento: por un lado, la historia de estos procesos no es solamente el registro de cómo ciertas formaciones culturales se originan en un lugar y son recibidas en otro; por el contrario, esa historia se desenvuelve precisamente en el movimiento entre los diferentes puntos, esto es, el proceso de transición, comunicación, asimilación y modificación de dichas formaciones. En segundo lugar, este proceso de tránsito y de “hibridización” entre lo global y lo local se ve fuertemente afectado por los rasgos particulares de los mecanismos sociales de circulación que lo hacen posible, y es aquí donde los estudios sobre las formas de sociabilidad local de las comunidades migrantes se vuelven particularmente relevantes. Emprendimientos económicos, pero también asociaciones culturales, clubes deportivos, escuelas, iglesias, periódicos y formas de asentamiento urbano pasan a ser ventanas por las que podemos

observar esos procesos de mezcla de lo global y lo local, reconstruyendo así no solo la historia de una comunidad extranjera, sino también su impacto en la construcción de lo local y sobre la circulación en ambos sentidos entre lo local y lo global. Esto ofrece enormes posibilidades de renovación para la manera en la que las corrientes de historia global y transnacional se piensan desde América Latina.

Los primeros análisis sobre la vinculación de América Latina y la nueva historia global fueron más bien pesimistas, ya que se enfocaron sobre todo en explorar las razones por las que la nueva historia global no parecía integrar a América Latina en sus miradas, o en por qué los historiadores de América Latina no parecían tomar demasiado en cuenta las contribuciones del nuevo campo. El historiador británico Matthew Brown señaló tempranamente cómo los polos de atracción de la nueva historia global parecían estar asentados en Eurasia, dejando poco espacio para el interés por América Latina: han sido las conexiones Oriente-Occidente las que parecen haber atraído el mayor interés (Brown, 2015). Por otra parte, dos factores condicionantes han sido señalados en varios de estos diagnósticos iniciales. El primero es la predominancia casi absoluta del idioma inglés en la producción de las distintas variantes de historia global. “English became Globish”, señaló acertadamente Jeremy Adelman (2017: 7). Para Sebastian Conrad, esto crea una situación ambigua: por una parte, parece ser un factor de exclusión de los no angloparlantes, pero, por otra, parece ser cierto que es precisamente la globalización del idioma lo que ha facilitado la construcción misma del nuevo campo (Conrad, 2016: 220). En un segundo nivel de mayor complejidad, el tema del lenguaje se cruza con lo que Chakrabarty denominó muy inteligentemente como “the inequality of ignorance”: mientras que las historiografías “centrales”

tienden a ignorar la producción latinoamericana, los historiadores de esta región no podrían darse el lujo de participar en el campo sin manejar con cierta fluidez lo producido en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia o Alemania (Chakrabarty, 2000: 28-29).

El segundo factor condicionante señalado en estos primeros intentos por historizar la temprana relación entre la historia global y América Latina es la fuerte tradición de “historias nacionales” arraigada en la región. Rasgos culturales y diseños institucionales explican el apego a esas formas de escribir la historia que parecen estar siendo dejadas de lado en otros lugares. Los últimos años han demostrado que no solo en América Latina la fortaleza de los particularismos nacionales sigue siendo una presencia inocultable tanto en la política como en los proyectos historiográficos. Una alternativa ha sido orientarse a producir no “una historia post-nacional, sino una narrativa más rica e históricamente fundamentada de la nación”, como señaló Thomas Bender en su historia de los Estados Unidos como “una nación entre naciones” (Bender, 2006).

Finalmente, también debemos considerar que, en América Latina, los enfoques historiográficos que intentan trascender las fronteras nacionales para insertar procesos históricos en marcos más amplios no son una novedad, aunque no hayan sido inscriptos en el marco de la nueva historia transnacional. Los numerosos estudios sobre la esclavitud y el abolicionismo en las Américas y la literatura sobre la dependencia económica y el desarrollo regional podrían ser los ejemplos más evidentes de esa tradición. En un balance reciente sobre la producción de la historia global en América Latina, Sergio Serulnikov concluye acertadamente que “al pensarse en relación especular con los países desarrollados, nuestros países tendieron también a pensar-

se en relación entre sí, esto es, como una región. América Latina no puede ser concebida sin el mundo: nunca lo fue, nunca lo será” (Serulnikov, 2020: 159). Mucha de la producción más reciente tiende a coincidir, enfatizando lo que aparece como un punto central en el desarrollo de la historia de la región en su relación con el mundo: las raíces coloniales de la modernidad en Latinoamérica y, por ende, las dimensiones imperiales de los orígenes de la modernidad en Europa. Así, la historiografía latinoamericana se ha visto forzada casi desde sus comienzos a considerar y reflexionar sobre procesos históricos globales antes de que las olas de la nueva historia global llegaran a estas playas.

Pero claramente existen otras maneras de vincular la experiencia latinoamericana con el mundo, menos asociadas a la dimensión poscolonial y que apuntan a rescatar el potencial de la experiencia histórica latinoamericana para proyectarse en las narrativas de procesos históricos globales. Lisa Ubelaker y Juan Pablo Scarfi han señalado las posibilidades de que una perspectiva “deliberadamente periférica” encuentre otras maneras de insertar a América Latina en las narraciones globales transformando así a estas últimas y reposicionando las contribuciones latinoamericanas en el mundo (Scarfi y Ubelaker, 2023). Pensemos en trabajos como los de Ori Preuss sobre las vinculaciones entre juristas y hombres de estado brasileños y rioplatenses (Preuss, 2016), o de Edward Blumenthal sobre la experiencia del exilio en el proceso de formación estatal en Argentina y Chile en el siglo diecinueve (Blumenthal, 2019) y de Martín Albornoz y Diego Galeano sobre las redes anarquistas y los procedimientos policiales en el Atlántico sudamericano (Albornoz y Galeano, 2017), el estudio de Mercedes García Ferrari sobre las proyecciones regionales e internacionales de la dactiloscopia argentina (García Ferrari, 2013), o el de

Lila Caimari sobre las agencias de noticias locales y las compañías de cable submarino (Caimari, 2016).

También el cruce entre las disciplinas jurídicas y la historia política ha sido un campo en el que estos nuevos enfoques han dinamizado la manera de ver el lugar de América Latina en el mundo. Por una parte, las contribuciones que desde la historia del derecho internacional echan luz sobre los intentos por establecer un “derecho internacional criollo”, con numerosas contribuciones específicas, no necesariamente derivadas de los postulados de la disciplina establecida en los países “centrales”, y que pueden iluminar aspectos de la disciplina en general: se destacan aquí trabajos de Arnulf Becker Lorca (2006), Lilitiana Obregón (2006), Juan Pablo Scarfi (2017) y Teresa Davis (2020). Por otra, los estudios que se han concentrado en lo que se ha dado en llamar “el laboratorio constitucional republicano del siglo diecinueve” y su impacto en la teoría del republicanismo. José Antonio Aguilar Rivera ha insistido en varios de sus trabajos sobre la importancia de insertar las ideas y experiencias constitucionales latinoamericanas del siglo diecinueve, por ejemplo, las particulares adaptaciones de los principios de la división de poderes, o el tratamiento de poderes de emergencia amplios en los textos constitucionales y sus consecuencias, como contribuciones al mejor entendimiento de la teoría política occidental (Aguilar Rivera, 2000, 2012). A su vez, Hilda Sábato (2018) y James Sanders (2014) han analizado desde diferentes perspectivas cómo las prácticas del temprano republicanismo latinoamericano significaron importantes ilustraciones de la modernidad política.

Estas perspectivas abren muy sugerentes posibilidades para el estudio de las comunidades británicas en la Argentina y en América Latina en general. Las distintas maneras en las que esas comunidades

se adaptaron a los ámbitos locales ofrecen innumerables ejemplos en los que analizar la mezcla de lo global y lo local en la conformación de algo nuevo. Los estudios aquí reunidos son una importante contribución para la consolidación de ese rico campo de estudios.

Bibliografía

- Adelman, Jeremy (2017). "What is global history now?". *Aeon*, 6 de noviembre.
- Albornoz, Martín y Diego Galeano (2017). "Anarquistas y policías en el atlántico sudamericano: una red transnacional, 1890-1910". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie, 47: 101-134.
- Aguilar Rivera, José Antonio (2000). *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*. México: FCE.
- Aguilar Rivera, José Antonio (2012). *Ausentes del universo. Reflexiones sobre el pensamiento político hispanoamericano en la era de la construcción nacional, 1821-1850*. México: FCE.
- Becker Lorca, Arnulf (2006). "International Law in Latin America or Latin American International Law? Rise, Fall, and Retrieval of a Tradition of Legal Thinking and Political Imagination". *Harvard International Law Journal*, 7, (1): 283-305.
- Bender, Thomas (2006). *A Nation among Nations. America's Place in World History*. Nueva York: Hill and Wang.
- Blumenthal, Edward (2019). *Exile and Nation-State Formation in Argentina and Chile, 1810-1862*. Londres y Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Brown, Matthew (2015). "The Global History of Latin America". *Journal of Global History*, 10 (3): 365-386.
- Caimari, Lila (2016). "News from Around the World: The Newspapers of Buenos Aires in the Age of the Submarine Cable, 1866-1900". *Hispanic American Historical Review*, 96 (4): 607-640.

- Chakrabarty, Dipesh (2000). *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Conrad, Sebastian (2016). *What is Global History?* Princeton: Princeton University Press.
- Davis, Teresa (2020). “The Ricardian State: Carlos Calvo and Latin America’s Ambivalent Origin Story for the Age of Decolonization”. *Journal of the History of International Law*, 23 (1): 32-51.
- García Ferrari, Mercedes (2013). “Dissemination of the Argentine Dactyloscopy System in the Early Twentieth Century: Local, Regional and International Dimensions”. About, Ilsen, Brown, James y Lonergan, Gayle (eds.). *Identification and Registration Practices in Transnational Perspective*. Londres: Palgrave.
- Obregón, Liliana (2006). “Between Civilisation and Barbarism: Creole interventions in international law”. *Third World Quarterly*, 27 (5): 815-832.
- Preuss, Ori (2016). *Transnational South América. Experiences, Ideas, and Identities, 1860s-1900s*. Londres: Routledge.
- Sábato, Hilda (2018). *Republics of the New World. The Revolutionary Political Experiment in Nineteenth-Century Latin America*. Princeton: Princeton University Press.
- Sanders, James (2014). *The Vanguard of the Atlantic World: Creating Modernity, Nation, and Democracy in Nineteenth-Century Latin America*. Durham: Duke University Press.
- Scarfi, Juan Pablo (2017). *The Hidden History of International Law in the Americas: Empire and Legal Networks*. Nueva York: Oxford University Press.
- Scarfi, Juan Pablo y Lisa Ubelaker (2023). “Peripheral Interventions in Global History: Towards a History of ‘Argentina outside of Argentina’”. *Latin American Research Review*, 58: 18-31.
- Serulnikov, Sergio (2020). “El secreto del mundo: sobre historias globales y locales en América Latina”. *História da Historiografia*, 13 (32): 147-184.

| INTRODUCCIÓN |

Paula Seiguer²

Alina Silveira³

El presente libro es el resultado de las Primeras Jornadas “América Latina y Gran Bretaña, siglos XIX y XX”, organizadas por el Centro de Estudios en Historia, Cultura y Memoria (CEHCMe) de la Universidad Nacional de Quilmes y el Programa de Estudios sobre las Comunidades Británicas en América Latina (PECBAL) de la Universidad de San Andrés el jueves 9 de noviembre de 2023 en la Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires. Las editoras quieren agradecer muy especialmente a la Universidad Nacional de Quilmes por su amable recepción y su hospitalidad en la realización del evento.

Las jornadas demostraron el interés y renovada vigencia de una temática ya clásica: la de la naturaleza de las relaciones asimétricas establecidas entre los nuevos estados latinoamericanos surgidos de los procesos de independencia y la principal potencia del mundo durante el siglo XIX y sus proyecciones a lo largo del siglo XX. El debate en torno de la caracterización de estas relaciones, álgido en el terreno político europeo y latinoamericano desde finales del siglo XIX, tuvo un importante mojón en el campo académico con la publicación del artículo seminal de John Gallagher y Ronald Robinson, “The Imperia-

²Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Universidad de Buenos Aires/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

³Universidad Nacional de Quilmes.

lism of Free Trade” (Gallagher y Robinson, 1953). Los autores planteaban allí una continuidad de propósitos entre el imperio británico formal, en extensión a lo largo de todo el siglo XIX (en contra de versiones previas que situaban la era del imperialismo solo en las últimas décadas), y lo que caracterizaban como el *imperio informal*: a partir de la Revolución Industrial, sostenían, el lema de Gran Bretaña había sido “comercio con control informal si es posible, comercio con dominio directo [rule] si es necesario” (Gallagher y Robinson, 1953: 13).⁴ Esta hipótesis fue discutida por autores posteriores como Henry Ferns (1966 [1960]) y Desmond Platt (1968), a partir de análisis puntuales que marcaban la distancia entre las decisiones del Foreign Office y el accionar de comerciantes e inversores. Sin embargo, la categoría de imperialismo informal en sí misma continuó siendo relevante para la producción historiográfica angloparlante.

Mientras tanto, en América Latina, durante la década de 1960 y particularmente en el ámbito de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de la ONU, se desarrolló una interpretación distinta, según la cual desde la Revolución Industrial se había establecido una división internacional del trabajo que ubicaba a la región en el rol de proveedora de materias primas y alimentos para los países desarrollados productores de bienes manufacturados, lo que implicaba necesariamente una transferencia de ingresos de la primera a los segundos. Así, desde una perspectiva estructural-funcionalista, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto presentaron en su ensayo *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1977) una teoría sobre los motivos del subdesarrollo de la región a partir de enfatizar el concepto de la *depen-*

⁴Todas las traducciones corresponden a las autoras.

dencia de los países periféricos de los países centrales, una categoría con implicancias económicas, pero también políticas. A diferencia del campo angloparlante, esta interpretación recuperaba el papel de las elites políticas latinoamericanas en la construcción de estructuras de dominación favorables a este tipo de intercambios asimétricos, pero también reflejaba las tensiones políticas que esto generó en los países latinoamericanos y señalaba los límites al crecimiento que implicaba una economía dependiente de los mercados externos.

A partir de la década de 1990, ambos paradigmas fueron confrontados por las renovadas perspectivas de autores como Rory Miller (1993) y Alan Knight (1999), quienes en estudios mucho más detallados y profundos reconocieron la validez de ciertos aspectos del concepto de dependencia y discutieron la utilidad de la idea del imperialismo informal. Esta transformación fue posible gracias al uso sistemático de fuentes latinoamericanas, superando la restricción a los archivos británicos. Sin embargo, estos enfoques seguían limitados en su perspectiva a la consideración de las dimensiones político-económicas de la relación transatlántica.

Paralelamente, el giro lingüístico impactaba en la historiografía de la temática a través de obras como el clásico de Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales*, publicado en inglés en 1992, una obra que dio un sustancial impulso a la perspectiva decolonial, o poscolonial, y que aportaba un análisis del imperialismo a partir de su impacto en la literatura, las mentalidades y las cosmovisiones de quienes eran sus agentes y sus víctimas. Autores como Walter Mignolo, Renato Ortiz, Ricardo Salvatore o Rita Segato, entre otros, desarrollaron esta perspectiva desde América Latina. Ya en el siglo XXI historiadores como Matthew Brown (2008) hicieron notar que la categoría tradicional de imperialismo in-

formal continuaba en uso y que merecía una reconsideración que integrara la dimensión cultural a la política y económica, diciendo:

los tentáculos del imperialismo informal deben ser encontrados sobre el terreno y en la mente. Deben tener una realidad empíricamente demostrable de poder asimétrico y de un control mensurable ejercido, pero también un sustento cultural en las mentes de los ciudadanos y las naciones cuya soberanía está siendo comprometida. (Brown, 2008: 21)

Esta idea abría la posibilidad de examinar toda una serie de prácticas culturales y sociales (desde la difusión del cristianismo protestante a la literatura de viajes, el deporte o las iniciativas de colonización) a partir de la pregunta por el imperialismo informal.

Y, sin embargo, múltiples autores han señalado desde entonces las limitaciones que esta perspectiva presenta: la dificultad para caracterizar a todas las relaciones o encuentros como “imperialistas” o “coloniales” (particularmente a la hora de analizar las relaciones más íntimas y privadas, incluyendo las relaciones de género), la limitación de pensar las relaciones culturales entre Gran Bretaña y América Latina abstrayéndose de las influencias de otras potencias o insistiendo en la necesidad de pensar la relación como de ida y vuelta, destacando el impacto de los sometidos sobre la potencia imperial y las posibilidades que se abren al enfatizar su agencia, entre otras objeciones. A partir de estos puntos, e incorporando el impacto del giro espacial, la historia conectada y la historia global, han surgido múltiples propuestas de herramientas conceptuales novedosas que permiten pensar de otra manera el vínculo: la idea de la existencia de una angloesfera hispánica (Iglesias-Rogers, 2021), el análisis de los contactos, relaciones

y colisiones (Bitterli, 1989), la exploración de los entrelazamientos culturales y las resignificaciones (Bauer y Norton, 2017), la caracterización de las relaciones personales como “tensas y tiernas” (Stoler, 2001), entre tantas otras.

Los capítulos reunidos en este libro nos descubren la enorme diversidad de enfoques, metodologías, temáticas, disciplinas y puntos de vista que siguen enriqueciendo este debate. Reúnen a historiadores, arqueólogos y arquitectos, investigadores en momentos distintos de su trayectoria profesional y también trabajos con distinto grado de desarrollo, lo que demuestra la continuidad de la preocupación por comprender las múltiples aristas de una relación compleja que impactó a la Argentina de una manera muy particular, multifacética y dinámica.

Algunos de estos trabajos nos demuestran que no se han agotado las posibilidades del examen del impacto local de los cambiantes lazos económicos entre Gran Bretaña y la Argentina (Volkind). También nos permiten renovar las miradas sobre el reclamo por la soberanía de un territorio disputado hace dos siglos entre el Reino Unido y la Argentina a partir de un análisis de los vaivenes de la relación diplomática y del impacto de la sociedad civil sobre esta (Tato). Otros proponen una reducción de la escala de observación utilizando fuentes locales y recuperando la agencia de los individuos, poniendo en cuestión su posición como posibles agentes imperiales (Lupiañez, Silveira). El trabajo con la cultura material (Frère, Aguirre y Candela) y el estudio de las formas de ocupación del espacio (Rolla, Silveira, Aguirre y Candela) permiten dar encarnadura a las prácticas de inmigrantes, colonos y viajeros, y trazar el impacto cultural que las comunidades británicas tuvieron sobre el territorio argentino.

Al mismo tiempo, el estudio de las representaciones y el imaginario construido sobre la región desde Gran Bretaña (Seiguer, Mischelejis) y sobre Gran Bretaña desde la Argentina (Rodríguez) nos hablan de la complejidad de esta relación tal como era vivida por los contemporáneos, y nos advierten sobre la necesidad de considerar los límites a su capacidad de acción o conocimiento, al mismo tiempo que nos demuestran su voluntad de intervención.

La primera parte del libro explora los lazos imperiales en la política y economía argentina en los siglos XIX y XX. El trabajo de Pablo Volkind parte de la valoración positiva de la sociedad civil sobre la penetración del capital británico en el desarrollo y progreso de la nación para reactualizar el tradicional debate en torno a la naturaleza desigual del vínculo económico entre el Reino Unido y la Argentina. El autor cuestiona este aparente sentido común a partir de una relectura de estudios clásicos y contemporáneos, poniendo en tensión el concepto de imperialismo informal y dependencia. María Inés Tato retoma otro tema clásico del imperialismo británico, el de la disputa por las islas Malvinas. Desde una mirada renovada centra su atención en las tensiones entre la política diplomática de los sucesivos Gobiernos a lo largo del siglo XX y la difusión y creación de una “causa Malvinas” en el seno de la sociedad civil. El enfoque de Tato propone una novedosa perspectiva que pone en el centro a distintos actores de la sociedad argentina construyendo y difundiendo una lucha antiimperialista. La autora muestra las miradas multifacéticas del problema y cómo estas convivieron en tensión y complementariedad con la presencia del capital británico y la comunidad angloargentina.

En la segunda sección, los sujetos toman el protagonismo: soldados, colonos, deportistas y periodistas son el eje de los artículos de Lu-

pañez, Silveira, Rolla y Rodríguez, quienes ponen en tensión y diálogo las acciones individuales con las estructuras políticas y económicas nacionales, imperiales, transnacionales y globales. Gabriela Lupiañez centra su trabajo en torno a un soldado irlandés y su derrotero en Tucumán luego del fracaso de las invasiones inglesas. La guerra expansionista y la presencia del capital británico adquiere otra complejidad cuando los sujetos pasan al frente del análisis histórico. Su inserción en la sociedad local, su integración al mercado laboral local, el tejido de redes personales y familiares y su rol como intérprete del capital británico en la alejada Tucumán nos muestran un escenario complejo y dinámico, donde el mercado mundial se interconectó con territorios alejados del puerto. Alina Silveira pone el foco en un conjunto de colonos que emigraron con sus valores civilizatorios dispuestos a facilitar la penetración de las prácticas agrícolas capitalistas en el campo bonaerense. Las diversas trayectorias de agricultores, sirvientes, arquitectos y comerciantes inversores nos muestran cómo fue la penetración del capitalismo británico en la región, enfatizando los límites de las miradas clásicas sobre el imperialismo informal. Desde la historia de la arquitectura, Florencia Rolla recupera las formas de integración urbana de la población británica en Buenos Aires, la incorporación de nuevos hábitos de sociabilidad y su impacto en la sociedad local. Hábitos de salubridad, ocio y una novedosa relación con la naturaleza se introdujeron en los suburbios porteños para dejar las marcas culturales de su presencia a través de las décadas, por fuera del grupo originario. La prensa y las miradas de la sociedad civil sobre las luchas antiimperialistas son el eje del trabajo de Jeremías Rodríguez, quien recupera la voz de dos periódicos provinciales sobre la independencia irlandesa. Los periodistas, en nombre de los valores republicanos y

de la libertad, denunciaron al imperialismo británico en Irlanda para apoyar y celebrar las luchas de los celtas por consagrarse como estado independiente. La circulación de información entre Irlanda y Entre Ríos y Santa Fe nos muestra un espacio transnacional donde la traducción y reinterpretación del conflicto no siempre fue lineal y dio lugar a la readaptación de los actores locales, quienes tendieron un puente entre Europa y América, entre imperios y repúblicas construyendo nuevos sentidos afines a los públicos locales.

Finalmente, el último apartado se centra en las representaciones de británicos y americanos en ambas orillas del Atlántico en un esfuerzo de unos y otros por conocerse mutuamente a través de imágenes, discursos, recreaciones y cultura material. Evangelina Mischelejis se centra en los impresos británicos sobre Hispanoamérica en el contexto de la expansión comercial y política británica, como forma de analizar las relaciones culturales entre ambos espacios. Estas primeras representaciones eran cruciales para un imperio que buscaba extender sus tentáculos económicos y políticos por el mundo. Los misioneros protestantes también construyeron una mirada sobre un continente que creían “descuidado”, como analiza Paula Seiguer. Las iglesias protestantes edificaron una mirada misional sobre América. Esta literatura construyó un relato a través de textos, dibujos y fotografías que representaban ante un público metropolitano la labor civilizatoria de los misioneros. La mirada imperial que se reproducía construía un campo amplio que excedía los límites del imperio británico y englobaba una mirada más extendida de Europa y los Estados Unidos sobre América del Sur. Finalmente, la mirada arqueológica nos ilumina sobre la presencia material británica y su trascendencia más allá de la época y el contexto de su producción. Diego Aguirre

y Gustavo Candela se enfocan en las sucesivas intervenciones sobre un espacio territorial concreto, el Solar Histórico de Santa Catalina. La población indígena, los imperios español y británico y el Estado argentino, nos muestran los arqueólogos, marcaron sus tradiciones culturales y formas de habitar en un mismo espacio que fue resignificándose entre los siglos XVI y XX, de escenario de una masacre a ocupación hispánica, proyecto colonizador, escuela de agricultura e Instituto de Agronomía y Veterinaria. La mirada a largo plazo de los restos arqueológicos nos permite visualizar el avance del capitalismo y sus modos de producción para transformar el espacio y adaptarlo a las exigencias del mercado mundial. Julieta Frère, por su parte, construye una trayectoria transnacional de circulación de bienes materiales entre Inglaterra, Buenos Aires, la Patagonia y Chile. Mercaderes británicos comercializaron mercancías provenientes de la expansión industrial que representaban los hábitos sociales y culturales de la civilización británica, desde la ceremonia del té a la higiene, la alimentación y sus pautas de consumo. Estos cruzaron el Atlántico como objetos valorados por el estatus simbólico que representaban. Los restos arqueológicos, desarrolla la autora, son la evidencia de la expansión de la cultura material británica por el globo. En América, su uso y sus diseños fueron adoptados y readaptados localmente por misioneros que recreaban así su hogar, por las élites de las repúblicas latinoamericanas y por comunidades indígenas, que adquirían estos bienes como símbolo de estatus y civilización.

De esta manera, a partir del análisis de fuentes muy diversas, incluyendo libros, revistas, periódicos, cartas personales, informes, censos, sucesiones, pero también mapas, fragmentos de loza y de vidrio, imágenes, los capítulos nos devuelven un caleidoscopio de aproxima-

ciones sobre prácticas económicas, políticas, periodísticas, deportivas, religiosas, de consumo, de construcción de sentido, de relaciones personales y de emigración. Lo que unifica a estos trabajos dispares es la búsqueda de comprender de manera más acabada los lazos transnacionales entre Gran Bretaña y América Latina en general, y la Argentina en particular. Y, en este sentido, las y los autores se preguntan y debaten sobre las categorías de análisis que mejor expresan aquel aspecto de la relación que están enfocando, llegando a respuestas diversas. Quizás sea esto último lo que nos muestra más acabadamente que el debate sobre este vínculo tan potente está lejos de haberse agotado. Desde el Programa de Estudios sobre las Comunidades Británicas en América Latina (PECBAL) nos proponemos continuar este viaje historiográfico contribuyendo a difundir y desarrollar las investigaciones que lo hacen posible.

Bibliografía

- Bauer, Ralph y Norton, Marcy (2017). "Introduction: entangled trajectories: indigenous and European histories". *Colonial Latin American Review*, 26 (1):1-17.
- Bitterli, Urs (1989). *Cultures in Conflict. Encounters between European and Non-European Cultures, 1492-1800*. Stanford: Stanford University Press.
- Brown, Matthew (2008). "Introduction". En Brown, Matthew (ed.), *Informal Empire in Latin America. Culture, Commerce and Capital*. Oxford: Blackwell Publishing y SLAS.
- Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo (1977). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ferns, Henry (1966 [1960]). *Gran Bretaña y la Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Solar-Hachette.

- Gallagher, John y Robinson, Ronald (1953). "The Imperialism of Free Trade". En *Economic History Review*, VI: 1-15.
- Iglesias-Rogers, Graciela (ed.) (2021). *The Hispanic-Anglosphere from the Eighteenth to the Twentieth Century. An introduction*. Routledge: Londres.
- Knight, Alan (2001 [1999]). "Britain and Latin America". En Porter, Andrew (ed.), *The Oxford History of the British Empire. The Nineteenth Century*. Oxford: Oxford University Press: 122-145.
- Miller, Rory (1993). *Britain and Latin America in the Nineteenth and Twentieth Centuries*. Nueva York: Longman.
- Platt, Desmond (1968). *Finance, Trade and Politics. British Foreign Policy 1815-1914*. Oxford: Clarendon Press.
- Pratt, Mary Louise (1997 [1992]). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Stoler, Ann Laura (2001). "Tense and Tender Ties: The Politics of Comparison in North American History and (Post) Colonial Studies". *The Journal of American History*, 88 (3): 829-865.

Presencia política y económica

| CAPÍTULO 1 |

**Penetración del capital británico, disputa
interimperialista y dependencia en la Argentina
agroexportadora**

Pablo Volkind⁵

Introducción

En los textos escolares, los medios de comunicación y en diversas investigaciones académicas locales e internacionales, encontramos con recurrencia referencias a la centralidad y la incidencia “positiva” que tuvieron las inversiones extranjeras en el desarrollo económico argentino entre fines del siglo XIX e inicios del XX. Afirmaciones como *gracias al capital británico se construyeron los ferrocarriles, se instalaron los frigoríficos y la Argentina se transformó en el “granero del mundo”* se reiteran una y otra vez. Según esta perspectiva, dicha penetración, que pasó a controlar ramas claves de la economía local (bancos, transporte, procesamiento de materias primas, servicios, puertos, finanzas) habría beneficiado al conjunto del país debido a que le permitió ingresar en la modernidad e iniciar un curso de desarrollo y crecimiento económico que recién se interrumpió con el inicio de la Pri-

⁵Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas y de Filosofía y Letras, Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios.

mera Guerra Mundial. Sin embargo, resulta lícito interrogarse: ¿qué motorizó ese ingreso de capitales extranjeros?, ¿por qué “vinieron” a la Argentina?, ¿a quiénes beneficiaron?, ¿qué rol jugaron los sectores dominantes locales?, ¿en qué condiciones operaron?, ¿qué cambios generaron a ambos márgenes del Atlántico?

En este trabajo ponemos en consideración una serie de elementos que nos permitan avanzar en la respuesta a estos interrogantes con el objeto de aportar a la comprensión de los rasgos que dieron forma a la nueva formación económico-social que se configuró en Argentina entre fines del siglo XIX e inicios del XX. El escrito no gira en torno a una exhaustiva investigación sobre un aspecto particular, sino que pretende reponer diversos factores de análisis para dar una visión de conjunto sobre este problema. En función de estas preocupaciones, primero realizamos una caracterización sintética y general de las transformaciones económicas que se produjeron a escala mundial a partir de la década de 1870, luego retomamos los contrapuntos en torno a las categorías de “imperialismo formal” e “informal” y proponemos la utilización del concepto de dependencia que permite dar cuenta, desde otra óptica y con mayor precisión, de lo sucedido en el país. Finalmente, esquematizamos los aspectos fundamentales vinculados con la penetración del capital monopolista extranjero en la Argentina, destacamos el papel de las inversiones británicas y jerarquizamos la disputa que protagonizaron con firmas que procedían de otras naciones.

La expansión de las potencias imperialistas. ¿Formal o informal?

Una de las primeras problemáticas asociadas al concepto de expansión imperialista es su ubicación histórica. Si bien resulta correcto

referirse a la época de los imperios coloniales que se estructuraron a partir de fines del siglo XV e inicios del XVI, es necesario distinguir este proceso de lo acaecido en el siglo XIX y fundamentalmente en el XX. Al respecto, la interpretación y caracterización que propusieron en la década de 1950 los historiadores británicos Gallagher y Robinson tuvo una profunda incidencia en las futuras elaboraciones sobre los vínculos entre Gran Bretaña y el resto del mundo en el siglo XIX y XX. Ellos afirmaron la existencia y preferencia de un tipo de expansión al que denominaron “imperialismo informal” que no requería la ocupación y control efectivo de otro territorio, sino que, a través de las relaciones, la influencia y el despliegue de diversas tácticas, le permitieron imponer el libre comercio en favor de los intereses comerciales británicos sin la necesidad de controlar directamente ese otro espacio (Gallagher y Robinson, 1953). Según esta visión, este habría sido el tipo de vínculo característico con los países latinoamericanos luego de sus independencias que se prolongó, con diversas modulaciones, hasta mediados del siglo XX.⁶ Si bien esta perspectiva fue debatida por diversos investigadores que pusieron en cuestión la relación entre la expansión comercial, el papel del Foreign Office y el servicio diplomático, así como la relevancia que tuvo América Latina en la estrategia británica, resulta necesario detenerse en el contenido asociado al concepto “imperialismo” (Platt, 1968 y Ferns, 1966).⁷

⁶Sobre la utilización de las categorías “imperialismo formal” e “imperialismo informal” para el análisis de la vinculación de Gran Bretaña con respecto a otros territorios latinoamericanos se puede consultar, entre otros, a Garner (2015) y Mayo (1991).

⁷Una síntesis de dichos contrapuntos y nuevas propuestas interpretativas, particularmente en lo que respecta a la relación Inglaterra-Argentina, en Brown (2008).

No caben dudas de que las relaciones que estableció Inglaterra con los países latinoamericanos desde la ruptura de la dominación colonial estuvieron fundadas en un vínculo comercial desigual que implicó necesariamente una subordinación en ese plano. Importaba materias primas y alimentos y buscaba ampliar los mercados para sus productos industriales en un período caracterizado por el capitalismo de libre concurrencia y la transformación de los británicos en el “taller del mundo”. Si bien un número acotado de firmas también colocaron sus capitales e incrementaron la tasa de ganancia (fundamentalmente bancarias y financieras), todavía este tipo de operaciones no predominan sobre la compraventa de productos en una etapa donde el mercado mundial estaba en vías de consolidación. Dicha subordinación comercial se asentaba en alianzas que establecían con sectores dominantes locales que, tal como afirma Robinson, también se valían de dicho vínculo para garantizar sus propios beneficios (Robinson, 1972). En lo que respecta específicamente al territorio que se consolidaría como la República Argentina, durante este período los británicos mantuvieron una marcada presencia, se transformaron en los principales acreedores, proveedores de productos industriales, instalaron casas comerciales que se destacaron en el rubro, emprendieron experiencias de colonización y adquirieron tierras. Sin embargo, no pasaron a controlar las ramas fundamentales de la economía ni se transformaron en un factor interno de dominación como sucedería en el siglo XX, salvo en el caso de las islas Malvinas, que fueron atacadas y usurpadas en 1833.

Esa relación asimétrica entre ambas naciones experimentó un profundo cambio cuantitativo y sobre todo cualitativo hacia fines del siglo XIX. Fue en ese momento cuando es posible identificar y distin-

guir los inicios de una nueva etapa del desarrollo capitalista en las potencias europeas, en Japón y Estados Unidos. La prolongada crisis económica mundial que se extendió entre la década de 1870 y la de 1890 resultó en un acelerado proceso de concentración y centralización del capital bancario e industrial que generó la conformación de grandes grupos económicos que luego se fusionaron y dieron origen al capital financiero. Este proceso, con diversos ritmos y modulaciones, se desplegó simultáneamente en Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia, Norteamérica y Japón, donde los nuevos monopolios se entrelazaron —de manera más clara y directa— con los Estados de sus países para disputarse el reparto económico y territorial del mundo con las otras potencias imperialistas. Este entrelazamiento estuvo motivado por factores de orden económico y geopolítico, en gran medida entrecruzados. A partir de ese momento, la exportación de capital se transformó en el rasgo dominante de la nueva época y estuvo motorizado por la búsqueda incesante de incrementar sus tasas de rentabilidad a través de la explotación de la fuerza de trabajo en los países oprimidos, de las exenciones impositivas, de controlar un mercado cautivo, amortizar maquinaria en desuso, mantener el equipo productivo en su plena capacidad, reducir el valor del capital constante al apropiarse de fuentes de materias primas abundantes y baratas y garantizarse la transferencia de la plusvalía a través de mecanismos como la remisión de utilidades, pagos de patentes y *royalties* y endeudamiento externo. También, la penetración de capitales extranjeros, en otras oportunidades, estuvo asociada con el control de territorios claves y estratégicos para el comercio y el acceso a ciertos recursos en el marco de la disputa con otras potencias mundiales. En esta competencia, los Gobiernos de estas nuevas potencias garantizaron políticas pro-

teccionistas a “sus” monopolios, ayuda económica directa e indirecta, expansión militar, demanda de armamento e inversiones en infraestructura y generaron condiciones propicias para que esos oligopolios pudiesen invertir en el extranjero.⁸ Así, las relaciones económicas internacionales fundadas en el intercambio comercial desigual y la subordinación de los países latinoamericanos, que caracterizó la mayor parte del siglo XIX, dieron lugar a un nuevo tipo de vinculaciones entre países del globo. Dicha transformación estuvo estrechamente asociada no solo a los cambios que atravesaron a Gran Bretaña, sino también a la Argentina, que cristalizaron en un nuevo tipo de vínculo.

Esta perspectiva difiere de aquellas interpretaciones que caracterizan al imperialismo como una política desplegada de manera indistinta por las firmas británicas tanto en el siglo XIX como en el XX, como si se tratara de situaciones locales e internacionales similares. De este modo, reducen o asocian imperialismo con expansión. Por el contrario, en el trabajo retomamos las interpretaciones que caracterizan al imperialismo como una etapa específica del desarrollo del capitalismo. No se trata de una “política preferida”, sino de una dinámica determinada por el grado de concentración y centralización del capital. Justamente estas transformaciones resultaron en la cristalización

⁸De este modo, la interpretación que guía este escrito se distancia de las tesis de Platt, quien enfatiza que el Gobierno británico no habría garantizado los intereses de los grupos económicos ingleses en otros países del planeta y que solo perseguía el objetivo de mantener relaciones en pie de igualdad para garantizar la libertad de comercio. Según el autor, las intervenciones militares y diplomáticas no habrían sido una política deliberada y recurrente, sino un fenómeno excepcional (Platt, 1968: 353-368). Por el contrario, identificamos más puntos de contacto con la visión de Cain y Hopkins, para quienes las políticas del Gobierno británico en el extranjero estaban al servicio de las necesidades del capital británico (Cain y Hopkins, 2002).

de un mundo dividido, en lo fundamental, en países opresores que competían entre sí —la llamada disputa interimperialista— y países oprimidos que establecieron diversos vínculos con las potencias en función de sus derroteros histórico y socioeconómicos particulares.

El poder y la influencia de cada potencia imperialista, así como el grado de dominación y penetración en los países asiáticos, africanos y latinoamericanos, no se explican únicamente por su grado de desarrollo, su expansión previa y las peculiaridades de sus clases dominantes, sino que también resulta imprescindible integrar en el análisis las características sociohistóricas de los países oprimidos.

En la historiografía británica sobre estas problemáticas ha predominado una interpretación que analiza el fenómeno y elabora categorías que solo parten de la perspectiva de los capitales británicos y sus formas de control de nuevos mercados. Por eso el debate ha girado en torno a categorías como “imperialismo formal”, “imperialismo informal” o áreas de influencia. De este modo, además, se confunden las dinámicas propias del siglo XIX con las del siglo XX.⁹

Desde la visión que guía este trabajo, entendemos que Inglaterra se transformó en una potencia imperialista desde fines del siglo XIX y que las características de su política expansionista no solo estuvieron determinadas por sus necesidades e intenciones, sino también por el

⁹De la multiplicidad de sentidos asociados con el concepto “imperio informal”, el que más se aproxima a nuestra perspectiva es la de Michel Doyle, quien afirma que la informalidad implica el control político indirecto sobre otro país formalmente independiente, tanto en el plano de su política externa como interna. Lo que no contemplan estas formulaciones es que justamente las formaciones dependientes se caracterizaron por transformarse en escenarios de la disputa entre diversos capitales monopolistas extranjeros (Doyle, 1986).

tipo de vínculo que pudo imponer y/o tejer con los sectores dominantes de los países oprimidos. Donde pudo completar la expansión colonial, tal como se evidenció en África y Asia, y generar un movimiento masivo de exportación de capitales (Lenin, 2021; Mommsen, 1995; Hobsbawm, 1998). La invasión por una fuerza militar extranjera y la ocupación de forma permanente de los nuevos espacios transformados en colonias les permitió imponer gobierno, leyes e idioma, les garantizó a los ingleses mantener el monopolio de las inversiones, controlar y saturar el mercado interno con sus bienes y apropiarse de las materias primas existentes sin tener que disputar en el territorio con otra potencia imperialista.¹⁰ Los países considerados semicolonias se caracterizan por evidenciar limitaciones severas a su soberanía a través de la ocupación de una porción de su territorio por un país extranjero de manera permanente y/o la injerencia en sus asuntos internos a través de las propias regulaciones jurídicas y políticas. El peso que tenían los británicos en algunas zonas de China puede ser asociado con este tipo de dominación, así como la posición de Cuba ante Estados Unidos a inicios del siglo XX. Finalmente, la categoría de dependiente hace alusión a los países gobernados por sus sectores dirigentes locales que mantienen una soberanía formal sobre sus territorios y diversos márgenes de autonomía, aunque el capital extranjero pasa a formar parte del bloque de clases dominantes y, por lo tanto, dispone del poder suficiente para incidir en las definiciones y

¹⁰Al respecto, el historiador Rubén Laufer afirma que “las formas coloniales de dominio y opresión nacional en la época imperialista predominaron en el mundo desde fines del siglo XIX hasta después de las Primera Guerra Mundial. Recién con el proceso de descolonización posterior —que también fue de neocolonización— la forma específica de la dependencia se convirtió en la forma predominante de dominio y de opresión nacional por parte de las potencias imperialistas sobre los países oprimidos o ‘atrasados’” (2014: 177).

orientaciones de la política interna. El control de palancas claves de la economía también se proyecta al plano político, social y cultural, aunque la penetración y disputa de diversas potencias en un mismo territorio imprime una dinámica particular a su desarrollo histórico. La mayor parte de los países latinoamericanos se transformaron en países dependientes y, por ese motivo, los capitales británicos tuvieron que competir y disputar el control de los recursos y la valorización de sus capitales con otras potencias. De este modo, no se ajustarían a la modalidad del “imperialismo informal” que supone la ausencia de disputas con otros capitales en los territorios con ese tipo de dominio.¹¹

Una vez caracterizada la nueva etapa del capitalismo y la implicancia de cada categoría y concepto vinculado con esta problemática, nos proponemos analizar sintéticamente cuáles fueron los factores que resultaron en la transformación de la Argentina en un país dependiente hacia fines del siglo XIX e inicios del XX.

Argentina, de la subordinación comercial a la dependencia

Fue justamente en ese período, momento de consolidación del mercado mundial moderno, de la expansión de los monopolios y la exportación de capitales cuando la Argentina se transformó en un país capitalista y dependiente. Ese resultado fue producto de la confluencia de dos procesos simultáneos: la expansión del capital monopolista extranjero y la conformación del Estado nacional en estas latitudes.

¹¹Sobre esta caracterización del “imperialismo informal” y la distinción con respecto a las características de las “áreas de interés” se puede consultar el trabajo de Onley (2005).

En relación con este último derrotero, resulta necesario puntualizar que la centralización estatal se desplegó en simultáneo y estuvo estrechamente vinculada con el desarrollo del proceso de acumulación originaria que se aceleró en la segunda mitad del siglo XIX. Fueron los grandes terratenientes —particularmente bonaerenses— y los comerciantes intermediarios quienes lograron hegemonizar el proceso que implicó la construcción de un sistema político-jurídico de alcance nacional, la unificación de la moneda, los pesos y las medidas, el acaparamiento del porcentaje mayoritario de la tierra y la delimitación de las fronteras mediado por la conquista y aniquilamiento de los originarios de la Patagonia y Chaco, así como la guerra contra Paraguay y los conflictos con Chile. Culmina en 1880 con la capitalización de Buenos Aires. La concentración de los principales medios de producción tuvo como contracara la expropiación y las múltiples limitaciones que privaron a los sectores populares del acceso a los recursos para sobrevivir. Este derrotero estuvo acompañado por la sanción de códigos y leyes que regularon el funcionamiento de la nueva sociedad. Así, dejaron sentadas las bases para el predominio de las relaciones capitalistas en el país.

En ese momento, la Argentina se abrió a fondo a la inversión extranjera en un proceso que algunos llaman de modernización y que implicó la consolidación de una nueva estructura económico-social que, en lo fundamental, perdura hasta nuestros días. Entre sus pilares fundamentales se destacaron la dominación imperialista sobre nuestra economía y nuestros mercados (es decir, la dependencia) y la perduración de la propiedad latifundista.¹² De este modo, la exportación

¹²La caracterización de la Argentina como un país dependiente, diferente a una colonia o semicolonia, refiere a que en el país “existe una sociedad con un proceso histórico de

de capital adquirió una importancia decisiva ya que regía, en última instancia, el desarrollo del comercio internacional de mercancías que antes constituía el elemento fundamental.¹³ Este rasgo esencialmente nuevo resultó clave para comprender las implicancias de la dependencia. Ya no se trataba solo de un intercambio desigual de productos con las grandes potencias, sino que sus capitales se transforman en un factor interno de la economía nacional. Fueron los ferrocarriles ingleses los que, en forma de abanico, organizaron la estructura económica y la circulación de bienes y personas en torno al puerto. En Londres tenían sus oficinas en un edificio: en cada piso una compañía ferroviaria. También los frigoríficos británicos que procesaban la car-

formación nacional desde la Independencia hasta principios del siglo XX con una clase dominante propia que ha organizado su Estado (con sus fuerzas armadas y sus restantes atributos nacionales). Por lo tanto, el capital extranjero y la acción estatal de las potencias se encuentran aquí con esa realidad previa y el dominio monopolista del capital extranjero no se puede desarrollar sin asociar y subordinar a las clases dominantes locales” (Spiguel, 2010: 30).

¹³Con respecto a la exportación de capitales retomamos la conceptualización del reconocido economista Horacio Ciafardini: “La exportación de capital encierra una dualidad de significados que es necesario aclarar. Cuando digo exportación de capitales me refiero fundamentalmente a la exportación de ciertas relaciones de producción; aquellas basadas en el trabajo asalariado, en la compraventa de fuerza de trabajo; exportaciones de capital que dan lugar, de manera masiva y predominante en la época de los monopolios, a la proyección de este tipo de relaciones sociales en escala internacional. Pero cuando en el terreno periodístico o en el lenguaje de los funcionarios del aparato económico del Estado se habla de exportaciones o importaciones de capitales se hace referencia a otros fenómenos, a menudo diversos de los que surgen cuando se lo hace bajo el primer concepto. La exportación de capitales consiste en la exportación de relaciones sociales de producción, en tanto proyección internacional de los negocios monopólicos de las empresas predominantes en las naciones o centros imperialistas de nuestra época; empresas que se encuentran ligadas orgánicamente con sus aparatos estatales; no se trata por tanto de la exportación de ciertas cosas o de ciertos fondos a los que habitualmente se llama ‘capital’” (1990: 20).

ne y la exportaban a través del control de los puertos y su propia flota de barcos (Spiguel, 2010: 28). Este proceso no se redujo a la llegada de capitales que encontraron condiciones excepcionales de rentabilidad, sino que también se garantizó un flujo de importaciones (textiles y carbón británico que demandaban los ferrocarriles, entre otros bienes). Así, el comercio se expandió y multiplicó por obra de un nuevo determinante: la penetración del capital extranjero, que pasó a modelar la estructura económica nacional. Al respecto, el director de *The South American Journal* afirmaba “que no hemos incurrido en exageración alguna al afirmar, como lo hemos hecho frecuentemente, que ningún país del mundo ofrece al capital extranjero mayores ventajas que la República Argentina”.¹⁴

Ese capital extranjero interiorizado se convirtió en una “bomba de succión” a través de la cual la economía argentina pagó “tributo” a los capitales de las grandes potencias, cuyas áreas de inversión no se acotaron a este país. El porcentaje mayoritario de las ganancias generadas por la explotación de la fuerza de trabajo local no se reinvertió en estas tierras, sino que migró al exterior, a las casas matrices. Por lo tanto, se generó una estructura deficitaria que el Estado dependiente compensó contrayendo deuda (otro mecanismo para garantizar una elevada rentabilidad del capital financiero) y alentando el arribo de nuevas firmas extranjeras.

Esta relación, en un país con un Estado propio forjado al calor de la consolidación de las nuevas clases dominantes locales, solo podía materializarse a través de la asociación y subordinación de estos sectores que se transformaron en las bases sociales internas de la dominación.

¹⁴*South American Journal*, 14 de abril de 1881, citado en Ferns (1968: 393).

Dichas bases internas estuvieron personificadas por terratenientes y grandes burgueses intermediarios que operaron como los “abre puertas”. ¿A qué nos referimos con estos sectores de gran burguesía intermediaria? Constituyen una fracción particular de los capitalistas que, en algunos casos, surgieron de las filas de los grandes propietarios y comerciantes intermediarios que transitaron una “mediocre metamorfosis” y, en otros, se trató de la expansión de ramas familiares de grandes capitalistas europeos que se instalaron en el país. Estos se transformaron en intermediarios del capital extranjero de diversos orígenes: británico, francés, belga, alemán, italiano y, más tardíamente, norteamericano. Estos sectores, que operaban en la exportación de productos agropecuarios, las finanzas, el procesamiento de bienes agrarios y la propiedad de la tierra, se expandieron con modalidades diversas. Constituyeron, al decir del investigador Andrés Regalsky, “los grupos locales del alto comercio” que disponían de las llaves para intermediar y garantizar inversiones que reportaban beneficios para ambos sectores (2002: 144-159).¹⁵ Fueron ellos quienes accedieron a la compra de tierras mediante vínculos políticos y garantizaron inver-

¹⁵Al respecto, Regalsky afirma: “En estos grupos continuaron desempeñando un papel importante los elementos locales, algunos de ellos caracterizados miembros de la élite local. En el Ferrocarril de Rosario a Puerto Belgrano intervino como concesionario inicial Diego de Alvear, gran propietario rural y una de las personalidades de la época (senador nacional entre 1882-1887), y luego Bemberg, que se ocupó de reunir a las diversas firmas europeas que conformaron el agrupamiento definitivo. En este negocio se puso en juego, asimismo, la participación de personajes de la élite local. El ingeniero Bustos Morón, también fuerte propietario de tierras, que como subsecretario de Obras Públicas de la Nación intervino en la aprobación de los presupuestos y materiales del puerto del Rosario, tuvo una peculiar relación con el grupo contratista y luego, al constituirse el Ferrocarril a Puerto Belgrano, fue designado al frente del comité local en Argentina” (2002: 155).

siones en un mercado muy restringido. Diversificaron sus operaciones colocando dinero en el sistema bancario e instalando establecimientos agroindustriales. Su acumulación dependía y estaba entrelazada con los intereses de diversos sectores del capital monopolista extranjero y por su relación orgánica con el Estado oligárquico.¹⁶

De este modo, la dependencia no solo se manifestó como un factor externo, sino también interno, que se evidenció en el terreno económico y se proyectó al plano político, social, ideológico y cultural (Spiguel, 2007). Así se desplegó en la “relación especial” con Gran Bretaña, que, en principio, estuvo cimentada por la “complementariedad” de ambas economías, pero que no anuló la creciente presencia de otros capitales, tal como refirieron diversos testigos de aquella época (Huret, 1988; Denis, 1987; Clemenceau, 2002; Goltz, 2015).

Al respecto, resulta necesario enfatizar que existe un tópico mayoritariamente desatendido por la historiografía argentina que es el clivaje que fragmenta o distingue a las fracciones o sectores de las clases dominantes por su asociación con distintos capitales extranjeros. Y ese es un clivaje, por momentos, determinante, porque permite entender que en ciertos períodos se coaligan industrialistas con agrarios o liberales con nacionalistas no en función de cierta actividad econó-

¹⁶Al respecto, resulta sintomático el caso de Ernesto Tornquist, quien no solo compró miles de hectáreas en distintas provincias argentinas y controlaba la Compañía Azucarera de Tucumán (“poderoso consorcio agro-industrial que reunía cinco fábricas azucareras y vastas plantaciones”), sino que, además, monopolizó el refinamiento del producto a partir de 1890 con la Refinería Argentina instalada en la ciudad de Rosario a partir de una asociación con industriales de Tucumán, del Litoral y de la emisión de títulos en la Bolsa de Londres por medio de la “River Plate Loan, Trust and Argentinian Co.” (Pucci, 1991: 43-68).

mica o preferencia política, sino en relación con los alineamientos con determinadas potencias. Así,

el fenómeno, ampliamente estudiado, del fraccionamiento de los sectores dirigentes tradicionales (la élite oligárquica) en corrientes rivales que luchan en torno a la política exterior, aunque multideterminado (conveniencias económicas inmediatas, discrepancias ideológicas), tiene un sustento importante en el capital intermediario asociado a distintas potencias y en sus expresiones políticas, militares, intelectuales, etc. En suma, es preciso reponer el papel de esta fracción minoritaria pero muy relevante de la burguesía argentina dentro del bloque de clases dominantes, para dar cuenta de un modo más preciso de la historia del país durante el siglo XX. (Spiguel, 2018)

Sobre todo, cuando la Argentina se caracterizó por establecer relaciones con diversas potencias mundiales que compitieron y rivalizaron por el control de esferas de influencia.

El predominio del capital británico en la estructura económico-social local

La primera corriente significativa de inversiones extranjeras en las décadas de 1860/70 provino fundamentalmente de Gran Bretaña. Se trataba de empréstitos gubernamentales que fueron utilizados por los Gobiernos de turno para solventar gastos militares y otro tipo de erogaciones, aunque luego comenzaron a destinarse a la construcción de obras de infraestructura y tendido de vías. Todavía ocupaban un papel poco relevante, situación que se modificó a inicios de 1880.

A partir de dicha década, el flujo de capitales no dependió del desarrollo del comercio exterior, aunque influyó sobre él a mediano plazo. Lo que determinó la conducta de los inversionistas extranjeros fue las altas tasas de rentabilidad de sus inversiones que alcanzaron picos de 10 % a 15 % de dividendos anuales en algunos años. (Rapoport, 2013: 47)

Tasas que no se obtenían con facilidad en otras partes del mundo

A partir de ese momento puede identificarse el inicio de un nuevo ciclo de inversiones extranjeras (1881-1890) con características distintas al período anterior: un salto cuantitativo y cualitativo en el volumen del capital ingresado que fundamentalmente se orientó a los rubros empréstitos al Gobierno nacional, bancos, tranvías construcción de ferrocarriles, frigoríficos, compañías de servicios, hipotecas, propiedades rurales y comercio. Este ciclo se interrumpe por la crisis financiera que “tuvo su epicentro en Londres con la caída del Baring Brothers pero que fue originada en gran parte en la situación argentina” (Regalsky, 1986: 16). El resultado fue una notable reducción del ingreso de divisas en el país durante la década de 1890 y en 1903 se inició un nuevo ciclo de inversiones que se extendió hasta los albores de la Primera Guerra Mundial. Si bien en este último período se mantuvo el predominio de capitales ingleses, también se evidenció un marcado incremento de los flujos provenientes de otros países.

En relación con los frigoríficos, su emplazamiento se inició en la década de 1880, cuando los capitales británicos instalaron las primeras firmas en la provincia de Buenos Aires: el River Plate Fresh Meat Co. en Campana (1882/83) seguido por el Nelson’s River Plate Meat Co. ubicado en Zárate

(1886). Más adelante abrió sus puertas Las Palmas Produce Company, también de capitales ingleses. A inicios del nuevo siglo, capitales del mismo origen se combinaron con otros grupos extranjeros y financiaron la construcción de La Plata Cold Storage Company y de la Smithfield & Argentina Meat Company. Si bien también se abrieron frigoríficos de capitales locales asociados con los franceses, fueron los británicos quienes dominaron el mercado en esta primera etapa (Lluch, 2019; Smith, 1968: 42). El objetivo era proveer al mercado británico y aprovechar las diversas ventajas económicas que les garantizaban los sectores dominantes locales que provenían de las filas de los grandes terratenientes ganaderos y la burguesía comercial. La posibilidad de adquirir vacunos de muy buena calidad, la posición cuasimonopólica que tenían frente a los oferentes de animales, los beneficios impositivos, el valor de la fuerza de trabajo y el control sobre los puertos de embarque le garantizaban una elevada rentabilidad.

Una situación similar se evidenció con los empréstitos públicos nacionales y provinciales. Durante la década de 1880, ese flujo de capitales experimentó un incremento sustancial con respecto a lo sucedido en el período anterior. En el primer quinquenio, comprendido entre 1881 y 1885, la cifra ascendió a los 105 046 000 pesos oro, mientras que en el segundo (1886-1890) alcanzó los 222 158 000 pesos oro (Williams, 2003). La contracara de esta situación fue la magnitud de los servicios de deuda que se transformaron en una pesada carga para el sector público a pesar de que, a partir de la década de 1890, se alcanzó el superávit comercial. Así, en el período que se extiende entre 1880 y 1914, los servicios de la deuda representaban entre el 30 y el 40 % del valor de las exportaciones y, si se delimitan etapas, se puede advertir que...

entre 1885 y 1890 el ingreso de fondos extranjeros se calculaba en alrededor de 710 millones de pesos oro (£140 millones), de los

cuales los préstamos públicos comprendían el 35 por ciento (en una medida considerable los préstamos públicos se empleaban en pagar los servicios de la deuda sobre préstamos extranjeros obtenidos con anterioridad), los ferrocarriles el 32 por ciento, y las cédulas hipotecarias el 24 por ciento. (Ford, 1966: 153)

Las diversas investigaciones evidencian que el endeudamiento externo fue uno de los negocios más rentables para el capital británico, que no solo obtenía elevadas tasas de ganancia, sino que lo ubicaba en un lugar privilegiado para negociaciones en torno a otro tipo de inversiones (Rapoport, 2013: 51).

En relación con el sistema bancario, los capitales británicos también tuvieron una posición dominante que se evidenció en el peso del Banco de Londres y en el establecimiento de diversas filiales de firmas inglesas a partir de 1880. Así sucedió con el Banco Inglés del Río de la Plata, el Banco Anglo Argentino y el Banco Británico de América del Sud (Regalsky, 1986).

La marcada incidencia en la industria de la alimentación, los transportes, el control de los puertos y de la banca grafican el cambio cualitativo al que nos referimos en el acápite anterior. En este proceso, la Argentina se transformó en el receptor del 40 al 50 % de todas las inversiones británicas fuera de la isla y se convirtió en un factor de primer orden para el mantenimiento de la actividad industrial y financiera inglesa. La contracara de este “vínculo especial” se forjó al calor de la creciente demanda inglesa de carnes y granos, que se transformó en uno de los principales mercados de los bienes de exportación local. Algunos de los artífices que vehiculizaron y garantizaron estas relaciones “especiales” participaron del agasajo que orga-

nizaron poderosos grupos financieros británicos al expresidente y en ese momento ministro de Guerra de Juárez Celman, Julio Argentino Roca, en 1887. En el lujoso salón comedor del Star and Garter Hotel estuvieron presentes los directivos de la Baring Brothers & Co., C. de Murrieta & Co., Morton Rose & Co., J. S. Morgan & Co., el Banco de Londres y Río de la Plata, así como del Ferrocarril Central Argentino, el Ferrocarril Gran Sud de Buenos Aires, la Compañía de Tranvías de la Ciudad de Buenos Aires y otras firmas. En aquella oportunidad Roca afirmó:

A la República Argentina, señores, que será algún día una gran nación, porque tiene la ambición, la fe y todas las condiciones necesarias de clima, tendencias, leyes y espacio para ello; no olvidará jamás que el estado de progreso y prosperidad en que se encuentra en estos momentos, se debe en gran parte al capital inglés... (McGann, 1960: 175-176)

De este modo, el exmandatario explicitaba los estrechos vínculos de un sector de las clases dominantes locales que habían operado como los “abre puertas” al capital británico. En un sentido similar, Manuel Quintana, ministro del Interior de Luis Sáenz Peña y posteriormente presidente de la nación, se había desempeñado como asesor legal de capitales británicos bancarios y ferroviarios.

En el caso de los transportes, diversas investigaciones han destacado las excepcionales condiciones para acumular ganancias en que operaron las firmas que controlaron el Ferrocarril Central Argentino, el Central Córdoba, el Oeste luego de su privatización, el Buenos Aires al Pacífico, el del Sud y el Trasadino. El entrelazamiento entre sectores del Gobierno de Inglaterra y las firmas procedentes de la isla se evidenciaban, entre otros casos, en la figura del excónsul británico en

la República, Frank Parish. Parish, para inicios de la década de 1880, se desempeñaba como presidente de los directorios del Ferrocarril Sud y del Central y se había desplazado hasta la Argentina para garantizar que los beneficios otorgados por el Estado nacional a las empresas bajo su mando no fueran afectados. Uno de los temas en discusión se refería a las tasas de ganancia de dichas firmas. La sobrevaluación del capital invertido los exceptuaba del pago de ciertos impuestos y les habilitaba las garantías estatales fijadas en las leyes que establecían un piso de rentabilidad del 7 %, así como otras primas. A esta ventaja se sumaban las exenciones impositivas a la importación de carbón, materiales ferroviarios y otros insumos (López, 2022). En algunos casos, tal como sucedió con el Ferrocarril Central Argentino, pasaron a monopolizar el transporte de mercaderías en amplias zonas del país, lo que les permitió imponer tarifas que afectaron a diversas economías regionales. Esta misma empresa poseía, a su vez, muelles y graneros en Rosario, elevadores de granos en Buenos Aires y una “Compañía de Tierras” que luego se transformará en la Argentina Land and Investment Co. y que en un inicio disponía de más de 340 000 hectáreas, libres de todo tipo de impuestos, que fueron entregadas por el Gobierno como parte del acuerdo originario para la construcción de las vías férreas de Rosario a Córdoba. Incluso Scalabrini Ortiz afirma que, a partir de 1884, el Central Argentino estaba libre de toda fiscalización estatal y su única restricción radicaba en que sus ganancias no superasen al 12 % del capital “que el gobierno vaya reconociendo como invertido”. Frente a este condicionamiento, la empresa se valió de diversos mecanismos para que los dividendos declarados no superasen ese porcentaje (Scalabrini Ortiz, 1983: 168). Una situación similar experimentaron los dueños del ferrocarril Buenos Aires al Pa-

cífico, que “operaba en canteras, explotaba una línea de transportes en Bahía Blanca, era propietario de elevadores de granos y de Puerto Galván, importante puerto de salida para el tráfico en el Sur” (Vázquez Presedo, 1971: 53). Al respecto, un referente de los sectores dirigentes de aquel período, que no estaba necesariamente alineado con el capital británico, afirmaba que “Bahía Blanca es ya uno de los grandes centros ferroviarios argentinos y 'el pulpo de la región' es el ferrocarril del Sur, estando la opinión local prevenida contra la Empresa, considerándola monopolizadora, injusta y exigente” (Zeballos, 1901: 470).

La coincidencia de intereses entre un sector de las clases dominantes locales y el capital británico también se evidenció en la actuación del ministro de Obras Públicas del período 1907-1913, Ezequiel Ramos Mejía, quien, con motivo de la sanción de la Ley 5315 sobre concesión de ferrocarriles (o Ley Mitre), les garantizó a las empresas tarifas monopólicas y la posibilidad de remitir un mayor volumen de ganancias en concepto de “gastos de explotación”.¹⁷ Este funcionario, luego, se desempeñó como director de los ferrocarriles ingleses Entre Ríos Railway y Noreste Railway (Scalabrini Ortiz, 1983: 192). Con respecto a estas vinculaciones, Vicente Vázquez Presedo afirma:

algunos argentinos con buenas relaciones hallaron su oportunidad, principalmente como testaferros en directorios locales o en departamentos legales bien remunerados. Este empleo figuró en las carreras de muchos argentinos de figuración política. Esto ayudó a cimentar un alto grado de solidaridad entre representantes

¹⁷Al respecto, consultar el texto de la ley en <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/ley-5315-175380/texto>

de los ferrocarriles británicos y la dominante aristocracia ganadera argentina. (Vázquez Presedo, 1971: 53-56)

Así se tejieron, a lo largo de este período, las “relaciones especiales” entre ambos países. Iniciada la década de 1910, los capitales británicos representaban el 65,4 % de las inversiones externas en Argentina, posición que buscarían mantener y reforzar frente a la competencia de las otras potencias del momento.

Las disputas con otras potencias imperialistas

Durante las últimas décadas del siglo XIX y, fundamentalmente, en las primeras del XX, también arribaron al país capitales alemanes, franceses, belgas y norteamericanos que disputaron posiciones y buscaron desplazar a sus competidores. Estas inversiones compitieron con las británicas en todas las ramas productivas y actividades económicas que pudieron. En lo que respecta al sistema bancario y financiero, los capitales belgas, franceses y alemanes tuvieron una creciente importancia, no solo “para operar en el negocio de los bonos e hipotecas y promover el comercio exterior”, sino también como bancos orientados al financiamiento de las incipientes actividades industriales y agropecuarias. En este período abrieron sus filiales el Banco Hipotecario Franco Argentino, el Banco de la Unión de Francia y de la Argentina y el Banco Francés Italiano para la América del Sud.¹⁸ Lo

¹⁸La penetración de los capitales franceses y la disputa con los ingleses y particularmente alemanes fue reflejada por destacados viajeros del período. Al respecto, Jules Huret afirmaba: “Alemania ha conseguido ya casi germinar el ejército argentino, imponerle sus cañones, su disciplina y sus métodos. Una misión de nueve oficiales alemanes se hallaba en Buenos Aires durante mi permanencia en la capital y cuarenta oficiales argentinos están agregados al ejército alemán. Un oficial tudesco dirige la Academia Militar

mismo sucedió con las firmas de origen belga, como la Sociedad Belga Americana, el Banco Ítalo-Belga y otros (Lanciotti y Lluch, 2018: 17). En el caso alemán, se destacaron el Banco Alemán Transatlántico y el Banco Germánico de América del Sud. También instalaron filiales de diversas firmas metalúrgicas, de maquinaria y químicas (como Bayer), aunque fundamentalmente se destacaron por el control de la provisión de energía eléctrica a la Capital Federal a través de la CATE, CADE y AEG Compañía Sudamericana de electricidad, que alcanzó un convenio con los ingleses por el cual los primeros no intervenían en el negocio ferroviario y los segundos se apartaban de la provisión de energía eléctrica. Dicho acuerdo evidenciaba el creciente poderío del capital alemán frente a su principal rival (Sommi, 1945: 97). En relación con los grupos económicos estrechamente ligados con los intereses alemanes resulta imprescindible rastrear el recorrido de Tornquist o de Bunge y Born: “ambos organizaron sus negocios internacionales operando inicialmente como agentes financieros de los comerciantes del norte europeo en la próspera pampa rioplatense” (Lanciotti y Lluch, 2018: 33). Tornquist estaba asociado a bancos alemanes, franceses y en menor medida ingleses, mientras que Bunge y Born, además de sus vínculos con la banca belga y alemana, se transformó en una de las principales firmas de exportación de granos, “intervino en la contratación de empréstitos, en empresas ferroviarias e hipotecarias” (Gilbert y Harispuru, 2009).

Argentina; una parte de los uniformes argentinos es alemana. Es inútil hacer resaltar la importancia de tales hechos... El espíritu de cuerpo es un fenómeno tan natural en el ejército, que he oído a oficiales argentinos, hijos de franceses, defender esa injusticia”, refiriéndose a la compra de cañones Krupp en vez de los Creusot franceses (1921: 521).

Al respecto de la incidencia del capital alemán, resulta ilustrativo lo sucedido con el negocio de la exportación granos, la otra actividad que modeló la estructura económica nacional. Al igual que el procesamiento de la carne, el negocio de la venta de trigo, maíz y lino al exterior se organizó alrededor de un reducido número de empresas de capitales extranjeros que se instaló hacia fines de la década de 1880. La particularidad es que, en esta actividad, a diferencia de lo sucedido con los ferrocarriles, los frigoríficos o el sistema bancario, se evidenciaba un claro predominio de las empresas de origen alemán y suizo-francesas que controlaban directa o indirectamente alrededor del 70-80 % de las exportaciones de granos de la Argentina (Bunge & Born, Huni & Wormser y Weil Hermanos & Co.). Entre las principales firmas, Louis Dreyfus & Co. era la única gran empresa cuyos capitales no provenían de Alemania, aunque tenía “un gran número de empleados alemanes y austríacos y una historia de colaboración de pre-guerra con las compañías alemanas en el notorio Big Four” (Gravil, 1977: 63, citado en Volkind y Barlaro, 2016).¹⁹ Estas exportadoras tenían una posición de privilegio en el mercado local que devenía, además, de sus múltiples contactos y de una operatoria que abarcaba puntos distantes del globo. En el caso de las inversiones francesas, además de la provisión de créditos al Gobierno nacional y los Estados provinciales, lograron hacerse fuertes en torno a la concesión del puerto de Rosario, la operatoria de la recién mencionada Dreyfus y las construc-

¹⁹Al respecto, el propio Jorge Born en 1910, ante la consulta del periodista francés Jules Huret: “casi la totalidad de los negocios de cereales —me dijo el Sr. Born— se halla en manos de tres grandes casas exportadoras: la Bunge y Born —que es la nuestra—, la de Luis Dreyfus y Cía y la de Weil, hermanos, que compran y revenden por sí solas el 80 % de la producción total. Existen, además, pequeños negociantes cuyas transacciones se realizan en reducida escala” (Huret, 1988: 220).

ciones ferroviarias que tenían como punto articulador el principal puerto de la provincia de Santa Fe. En lo referido a la nueva ola de inversiones de grupos franceses en el negocio ferroviario a inicios del siglo XX, Regalsky destaca dos aspectos. Por un lado, la existencia de abundante disponibilidad de capitales y los intereses de estos sectores por garantizarse...

solo se puede comprender en el contexto de los crecientes conflictos que enfrentaban a sectores de la elite local con las grandes compañías británicas. Estos conflictos estuvieron centrados en torno a las tarifas y se agudizaron a raíz del proceso de fusión de compañías, que implicaba el alza de los fletes en aquellas áreas hasta entonces beneficiadas con la competencia. (Regalsky, 2002: 326-327)

Esta disputa también se proyectó a la arena política durante el segundo mandato de Roca. Mientras que el presidente apoyó la iniciativa de las firmas británicas, Pellegrini mostró una férrea oposición. Fue en ese momento cuando los capitales franceses se volcaron a la inversión en líneas ferroviarias con epicentro en Rosario y en menor medida en la provincia de Buenos Aires. Se evidencian, de este modo, los múltiples vínculos que anudaron los diversos capitales monopolistas extranjeros y las tensiones que evidenciaron entre ellos, no solo en el plano económico, sino también en el político. Vínculos que incluso se cristalizaban en alianzas matrimoniales. Así fue el caso de la hija de Carlos Pellegrini, que se casó con un conspicuo referente de la banca alemana en Argentina: Adolfo Meyer (Van Der Karr, 1974: 158).

Otra de las ramas donde los británicos se toparon con un fuerte contendiente que terminó imponiendo sus condiciones fue en la industria frigorífica. Para 1907, la firma norteamericana Swift & Com-

pany, la más poderosa en su mercado, adquirió La Plata Cold Storage Co. y a partir de ese momento se incrementaron las empresas estadounidenses en el sector (Smith, 1968: 63). Para 1909, un poderoso complejo de Chicago conocido como la National Packing Company (Swift, Armour, Morris) adquirió “La Blanca”. Finalmente, Sulzberger & Sons también compró otra planta (Lanciotti y Lluch, 2018: 42). De este modo, para 1914, las firmas norteamericanas controlaban prácticamente el 50 % del negocio de la carne para exportación, porcentaje que se incrementaría en la década de 1920.

En torno a la disputa entre potencias, el conflicto generado por la instalación de los frigoríficos norteamericanos y el avance sobre las posiciones de los británicos constituye un episodio paradigmático. En ese marco, un conjunto de legisladores nacionales ligados con el capital inglés volvió a presentar en 1913 un proyecto contra el “trust” estadounidense que ya había sido puesto en consideración en 1909. Al respecto, el historiador Peter Smith afirma que, en las sesiones dedicadas a su tratamiento, estos diputados interpelaron al ministro de Agricultura y alegaron representar tanto a los consumidores como a los productores, aunque en realidad hablaban “en nombre de los frigoríficos británicos y de sus clientes criadores de ganado” (Smith, 1968: 69). El mismo investigador señalaba que un empresario británico le proporcionaba información y materiales a un sector de los diputados argentinos para generar “resentimiento” contra los intereses norteamericanos y contener su avance (Smith, 1968: 69). De tal modo, el debate parlamentario sobre el problema de las carnes tuvo como trasfondo y verdadera motivación la disputa entre los intereses de los capitales norteamericanos y los frigoríficos británicos que se ventila-

ba a través de los debates y contrapuntos de sus respectivos socios y aliados entre los sectores dominantes locales.

En una mirada de conjunto sobre las inversiones extranjeras en Argentina se puede observar que, en los albores de la Primera Guerra Mundial, los capitales británicos, alemanes, franceses, belgas e italianos controlaban lo fundamental de las actividades vinculadas con el sistema bancario y financiero, el comercio de exportación e importación, las explotaciones forestal y ciertas actividades agropecuarias, las agroindustrias, el transporte, el almacenamiento y los servicios públicos (Lanciotti y Lluch, 2018: 18). Esta coexistencia, que implicaba el control de las ramas económicas estratégicas, no estuvo exenta de disputas, conflictos y guerras comerciales donde cada uno de estos grupos buscó afianzarse en detrimento del resto.

Reflexiones finales

Entre fines del siglo XIX e inicios del XX, en el marco de una profunda crisis que se extendió por más de dos décadas, se abrió una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo caracterizada por la concentración y centralización del capital, la conformación de los monopolios y la expansión imperialista moderna. El interés y la necesidad de las nuevas potencias mundiales ya no se restringía a la búsqueda de nuevos mercados para sus manufacturas y aprovisionamiento de materias primas más baratas, sino que el motor fundamental radicaba en la exportación de capitales con el objeto de acumular tasas de rentabilidad más elevadas.

La identificación de la política exterior británica y el comportamiento de las firmas de ese origen con el denominado “imperialis-

mo informal” no refleja adecuadamente los rasgos específicos de esta nueva etapa y emparenta lo sucedido durante el siglo XIX con lo acaecido en el XX. Este enfoque tiende a pasar por alto los cambios cuantitativos y las transformaciones cualitativas que tuvieron lugar en Europa occidental, Estados Unidos y Japón, por un lado, y el resto del mundo, por el otro, así como los vínculos que se enhebraron entre ambos. Ese análisis adopta una perspectiva unilateral desde el punto de vista británico que descuida las particularidades de los territorios subordinados y minimiza los cambios que se produjeron en la relación y dinámica interna de cada uno de los países involucrados que establecieron una particular relación asimétrica.

En este período, la Argentina se insertó en amplitud y profundidad en el mercado mundial contemporáneo como país dependiente y disputado por diversas potencias imperialistas, a partir del entrelazamiento de las clases dominantes locales con el capital monopolista extranjero. Los núcleos de intereses coincidentes les garantizaron condiciones óptimas a las inversiones británicas que pasaron a controlar el sistema financiero, los ferrocarriles, el comercio y un porcentaje de los servicios. Al mismo tiempo, el predominio de los capitales ingleses desplegó diversas estrategias para intentar contener el avance de los monopolios norteamericanos, alemanes, franceses, belgas e italianos que también se habían alineado con otras fracciones de las clases dominantes locales y pasaron a operar en el negocio de las carnes, en la provisión eléctrica, el comercio de granos e incluso los transportes. Así, durante la etapa agroexportadora, el país se transformó en un escenario de fuertes confrontaciones que no solo se evidenciaron en el terreno económico, sino que también se proyectaron al plano político, social y cultural.

Bibliografía

- Brown, Matthew (ed.) (2008). *Informal Empire in Latin America: Culture, Commerce, and Capital*. Oxford: Blackwell, Society for Latin American Studies.
- Cain, Peter y Hopkins, Anthony (2002). *British Imperialism: 1688-2000*. Harlow: Longman.
- Ciafardini, Horacio (1990). *Crisis, inflación y desindustrialización en la Argentina dependiente*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Clemenceau, Georges (2002). *La Argentina del Centenario*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Denis, Pierre (1987). *La valorización del país. La República Argentina - 1920*. Buenos Aires: Ediciones Solar.
- Doyle, Michael W. (1986). *Empires*. Ithaca: Cornell University Press.
- Dumett, Raymond (ed.) (1999). *Gentlemanly Capitalism and British Imperialism: The New Debate on Empire*. Harlow: Longman.
- Ferns, Henry (1968). *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- Ford, Alec (1966). *El patrón oro: 1880-1914. Inglaterra y Argentina*. Buenos Aires: Editorial del Instituto.
- Gallagher, John y Robinson, Ronald (1953). "The Imperialism of Free Trade". *Economic History Review*, 6 (1): 1-15.
- Garner, Paul. (2015). "El 'Imperio Informal' británico en América Latina: ¿realidad o ficción?". *Historia mexicana*, 65 (2): 541-559.
- Gilbert, Jorge y Harispuru, Adela (2009). "El Holding 'Tornquist' y su vinculación con la comunidad belgo-alemana en Argentina". *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 65: 61-80.
- Goltz, Colmar (2015). *Impresiones de mi viaje a Argentina*. Buenos Aires: Ediciones de la Biblioteca Nacional.

- Gravil, Roger (1977). "The anglo-argentine Connection and the War of 1914-1918". *Journal of Latin American Studies*, 1: 59-89.
- Hobsbawm, Eric (1998). *La era del imperio, 1875-1914*. Buenos Aires: Crítica.
- Huret, Jules (1921). *La Argentina. Del Plata a la Cordillera de los Andes*. París: Eugéne Fasquelle editor.
- Huret, Jules (1988). *De Buenos Aires al Gran Chaco*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Lanciotti, Norma y Lluch, Andrea (eds.) (2018). *Las empresas extranjeras en Argentina desde el siglo XIX al siglo XXI*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Laufer, Rubén (2014). "El imperialismo, nuestra época". En Gresores, Gabriela; Spiguel, Claudio y Mateu, Cristina (comp.). *Reflexiones sobre Historia Social desde nuestra América*. Buenos Aires: Editorial Cienflores.
- Lenin, Vladimir (2021). *El imperialismo. Fase superior del capitalismo*. Buenos Aires: Editorial Cienflores.
- López, Mario (2022). "Las grandes compañías ferroviarias de capital británico en la Argentina como empresas autónomas. 1900 - 1930". *Anuario Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo*, 17: 13-52.
- Lluch, Andrea. (2019). Las empresas frigoríficas en Argentina: estrategias empresariales y cambios en el sector industrial (1882-1930). *América Latina en la historia económica*, 26 (2): 1-23.
- McGann, Thomas (1960). *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914*. Buenos Aires: Eudeba.
- Mayo, John (1991). "Imperialismo de libre comercio e imperio informal en la costa oeste de México durante la época de Santa Anna". *Historia Mexicana*, 40 (4): 673-696.
- Minsburg, Naúm (1987). *Capitales extranjeros y grupos dominantes argentinos*. Buenos Aires: CEAL.
- Mommsen, Wolfgang (1995). *La época del imperialismo. Europa 1885-1918*. Madrid: Siglo XXI.

- Onley, James (2005). "Britain's Informal Empire in the Gulf, 1820-1971". *Journal of Social Affairs*, 22 (87): 29-45.
- Platt, Christopher (1968). *Finance, Trade and Politics in British Foreign Policy, 1815-1914*. Oxford: Oxford University Press.
- Pucci, Roberto (1991). "Azúcar y proteccionismo en la Argentina, 1870-1920. Un conflicto regional entre la burguesía mediterránea y el Litoral agroexportador". En Campi, Daniel, *Estudios sobre la historia de la industria azucarera Argentina*, 43-68. Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy y Tucumán.
- Rapoport, Mario (2013). *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*. Buenos Aires: Emecé.
- Regalsky, Andrés (1986). *Las inversiones extranjeras en la Argentina (1860-1914)*. Buenos Aires: CEAL.
- Regalsky, Andrés (2002). *Mercados, inversores y elites. Las inversiones francesas en la Argentina 1880-1914*. Tres de Febrero: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.
- Robinson, Ronald (1972). "Non-European Foundations of European Imperialism". En Owen, Edward y Sutcliffe, Bob (comps.). *Studies in the Theory of Imperialism*, 117-142. Londres: Longman.
- Scalabrini Ortiz, Raúl (1983). *Historia de los ferrocarriles argentinos*. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.
- Smith, Peter (1968). *Carne y política en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Sommi, Luis (1945). *Los capitales alemanes en la Argentina. Historia de su expansión*. Buenos Aires: Editorial Claridad.
- Spiguel, Claudio (2007). "La dependencia argentina y sus bases sociales internas: Una evaluación historiográfica en torno a la gran burguesía intermediaria del capital extranjero". *Actas de las XI° Jornadas Interescuelas/Departamentos de historia*, Tucumán.

- Spiguel, Claudio (2010). “De la independencia a la dependencia”. En Mateu, Cristina (comp.). *Argentina en el bicentenario de la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: La Marea.
- Spiguel, Claudio (2018). “La dependencia argentina y sus bases sociales internas: una evaluación historiográfica en torno a la gran burguesía intermediaria del capital extranjero”. En Mateu, Cristina y Schneider, Alberto (org.). *Estados Nacionais e pensamento social no América Latina*. São Paulo: Editorial Pontificia Universidade Católica de São Paulo.
- Van Der Karr, Jane (1974). *La Primera Guerra Mundial y la política económica argentina*. Buenos Aires: Ediciones Troquel.
- Vázquez Presedo, Vicente (1971). *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo 1875-1914*. Buenos Aires: Eudeba.
- Volkind, Pablo y Barlaro, Renata (2016). “Las empresas exportadoras de granos en Argentina durante la etapa agroexportadora (1880-1914): indagaciones y problemas”. *Documentos de Trabajo del CIEA*, 11: 5-22.
- Williams, John (2003). *El comercio internacional argentino y el papel moneda inconvertible 1880-1900*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.
- Zeballos, Estanislao (1901). “Bahía Blanca. Notas e impresiones en 1879 y 1891”. *Revista de derecho, historia y letras*. Tomo X: 455-476.

| CAPÍTULO 2 |

Entre la “cuestión Malvinas” y la “causa Malvinas”: las relaciones argentino-británicas antes de 1982

María Inés Tato²⁰

Introducción

Desde el siglo XIX, el término “Malvinas” encierra varios significados superpuestos, que aluden simultáneamente a dimensiones interconectadas pero autónomas: a la “cuestión Malvinas”, a la “causa Malvinas” y, desde 1982, al Conflicto del Atlántico Sur o Guerra de Malvinas/Falklands War. Por “cuestión Malvinas” entendemos el diferendo diplomático entre la Argentina y el Reino Unido en torno a la soberanía sobre las islas Malvinas, Georgias del Sur, Sándwich del Sur y los espacios marítimos circundantes, suscitado en 1833. Con “causa Malvinas” nos referimos a la convicción socialmente compartida en la soberanía argentina sobre esos territorios y a la demanda de reintegrarlos al patrimonio nacional, elementos centrales de un nacionalismo cotidiano o banal, socialmente interiorizado y vivenciado, fuertemente ligado a la emocionalidad (Billig, 1995). Con el paso de las décadas, la “cuestión Malvinas” fue dando origen a la “causa Malvinas”. No obstante, como analizaremos en este capítulo, el vínculo entre ambas no fue lineal y experimentó tensiones a lo largo del siglo XX que impactaron sobre las relaciones argentino-británicas.

²⁰CONICET/UBA, Instituto Ravignani, Grupo de Estudios Históricos sobre la Guerra (GE-HiGue).

En este capítulo trazaremos brevemente la evolución de la “cuestión Malvinas”, examinaremos el derrotero de la “causa Malvinas” en varias coyunturas anteriores a la guerra, así como sus coincidencias y desavenencias con la marcha de la cuestión diplomática, y señalaremos su impacto en las relaciones entre la Argentina y el Reino Unido. Si bien exploraremos el itinerario de esas dos dimensiones de análisis, el foco del trabajo estará puesto en diversos actores de la sociedad civil que, en diferentes momentos del siglo XX y desde diversas tradiciones político-ideológicas, reivindicaron la soberanía argentina sobre el archipiélago y demandaron su restitución, expresando en la mayoría de los casos un temperamento fuertemente antibritánico. Asimismo, consideramos que un análisis de la “causa Malvinas” en el largo plazo coadyuvará a una comprensión más cabal del consenso social que en 1982 acompañó la iniciativa de la dictadura militar de lanzar la campaña ofensiva en las islas conocida como “Operación Rosario”, que pronto derivó en la guerra.

I

Desde 1833, la ocupación británica de las islas Malvinas fue un motivo de discordia entre las autoridades de las Provincias Unidas del Río de la Plata —y sus sucesoras, la Confederación Argentina y la República Argentina— y el Reino Unido. Argentina basó su reclamo en la afirmación de la prioridad del descubrimiento y de la ocupación, en la transferencia de la soberanía de manos españolas tras la independencia y en la continuidad geográfica y geológica entre el archipiélago y el territorio continental argentino. Por su parte, el Reino Unido también sostuvo la prioridad en el descubrimiento y la ocupación de las

islas, y subrayó el carácter continuo de su posesión desde 1833 como argumentos para reivindicar la soberanía.

A lo largo de las décadas y a través del expediente diplomático, gobiernos civiles o militares argentinos, y de diferente signo político, insistieron infructuosamente en su demanda de soberanía. En efecto, desde Buenos Aires se remitieron a las autoridades británicas reclamos en 1833, 1834, 1841, 1842, 1849, 1884, 1885, 1886, 1887, 1888, 1908, 1917, 1925, 1926, 1933, 1939, 1940, 1943 y 1945 (Beck, 2014: 89-91). No obstante, ello no impidió la continuidad de intensas relaciones comerciales entre ambos Estados, cuyas economías se complementaban.

La creación de las Naciones Unidas en 1945 significó un punto de inflexión en el desarrollo de la cuestión Malvinas. La Argentina encontró en ese foro internacional un nuevo ámbito desde el que renovar sus reclamos. Por su parte, el Reino Unido añadió el principio de autodeterminación a los argumentos que esgrimía, apelando a la voluntad de los isleños. En 1965, las Naciones Unidas contemplaron la demanda argentina al emitir la Resolución 2065. Esta reconoció internacionalmente la existencia de una disputa por la soberanía, incluyó a las Malvinas en el proceso de descolonización previsto en la resolución 1514 de 1960 e invitó a Gran Bretaña y la Argentina a negociar (Beck, 2014: 95-97). Esas negociaciones derivaron en 1971 en un Acuerdo de Comunicaciones que estableció una conexión aérea directa entre la Argentina y las islas, y habilitó la operación de dos empresas estatales argentinas, Yacimientos Petrolíferos Fiscales y Gas del Estado, entre otros servicios brindados a los isleños. Pero, en última instancia, las negociaciones que se sucedieron a lo largo de la década de 1970 resultaron inconducentes en lo que respecta a la soberanía. Las alternativas que se barajaron para solucionar el diferendo terminaron siendo

descartadas, como fue el caso de la propuesta de un arrendamiento argentino o de un condominio angloargentino (Carassai, 2022: 137-144, 153-159, 191-195, 204).

En líneas generales, así como el Estado argentino perseveró en el reclamo diplomático, tuvo una política más errática en el fomento de Malvinas como causa nacional, una decisión probablemente inspirada en el objetivo de preservar los vínculos comerciales con el Reino Unido, su principal socio comercial hasta mediados del siglo XX.

II

La existencia del conflicto diplomático con el Reino Unido no devino automáticamente en la conformación de una causa nacional en torno a Malvinas. El estado actual de las investigaciones no permite determinar con precisión el momento en el que emergió ni su derrotero preciso, sino a lo sumo algunos momentos en los que sus contornos adquirieron mayor consistencia. En ocasiones se ha intentado rastrear la causa Malvinas en la segunda mitad del siglo XIX. Se identifica al escritor José Hernández como pionero a raíz de la publicación de dos artículos de su autoría en el periódico *El Río de la Plata*, que acompañaron la reproducción de una carta del comandante Augusto Lasseurre referida a su viaje a las islas (Guber, 2012: 66-67). En esos artículos, Hernández exaltaba los derechos soberanos de la Argentina sobre el archipiélago y censuraba la supuesta desidia del Gobierno argentino —por entonces a cargo de Domingo Faustino Sarmiento, adversario de las fuerzas federales en las que militaba— a la hora de demandar su devolución (Hernández, 2006). No obstante, es necesario relativizar el rol señero atribuido al poeta. Por un lado, la alta tasa de analfabetismo

registrada por el Censo Nacional de 1869 —año de publicación del artículo—, que alcanzaba el 77,4 % (Consejo Federal de Inversiones, 1966), limitaba drásticamente su alcance social. Por otro lado, por esos años Hernández era aún una figura marginal en el ámbito periodístico y no gozaba de la popularidad que le conferiría la publicación del *Martín Fierro* tres años después (Halperin Donghi, 1985).

También se señaló como hito en el avance de la causa la publicación en 1910 del libro de Paul Groussac titulado *Les Îles Malouines*, en plena celebración del centenario de la Revolución de Mayo (Guber, 2012: 69-75). En esa obra, el intelectual francés ofrecía a la Argentina que lo había acogido una recopilación y sistematización de los argumentos históricos y jurídicos que apuntalaban los derechos argentinos sobre las islas, que en adelante serían incorporados al arsenal de fundamentos del reclamo oficial. No obstante, el hecho mismo de que el libro se publicara solo en francés dejaba en claro que se dirigía a una audiencia limitada a las elites y al ámbito de la diplomacia.

Tanto el caso de Hernández como el de Groussac atestiguan que la reivindicación de los derechos soberanos sobre el archipiélago y el irredentismo circulaban en el campo cultural argentino, pero no necesariamente expresaban una causa nacional ampliamente compartida. Para explicar cómo la “cuestión Malvinas” devino en “causa Malvinas” es preciso complementar el enfoque de la historia intelectual, centrado en referentes del mundo de la cultura y en sus obras, con el abordaje característico de la historia social, atenta a las creencias, las prácticas y las vivencias cotidianas de diversos actores sociales, afrontando los desafíos metodológicos que impone aprehenderlas.

III

Coincidimos con Vicente Palermo en que la causa Malvinas experimentó un salto cualitativo (y también cuantitativo) hacia mediados de la década de 1930 (Palermo, 2007: 139). Sin embargo, hay indicios de que con anterioridad a esos años ya había logrado un cierto arraigo social. En efecto, en el curso de la Primera Guerra Mundial, la Argentina neutral fue objeto de una intensa campaña de propaganda desplegada por ambos bandos beligerantes en pos de alinearla con sus respectivos intereses. Además de aplicar localmente su estrategia global de denuncia del imperialismo y de la duplicidad de su enemigo británico, la propaganda del Imperio alemán también echó mano de la cuestión Malvinas (Tato, 2020: 18-28). Como es sabido, la efectividad de la propaganda radica en la apelación a tópicos preexistentes antes que en la instalación de unos nuevos. En tal sentido, la insistencia alemana en el diferendo británico y la prédica irredentista son indicativas de la existencia de un tema sensible hábilmente explotado en la batalla por la conquista de la opinión pública local. El ministro plenipotenciario del Reino Unido en la Argentina, Sir Reginald Tower, alertó a su Gobierno de que “uno de los temas más populares de la propaganda alemana en la República Argentina desde el comienzo de la guerra ha sido el de las Islas Falkland”, plasmado en “innumerables artículos de diario, volantes y panfletos” (Tower, 1917b). En líneas generales, esos textos denunciaban la ocupación británica de 1833 como una usurpación de un territorio legítimamente argentino y repasaban la historia de la disputa y los fundamentos de la demanda argentina. Algunos agentes locales de la propaganda alemana llegaron a afirmar que “la vieja injusticia de Gibraltar y las Malvinas, consumada por la fuerza y la rapacidad de Inglaterra, no subsistirá, gracias al triunfo

de las armas alemanas” (“Las Malvinas”, 1918), insinuando una eventual devolución en caso de que la contienda culminara con la victoria germana. Además del recurso a la propaganda escrita, fomentaron la creación de asociaciones destinadas a agitar a la opinión pública en torno a la cuestión, como el Comité Pro Argentinización de las islas Malvinas, denominado poco después Liga Argentina Pro Devolución de las islas Malvinas (Tato, 2020: 26-27).

Asimismo, durante la Gran Guerra la causa Malvinas también irrumpió en la esfera pública de la mano del debate acerca de la política exterior oficial, especialmente a partir de 1917. En esa coyuntura, el hundimiento de tres naves mercantes de bandera argentina por submarinos alemanes, sumado al denominado “affaire Luxburg” y al ingreso de los Estados Unidos en el bando aliado, precipitaron una crisis diplomática con el Imperio alemán y una profunda conmoción de la opinión pública argentina. El consenso social en torno a la neutralidad oficial se quebró y generó una polarización entre los neutralistas, que propiciaban la continuidad de la política oficial, y los rupturistas, que proponían la ruptura de las relaciones diplomáticas con Alemania (Tato, 2020: 28-30).

En ese contexto, la cuestión Malvinas se introdujo en los debates impulsada por los sectores neutralistas, que subrayaron la imposibilidad del alineamiento con los Aliados dado el diferendo vigente por las islas con el Reino Unido. Como lo expresara un volante anónimo en ocasión del 10 de junio (fecha de la creación en 1829 de la Comandancia Política y Militar de las islas):

Inglaterra impulsada por ese amor al respeto y a la libertad de las naciones débiles con que ha ido formando su inmenso impe-

rio entró a sangre y fuego en las Malvinas, asesinando cruelmente a los argentinos que las defendían, y arrió nuestra bandera para izar aquella a cuya sombra los filibusteros escribieron su negra historia y que, en vano, habían intentado, sin provocación alguna, como avezados piratas, veintiséis años antes hacer flamear en Buenos Aires.

[...] hoy [...] agentes británicos y argentinos a sueldo del gobierno inglés, pretenden vender por treinta dineros nuestra sangre [...] Mientras Inglaterra nos paga la injuria de retener las Malvinas, todo corazón sinceramente argentino debe considerar a Inglaterra como enemigo de su patria!! (citado en Tower, 1917a)

El denominado Comité Argentino Pro Malvinas se expresó en el mismo sentido:

El oro de algunas naciones extranjeras ha tratado de confundir a la opinión pública para hacerle creer que en esta guerra mundial el honor y el interés argentinos demandan nuestra entrada en favor de un grupo de beligerantes. Esto es una impostura. (...) No hay actualmente incentivos para que sigamos a aquellos que bajo el disfraz de amistad intentaron aplastarnos en 1806 y 1807 y luego nos robaron deslealmente las Islas Malvinas. (citado en Tower, 1917c)

Tanto en la prensa como en las movilizaciones callejeras que abundaron por entonces, fue habitual el eslogan “¡Que nos devuelvan las Malvinas!”, acuñado por el diario *La Verdad*, de orientación radical pero crítico de la neutralidad oficial (Tato, 2020: 35-36). Tras algunas profesiones de fe neutralista era dable vislumbrar la influencia alemana, aunque en otros casos la condena del expansionismo británico iba de la mano de la crítica a Alemania, como manifestó el ya mencionado Comité Argentino Pro Malvinas:

La hipócrita Inglaterra humilla la causa del Derecho y de la Justicia al retener descaradamente, por la fuerza bruta, las islas Malvinas argentinas. El Derecho y la Justicia están con Bélgica contra Alemania, con Irlanda, con Gibraltar y con las Malvinas contra Inglaterra. (citado en “Légation de Belgique”, 1917)

En suma, al reavivar el recuerdo de la disputa por las islas y al incorporarlas al debate público, la Gran Guerra permitió vislumbrar que la causa Malvinas estaba tomando forma y que los principales tópicos habitualmente asociados a ella —la denuncia del despojo, el nacionalismo territorialista que filia la soberanía en la herencia hispánica, el irredentismo— ya se hallaban presentes.

IV

En la década de 1930, la construcción social de la causa Malvinas experimentó un marcado incremento, en una agitada coyuntura nacional e internacional. Es probable que haya incidido el centenario de la ocupación británica de las islas y su celebración por las autoridades del Reino Unido. Como puntualizara el secretario de Estado para las Colonias, Philip Cunliffe-Lister, las autoridades británicas “no pueden dejar de tener en cuenta el sentimiento que han despertado en Argentina las celebraciones del Centenario de las Islas Falkland y, en particular, la emisión conmemorativa de sellos postales”, por lo cual recomendaba una...

actitud de corrección política tal que no dé excusas para un revival de agitación sobre el reclamo argentino o para que el gobierno argentino se asocie a la opinión popular sobre el tema, con los con-

siguientes efectos perjudiciales sobre las relaciones entre ambos gobiernos. (Cunliffe-Lister, 1933)

Sin duda fue decisivo el impacto del Tratado Roca-Runciman, que buscó mantener abierto el mercado británico para las exportaciones argentinas tras la Conferencia de Ottawa de 1932, en el marco de la gran depresión. Las cláusulas del Tratado fueron duramente cuestionadas por los intelectuales y movimientos nacionalistas que florecieron en esa década y condujeron a un replanteo crítico de los vínculos históricos entre la Argentina y Gran Bretaña. El ejemplo paradigmático fue la obra *La Argentina y el imperialismo británico*, de Rodolfo y Julio Irazusta, publicada en 1934 (Palermo, 2007: 139-140). En esa línea, publicaciones, intelectuales y movimientos políticos radicalizados recurrieron con frecuencia a Malvinas para denunciar el imperialismo británico, conviviendo con otras expresiones más moderadas de la reafirmación de la soberanía argentina.

En 1934, el senador socialista Alfredo Palacios presentó un proyecto de ley que encomendaba a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares la traducción del libro de Groussac y la publicación de una versión compendiada a distribuirse gratuitamente en todos los institutos de enseñanza y bibliotecas del país y del exterior. La iniciativa, que aspiraba a que “todos los habitantes de la República sepan que las islas Malvinas son argentinas y que Gran Bretaña, sin título de soberanía, se apoderó de ellas por un abuso de fuerza” (Palacios, 1984: 15), obtuvo el apoyo unánime del Congreso y se concretó en la publicación de *Las Islas Malvinas* (Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, 1936). Esta obra marcó un mojón clave en la configuración de la causa Malvinas por cuanto hizo accesibles a un público vasto los fundamentos de la reclamación diplomática argentina.

En 1937, el libro encontró un nuevo canal de difusión. En respuesta al pedido de materiales para varias bibliotecas de escuela y de aula del país que le efectuara *Figuritas. La Revista Argentina del Escolar*, la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares decidió donar a cada una dos ejemplares del libro de Groussac, uno de la versión completa y otro del compendio, y delegó en la revista la distribución de copias a nuevos solicitantes. Ante el interés despertado entre sus lectores por esta iniciativa, *Figuritas* impulsó una apasionada campaña de difusión de la causa Malvinas en el ámbito escolar que se prolongó hasta 1940, con ocasionales reverberaciones hasta su cierre, en 1946. El inspirador de la campaña fue Vicente P. Cacuri, un autodidacta que, con el seudónimo de “El Profesor Plin”, fomentó la malvinización de docentes y alumnos de la escuela primaria (Tato, 2022: 67-70). Su campaña reconoció sucesivas etapas. En primer lugar, estimuló la reflexión de sus lectores acerca del lema “Las Malvinas son argentinas”, así como su reproducción: “Coopere a la cruzada moral de FIGURITAS. Diga, escriba y difunda en todas partes y en toda forma: ‘las Malvinas son argentinas’”, rezaban numerosos recuadros dispersos en sus páginas. Ese leitmotiv fue inserto, además, de manera ocasional en dos de sus principales historietas, “Alelí” y “La Pluma Cucharita”. En segundo lugar, la revista propuso al Ministerio de Educación la instauración del 10 de junio como Día de las Malvinas, en conmemoración de la creación de la Comandancia Política y Militar a cargo de Luis Vernet en 1829. *Figuritas* se hizo eco así de una propuesta similar presentada en 1936 por la asociación civil “El Ceibo”. Aunque las autoridades educativas no accedieron a la solicitud, en la práctica varias escuelas conmemoraron la fecha *motu proprio*. En tercer lugar, *Figuritas* emitió estampillas con el mapa de la Argentina y la leyenda “Las Malvinas son argenti-

nas” que distribuyó gratuitamente entre sus lectores; esta campaña se benefició del impulso a la correspondencia interescolar que alentó la revista y que hizo llegar su lema a los confines del territorio nacional y de algunos países sudamericanos (Tato, 2022: 70-81).

El éxito de la cruzada de malvinización de la revista fue atestiguado por las innumerables cartas de lectores, reproducidas en sus páginas, que no solo hacían eco de sus sugerencias, sino que también exponían iniciativas propias. Ello permite inferir que, en última instancia, *Figuritas* detectó, amplificó y supo canalizar una demanda social hasta entonces inarticulada en torno a la causa Malvinas. En palabras de Cacuri:

Hemos construido algo así como un torreón alzado en la soledad. (...) captamos las impresiones del ambiente. Irradiamos luego las sugerencias, las voces propicias, los testimonios de solidaridad con esta cruzada de redención (...) Somos actores y nos sumamos al elenco común. (...) somos una fuerza más –solo una modesta fuerza– en la recia corriente, que alienta una causa grande. (Profesor Plin, 1939)

Su campaña fue significativa por diversas razones. En primer lugar, *Figuritas* cubría el vacío dejado por la curiosa omisión de la cuestión Malvinas en la currícula oficial de Historia de la escuela primaria (Santos La Rosa, 2019: 24-25, 30). Asimismo, a contramano del nacionalismo antiliberal en ascenso en el período, la revista defendió la soberanía argentina desde una perspectiva estrictamente liberal y, en lugar de vilipendiar al Reino Unido desde el antiimperialismo en boga, apeló a los tradicionales lazos de confraternidad entre ambas naciones para demandar la restitución de las islas. En tal sentido, remarcó:

La onda trabazón de simpatías e intereses forjados en una recíproca amistad secular entre la Argentina e Inglaterra, ha de favorecer

para que, planteada decididamente la cuestión se reconozca el derecho argentino y vuelva a flamear un día la enseña de Belgrano, izada en el litigado archipiélago como testimonio de soberanía y mandada arriar en un hecho de fuerza tan ofensivo como injusto. (Profesor Plin, 1937)

El perfil liberal de *Figuritas* no fue obstáculo para que, en lo que a Malvinas concernía, abriera sus páginas a la colaboración de representantes del nacionalismo antiliberal. Esta confluencia alrededor de la causa Malvinas de sectores ideológicamente disímiles revela su transversalidad, como se pondría nuevamente de manifiesto en las variadas adhesiones sociales que en 1982 cosechó la acción armada. Entre los colaboradores de la revista que procedían de sus antípodas políticas se contaba el nacionalista católico Juan Carlos Moreno, autor de *Nuestras Malvinas: viaje de estudio y observación*, publicado por primera vez en 1938. En este libro, Moreno narra sus experiencias e impresiones tras un viaje realizado poco antes al archipiélago y repasaba los fundamentos del reclamo argentino. Extractos del volumen aparecieron en *Figuritas*, en *Caras y Caretas* y en otras publicaciones periódicas, por lo que adquirieron una amplia circulación. Asimismo, la obra fue profusamente republicada a lo largo de las décadas, en ediciones corregidas y aumentadas que incorporaron también la cuestión antártica, y en 1950 fue autorizada como lectura para la escuela primaria (Santos La Rosa, 2019: 29). El libro de Moreno fue probablemente el más popular de otros tantos que aparecieron en el mercado editorial de esos años, como *El zarpazo inglés a las Islas Malvinas*, de Juan Gregorio Beltrán, o *La tercera invasión inglesa*, de Antonio Gómez Langenheim. Dentro de ese clima de ideas, en 1939 se formó en Buenos Aires la Junta para la Recuperación de las Islas Malvinas, efímeramente presidida

por Alfredo Palacios, en la que convivieron intelectuales de distinta orientación política, incluyendo a nacionalistas antiliberales. Además de financiar varias ediciones del libro de Moreno, la Junta convocó un concurso para elaborar una Marcha de las Malvinas, en el que se impuso la versión compuesta por Carlos Obligado (letra) y José Tieri (música), que vio la luz pública en 1941.

V

Al igual que entre 1914 y 1918, durante la Segunda Guerra Mundial la propaganda de Alemania y sus publicistas locales recurrieron con frecuencia al conflicto por las islas para desalentar el apoyo a los Aliados. El diario *Crítica* denunció la penetración nazi en la Argentina y el despliegue de una intensa campaña antibritánica focalizada en la cuestión Malvinas (“Los que trabajan...”, 1939). En línea con esas consideraciones, otros medios de prensa también cuestionaron la oportunidad del reclamo irredentista y echaron un manto de sospecha sobre cualquier reafirmación de la soberanía argentina sobre las islas:

En la vida de las naciones hay momentos (o épocas) en que circunstancias especiales imponen abstenerse de proseguir, momentáneamente, una lucha por justificada que fuera, en espera de un momento más propicio. (...) la lucha por la reconquista de las islas Malvinas se realiza precisamente en una hora en la cual Gran Bretaña se ve complicada en una lucha de vida o muerte, además de por su propia existencia, por la existencia y vigencia de los más sagrados derechos de la humanidad, en la lucha por la libertad y la democracia mundial contra la tiranía y la dictadura totalitarias (...) no son pocos los que creen, justificadamente o no, que este

tan repentino cuan inexplicable incremento de tal propaganda en estos instantes, obedece, en el fondo, a un sutil plan del ministerio de propaganda del gobierno de Berlín y de sus hábiles agentes en nuestro país. (“Notas y comentarios”, 1939)

Agrupaciones como la Alianza de la Juventud Nacionalista (denominada luego Alianza Libertadora Nacionalista), liderada por Juan Queraltó, emprendieron numerosas acciones para reclamar la restitución del archipiélago, que incluyeron conferencias públicas y la difusión de carteles murales, folletos y volantes con leyendas alusivas. Asimismo, dicha agrupación recolectó firmas para un petitorio dirigido al presidente de la nación que exigía la recuperación de las islas, que obtuvo numerosas adhesiones en los colegios, donde la agrupación contaba con un activo brazo estudiantil (“Alianza de la Juventud Nacionalista”, 1939). Volantes y sueltos de propaganda en la prensa exhortaban a la firma del petitorio afirmando: “Todo momento es propicio para reparar las ofensas al honor. Mientras no recuperemos las Malvinas estaremos en deuda con nuestros mayores y con el pasado de gloria que nos supieron legar” (“Todo momento es propicio”, 1939). No obstante, a partir de 1940, las restricciones a la libertad de expresión en virtud de la neutralidad oficial y un clima social crispado por las polarizaciones ideológicas internas y externas condujeron al silenciamiento del reclamo argentino de soberanía hasta la finalización de la contienda (Tato, 2022: 84-90).

Tras la guerra, la cuestión Malvinas reapareció gradualmente en el debate público. El peronismo contribuyó a su transformación en “sentido común” al afianzar la prédica del nacionalismo territorialista en la educación (Palermo, 2007: 124; Escudé, 1987: 22). El nuevo impulso a la causa Malvinas tuvo lugar a partir del Segundo Plan Quinquenal,

que modificó la currícula escolar y habilitó abundantes referencias a esta problemática en muchos libros de texto del nivel primario, donde —como señaláramos antes— hasta entonces habían estado ausentes (Santos La Rosa y Marinozzi, 2018: 52-56).

VI

En las décadas de 1960 y 1970, la causa Malvinas alcanzó una mayor proyección pública, que se expresó, por ejemplo, en una prolífica producción musical referida a ella, especialmente en el folklore, el género más popular en esos años (Carassai, 2022: 223-228). Asimismo, provocó un “crescendo reivindicativo” en consonancia con la radicalización del clima político de la época, que habría de tener una amplia repercusión social (Tato, 2023: 154). El primer episodio de fuerte resonancia en la opinión pública fue protagonizado por el piloto Miguel Fitzgerald en septiembre de 1964, cuando aterrizó su Cessna 185 cerca de Puerto Stanley, desplegó la bandera argentina y entregó una proclama que reafirmaba los derechos argentinos sobre las islas. En esa proclama calificaba la ocupación de 1833 como un “acto de piratería y avasallamiento de la soberanía argentina”, de “despojo”, y declaraba “la irrevocable determinación” de la ciudadanía argentina de “poner término a la tercera invasión inglesa” (García, 2012: 222-223).

Dos años después, un grupo comando de militantes nacionalistas dirigido por Dardo Cabo y María Cristina Verrier secuestró un avión de Aerolíneas Argentinas y lo hizo desviar a las Malvinas, con los pasajeros y la tripulación a bordo, acción que recibió el nombre de “Operativo Cóndor”. Además de izar banderas argentinas y anunciar la redenominación de la capital de las islas como “Puerto Rivero”, los

militantes armados demandaron al gobernador el reconocimiento de los derechos argentinos sobre el archipiélago. En su proclama, no se refirieron al episodio de 1833, sino que subrayaron la apelación a la acción (“hemos preferido los hechos a las palabras”) y el objetivo de “reafirmar con nuestra presencia la soberanía nacional” (“Una proclama histórica”, 1966). Tras varios días de infructuosas negociaciones con las autoridades isleñas, los “cóndores” fueron finalmente apresados y enviados a la Argentina, condenados a prisión. Estos dos sucesos —el vuelo de Fitzgerald y el Operativo Cóndor— tuvieron una profunda repercusión en la sociedad. En 1964, el piloto argentino fue ovacionado a su retorno a Buenos Aires y acompañado por una caravana en su recorrido por la ciudad (Ciccone, 2021: 263-268). En cambio, las reacciones frente al Operativo Cóndor exhibieron ribetes violentos en las principales ciudades del interior, que incluyeron la quema de la bandera británica y de efigies de la reina, ataques a la residencia del embajador del Reino Unido y a algunos consulados, el cambio de nombres de estaciones o calles, así como consignas y panfletos antibritánicos (Bartolucci, 2021: 61-63).

El cambio de tono de esas movilizaciones da cuenta de la creciente disconformidad de algunos sectores de la sociedad con el rumbo de las negociaciones diplomáticas en curso. En su extenso y apasionado poema de 1971, *Estas Islas son nuestras*, Enrique González Trillo deploró la inacción de la dirigencia política y la apatía de la sociedad frente a la cuestión Malvinas a lo largo de su historia, y exhortó explícitamente a una acción armada para recuperar las islas:

Irredentas.

No santificadas en su cruento despojo por nuestra sangre,

sin holocausto de héroes ni de mártires,
en la soledad y el silencio de su desesperado cautiverio,
sin saber cuándo volverán a nuestro ensueño
y se reintegrarán en libertad sagrada a nuestro suelo.
Allá está la tierra despojada e inerme,
Tierra argentina que no fue protegida hasta la muerte.
[...]

No tuvimos entonces, ni ahora, el valor ni la audacia
de responder a ese zarpazo con la segura razón de las armas.
(citado en Da Fonseca Figueira, 1978: 82)

Por su parte, a partir de 1973 diputados y senadores del oficialismo y de la oposición exigieron al Gobierno mayor firmeza en las negociaciones con el Reino Unido. Algunos llegaron incluso a requerir el uso de la fuerza para la recuperación del archipiélago; de tal forma, coincidían con las sugerencias en el mismo sentido de publicaciones como *Mayoría* y *Panorama* (Carassai, 2022: 166-168).

En diciembre de 1974, la exhortación a una acción armada cobró nuevos bríos a partir de las imprudentes declaraciones del canciller argentino Alberto Vignes en una rueda de prensa, donde sostuvo que la recuperación de las islas solo podría alcanzarse “invadiéndolas o negociándolas”. Días después, el popular diario *Crónica* reaccionó ante las palabras del ministro lanzando una campaña de reclutamiento de voluntarios para invadir las Malvinas. Héctor Ricardo García, el fundador y director de este periódico porteño —que tenía una tirada de alrededor de 800 000 ejemplares diarios—, estaba profundamente consustanciado con la causa Malvinas, al punto de haber convertido a *Crónica* en el “campeón periodístico de la soberanía argentina en las islas”, en palabras de la agencia de noticias France Presse (“Campeo-

nes periodísticos de la soberanía en el archipiélago”, 1974). En 1964 tuvo la primicia exclusiva del vuelo de Fitzgerald; en 1966 fue testigo directo del Operativo Cóndor, ya que había viajado en el vuelo secuestrado por invitación de Dardo Cabo; en 1968 voló nuevamente a las islas acompañado de Fitzgerald para una cobertura periodística de la visita del ministro de Asuntos Exteriores británico, Lord Chalfont. A fines de 1974, cuando arreciaban las críticas al estancamiento de las negociaciones acerca de la soberanía sobre el archipiélago, la tapa de la quinta edición de *Crónica*, con su habitual tipografía catástrofe, exhortó a la presidenta de la nación, María Estela Martínez de Perón, a tomar el archipiélago por las armas: “¡Atrévase, Isabel! ¡Todos la vamos a apoyar! Invasión de las Malvinas. Basta de palabras, discursos y reclamos: ‘Crónica’ ofrece reclutar voluntarios” (“¡Atrévase, Isabel!”, 1974). El diario abrió un registro de voluntarios y ofreció su avión para trasladarlos a las islas. Tres días después de lanzada la campaña, informó que se habían anotado casi 20 000 ciudadanos dispuestos a participar de la invasión —hombres y mujeres de diferentes profesiones, edades y procedencia geográfica, de quienes publicó sus datos personales—. Personalidades del deporte y del espectáculo, como el boxeador Oscar “Ringo” Bonavena, el cantante Roberto Rimoldi Fraga y los actores Adolfo García Grau y Mercedes Carreras, expresaron su voluntad de enrolarse como voluntarios. La iniciativa de *Crónica* fue respaldada por sindicatos, asociaciones civiles y políticos de diversa orientación partidaria. El diputado nacional Juan Carlos Cárdenas, de Vanguardia Federal de Tucumán, felicitó al diario por haber “introducido en la larga e infructuosa gestión diplomática el hábito vivificante de la voz popular, como un elemento dinamizante” y por facilitar la difusión masiva de la cuestión Malvinas al poner al alcance de los sec-

tores populares datos históricos e información relevante: “La altura de los tiempos requiere un lenguaje claro y descarnado, más allá del eufemismo protocolar y de las formas diplomáticas”. Paralelamente, Cárdenas presentó un proyecto de ley para autorizar al Poder Ejecutivo a “tomar, en el momento que lo considere oportuno, las medidas de hecho necesarias para recuperar la posesión de las islas Malvinas”, basándose en el artículo 67 de la Constitución que depositaba en el Congreso la facultad de autorizar al Ejecutivo a declarar la guerra. Fundamentó su propuesta en que...

después de casi un siglo y medio están agotadas las vías diplomáticas. Hipocresías, engaños, dualidades y dilaciones son las constantes que signan la conducta del usurpador y resultaría de una ingenuidad casi suicida pensar que ella puede cambiar. No se trata de caer en el patrioterismo belicista. Se trata simplemente de ubicar las cosas en la realidad y proceder en consecuencia. (“Y si fuese necesario, la guerra”, 1974)

La campaña de *Crónica* obtuvo el tácito aval del Senado, donde todos los bloques partidarios aprobaron por unanimidad una declaración acerca del “Derecho y deber de defensa de las Islas Malvinas por parte de cada argentino”, en la que señalaron que “todo argentino tiene el pleno derecho y el irrenunciable deber de manifestar su libre opinión en defensa de las Islas Malvinas como parte integrante de la soberanía territorial del país” y respaldaron “toda acción de movilización popular en defensa de las Islas Malvinas como parte del territorio argentino” (“Por nuestra campaña para recuperar las Malvinas”, 1974). No obstante, la cruzada de la tribuna de García no solo recolectó apoyos, sino que le valió una prolongada clausura en virtud del artículo 22 de la Consti-

tución nacional: *Crónica* fue acusado de arrogarse “facultades para la convocatoria de la defensa nacional, interfiriendo las tratativas normales conducidas por el Poder Ejecutivo Nacional” y los directivos del diario, por su parte, fueron procesados por incitar a la sedición (Tato, 2023: 160-163).

La crisis económica y política de los años subsiguientes dejó en segundo plano la causa Malvinas, que recobraría una trágica centralidad en 1982.

Reflexiones finales

El trayecto recorrido por la “cuestión Malvinas” y la “causa Malvinas” en el siglo XX muestra que, aunque en ocasiones confluyeron, no siempre hubo sincronidad entre las acciones o los posicionamientos del Estado y los de la sociedad, que registraron su propia dinámica, su propia lógica, su propio ritmo.

El Estado se concentró principalmente en la cuestión Malvinas, esto es, en el abordaje del diferendo diplomático a través de reclamos bilaterales y, en el siglo XX, también en foros internacionales. Esta última estrategia redundó en la apertura de negociaciones con el Reino Unido que registraron avances en algunas áreas, pero no encontraron respuesta al reclamo de soberanía. En lo que respecta a la causa Malvinas, algunos actores estatales manifestaron inquietudes en torno a la reafirmación de los derechos sobre las islas, como lo evidenció el proyecto de Alfredo Palacios de traducir la obra de Groussac, avalado por unanimidad en el Congreso. Traducida en ley, esta iniciativa fue clave en la divulgación en amplios sectores de la población de los ar-

gumentos jurídicos, históricos y geográficos en los que se fundaba el reclamo argentino.

Sin embargo, por lo general, fue la sociedad civil quien tomó la delantera en la construcción de la causa. Puede conjeturarse que el rezago oficial en esa área durante gran parte del siglo XX obedeció a la voluntad de evitar fricciones entre ambos Estados con el fin de mantener la activa cooperación económica. Hasta la década de 1950, Malvinas no formaba parte del plan de estudios de Historia de la escuela primaria, por lo cual la prédica malvinizadora en el ámbito escolar quedaba de hecho en manos de docentes y directivos de escuela, como los nucleados en la revista *Figuritas*. Malvinas tampoco contó con una efeméride propia hasta 1973, cuando el Congreso nacional sancionó la Ley 20561 que instituye el Día de la Afirmación de los Derechos Argentinos sobre las Malvinas. Reglamentada por el Decreto 1635 de 1974, se dispuso la realización de actos alusivos a la fecha en “los establecimientos de enseñanza de todos los ciclos, del Estado y particulares, unidades y oficinas de las Fuerzas Armadas, sedes judiciales y dependencias de la administración pública, dentro y fuera del territorio”. Hasta entonces, las iniciativas para su institución habían partido de la sociedad, como lo demostraron la propuesta de la asociación “El Ceibo” de 1936 y la campaña de la revista *Figuritas* en el mismo sentido a partir de 1938. La Marcha de las Malvinas, interpretada por primera vez en 1941, no derivó tampoco de una decisión estatal, sino que fue creada a instancias de una asociación civil, la Junta para la Recuperación de las Islas Malvinas. Fue declarada obligatoria por resolución del Ministerio de Educación recién en 1978, cuando se estableció que esta pieza musical patriótica debía ser entonada en los actos conmemorativos del 10 de junio y del 20 de noviembre (Día de la Soberanía).

Así como la sociedad mostró un involucramiento activo en la construcción y la difusión de la causa Malvinas, en algunas coyunturas las divergencias entre sus demandas y el tratamiento oficial de la cuestión Malvinas fueron muy marcadas e incluso evidenciaron líneas de acción diametralmente opuestas, como ocurrió en las décadas de 1960 y 1970. Asimismo, en tanto el Estado argentino intentó conciliar el reclamo histórico de soberanía con el mantenimiento de lazos comerciales y relaciones diplomáticas cordiales con el Reino Unido, en ocasiones la reivindicación social de la soberanía argentina sobre el archipiélago exhibió rasgos antibritánicos y virulentos, fuertemente marcados por la denuncia del imperialismo y por estereotipos descalificadores. Solo en unos pocos casos —como el de Cacuri— se apeló a resaltar los vínculos históricos y los intereses comunes entre ambas naciones para demandar una solución pacífica de la disputa en favor de la Argentina.

Señalábamos al inicio que la aproximación a la causa Malvinas en la larga duración podría contribuir a comprender más acabadamente el apoyo masivo brindado al desembarco argentino en las islas el 2 de abril de 1982 y a la guerra a la que dio lugar. En efecto, sin desconocer la importancia de la propaganda oficial y de la acción de los medios de comunicación en la movilización de la sociedad en torno al conflicto, consideramos que esta se nutrió sustancialmente de un nacionalismo irredentista que hundía sus raíces por lo menos en los albores del siglo XX y que, en la década y media que lo precedió, contempló seriamente el recurso a las armas para dirimir definitivamente la querrela secular que enfrentaba a la Argentina con el Reino Unido. En ese sentido, una mirada histórica al proceso de constitución de Malvinas en una causa nacional puede echar luz sobre la prolongada relación de la sociedad argentina con las islas durante y después del Conflicto del Atlántico

Sur. Este capítulo ofreció un primer acercamiento de conjunto a ese proceso, que amerita investigaciones específicas sobre algunos tramos que aún permanecen en las sombras.

Bibliografía

- “Alianza de la Juventud Nacionalista” (1939, 2 de noviembre). *Bandera Argentina*.
- “¡Atrévase, Isabel!” (1974, 16 de diciembre). *Crónica*.
- Bartolucci, Mónica (2021). “El cóndor pasa, una vez más. Antiguas causas nacionales en nuevos peronistas: Dardo Cabo y las Malvinas en 1966”. En Bartolucci, Mónica y Favero, Bettina (comps.). *En el nombre de la Patria. Juventud, nacionalismos cotidianos y emociones patrióticas (Argentina, 1955-1979)*. Buenos Aires: Teseo.
- Beck, Peter (2014). *The Falkland Islands as an International Problem*. Londres: Routledge.
- Billig, Michael (1995). *Banal Nationalism*. Londres: Sage.
- “Campeones periodísticos de la soberanía en el archipiélago” (1974, 17 de diciembre). *Crónica*.
- Carassai, Sebastián (2022). *Lo que no sabemos de Malvinas. Las islas, su gente y nosotros antes de la guerra*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ciccone, Sebastián (2021). “‘El pueblo aclamó al héroe de Malvinas’. Crónica y la cobertura del vuelo de Miguel Fitz Gerald (1964)”. *Cuadernos del Sur - Historia*, 50: 247-276.
- Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1936). *Las Islas Malvinas. Compendio de la obra de Paul Groussac para los institutos de enseñanza de la Nación*. Buenos Aires: Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.
- Consejo Federal de Inversiones (1966). *Analfabetismo en Argentina. Evolución y tendencias actuales*. Buenos Aires: Edición del C.F.I.

- Cunliffe-Lister, Phillip (1933, 13 de noviembre) [Confidential note to the Officer Administering the Government of the Falkland Islands]. The National Archives (FO 118/648). Londres, Reino Unido.
- Da Fonseca Figueira, José Antonio (1978). *Cómo los poetas les cantaron a las Malvinas*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Escudé, Carlos (1987). *Patología del nacionalismo*. Buenos Aires: Tesis.
- García, Héctor Ricardo (2012). *La culpa la tuve yo*. Buenos Aires: Planeta.
- Guber, Rosana (2012). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Halperin Donghi, Tulio (1985). *José Hernández y sus mundos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Hernández, José (2006). *Las Islas Malvinas*. Buenos Aires: Corregidor.
- “Las Malvinas”. (1918, 26 de enero). *La Unión*.
- “Légation de Belgique” (1917, 2 de octubre). [Rapport n° 1595, d’ordre 311]. Ministère des Affaires Etrangères - Archives Diplomatiques (Dossier 1188). Bruselas, Bélgica.
- “Los que trabajan para entregar el país al imperialismo nazi no pueden erigirse ahora en defensores de nuestras islas Malvinas” (1939, 26 de octubre). *Crítica*.
- “Notas y comentarios” (1939, 8 de noviembre). *La Voz de San Justo* (Córdoba).
- Palacios, Alfredo (1984). *Las Islas Malvinas. Archipiélago argentino*. Buenos Aires: Editorial Claridad.
- Palermo, Vicente (2007). *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura política contemporánea*. Buenos Aires: Sudamericana.
- “Por nuestra campaña para recuperar las Malvinas” (1974, 20 de diciembre). *Crónica*.
- Profesor Plin. (1937, 3 de septiembre). “Problemas mínimos. Las Malvinas son argentinas”. *Figuritas. La Revista Argentina del Escolar*, 60.

- Profesor Plin. (1939, 30 de junio). “La Página del Profesor Plin. Pregones triunfales”. *Figuritas. La Revista Argentina del Escolar*, 155.
- Santos La Rosa, Mariano (2019). “Malvinas. La construcción histórica de una causa nacional en el ámbito escolar (1870-1945)”. *Clío & Asociados. La historia enseñada*, 28: 20-32.
- Santos La Rosa, Mariano y Marinozzi, Matías (2018). “La causa Malvinas como construcción escolar. Génesis y desarrollo”. En del Valle, Laura (coord.). *Revisitando Malvinas. Memoria, historia y escuela*. Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur.
- Tato, María Inés (2020). “La cuestión Malvinas y las batallas por la neutralidad argentina durante la Gran Guerra”. En Tato, María Inés y Dalla Fontana, Luis Esteban (dirs.) *La cuestión Malvinas en la Argentina del siglo XX. Una historia social y cultural*, 17-38. Rosario: Prohistoria.
- Tato, María Inés (2022). “‘Estamos escribiendo el preámbulo de la historia de la tercera reconquista’. La revista Figuritas y la malvinización del ámbito escolar”. En Tato, María Inés y Soprano, Germán (dirs.) *Malvinas y las guerras del siglo XX*, 55-109. Buenos Aires: Teseo.
- Tato, María Inés. (2023). “Las raíces de la cultura de guerra: el caso de Malvinas”. En Tato, María Inés (dir.) *El espejo de la guerra. Sociedad y cultura en el siglo XX*. Buenos Aires: Sb Editorial.
- “Todo momento es propicio” (1939, 1º de noviembre). *Crisol*.
- Tower, Reginald (1917a, 21 de junio). [Report nº 164 to Mr. A.J. Balfour]. The National Archives (FO 118/428). Londres, Reino Unido.
- Tower, Reginald (1917b, 26 de agosto). [Report nº 222 to Mr. A.J. Balfour]. The National Archives (FO 118/428). Londres, Reino Unido.
- Tower, Reginald (1917c, 8 de octubre). [Report nº 278 to Mr. A.J. Balfour]. The National Archives (FO 118/429). Londres, Reino Unido.
- “Una proclama histórica” (1966, 29 de septiembre). *Crónica*.
- “Y si fuese necesario, la guerra” (1974, 18 de diciembre). *Crónica*.

Soldados, colonos, *sportsmen*, periodistas

| CAPÍTULO 3 |

El itinerario atlántico de Thomas Elliot en una era de revoluciones y guerras interimperiales

Gabriela Paula Lupiañez²¹

En momentos o periodos de crisis o de cambio, y de debilidad de instituciones normas y tradiciones, la agencia no solo encuentra márgenes de maniobra más amplios, sino que los actores sociales tienden a aprovecharlos dado que las rutinas y los discursos aprendidos que les proporcionan sentido a sus acciones ya no responden a las circunstancias. También la globalización, sobre todo en sus fases formativas o de aceleración, constituye momentos de crisis pues sus procesos rebasan los marcos espaciales en que las estructuras, normas y discursos tienen validez, y de esta suerte los pone en entredicho... con frecuencia va relacionado con la movilidad social. (Hausberger y Vázquez, 2023: 187-188)

²¹Dpto. de Historia, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán. Instituto Superior de Estudios Sociales, CONICET/UNT (Universidad Nacional de Tucumán).

El propósito de este trabajo es ocuparse del itinerario vital del británico Thomas Elliot en su “etapa tucumana”. Elliot arribó a mediados de 1806 a Buenos Aires, capital del virreinato rioplatense, como parte del ejército británico que intentó conquistar estos territorios por ese entonces parte integrante de la monarquía hispana. Llegó a San Miguel de Tucumán, ciudad mediterránea ubicada a medio camino entre las minas de Potosí y el puerto de Buenos Aires, como prisionero de guerra y allí se afincó.²² La pregunta inicial que surge entonces es ¿cuáles fueron los motivos que llevaron a Elliot a asentarse en una ciudad pequeña y mediterránea situada a tan larga distancia de su patria?

Se trata de una pregunta difícil de responder con el material documental disponible. Sin embargo, se propone una aproximación a dicho problema indagando en las condiciones que posibilitaron esta decisión. En tiempos de las guerras napoleónicas, crisis de la monarquía hispana y revolución, algunas certezas comenzaban a ser puestas en duda. Nuevos agentes (o no tan nuevos), conexiones e interacciones tradicionales se alteraban y surgían otras nuevas. En este contexto, la guerra primero y el comercio después son las actividades que permitieron a Elliot no solo conectar espacios alejados entre sí, sino también capitalizar a su favor las cambiantes circunstancias a escala atlántica, integrándose a la comunidad tucumana que también se adaptaba a nuevas circunstancias. De este modo, el itinerario vital de Elliot es el recurso para visibilizar los efectos locales de movimientos atlánticos (Armitage, 2004:

²²Una versión anterior de este trabajo fue presentada en XII Jornadas De Historia Moderna y Contemporánea “Incertidumbre, crisis y conflictos desde la modernidad hasta nuestros días”, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Quilmes, 24 al 28 de julio de 2023.

23-26)²³ penetrando en el continente sudamericano, más allá del puerto marítimo de Buenos Aires y diseñando un espacio de circulación e integración de personas, bienes, ideas diferente al trazado por la monarquía hispana pero también por el Estado nacional.

El tema de los prisioneros británicos en el interior del territorio rioplatense fue tratado con diversos niveles de profundidad y enfoques también variados. Quien estudió con mayor sistematicidad el asunto procurando dar una visión global respecto de la internación de prisioneros y la relación que establecieron las comunidades locales con estos fue probablemente Pedro Grenón (1929). Los análisis realizados para el caso de Tucumán, los estudios iniciales de Ventura Murga (1969) y Lucio Reales (1987), son de obligada consulta y muestran los esfuerzos de la comunidad local para el sostén de los prisioneros, las actividades que estos desarrollaron durante su estancia tucumana y un interesante listado de matrimonios entre soldados británicos y mujeres tucumanas. En un trabajo muy reciente, Leandro Tua y Julio Córdoba (2023: 20-27) procuran dar cuenta de los mecanismos que permitieron a los prisioneros su inserción en la sociedad local basándose en actas parroquiales que dan cuenta de matrimonios, bautismos y defunciones, así como su descendencia. En los últimos tiempos, la presencia de los internados aparece referida en relación con tensiones entre agrupamientos locales para la jurisdicción de la intendencia

²³Se trataría de un enfoque de historia “cisatlántica” en los términos definidos por David Armitage, es decir, una “historia de un lugar cualquiera [...] en relación con el mundo atlántico en que se encuentra [...] analizando los efectos locales de los movimientos oceánicos [atlánticos]” (2004: 23-24). Las historias cisatlánticas “penetran profundamente en los continentes del anillo circunatlántico, llegando tan lejos como los bienes, ideas y gentes que circulaban en el interior del sistema atlántico” (Armitage, 2004: 26).

de Córdoba del Tucumán en los trabajos de Marcela Tejerina (2020: 97-121), Carmen Cantera (2020: 67-93) y Virginia Ramos (2017: 1-22). Lupiáñez (2020: 483-533) hizo notar el aporte de los pueblos a la defensa de Buenos Aires, así como el esfuerzo en el sostén de los pueblos de la intendencia de Salta del Tucumán respecto de la guerra y de los prisioneros internados. Sin embargo, no se indagó en las redes en las que se insertaron, la coyuntura ni el contexto global; variables que permiten analizar la capacidad de adaptación a los desafíos de esos tiempos tanto por parte de estos individuos como de la propia comunidad local (Ibarra, 2023: 294-297), así como su inserción en circuitos atlánticos más allá de lo local.

En este trabajo, dicha tarea se realiza a partir de testimonios indirectos que dan cuenta de las acciones de los prisioneros, entre ellos Elliot, gracias a documentación variada y fragmentaria. En todo caso, esta información nos permite dar cuenta de algunos indicios de la experiencia vital de Elliot e intuir sus motivaciones, intenciones y capacidad de satisfacerlas. El escrito se organiza en tres apartados. Mientras el primero describe brevemente el contexto atlántico y la coyuntura rioplatense en que se inscribe la trayectoria de Elliot, el segundo da cuenta de la experiencia del prisionero británico en la comunidad tucumana. Finalmente, se propone un balance provisorio.

El Atlántico sudamericano entre luchas interimperiales y crisis de la monarquía hispánica

El Atlántico fue uno de los escenarios en que se desarrolló la competencia por la hegemonía europea, aunque no el único. La guerra de los Siete Años (1756-1763) que enfrentó primordialmente al Reino

Unido y Francia —secundada por España por pactos de familia— fue el primer acto. En esta puja...

lo novedoso era que los adversarios más fuertes vieran el globo terráqueo en su totalidad como escenario de su rivalidad y que transportaran grandes unidades de infantería a ultramar. Gran Bretaña era en teoría y práctica el pionero de esta nueva concepción estratégica. (Osterhammel y Petersson, 2019: 56-57)

Efecto de este enfrentamiento, la monarquía hispana promovió una reorganización de sus territorios americanos (en realidad se trataba de la tercera oleada de reformas iniciadas cuando los Borbones se hicieron con el trono español). Esta decisión era parte de la respuesta borbónica a la toma inglesa de Manila y La Habana en el contexto de la guerra de los Siete Años. La monarquía creó nuevos gobiernos territoriales en áreas que habían sido periféricas para la monarquía y realizó innovaciones claves en la política comercial respondiendo a imperativos militares (Kuethe y Andrien, 2018: XXI).

En Sudamérica, los territorios rioplatenses junto a la gobernación del Tucumán conformaron el virreinato del Río de la Plata (1778). La creación del virreinato rioplatense —al igual que el de Nueva Granada y las capitanías generales de Chile y Venezuela— procuraba defender el territorio frente a potenciales amenazas externas. A su vez, perseguía el propósito de asegurar el comercio de las Indias con España evitando el sangrado de plata por el contrabando con barcos portugueses y británicos, propósito que pareció lograrse. De este modo, el puerto de Buenos Aires confirmaba su rol como polo de arrastre y centro de distribución para un vasto conjunto regional. Sus mercaderes domi-

naron así indiscutiblemente toda una vasta área que abarcaba desde el Paraguay hasta Chile, desde Buenos Aires hasta el Alto Perú.²⁴

El segundo episodio de esta pugna en que Gran Bretaña y Francia volvieron a enfrentarse fueron las guerras napoleónicas. Por el Tratado de San Ildefonso (1796), la corona española se alió con Francia. Entre octubre de 1804 y 1805, España se enfrentó a Gran Bretaña y la armada franco-española fue aniquilada por la británica en la batalla de Trafalgar, Gran Bretaña resultó triunfante en esta guerra y aseguró el dominio marítimo. Hacia finales del conflicto bélico, Gran Bretaña se erigió en dueña de los mares, reafirmó la ruta hacia la India y aseguró para sí misma enclaves estratégicos tales como Gibraltar, Malta, el Cabo de Buena Esperanza y la futura Singapur. En este nuevo contexto, los británicos lograron la hegemonía británica en el comercio de larga distancia. Además, se vio favorecida por la apertura hispano-americana al comercio directo en tiempos de crisis monárquica, revolución y guerras de independencia (Besseghini, 2021: 41-68).

Habiendo derrotado a la flota franco-española en Trafalgar (1805), los territorios americanos de la monarquía hispana se encontraron indefensos, condición que fue aprovechada por los enemigos de la corona española. Navíos británicos que venían de Cabo Buena Esperanza invadieron el Río de la Plata sin previa orden de Londres. Una de las prime-

²⁴Entre los siglos XVI y mediados del XVIII, el puerto de Buenos Aires cubrió sus necesidades gracias al contrabando portugués. Con la legalización de la ruta de cabo de Hornos (1739), que permitía alcanzar los mercados del Pacífico y Filipinas, el puerto de Buenos Aires se inundó de mercancías que satisfacían las demandas propias, pero también las de las minas potosinas, de la mano del comercio transatlántico directo entre Cádiz y el Río de la Plata, “quebrando el circuito interno que ataba al puerto de Buenos Aires con el centro limeño” (Bonalian, 2019: 294).

ras medidas del breve Gobierno británico en Buenos Aires fue la apertura comercial. La presión británica por abrir el comercio legal en el estuario rioplatense se intensificó a partir de la segunda invasión británica, en la que los navíos de guerra eran secundados por los comerciantes. Vicente Sierra indica que, tras las fuerzas británicas de la segunda invasión, salieron de Inglaterra más de 2000 comerciantes con navíos cargados de mercaderías para expender en las posesiones conquistadas por sus tropas. A pesar de haber sido rechazado el ejército invasor en dos oportunidades, las mercaderías británicas fueron descargadas en Montevideo y entraron a Buenos Aires mayormente de contrabando, afectando a los comerciantes monopolistas (1960: 236-237).

En los primeros meses de 1808, Napoleón invadió España. Se inició una popular guerra de independencia en la península mientras se producía un cambio de alianzas que unía a los antiguos enemigos, España y Gran Bretaña. En enero de 1809, quedaba sellada la paz entre Gran Bretaña y España, quienes se aliaron contra el ahora enemigo común, Francia. A fines de 1809, el virrey Cisneros reglamentó el comercio con aliados y neutrales que no satisfizo a los británicos. En tanto protestantes y extranjeros, estos no podían residir más de cuarenta días en territorio rioplatense, tener propiedades ni almacenes. Solo se les permitía expedir su mercadería por medio de consignatarios españoles (peninsulares o americanos) de Buenos Aires. Cuando el virrey Cisneros intentó limitar el intercambio comercial casi un mes y medio después, emplazando a los comerciantes británicos para que liquidaran su mercadería (habían empezado a vender por mayor y menor sin respetar las normas vigentes) o efectivamente dejaran representantes españoles (Bessegini, 2020: 51-53) fue que llegaron las noticias sobre España en un barco inglés a mediados de mayo. Los acontecimientos

relatados sugieren la injerencia británica en los sucesos de mayo (Sierra, 1960: 457-458; Fitte, 1967: 127). Finalmente, los comerciantes británicos lograron quebrar el monopolio comercial español al obtener el libre comercio con el Río de la Plata. Con el gobierno del primer triunvirato, quedaban sin efecto las condiciones del acta de noviembre de 1809 (11 de septiembre de 1812). En adelante, los extranjeros podían vender al por mayor sus cargamentos, comprar los retornos y correr con las diligencias del embarque (Fitte, 1967: 137).

En este contexto, la ciudad de San Miguel de Tucumán fue un punto de articulación de flujos comerciales en un amplio espacio que involucraba desde el Pacífico al Atlántico, incluyendo en un extremo a Potosí y, en el otro, al puerto de Buenos Aires. Cristina López subrayó que “los tucumanos estuvieron siempre ligados al comercio de larga distancia” (1999: 62). A fines del siglo XVIII, con la apertura legal y expansión del comercio con Buenos Aires, el comercio de exportación tucumano incluía bienes producidos en la jurisdicción: ganado, especialmente vacuno, equino y mular y sus derivados (suelas, sebo, jabón) (López, 1999: 62). A su vez, junto a la importación de los efectos de ultramar se desarrollaba un importante comercio interregional que se movía a través de los circuitos comerciales de mediana y corta distancia y que vinculaba extensas regiones que incluían el sur de Perú, Bolivia, Chile y el noroeste argentino actual (López, 2014: 320-321). El comercio tucumano se volvió cada vez más dependiente del puerto de Buenos Aires sin dejar de mantener algunos circuitos del antiguo “espacio económico peruano” (Parolo, 2011: 30) en un contexto de secular “atlantización” de la economía de los territorios sudamericanos de la monarquía hispana.

Prisioneros británicos en Tucumán en tiempos de crisis de la monarquía, revolución e independencias

Thomas Elliot, irlandés nacido en 1786, hijo de Santiago Elliot, realizó un largo e indirecto recorrido atlántico hasta llegar a Tucumán. Lo hizo en calidad de *private* del 20th Light Dragoons (1st Division) (Larrouy, 1910: 27).²⁵ Elliot era un soldado raso del regimiento de caballería ligera de la primera división del ejército británico al llegar a Tucumán.²⁶ La edad promedio de alistamiento en el ejército británico era de 16 años (Deery, 2020: 10-14), por lo que cabe suponer que Elliot formaba parte de este desde hacía alrededor de unos cuatro años. Un ejército que, entre 1792 y 1813, creció de 40 000 a 250 000 hombres (Deery, 2020: 8) en el contexto de la guerra con Francia. Los irlandeses conformaban un 34 % de la infantería, un 24 % de la caballería y un 12 % de la artillería de ese ejército entre 1808 y 1814 (Deery, 2020: 9).

Podría especularse que Elliot había partido desde las islas británicas pasando por la isla de Santa Elena hasta Cabo de Buena Esperanza, en el extremo más meridional de Sudáfrica. Desde allí, luego de recuperar para el Gobierno británico ese punto estratégico en el dominio de los mares y previo paso por las costas brasileras, arribó a Buenos Aires integrando la flota que intentó someter a la capital del virreinato rioplatense. En efecto, a mediados de 1806, la ciudad de Buenos Aires fue invadida por una flota británica. Mes y medio después, esta posesión era recuperada por la acción de las milicias porteñas junto a

²⁵List of British Prisoners Stationed in Tuckaman, 1st Division November 12th to 30-1806.

²⁶<https://web.archive.org/web/20071016052259/http://www.regiments.org/regiments/uk/cav/D20a.htm>, <https://www.britishempire.co.uk/forces/20thlightdragoons.htm>, Marley, David (1998).

las fuerzas aportadas por Montevideo y tropas enviadas desde diversos puntos del territorio siguiendo órdenes del virrey de Sobremonte. Varias centenas de prisioneros británicos fueron alejados de Buenos Aires por orden del virrey y se alojaron en diversas ciudades del virreinato. Elliot fue uno de los casi doscientos prisioneros británicos “internados” con destino a San Miguel de Tucumán. Otros cincuenta estaban destinados a La Carlota y otro tanto a San Luis, mientras que cien quedarían en Santiago del Estero (Larrouy, 1910: 21).²⁷ Catamarca y San Juan también fueron residencia circunstancial de prisioneros británicos.

Durante su estancia tucumana, Elliot, al igual que el resto de los prisioneros, recibió un sueldo del cabildo tucumano que luego sería cargado al tesoro británico; convivió junto al resto de los prisioneros en un alojamiento apenas custodiado y pudo optar por ejercer un oficio y servir según la dirección de patrones locales de reconocida “probidad y confianza” (Reales, 1987: 33). Esta actividad, fuera cual fuera, debió vincularlo con los principales vecinos de la elite local, relaciones que supo capitalizar rápidamente.

En agosto de 1807, Elliot no retornó a Buenos Aires con el resto de la tropa para emprender el viaje de regreso a la madre patria, según lo estipulaba la capitulación firmada por los generales de un ejército británico derrotado por segunda vez. Elliot fue parte de los trece prisioneros que decidieron no dejar Tucumán. Entre sus compañeros hubo irlandeses como John Shaw, Patrick Larry, Mariano Larry y John Chittam, pero también ingleses como John Dockody (Larrouy, 1910: 27; Tua y Córdoba, 2023: 24). Todos compartían la condición de *privates* del ejército y fue-

²⁷Comunicación de Juan Ramón Balcarce al cabildo de Tucumán citando orden del virrey marqués de Sobremonte del 7 de septiembre de 1806, 1º de noviembre de 1806.

ron miembros del 20th Light Dragoons, excepto Chittam, que perteneció al St Helena Corps junto al sargento Thomas Ramsay (Larrouy, 1910: 28). John Green fue también otro de los nombres extranjeros asociados a los prisioneros británicos asentados en Tucumán.²⁸

Al parecer, estos integraron un grupo de soldados británicos que celebraron la victoria española contra el ejército británico, motivo por el que debieron ser separados a riesgo de ser sentenciados a pena de muerte una vez regresados a Inglaterra (Reales, 1987: 37). No es posible constatar si este gesto pudo tener que ver con el tradicional encono irlandés contra los británicos. Si bien varios de los que se quedaron eran irlandeses, al parecer, hubo algunos ingleses también (ver apéndice).²⁹ Con todo, el gesto sirvió para justificar la permanencia de los prisioneros en la ciudad tucumana. No fueron los únicos que consideraron establecerse en estas tierras. En Córdoba, un grupo de unos doce prisioneros ingleses también solicitaron quedarse en la ciudad en calidad de “vasallos de Ntro Soberano, dominios católicos” (Grenón, 1929: 58). De este modo, abandonaban un ejército en el que la desertión “era el problema más endémico” (Deery, 2020: 15). Dife-

²⁸En el listado de 1807 no figura este nombre. Sin embargo, en un listado de 1811, aparecen exclusivamente cuatro nombres en la categoría de carabineros pertenecientes al regimiento de voluntarios de caballería de la ciudad de San Miguel de Tucumán: Juan Gren (John Green), Patricio Lere (Patrick Larry), Juan LLondon (Hawthorn ¿quizá?) y Juan Chiton (John Chittam). Regimiento de Voluntarios de Caballería del Tucumán, enero 1 de 1811 (Larrouy, 1910: 248).

²⁹No siempre es confiable el uso que las fuentes locales hacen del gentilicio “inglés”, término que servía con los fines generales de nombrar a ese “otro” que poseía rasgos físicos distintos de los locales, hablaba inglés, era súbdito de un monarca cuya religión era diferente de la católica, etc. En el caso particular de Elliot, en su acta de bautismo aparece registrado como inglés. En cambio, en la de matrimonio y testamento, es inscripto como irlandés.

rente fue lo sucedido en Catamarca, donde ninguno de los miembros superiores del ejército británico que residieron allí decidió quedarse. Otras pistas dan la pauta de que el número de británicos que decidió quedarse en tierras rioplatenses fue mayor. Tua y Córdoba —citando a Pedro Santos Martínez— refieren que una compañía de cazadores compuesto por 55 personas de origen británico integró el Ejército de los Andes (2021: 22).

¿Qué les ofrecía la sociedad tucumana? Algunos autores indican que los que se quedaron lo hicieron por haberse enamorado de mujeres residentes en la ciudad tucumana (Murga, 1969: 123-138; Reales, 1989; Tua y Córdoba, 2023: 20-27). En términos generales, los historiadores concuerdan en que el trato con el extranjero en el territorio del exvirreinato fue benevolente. Marcela Tejerina observa que “en la práctica cotidiana y en la percepción de los actores las condiciones de extranjería aparecían difusas y casi desprovistas de contenido jurídico, económico y social” (2012: 1). Ahora bien, qué pasaba cuando el extranjero no solo era súbdito de otro rey, sino que probablemente profesaba otra religión y hablaba un lenguaje ininteligible para la mayoría de los habitantes de estas tierras. Alina Silveira rescata testimonios que dan cuenta para Buenos Aires de la armonía y cordial convivencia entre británicos y ciertos sectores de la sociedad criolla en tiempos de las invasiones inglesas. La misma autora enfatiza que, en la década revolucionaria, con la apertura del puerto al comercio con otras naciones extranjeras, el arribo de extranjeros, entre ellos británicos, no fue rechazado (Silveira, 2012: 78-84). En el caso tucumano, antes de la llegada de los prisioneros, la imagen de los británicos en tanto invasores y practicantes de una religión diferente de la católica apostólica romana era amenazante (Lupiañez, 2018: 101-123).

Sin embargo, la situación evidentemente cambió una vez que los tucumanos tomaron contacto con los prisioneros británicos. También, en Catamarca, los militares de alta graduación que fueron alojados allí recibieron un trato que mereció una carta de agradecimiento a las autoridades locales al emprender el regreso a su hogar (Grenón, 1929). En cambio, en Córdoba, la presencia de los prisioneros extranjeros generó temores y malestares (Ramos, 2017: 1-22).

Lo cierto es que, como tendencia general, los prisioneros que decidieron quedarse se insertaron exitosamente en la sociedad local. Claro que para ello era necesario cumplir con las leyes de Indias que circunscribían la inmigración a personas de una única nacionalidad y fe. En efecto, los ahora exprisioneros hicieron los gestos necesarios para convertirse en vecinos de la ciudad. En primer lugar, los desertores procuraron alejar cualquier duda sobre su nueva condición. Una nota del cabildo tucumano refiere la voluntad de estos de “jurar lealtad y vasallaje” al rey de España. Para ello, la institución capitular apeló a un “superior permiso” del virrey Liniers. El documento afirmaba que “todos ellos [los exprisioneros] son católicos, hombres de bien y útiles al vecindario porque hasta el estado presente no han dado nota alguna” (Larrouy, 1910: 119-120).³⁰

Pese a que la nota capitular da cuenta de la confesión católica de los que se quedaron, este no habría sido el caso de Elliot ni de varios otros. De esta manera, el segundo gesto con el que Elliot, al igual que el resto de los británicos, procuró hacerse un lugar en esta comunidad local de la monarquía católica española fue precisamente recibir el sa-

³⁰9 de enero de 1808, Comunicación del cabildo de Tucumán al Superior Gobierno.

cramento del bautismo.³¹ El acto fue celebrado el 7 de octubre de 1808 en la Iglesia Matriz, el principal templo de la ciudad mediterránea. Para la fecha, Elliot contaba con veintidós años.³² Sus padrinos de bautismo fueron “don” Manuel Reboredo y “doña” María Antonia Guerra. Elliot aparece vinculado al peninsular Manuel Reboredo no solo por su bautismo, sino como dependiente de una pulpería de propiedad de este último. Esta relación rindió réditos a Elliot.

Manuel Reboredo era un poderoso comerciante de origen español, uno de los tantos arribados a Tucumán en el último tercio del siglo XVIII. Había iniciado sus negocios mercantiles en San Miguel de Tucumán a mediados de 1770 estableciendo una sociedad con Juan José de las Muñecas para importar “efectos de Castilla” —efectos de ultramar— desde Buenos Aires. Con el tiempo se convirtió en un fuerte exportador e importador de productos. De hecho, fue uno de los principales exportadores de suela tucumana al puerto de Buenos Aires entre 1789 y 1809. De allí esos cueros partían a Gran Bretaña (Bolsi, 2012: 221-244). Sus vinculaciones comerciales lo relacionan con los principales comerciantes de la plaza porteña: Juan Bautista de Hueba, Juan Antonio de Santa Coloma, José Martínez de Hoz (López, 1999: 66). A su vez, Reboredo importaba yerba y azúcar desde Buenos Aires, Santa Fe y/o Córdoba (López, 1999: 62). En febrero de 1807, se ocupa de la recaudación de dinero para el auxilio de Buenos Aires como “diputado” junto a Juan Ramón Balcarce, por esos tiempos comandante de armas

³¹La referencia a varias de las actas puede verse en el artículo de Tua y Córdoba (2023) citado en la bibliografía. A diferencia de lo sucedido con algunos compatriotas, los registros documentales relativos a Elliot muestran que su apellido no se castellaniza.

³²Acta de bautismo. Agradezco las observaciones de María Eugenia Cruset y el que me facilitara las actas de bautismo y matrimonio.

de Tucumán. Además, aporta en la primera clase de vecinos, es decir, los más ricos de Tucumán (Larrouy, 1910: 44 y 47). En 1812, Reboredo aparece trayendo cinco cajones de Buenos Aires. Los “productos de Castilla” se trasladaban precisamente en cajones (Ávila, 2003: 239 y 137). En ese mismo año de 1812 —año en que Reboredo muere—, Elliot habría sido una de las dos únicas personas en enviar suelas a Buenos Aires (Ávila, 2003: 239) en un tiempo en que la guerra en el norte ponía en jaque a la economía local y San Miguel de Tucumán se convertía, por primera y única vez, en escenario de una batalla de la guerra civil entre los ejércitos de Lima y de Buenos Aires.

No solo Elliot tendrá padrinos de bautismo notables vecinos de la élite local. Por lo menos la mitad de los exprisioneros británicos establecidos en Tucumán se casaron en 1808 con mujeres de la sociedad tucumana (Reales, 1987: 38) cuyos apellidos no eran parte del grupo más selecto de la elite local,³³ aunque sí lo fueron los padrinos de bautismo. Elliot fue el último en hacerlo a fines de 1812, el 3 de diciembre, en la Iglesia Matriz.³⁴

Elliot se casa con María del Rosario Torres, hija legítima de los finados don Bernardo [Torres] y doña Francisca Solano Reyes. Fueron testigos “don” (José) Clemente (Mariano) Zavaleta (1760-1826), “doña”

³³En relación con los nombres de las cónyuges de los exprisioneros, ver Tua y Córdoba (2023: 26-27).

³⁴La historiadora María Eugenia Cruset considera que el apellido “Elliot” es “poco irlandés”. ¿Era Elliot de origen protestante o tal vez hijo de padre anglicano y madre católica como el político irlandés Edmund Burke? La documentación disponible no nos da información precisa al respecto. Se puede especular en relación con que una práctica común en la época era que los hijos de padres que profesaran diferentes religiones fueran educados en una mientras que otro hijo en otra.

María Antonia Guerra y Máximo López, todos vecinos de esta ciudad (Larrouy, 1910: 120). La esposa, huérfana, era hija de padres cuyos nombres eran precedidos por el apelativo de “don”, lo que remite a la condición de “gente respetable” de su cónyuge. El matrimonio Elliot Torres tuvo dos hijas, la primera nacida en 1813, Tomasa Gertrudis,³⁵ y la segunda casi dos décadas después, Visitación (Córdoba y Tua, 2023). Para 1855, al momento de casarse Visitación, su padre habría muerto (Córdoba y Tua, 2023). Rosario Torres tendrá un segundo matrimonio de la que nació otra hija (García Posse, s/d).³⁶

Zavaleta, el padrino del matrimonio Elliot-Torres, era un importante hacendado tucumano y un vecino prestigioso que por esos años ocupó cargos capitulares y revolucionarios. Era hijo de un español y una porteña y hermano del destacado eclesiástico revolucionario asentado en Buenos Aires, Diego Estanislao. Era primo de Martín de Álzaga, comerciante peninsular monopólico afincado en el puerto además de héroe de la reconquista de Buenos Aires (Páez de la To-

³⁵Tomasa Gertrudis se casó con José María de la Cruz Torres Agüero, con quien tuvo siete hijos que nacieron en Tucumán, Salta y Bolivia. Visitación vivió entre 1835 y 1875 (Córdoba y Tua, 2023). Agradezco a los autores el haberme permitido acceder al escrito mientras se encontraba en prensa, en el que aportan datos familiares de Elliot, entre otros exprisioneros británicos.

³⁶Se casa con Melitón Escudero, socio de José Antonio Carmona en Famatina. Agradezco al genealogista Evaristo Cossio referencia y el haberme facilitado el trabajo de García Posse donde figura este dato, así como el acta de matrimonio de Elliot. Famatina es una mina ubicada en la actual provincia de La Rioja. José Antonio Carmona era hermano de José María Carmona (Ávila, 2003: 148), uno de los pulperos que pagaba anualmente al cabildo el beneficio de propios al igual que Elliot. Esta relación Escudero-Carmona nos plantea una nueva estrategia de inversión de la elite tucumana en tiempos posteriores a la independencia más allá del comercio, ahora en las minas, que también pudo seducir a Elliot al igual que a otros británicos.

re, 2019). Nacido en Tucumán, Zavaleta estudió en Buenos Aires y volvió a instalarse en Tucumán, donde se casó con María de los Dolores Ruiz Huidobro Aráoz (1773-1806), quien era hija de otro poderoso comerciante de origen peninsular, Julián Ruiz Huidobro, casado con la tucumana María Mercedes Aráoz Sánchez de Lamadrid.³⁷ Ruiz Huidobro había sido administrador de correos, es decir, funcionario de la burocracia real, en 1785 y en 1805 (Larrouy, 1910: 39). Por su parte, los Aráoz eran una familia tucumana tradicional que supo adaptarse a los nuevos tiempos económicos y políticos (Iramain, 2005: 85-162).

Tanto el acta de bautismo como la de casamiento dan la pauta de las relaciones que Elliot supo urdir con la elite en su afán por integrarse en la comunidad tucumana. En este sentido, Tamar Herzog llama la atención sobre la importancia de las elites locales en la definición de quiénes forman parte de la comunidad (2000: 123-131). Según la mencionada historiadora, en el siglo XVIII, la vecindad ya no dependía del cabildo, sino de la “opinión común”. Observa que se produce un abandono del proceso jurídico debido a la extinción de la práctica de pedir la vecindad ante el órgano capitular. Así es que la pertenencia a la comunidad la deciden sus miembros privilegiados y no las instituciones. Claro está que la condición de vecino en tanto integrante de la comunidad requería ostentar las marcas que fueron obteniendo los británicos: hombre emancipado o, mejor aún, casado y leal vasallo del rey de España, tener casa poblada y profesar la religión católica. Y esto es algo que Elliot pareció entender claramente.

Contrariamente a varios de sus compañeros, Elliot no volvió a ejercer el oficio militar. Ni siquiera en momentos en que la ciudad fue

³⁷<https://www.genealogiafamiliar.net/getperson.php?personID=I515&tree=BVCZ>

asediada por el ejército enemigo del virrey del Perú y luego fue sede del Ejército Auxiliar del Perú por largos años. Se descarta entonces que siguiera el camino tradicional de consecución de la condición de vecino: ser incluido en el padrón de milicias junto al establecimiento de domicilio. Todo indica que se dedicó a la actividad comercial. Entre 1810 y 1816, Elliot figura en el listado de los diez pulperos elegidos por el cabildo que debían pagar treinta pesos anuales por su habilitación (Lizondo Borda, 1946: 19, 69, 97, 154, 236, 328), al igual que otro exprisionero, Thomas Ramsay.³⁸ Precisamente en 1812, año en que muere Reboredo sin dejar descendencia, Elliot se convierte en titular de una pulpería (probablemente la de Reboredo). Las pulperías tucumanas eran una especie de almacén-taberna-tienda que de ninguna manera llegaban a tener la envergadura y especialización de sus pares de la pampa húmeda (Parolo, 2004: 129 y 230; Parolo, 2005: 75-106). Vendían aguardientes, licores y vinos (Ávila, 2003: 139), entre otros productos que llegaban a Tucumán a través de diversos circuitos interregionales (López, 2014), aunque también pudieron funcionar como casas de empeño para conformar una fuente de ingresos alternativa junto al comercio por menor de productos locales y ultramarinos. En el listado de aportantes al sostén de la guerra en el norte, Elliot figura como el único “jabonero” entre contribuyentes registrados como comerciantes o pulperos.³⁹ Como se sabe, el jabón era uno de los subproductos del ganado, al igual que las suelas que exportaba Reboredo y ahora también Elliot. Lo dicho permite especular sobre la vinculación

³⁸Sin embargo, el número de pulperías habilitadas habría sido mayor. De hecho, en 1815 unas 25 pulperías pagaban patentes al cabildo (Parolo, 2004: 132-133).

³⁹19 de agosto de 1813, Sección Administrativa del Archivo Histórico de Tucumán, f.280.

a nuestro irlandés con el comercio de exportación de suelas con destino final Gran Bretaña.

Pero Elliot no solo se dedicó a los negocios comerciales, sino que también participó en la política local en tiempos de revolución. En 1811 votó elector a la Junta Subalterna junto a otros 108 hombres. Lo hizo en el tercer cuartel de la ciudad, el mismo en el que votó Reboredo. Ambos figuran en la condición de “don”. El de Elliot es el único apellido que remite a los prisioneros británicos.⁴⁰ Durante el complicado año de 1812, el exprisionero firmó peticiones al cabildo como un vecino más, se involucró en las disputas políticas locales y se alineó con el grupo al que suscribían sus padrinos, Zavaleta y Reboredo (Lupiañez, 2022). A su vez, en 1813 aportó dinero en tanto integrante del gremio de comerciantes al mantenimiento del ejército revolucionario. El monto de su aporte fue intermedio (Bolsi, 2010; Iramain, 2005: 150), no estaba entre los que menos aportaron, pero sí bastante lejos de los que contribuyeron. Sin embargo, en el empréstito obligatorio para extranjeros de 1816, el nombre de Elliot no figura. Precisamente en esos años, con más precisión entre 1816 y 1819, debido a la guerra y a la presencia sostenida del Ejército Auxiliar del Perú en la capital de la joven provincia tucumana (creada a fines de 1814 e integrada también por las ciudades de Santiago y Catamarca), el Gobierno impuso nuevos empréstitos a los comerciantes y tenderos de diferentes categorías (Parolo, 2011: 32-33).

El irlandés escribió su testamento en 1819. Allí, además de sus pertenencias materiales, afirmaba que su padre estaba vivo.⁴¹ ¿Cómo

⁴⁰Las actas fueron replicadas por Julio P. Ávila (Sommi, 1945, 303-307).

⁴¹Testamento de John Elliot. Fondo Protocolo único de escrituras varias (1680-1855) (un solo volumen). Archivo Histórico de Tucumán.

supo Elliot que su padre vivía aun cuando hacía casi catorce años que residía en América? El irlandés pudo mantener comunicación epistolar con su padre a través de una red de contactos comerciales —¿los mismos que Reboredo?— que ligaban la ciudad mediterránea con el puerto de Buenos Aires y, a través del Atlántico, con las islas británicas. Otra pregunta que surge es, si se asume que Elliot debió morir luego de engendrar a su segunda hija veinte años después que la primera, ¿cuál era el apuro para escribir un testamento? Otra vez, la respuesta se ubica en el plano de lo hipotético. Tal vez se alejó de Tucumán en búsqueda de nuevas oportunidades económicas en tiempos en que la guerra en el norte afectaba el comercio hacia el Alto Perú. Ramón Leoni Pinto, historiador tucumano, en un trabajo inédito referido por Reales vincula a Elliot...

con familias que reemplazan a los tradicionales estratos españoles que se encuentran en plena decadencia... Poco a poco asciende hasta instalar su propio negocio. Entre los años 1812 a 1820 compra casa, varios sitios en la ciudad y en la campaña. La prueba definitiva de su nuevo *status* es la compra de varios esclavos. (Reales, 1987: 37-38)

La estrategia seguida por el irlandés para integrarse a la comunidad local, así como para incrementar su patrimonio con la compra de sitios urbanos y esclavos, es idéntica a la que desarrollaron los españoles peninsulares arribados a Tucumán en el último tercio del siglo XVIII. Una estrategia diferente de la realizada por los grupos tradicionales locales (López, 1999: 66). Cabe recordar que, en el marco de las reformas borbónicas, el sector de grandes comerciantes peninsulares —al que pertenecían el mismo Manuel Reboredo y el padre de Clemen-

te Zavaleta, sus padrinos— producto de las últimas migraciones hispanas de la colonia se incrementó y algunos de ellos se convirtieron en ricos e influyentes vecinos, integrados a la elite tradicional tucumana por medio del matrimonio con mujeres criollas de la elite tradicional. Se especializaron, además, en la importación de efectos de la tierra en un circuito comercial internacional. Entre las estrategias de la elite tucumana para preservar y perpetuar en el poder, indica López que “de particular importancia fueron la ampliación del dominio sobre las actividades mercantiles y la vinculación más estrecha con los sectores importadores del puerto de Buenos Aires” (2003: 321). Ahora bien, lo que a los inmigrantes peninsulares les había llevado de dos a tres décadas conseguir Elliot lo obtuvo en la mitad del tiempo. Un tiempo convulsionado, en que, mientras un orden implonaba, nuevas condiciones favorecían a viejos y nuevos agentes de la mano de la guerra y del comercio. No solo llegaban a Tucumán soldados británicos en calidad de prisioneros, sino también militares veteranos de las guerras napoleónicas que ofrecían sus servicios en la guerra de independencia en América (Nanni y Morea, 2020: 57-82). En tanto, en el Río de la Plata comerciantes británicos aprovechaban el libre comercio y, entre ellos, redes de comerciantes de origen irlandés gestaban negocios que involucraban puertos americanos (Bessegini, 2022: 81-105).

Palabras finales

Según lo relatado, podemos confirmar que la integración de Elliot en la comunidad local fue exitosa. Las razones de la presencia de Thomas Elliot en el Río de la Plata fueron diferentes de las de los británicos que llegaron en las primeras décadas del siglo XIX buscando minerales u oportunidades comerciales. También fueron distintas de las que

podieron ofrecer los oficiales europeos veteranos de las guerras napoleónicas. A diferencia de los mencionados, Elliot no ostentaba títulos, experticia o inquietudes intelectuales. Era un joven soldado que llegó a Tucumán como prisionero de guerra y, como otros militares británicos, se afincó allí y se transformó de soldado al servicio del rey británico a vecino tucumano rápidamente, integrándose plenamente a la vida social, económica y política local que la comunidad local le ofreció. Simultáneamente, se especula que se convirtió en intermediario en una red comercial de alcance atlántico —que incluía a San Miguel de Tucumán, el puerto de Buenos Aires y Gran Bretaña— en tiempos en que el exvirreinato rioplatense se abría al libre comercio con Gran Bretaña. Elliot y Reboredo, ambos alguna vez extranjeros, se habían afincado en la comunidad tucumana. Una sociedad acostumbrada a recibir extranjeros desde la segunda mitad del siglo XVIII, cuando comerciantes peninsulares se casaron con mujeres de familias tradicionales locales, se estableció y tejió sus redes comerciales. Reboredo y Elliot habrían podido ver en la alteración del comercio tradicional la oportunidad para erigirse en mediadores mediterráneos de nuevas redes y canales de comercio donde los británicos habían ganado la pugna por el control comercial atlántico. Elliot, a su vez, podía servir de intérprete en un contexto de arribo de comerciantes ingleses en una red comercial colaborando en la construcción de un imperio informal británico atlántico que aprovechaba la decadencia española.

Las condiciones que facilitaron el éxito de la estrategia seguida por Elliot, que no fue individual, tuvieron que ver con un contexto de luchas imperiales y de quiebre de la monarquía hispana; un ejército británico que —al igual que el patriota— no tenía capacidad para retener a parte de sus tropas; una comunidad tucumana poco respetuosa

de la legislación indiana que inhibía la posibilidad de asentamiento de extranjeros (Fitte, 1967: 70; Tejerina, 2012; Herzog, 2000: 123-131). Así, la trayectoria de Elliot en Tucumán fue posible por vivir en un tiempo bisagra en que la movilidad de bienes, personas e ideas se intensificaba en los resquicios que presentaba un orden que se resquebrajaba rápidamente. Elliot, como otros compañeros de armas, encontraba el resquicio para usar a su favor las condiciones señaladas y lograr un ascenso social y material probablemente vedado en su lugar de origen.

Apéndice

Tabla 1. Pulperos asignados al pago de propios del cabildo de Tucumán por \$30 anuales (Lizondo Borda, 1946: 19, 61, 154, 197, 236, 308)

01/1810	01/1811	01/1812	01/1813	01/1814	01/1815	01/1816
Luis Silva	José Benito Pérez dependiente de J. G. Carmona	-	Joaquín Valdez	Luis Posse	Tomás Eliot	Tomás Eliot
Lorenzo Domínguez	Gabriel de los Ríos	-	Javier Frías	Tomás Eliot	Patricio Acuña	José María Carmona
Manuel Martínez	Manuel Reboredo (por su dependiente Thomás Eliot)	-	José Monzón dependiente de Borja Aguilar	José María Carmona	José María Carmona	Fernando Gordillo
Manuel Reboredo (por su dependiente Thomás Eliot) [1]	Manuel Sánchez	-	Tomás Eliot	Baltazar Arismendi	Baltazar Arismendi	Francisco Xavier Frías
Patricio Acuña	Joaquín Gramajo	-	José María Carmona	Fernando Gordillo	Fernando Gordillo	José Monzón

01/1810	01/1811	01/1812	01/1813	01/1814	01/1815	01/1816
Roque Pondal (por su dependiente José Millán)	Patricio Acuña	-	Toribio Domínguez	José Miguel Villagrán	Francisco Xavier Frías	Justo Corrales
Patricio de Leri [2]	Lorenzo Domínguez	-	José María Balsa	Isidoro Sandoval	José Monzón Villagrán	Joaquín Baldes
Juan Chitón [3]	Roque Pondal (por su dependiente José Millán)	-	Manuel Vázquez dependiente de Manuel Posse	Patricio Acuña	Justo Corrales	Isidoro Sandoval
José Gabriel Carmona (por su dependiente Francisco Fresadillo)	José María Balza	-	Justo Corrales	Justo Corrales	Joaquín Baldes	Emiliano Baz
Francisco Tadeo Aróz	Manuel Vázquez dependiente de Manuel Posse	-	Patricio Lery	Joaquín Valdez	Isidoro Sandoval	José Pondal

[1] Irlandés. Al igual que John Shaw (irlandés) y John Dockody (inglés). *Privates*, 20th Light Dragoons (*1st Division*) (Larrouy, 1910: 27; Tua y Córdoba, 2023: 24).

[2] Probablemente Patrick Larry, hermano/hijo/padre de Mariano Larry, irlandeses. *Privates*, 20th Light Dragoons (*1st Division*), (Larrouy, 1910: 27; Tua y Córdoba, 2023: 24). Ambos habrían participado de la asamblea popular del 30 de junio de 1815 en apoyo del gobernador Bernabé Aróz (Lizondo Borda, 1946: 2).

[3] John Chutham, inglés, *sergeant*, 20th Light Dragoons (*1st Division*) (Larrouy, 1910: 27; Tua y Córdoba, 2023: 24).

Bibliografía

- Ávila, Julio (2003). *La ciudad arribeña. Tucumán, 1810-1816. Reconstrucción Histórica*. Tucumán: Ediciones del Rectorado/Universidad Nacional de Tucumán.

- Armitage, David (2004). “Tres conceptos de historia atlántica”. *Revista de Occidente*, 281: 7-28.
- Besseghini, Deborah (2021). Imperialismo informal e independencia: los británicos y la apertura del comercio en el Río de la Plata. *Illes i Imperis*, 23: 41-68.
- Besseghini, Deborah (2022). “Los irlandeses en Hispanoamérica y la reconfiguración comercial: casos de mediación trans-imperial en la Era de las Revoluciones, 1797-1824”. *Macrohistoria*, 3: 81-105.
- Bolsi, Francisco (2010). “La transición del periodo colonial al proceso de revolución e independencia. Una mirada a partir del estudio de los empréstitos solicitados para la guerra en Tucumán, 1810-1820”. *Revista Historia de América. Instituto Panamericano de Geografía e Historia*, (140): 151-181.
- Bolsi, Francisco (2012). “Familia, inserción social y comercio de exportación en Tucumán, 1780-1810. Una aproximación a partir del comerciante peninsular Manuel Posse”. *Memoria Americana*, 20 (2): 221-244.
- Bonalian, Mariano (2019). *La América española entre el Pacífico y el Atlántico. Globalización mercantil y economía política, 1580-1840*. México: El Colegio de México.
- Cantera, Carmen (2020). “La territorialidad en disputa. La construcción de espacios políticos en un área marginal del imperio español a fines del período colonial”. *Prohistoria*, (33): 67-93.
- Cruset, María Eugenia (2019). “Política y migración: los irlandeses en Argentina durante los siglos XVIII y XIX”. *Irish Migration Studies in Latin America*, 9 (2): 27-37.
- Deery, James (2020). “The contribution of the Irish soldier to the British Army during the Peninsula campaign 1808 – 1814”. *The Journal of Military History and Defence Studies*, 1: 4-68.
- Fitte, Ernesto (1967). “Los comerciantes ingleses en vísperas de la revolución de mayo”. *Investigaciones y Ensayos*, (2): 68-139.

- García Posse, Juan Bautista (s/d). “Solar del Ex Cine Plaza”. Tucumán: Dirección de Patrimonio, Ente Cultural de Tucumán. <https://enteculturaltucuman.gob.ar/gestor/wp-content/uploads/2017/02/Solar-del-Ex-Cine-Plaza.pdf>
- Grenón, Pedro (1929). *Internación de los prisioneros ingleses, 1806-1807*. Córdoba: Archivo de Gobierno de Córdoba.
- Halperín Donghi, Tulio (2014). *El enigma Belgrano. Un héroe para nuestro tiempo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Hausberger, Bernd y Vázquez Valenzuela, David (2023). “Vidas globales. Enfoque biográfico e historia global. Presentación”. *Historia Mexicana*, LXXIII (1): 167-204.
- Herzog, Tamar (2000). “La vecindad: entre condición formal y negociación continua. Reflexiones en torno a las categorías sociales y las redes personales”. *Anuario del IEHS*, (15): 123-131.
- Ibarra, Antonio (2023). “Biografía y vivencia global en el Río de la Plata durante una época de guerras y revoluciones, 1795-1815”. *Historia Mexicana*, LXXIII (1): 293-342.
- Iramain, Pablo (2005). “El proceso de independencia a través de las familias principales. Tucumán entre 1810 y 1820”. En García de Saltor, Irene y López, Cristina (comp.), *Representaciones, sociedad y poder. Tucumán en la primera mitad del siglo XIX*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras/Universidad Nacional de Tucumán.
- Kuethe, Allan y Andrien, Kenneth (2018). *El mundo atlántico español durante el siglo XVIII. Guerra y reformas borbónicas, 1713-1796*. Bogotá: Banco de la República de Colombia/Biblioteca Luis Ángel Arango/Universidad del Rosario.
- Larrouy, Antonio (1910). *Documentos del Archivo General de Tucumán. Invasiones inglesas y revolución* (T. I). Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora Juan A. Alsina.

- Lizondo Borda, Manuel (1946). *Documentos Tucumanos. Actas Capitulares*. Tucumán: Instituto de Historia, Lingüística y Folklore/ Departamento de Investigaciones Regionales/Universidad Nacional de Tucumán.
- López, Cristina (1999). “Negocios familiares: redes mercantiles y redes de parentesco en el Tucumán colonial”. *Revista del Departamento de Historia*, 7: 48-70.
- López, Cristina (2014). *Los dueños de la tierra. Economía, sociedad y poder en Tucumán (1770-1820)*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras/Universidad Nacional de Tucumán.
- Lupiañez, Gabriela (2018). Usos de la noción de pueblo en tiempos de las invasiones inglesas (mediados de 1806-mediados de 1808). *Humanidades. Revista de la Universidad de Montevideo*, 3: 101-123.
- Lupiañez, Gabriela (2020). “Los pueblos de las intendencias de Salta y Córdoba del Tucumán entre la crisis de la monarquía, la revolución y la independencia (1806-1816)”. Nieva, Guillermo y González, Ana Mónica (coord.). *La antigua Gobernación del Tucumán. Política, sociedad y cultura (siglos XVI al XIX)*. Salta: Secretaría de Cultura de Salta.
- Lupiañez, Gabriela (2022). “Los pueblos en la revolución. Tucumán y la disputa por el gobierno de la ciudad en 1812”. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 57 (2): 21-49.
- Marley, David (1998). *Wars of the Americas: A chronology of armed conflict in the New World 1492 to 1997*. Santa Bárbara: ABC-CLIO.
- Morelli, Federica (2021). “Geografía, raza y nación en la experiencia trasatlántica de Agostino Codazzi (1793-1859)”. *Atlas Histórico de América III. Nuevas miradas en la huella del americano. Siglos XIX y XX*, Vol. III. Lima: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Murga, Ventura (1969). “Las Invasiones Inglesas y Tucumán”. *Revista de la Junta de Estudios Históricos*, 1 (1): 123-138.

- Nanni, Facundo y Morea, Alejandro (2020). "A City Transformed by the Army. Atlantic Networks in San Miguel de Tucumán, 1812-1819", *Annals of the Fondazione Luigi Einaudi*, LIV: 57-82.
- Páez de la Torre, Carlos (h) (1987). *Historia de Tucumán*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Páez de la Torre, Carlos (h) (2019). "Clemente de Zavaleta, un patriota". *Diario La Gaceta*, San Miguel de Tucumán, 21 de diciembre.
- Osterhammel, Jürgen y Petersson, Niels (2019). *Breve historia de la globalización. Del 1500 a nuestros días*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Parolo, María Paula (2004). "Las pulperías en Tucumán en la primera mitad del siglo XIX. Un espacio de libertad y de conflicto". *Travesía. Revista de historia económica y social*, 7/8: 127-148.
- Parolo, María Paula (2005). "Categorías ocupacionales y actores económicos: Los sectores mercantiles en Tucumán (1800-1870)". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 27: 75-106.
- Parolo, María Paula (2011). "Economía en tiempos de guerra. Tucumán en la primera mitad del siglo XIX". *Ecos de la Revolución de Mayo en Tucumán. Procesos políticos, sociales, económicos y arquitectónicos, 1810-2010*. Tucumán: Archivo Histórico de Tucumán.
- Ramos, Virginia (2017). "El enemigo en casa: repercusiones, debates y conflictos facciosos ante la presencia de prisioneros ingleses en Córdoba del Tucumán (1806-1807)". *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 8 (11): 1-22.
- Reales, Lucio (1987). *Tucumán y las invasiones inglesas*. Tucumán: Ediciones Fegamar.
- Roberts, Carlos (1938). *Las invasiones inglesas del Río de la Plata (1806-1807) y la influencia inglesa en la independencia y organización de las Provincias del Río de la Plata*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Jacobo Peuser SA.
- Schlez, Mariano (2020). "El tráfico comercial marítimo durante la invasión británica al Río de la Plata (1806-1807)". *América Latina en la Historia Económica*, 27 (1): 1-28.

- Sierra, Vicente (1960). *Historia de la Argentina. Fin del régimen virreinal e instalación de la Junta de Mayo de 1810 (1800-1810)*. Buenos Aires: Unión de Editores Latinos.
- Silveira, Alina (2012). “Una brisa atlántica en un puerto sudamericano. Inmigración y sociedad en el Buenos Aires independiente, 1810-1850”. En Morán, Daniel (ed.). *El Perú y el Río de la Plata en el contexto de las guerras de independencia*. Lima: Grupo Gráfico del Piero.
- Tejerina, Marcela (2012). “Inmigración extranjera, sentido de pertenencia y control estatal en el Buenos Aires tardo colonial: el testamento del genovés Guillen”. *Nuevos Mundo. Mundos Nuevos* [En línea], Débats. <http://journals.openedition.org/nuevomundo/63263>
- Tejerina, Marcela (2020). “Los comandantes de armas y la pugna por el control territorial: San Luis de Loyola a principios de la década revolucionaria”. *Prohistoria*, 33: 97-121.
- Tua, Leandro y Córdoba, Julio (2023). “Las invasiones inglesas y la región del norte. Un estudio de caso: Tucumán (entre 1806-1861)”. *Todo es historia*, 665: 20-27.

| CAPÍTULO 4 |

Una colonia escocesa en Buenos Aires (1825-1850). Imperialismo informal y comunidades entrelazadas

Alina Silveira⁴²

Introducción

En agosto de 1825, un contingente de 250 personas, mayoritariamente de origen escocés, arribó a Buenos Aires con el propósito de establecerse en la colonia de Monte Grande. Este acontecimiento se enmarca en un contexto de creciente influencia de los intereses comerciales británicos, la ratificación de la independencia del Río de la Plata y la firma de un tratado que garantizaba una serie de derechos políticos, económicos, sociales y religiosos a los súbditos británicos.

La presencia británica en Buenos Aires respondía a las estrategias políticas, económicas y militares de un imperio en proceso de construcción. En el transcurso de la primera mitad del siglo XIX, las dinámicas entre las incipientes repúblicas latinoamericanas y un expansivo Imperio británico han sido ampliamente analizadas tanto en la historiografía anglosajona como en la latinoamericana.⁴³

A principios del siglo XXI, la crítica poscolonial y el giro cultural y espacial permearon las discusiones sobre el imperialismo británico en

⁴²Universidad Nacional de Quilmes.

⁴³Desde la historiografía anglosajona se destacan los trabajos de Gallagher y Robinson (1953), Platt (1968) y Ferns (1966). Desde el latinoamericano, Gunder Frank (1967), Furtado (1964) y Cardoso y Faletto (1977).

América Latina. Algunos académicos anglosajones propusieron una reformulación y complejización del término imperialismo informal. Por ejemplo, el historiador inglés Matthew Brown (2008) sugirió re-interpretarlo como una tríada de influencias interdependientes: cultura, comercio y capital. Otros investigadores optaron por descartar directamente el concepto de imperio informal para comprender el colonialismo desde perspectivas alternativas. La historiadora estadounidense Ann Laura Stoler (2001), por ejemplo, propuso analizar los vínculos entre imperios como un conjunto de lazos “tensos y tiernos” (“*tense and tender ties*”) y reflexionó sobre las relaciones íntimas que moldeaban, determinaban y definían las dinámicas coloniales. Stoler sugirió que estas relaciones debían ser entendidas en términos de las complejas interacciones afectivas, sociales y políticas que caracterizaban los vínculos entre colonizadores y colonizados. Esta perspectiva buscó capturar la multidimensionalidad de las experiencias coloniales y desafiar las narrativas simplificadas sobre el poder y la resistencia en contextos imperiales. En consecuencia, las experiencias cotidianas de las personas comunes pasaron al centro de las investigaciones.

En esta misma línea, la *entangled history*, historia cruzada o entrelazada, situó en el centro la capacidad de acción de los actores históricos, especialmente aquellos cuyas historias fueron tradicionalmente ignoradas en una historiografía eurocéntrica (Ballantyne, 2014; Gould, 2007). Este enfoque reconoció la permeabilidad de las fronteras, las negociaciones de poder en las relaciones coloniales y el dinamismo de los procesos interculturales, incluyendo factores materiales y simbólicos que se entrelazan.

Estas renovadas perspectivas inspiran este estudio. Proponemos reducir la escala de observación y enfocarnos en un estudio de caso,

la colonia de Monte Grande/Santa Catalina, para recuperar las experiencias cotidianas de personas comunes, como propone Stoler, y comprender la vida de la colonia y los colonos en un contexto imperial. La colonia de Monte Grande/Santa Catalina fue el primer proyecto colonizador y el primer intento por organizar una inmigración planificada y de mano de obra familiar en lo que sería la Argentina.

El trabajo se divide en dos secciones. En la primera, nos concentraremos en los fundadores de la colonia, John y William Parish Robertson, para reflexionar sobre su rol como agentes imperiales y sus relaciones con las autoridades locales. En la segunda parte, examinaremos la vida de los colonos, sus interacciones e integración a las actividades económicas locales. Al reducir la escala de observación, nuestro objetivo es rastrear las trayectorias individuales y profundizar en los procesos interculturales. En particular, exploraremos cómo los colonizadores tejieron lazos simbólicos y materiales entre Escocia y el Río de la Plata, destacando las dinámicas de interacción y las negociaciones culturales que caracterizaron su experiencia en la colonia. Para ello utilizaremos memorias de colonos, notas publicadas en el periódico anglófono local *The British Packet and Argentine News* y cartas personales. Estas fuentes nos permitirán reconstruir los lazos imperiales desde una mirada centrada en este lado de océano y recuperando la voz y agencia de individuos comunes y corrientes.

Agentes imperiales: los hermanos Parish Robertson y la colonia de Monte Grande

La colonia de Monte Grande fue concebida, diseñada y ejecutada por John y William Parish Robertson. Tomamos la idea de sujetos o

agentes imperiales de Pratt (1997) para reflexionar en qué medida estos hermanos escoceses moldearon un orden económico afín a los intereses del capitalismo expansionista británico.

John se aventuró hacia tierras rioplatenses tras enterarse de la primera invasión inglesa en 1806. Impulsado por los relatos sobre Buenos Aires y motivado por la expectativa de la apertura de los territorios americanos al comercio británico, un joven John Parish Robertson se dirigió a las costas del Río de la Plata a los catorce años. Desembarcó en Montevideo con otros comerciantes y aventureros, desde donde observó la toma de la ciudad. Era común que comerciantes acompañaran las cañoneras y oficiales navieros en este tipo de expediciones. John permaneció en Montevideo hasta la derrota definitiva de las invasiones en 1807 en manos de las milicias criollas, cuando, desilusionado, regresó a su país (Parish Robertson y Parish Robertson, 1988 y 2000).

Las invasiones inglesas, como analiza Knight (2001), muestran el fracaso del Imperio en expansión en su búsqueda de ejercer un control formal en la América hispánica. Una acción que también puso en evidencia que la influencia británica y su política emanaban de varias fuentes. Las invasiones y ocupación de las ciudades rioplatenses no se originaron de instrucciones de Whitehall, sino que surgieron de las ambiciones imperiales y personales de oficiales navales que aprovecharon la información que disponían sobre el Río de la Plata para orquestar una operación que sorprendió al Gobierno metropolitano. Desde fines del siglo XVIII, la cuestión hispanoamericana venía discutiéndose en las oficinas parlamentarias, donde americanos, como Francisco de Miranda, buscaban impulsar el apoyo británico a las independencias latinoamericanas. Sin embargo, en el contexto de las guerras napoleónicas, las prioridades imperiales se concentraron en

Europa. La impaciencia del Almirante Popham lo llevó a tomar acciones por su cuenta, impulsado por las ideas de Miranda y por reportes compartidos por comerciantes, y lanzarse a una expedición en la cual, lejos de presentarse como libertadores, tal como había charlado con el político americano, forzó a los criollos a jurar fidelidad al monarca del Reino Unido. Esto provocó el rechazo de aquellos quienes organizaron milicias para repeler la ocupación. A su regreso a Inglaterra, los comandantes de las expediciones debieron rendir cuentas al Parlamento y a la justicia por su accionar (Gallo, 1994; Knight, 2001). Estos cortocircuitos entre Whitehall y sus funcionarios muestran las múltiples motivaciones imperiales, su dinamismo y contradicciones.

Pero el fracaso de las invasiones no implicó el fin de las relaciones entre el Río de la Plata y el Reino Unido. La expedición fallida construyó un lazo entre ambas; muchos soldados, comerciantes y aventureros se quedaron luego de la retirada del ejército. Quienes regresaron portaron consigo información sobre la región, la cual fue utilizada tanto para la construcción de una política más clara de Whitehall sobre Hispanoamérica como para diseñar estrategias económicas para su inserción en el mercado local.

Es así como una figura como John Parish Robertson, que poco sabía sobre la región antes de 1806, con la información recabada en su expedición de 1806/7, decidió regresar a probar su suerte cuando la familia real portuguesa huyó de Portugal luego de la invasión napoleónica a la península y se asentó en Brasil con el apoyo de la armada británica. Un año más tarde, desencantado con el Brasil, continuó viaje hacia Buenos Aires.

Allí fue testigo del proceso emancipatorio. En mayo de 1810, al correrse la noticia de la posible derrota total de España en manos de las tropas francesas, las autoridades locales invocaron el concepto de re-

asunción del poder por parte de los pueblos y pusieron bajo su mando el control del virreinato, destituyeron al virrey Cisneros y convocaron juntas de Gobierno como en España. Las siguientes décadas la región se vio atravesada por la guerra de independencia, luchas políticas entre las tendencias centralistas y federales y la provisionalidad de los Gobiernos centrales.

En este nuevo escenario, a pesar de las incertidumbres políticas, los negocios del joven Parish Robertson progresaron. Aprendió castellano y convocó a su hermano, William Parish Robertson, para que lo ayudara. Los escoceses establecieron oficinas en Liverpool y emprendieron actividades comerciales en el Litoral, Paraguay, Chile, Perú y Buenos Aires construyendo un espacio transnacional que interconectaba los mercados de las nacientes naciones con el británico proveyendo de bienes manufacturados y armas a cambio de cueros. Para 1825, habían acumulado una fortuna que ascendía a 100 000 libras esterlinas.

Para entonces, y luego del fracaso de las invasiones y los cambios en las alianzas internacionales,⁴⁴ la política oficial del Gobierno británico hacia Hispanoamérica fue de neutralidad y así se mantuvo hasta 1825. En aquellos años varias veces los hermanos Parish Robertson interpelaron a su Gobierno para que estrecharan relaciones formales con las nacientes repúblicas americanas con la intención de proteger sus intereses económicos con el respaldo formal del imperio. Pero aquella no estaba dispuesta a disgustar a su nueva aliada y mantuvo la neutralidad como política de Estado, aunque nada hizo para disuadir la migración de soldados, marinos y comerciantes británicos hacia te-

⁴⁴Luego de la invasión napoleónica a la península ibérica, la España borbónica y el Reino Unido se aliaron.

territorio americano, quienes fueron de gran utilidad para los procesos de independencia (Baeza Ruz, 2021).

Los jóvenes escoceses establecieron sólidos lazos de confianza y negocios con las autoridades locales. Conocieron a San Martín, Francia, Alvear y Rivadavia, entre otros. Fruto de estas interconexiones, el Gobierno de Buenos Aires los designó, junto con otros agentes criollos, como apoderados para negociar en Londres un crédito financiero. Los capitales financieros ingleses confiaron en estos intermediarios por su condición de compatriotas y su conocimiento de la región. Este arreglo culminó en la firma del Empréstito Baring por un millón de libras esterlinas, que se destinaría, según se había propuesto, a la construcción de un moderno puerto que promoviera las actividades económicas y comerciales británicas en la zona. Los hermanos Parish Robertson desempeñaron un papel crucial como agentes de un imperialismo informal, representando los intereses locales para fomentar un capitalismo que beneficiara directamente a los intereses económicos del Reino Unido, aunque impulsados también por los deseos de las elites locales, quienes buscaban integrarse al mercado mundial. En su rol de intermediarios, recibieron una comisión de aproximadamente cuarenta mil libras esterlinas.

La firma del empréstito formó parte de una serie de reformas implementadas en la década de 1820 por el gobernador Martín Rodríguez y su ministro Rivadavia, orientadas a modernizar las estructuras políticas, el aparato estatal, la milicia y la economía en Buenos Aires. En este contexto, se observó una expansión económica significativa en la campaña bonaerense, marcada por un cambio de enfoque económico de la actividad comercial hacia la ganadería. Además, se procuró atraer capital extranjero con el objetivo de fortalecer las relaciones

comerciales con el mercado internacional. También se fomentó la instalación de colonias al ofrecerles a las inmigrantes tierras a bajo costo, exención del servicio militar y garantías políticas.

Este escenario de estabilidad política y económica dinamizó los vínculos con Gran Bretaña. Aunque el Gobierno asumió una política de neutralidad, los intereses comerciales, como vimos en el ejemplo de los hermanos Parish Robertson, se extendieron, ávidos de penetrar en el mercado americano. Estos extendieron sus redes entre 1810 y 1824, en un contexto marcado por la incertidumbre de las emancipaciones y la peligrosidad de la guerra.

Para la década de 1820, las independencias americanas ya eran un hecho. En 1824, arribó el primer cónsul británico al Río de la Plata, Woodbine Parish, con la misión de negociar un acuerdo en el cual se reconociera la emancipación de España. El 2 de febrero de 1825 se firmó el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación. Reino Unido reconoció la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata (primera en ser reconocida por el Imperio) y las autoridades políticas locales garantizaron a los súbditos británicos derechos civiles y comerciales, libertad de conciencia y culto, protección y seguridad para el comercio y eximición del servicio militar. El Tratado garantizó una situación preferencial y de seguridad jurídica a todos los británicos en un contexto marcado por la incertidumbre y la inseguridad jurídica. En un sentido clásico, eran los claros trazos de un imperialismo informal que imponía cláusulas de nación favorecida. Los hermanos escoceses observaron con expectativas el cambio político.

Firmado el acuerdo, el Gobierno local dialogó con agentes en Londres, empresarios y representantes en Europa para atraer a agricultores, artesanos y mineros desde Gran Bretaña. La firma del Tratado y

los impulsos colonizadores sumados a la mayor estabilidad política y económica local fomentaron la inmigración de miles de británicos entre 1825 y 1830, quienes se convirtieron en el primer grupo de extranjeros en número de ingresos al puerto de Buenos Aires (Silveira, 2017).

Los hermanos Parish Robertson se sumaron a los nuevos proyectos con la confianza de contar ahora con el apoyo formal de su Gobierno, atentos a incrementar sus ganancias. Con el amparo del Tratado proyectaron su propia colonia al sur de la ciudad de Buenos Aires. Este tipo de proyectos fueron típicos en la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX, pero fundaron los cimientos en estas primeras experiencias. El término polisémico de “colonia” y “colonos” no hace alusión a una imposición de tipo política de una nación (o sus ciudadanos) sobre otra, sino más bien al carácter “civilizatorio” que las elites locales le atribuían a ese tipo de asentamientos agrícolas. Ubicados generalmente en tierras fronterizas o zonas incultas, el objetivo era que allí se impusieran las formas de producción capitalistas en detrimento de las locales, consideradas inferiores. Los colonos, en consecuencia, eran sus habitantes. Claramente por el tipo de explotación rural, sus ocupantes eran mayoritariamente europeos.

El Gobierno local ofreció a los colonos tierras y herramientas para asentarse. Pero los escoceses rechazaron las tierras ofrecidas por el Gobierno y en su lugar compraron con su dinero la estancia Monte Grande y las vecinas Santa Catalina y Laguna, en los actuales terrenos de Esteban Echeverría y Lomas de Zamora, que en total sumaban unas 6500 hectáreas. Aquí vemos las historias entrelazadas de estos escoceses y las elites políticas locales. Aquellos conocían la región y la peligrosidad de las tierras ofrecidas por el Gobierno. Su preocupación era meramente económica, no les interesaba fortalecer la presencia

estatal del Gobierno local, por lo cual priorizaron sus intereses personales para asegurar sus ganancias. Asimismo, las autoridades locales anhelaban introducir modos de producción capitalistas en el campo bonaerense, y aquello prometían hacerlo a través de la mano de obra británica. De este modo, el éxito de los hermanos escoceses se entrelazaba con los deseos de progreso del incipiente país. El Gobierno otorgó a los colonos una suma de dinero para la compra de herramientas y útiles necesarios para el trabajo, el manejo de la justicia dentro de la colonia, libertad de culto y exención del pago de impuestos.⁴⁵

Los hermanos Parish Robertson entonces se garantizaron las mejores tierras y eligieron cuidadosamente a los colonos. Su conocimiento de la región rioplatense y sus orígenes escoceses sumados a su situación de privilegio a partir de la firma del Tratado parecían ser la combinación perfecta. Pero esto no ocurrió. Al poco tiempo de asentarse y luego de unos pocos años auspiciosos, la colonia se disolvió y John y William Parish Robertson perdieron todo el dinero invertido.

Las causas de su fracaso son varias, desde diferencias entre los colonos a un proyecto económico que resultó ser poco rentable, en especial porque los hermanos escoceses se apartaron del contrato original al rechazar las tierras provistas por el Gobierno, por lo que incrementaron los costos de instalación de la colonia. Habían invertido 60 000 libras esterlinas en la empresa colonizadora entre traslados, tierras, casas y mejoras de la tierra.⁴⁶ Resulta difícil pensar cómo recuperarían semejante fortuna con la venta de productos elaborados en

⁴⁵El acuerdo se encuentra transcripto en *The British Packet*, 11/10/1828.

⁴⁶*The British Packet*, 25/10/1828.

una pequeña colonia agrícola ubicada en el medio de una escasamente poblada tierra.

A estas dificultades internas se les sumaron factores externos, como las sequías de 1828 y 1829, las guerras civiles entre unitarios y federales,⁴⁷ el ataque de los indígenas y la disputa con el Brasil por el control de la Banda Oriental que impidió que los Gobiernos locales les brindaran apoyo financiero para consolidar la colonia (Dodds, 1897; C. Grierson, 1926; Ferns, 1966; Stewart, 2000).

Los negocios de los hermanos escoceses fueron más exitosos sin el apoyo político del Imperio que cuando gozaron de una situación de privilegio con la firma de un tratado de nación privilegiada. Los lazos del imperialismo informal nunca garantizaron el éxito de los emprendimientos del capital metropolitano. Como señala Miller, el mercado abierto en la era de la independencia resultó en grandes ganancias para unos pocos y bancarrotas y desilusiones para la mayoría (Miller, 1993).

En 1828, la situación en la colonia era crítica y los hermanos Parish Robertson activaron las influencias que habían cultivado en las décadas anteriores tanto con el Gobierno provincial y las instituciones bancarias locales como con el Gobierno británico para solicitar ayuda.⁴⁸ Cuando sus acciones resultaron infructuosas, recurrieron al apoyo de la comunidad británica asentada en la región.

⁴⁷En 1827, el federal Manuel Dorrego asumió como gobernador de la provincia de Buenos Aires. En diciembre de 1828, el general Lavalle, unitario, destituyó y fusiló a Dorrego. Los federales, al mando del entonces estanciero Juan Manuel de Rosas, se armaron contra el general unitario, lo que produjo una serie de enfrentamientos en el sur de la campaña de Buenos Aires, donde estaba la colonia de Monte Grande.

⁴⁸Archivo Histórico del Banco de la Provincia de Buenos Aires, documento nro. 441.

El periódico de la comunidad británica, *The British Packet, and Argentine News*, y su editor, Thomas G. Love, fueron el vehículo al que apelaron para denunciar al Gobierno local por incumplir el acuerdo firmado en 1825. En sucesivas notas se argumentaba que los hermanos escoceses habían cumplido el acuerdo con el Gobierno, introduciendo valores civilizatorios y un modelo de trabajo industrioso en la campaña bonaerense.⁴⁹ La colonia, afirmaban, había sembrado las bases para una permanente mejora en la agricultura del país cimentando las bases del progreso. El prado inculto cubierto por cardos fue convertido en más de 800 hectáreas de tierras de labranza, 500 hectáreas de árboles frutales y 5000 hectáreas de pasturas. Un puñado de chozas miserables cedieron ante el avance civilizatorio de los colonos, que edificaron más de treinta casas de ladrillos aseadas, adornadas con flores y arbustos, amuebladas, con vajilla y camas con cortinillas, un almacén para la venta de distintos productos, una carpintería, una herrería, un granero y un edificio de tres pisos como molino (todas construidas con ladrillos y cal manufacturados en la misma colonia). Las vizcachas cedieron terreno a los caballos, ovejas, vacas y bueyes domesticados y las simples zanjas que delimitaban los terrenos fueron reemplazados por cercos. Las carretas pesadas impulsadas por bueyes fueron reemplazadas por carros livianos tirados por caballos al estilo inglés. También los colonos introdujeron nuevas herramientas agrícolas traídas de Escocia.⁵⁰ Esta mirada épica sobre el supuesto éxito de la colonia se reprodujo posteriormente entre las elites locales, quie-

⁴⁹*The British Packet*, 16/8/1828, p. 1, y 23/08/1828, p. 1, 11/10/1828, p. 1, y 25/10/1828, pp. 1 y 2. Sobre Love y *The British Packet* ver Neves Sarriegui (2021).

⁵⁰*The British Packet*, 16/8/1828, p. 1, y 23/08/1828, Sarmiento (2009), Dodds (1897), Head (2003).

nes, como Sarmiento, tomaron el ejemplo de la colonia escocesa como modelo de proyecto civilizatorio para el país y camino por seguir para la instalación de nuevos programas colonizadores. Ignoraron, paradójicamente, su fracaso económico (Sarmiento, 2009).

Sin embargo, luego de su introducción, los métodos de explotación agrícola europeos se entrelazaron con los locales. Los cercos se construyeron de madera de tala (planta arbórea americana), más barata y abundante en la región; uno de los colonos diseñó una ingeniosa máquina para limpiar los cardos y las vacas cimarronas fueron domadas para la extracción de leche, mientras los árboles plantados modificaron la vegetación autóctona local y permanecieron en pie como recuerdo de la colonia, mucho después de su desintegración. Love, además, resaltó en sus artículos la influencia moral de los colonos, quienes demostraron su “superioridad ética” en su intachable comportamiento y piadosa fe.⁵¹

Estas líneas volcadas en la prensa anglófona parecieran confirmar la mirada del imperialismo informal sobre Hispanoamérica. Sin embargo, esta lectura unilateral oscurece la capacidad de agencia a los actores locales. Los líderes políticos rioplatenses bregaron por su instalación y valoraron positivamente el modelo económico y moral británico (Dávila, 2005). Asimismo, el sistema económico y ético del capitalismo protestante no era exclusivamente británico, sino compartido por los países europeos en general. En consecuencia, es difícil pensar que los Parish Robertson fueron percibidos por agentes imperiales y su accionar como una extensión de los deseos expansionistas

⁵¹*The British Packet*, 23/8/1828.

de un Imperio británico, en especial en relación con las autoridades y ciertas elites locales donde primaba una cultura anglófona.

No solo el proyecto colonizador fracasó, también lo hicieron los otros proyectos agrícolas y mineros; mientras que las especulaciones de préstamos y acciones mineras se transformaron en una crisis comercial y financiera, el Gobierno entró en cesación de pagos y la saturación del mercado llevó a la ruina a muchos jóvenes emprendedores que se asentaron en la región. Los mercados eran limitados, las ciudades pequeñas y el gran ámbito rural generaba escasa demanda de productos importados. Sumado a esta situación, la inestabilidad política de la región terminó por hacer fracasar muchos de los primitivos emprendimientos y vínculos económicos. Asimismo, si bien en las décadas de 1810 y 1820 los negocios mercantiles británicos dominaron el comercio entre el Río de la Plata y el mercado internacional, en las décadas siguientes, mercaderes de otras nacionalidades (franceses, norteamericanos, belgas) arribaron a la región y disputaron el mercado a estos extranjeros. Por cerca de veinte años las relaciones económicas entre Gran Bretaña y el Río de la Plata se estancaron. Tampoco se pagó el empréstito de 1825. La coyuntura política local cambió las prioridades y el dinero se utilizó para la guerra con el Brasil por el control de la Banda Oriental, en lugar de la construcción de un moderno puerto.

En este escenario, el Gobierno británico optó por la no intervención. No defendió los intereses de los Parish Robertson ni del capital financiero de la casa Baring. Mientras el Gobierno británico se mostró activo en garantizar la seguridad de la región impulsando la creación de un estado independiente, la Banda Oriental del Uruguay, que resolviera las rivalidades entre las Provincias Unidas y el Imperio de Brasil para impulsar las actividades comerciales libres, poco hizo para pre-

sionar por el pago del empréstito o para que el Gobierno cumpliera con lo acordado con los Parish Robertson o los otros proyectos colonizadores. A los hermanos escoceses les fue mejor en sus negocios cuando el Gobierno imperial adoptó una postura neutral de no intervención (1809-1824) que cuando se establecieron cláusulas de nación favorecida que debía brindar un marco regulatorio de mayor seguridad. Frente a este escenario, desilusionados y empobrecidos, abandonaron la región para no volver. Vendieron sus tierras, disolvieron su casa comercial del Río de la Plata (aunque continuaron operando en la costa pacífica) y se retiraron a Inglaterra, donde dedicaron varios años a escribir sobre sus aventuras y éxitos comerciales en Sudamérica, pero sin mencionar la colonia y su decepción económica. En una sociedad meritocrática e individualista, no había lugar para el fracaso.

En este sentido, los Parish Robertson actuaron más como sujetos imperiales en tanto escritores de relatos de viaje, reflejando una imagen de la expansión imperial que fuera significativa y deseable para las poblaciones de los países imperiales (Parish Robertson y Parish Robertson, 1988 y 2000). Así diseñaron y moldearon una imagen sobre el mercado sudamericano para el público europeo. Justamente, el tipo de libros que redactaron, como propone Pratt (1997), fueron un instrumento clave para que las poblaciones metropolitanas tomaran conocimiento de la región y el lugar del Imperio en él, haciendo inteligible la zona ante quienes no conocían América. A través de este tipo de escritos, aquellos podrían pensarse como parte de un proyecto planetario británico, construyendo su propia identidad como sujetos imperiales frente a un otro sudamericano, compartiendo sus conocimientos sobre el mercado y la sociedad americana para el público imperial y los intereses capitalistas.

Historias entrelazadas. Los colonos en el campo bonaerense

Los colonos fueron reclutados directamente en Gran Bretaña: dos tercios en Escocia, en las tierras bajas escocesas de los condados más urbanizados y desarrollados; un cuarto de Inglaterra (principalmente de Londres) más unos pocos irlandeses. La mitad eran sirvientes,⁵² un tercio, artesanos y trabajadores calificados (albañiles, herreros, zapateros, carpinteros, aserradores, pintores, etc.) y solo un 10 %, granjeros y labradores. A estos se les sumaron un centenar de niños y mujeres. Pensando en las necesidades de la colonia también se contrataron un jardinero, un médico, un alguacil y un arquitecto, y más adelante arribaron un clérigo y un maestro. La mayoría eran educados, sabían leer, escribir y aritmética básica y conocían la literatura nacional escocesa.

Contrario a los movimientos migratorios de otros grupos, como italianos o españoles, los colonos provenían de las regiones más urbanas e industriales de Gran Bretaña. Algunos de los colonos se embarcaron con sus sirvientes, lo cual nos muestra que, lejos de ser una población empobrecida, eran familias con un cierto capital y educación. Pero solo una minoría contaba con experiencia agrícola. La mayoría viajó con la expectativa de mejorar su situación económica y social en búsqueda de oportunidades. La nueva sociedad burguesa de la mano del desarrollo del capitalismo liberal introdujo novedosos valores, como la libre competencia y la esperanza del ascenso social. Esto resquebrajó la antigua seguridad y confianza de las sociedades tradicionales, donde la vida se presentaba como estática, segura y

⁵²Los sirvientes formaban una extensa y distintiva parte de la economía y sociedad inglesa y escocesa. Trabajaban y vivían con las familias de granjeros por períodos más extensos de tiempo que un jornalero, aunque su movilidad, física y social, los distinguía en una sociedad rural estática (Kussmaul, 1981).

confiable. La emigración para muchos fue una forma de buscar nuevas promesas y mejor fortuna más que una huida de la penuria y pobreza. El capitalismo parecía ofrecer nuevas oportunidades y muchos salieron a buscarlas en destinos de ultramar. Colonos y migrantes, al igual que algunos grandes comerciantes, como ha trabajado Cohen (2019), actuaban priorizando sus carreras individuales y vínculos familiares.

En Monte Grande los esperaba una tierra cubierta de cardos, con unas pocas chozas y vizcachas de vecinas. Cada familia recibió un lote de tierra que debía trabajar por al menos cinco años, después la propiedad volvería a los hermanos Parish Robertson o podían optar por comprarla a un valor preferencial. En 1828 vivían en la colonia más de 500 personas. Muy apegados a las raíces de la madre patria, los colonos escoceses se mantuvieron unidos por la fe, muchos se casaron entre ellos y retuvieron y reconstruyeron elementos culturales de la madre patria. Cecilia Grierson, nieta del colono William Grierson, describe que era común escuchar en la colonia la música de las gaitas, verlos bailar danzas típicas escocesas con sus distintivas polleras y todos los domingos asistían al servicio religioso presbiteriano (C. Grierson, 1926).

Los colonos arribaron a una tierra desconocida a la cual modificaron e intervinieron con el objetivo de introducir sus formas de producción, sus formas de habitar, sus alimentos y sus prácticas culturales. Pero ellos también fueron impactados por la sociedad local, por la pampa húmeda y por las formas de producción local, construyendo nuevos sentidos.

Como el colono William Grierson (2000: 65) manifestaba en su diario de viaje, lejos de llegar a imponer sus prácticas, valores y principios, arribaron con la ilusión de entrelazar su destino con el de la sociedad de acogida:

Vientos de América no nos venzan desde la orilla. Somos los hijos de la Libertad, llegamos a ti porque eres libre, venimos a celebrar tu emancipación, no traemos grilletes, esclavitud ni Inquisición. Traemos la fuerza de nuestros brazos dispuestos a trabajar... nos convertiremos en tus hijos, nuestra sangre se mezclará con la tuya. Americanos y británicos no tendrán distinción.

Estas palabras de uno de los colonos resultan elocuentes sobre cómo percibían los propios migrantes su presencia en el Nuevo Mundo. Este granjero, que viajaba con su familia (y algunos sirvientes), educado y entusiasmado por el viaje, proponía unir esfuerzos con el joven continente para insertarse en él en nombre de la libertad y la emancipación. Lejos de parecer agentes del imperialismo o del capitalismo, sus palabras nos muestran a un migrante entusiasmado en su camino a la aventura.

Pero este deseo de unión también estaba acompañado de temor y desconocimiento sobre la tierra americana y sus habitantes, como otro colono (Dodds, 1897) manifestaba en un poema que escribió en el buque *Symmetry*, camino al Río de la Plata:

...qué clase de personas eran los argentinos?
¿Salvajes o civilizados?—su color y figura,
Y las muchachas resolvieron que preferirían ahogarse
Antes que andar sin ropa o ser besadas por un negro.

Como vimos, la colonia, a pesar de su inicial éxito, a los pocos años se disolvió. Para comprender las causas de su fracaso, necesitamos reducir la escala de observación para indagar en torno a la vida de los colonos y cómo estos se entrelazaron con el medio local entre las expectativas y la realidad a la que se enfrentaron. El primer problema

surgió en torno a la ilusión de llegar a una nueva sociedad que prometía la igualdad como punto de partida. La mitad partieron de Escocia como sirvientes en una sociedad estamental donde la deferencia y las diferencias de estatus eran marcadas, frente un cambio cultural que proponía la apertura del ascenso social condicionado al talento, esfuerzo y mérito de las personas por sobre su nacimiento y posiciones heredadas. América se presentaba para estos como aquella tierra de oportunidades donde las antiguas diferencias desaparecerían y así les fue propuesto el proyecto. Sin embargo, esto no fue así. Ya en el buque, las diferencias entre granjeros y sirvientes se manifestaron materialmente. Mientras los primeros comían cerdo, sopa, pan y arroz con leche y dormían en cabinas con camas y condiciones mínimas de higiene, los sirvientes viajaban en habitaciones compartidas, sucias y plagadas de piojos, dormían en hamacas y comían sopa que Grierson denunció no ser apta para consumo humano. Estas diferencias fueron denunciadas en el viaje, pero poco se hizo por mejorar su situación. Cuando llegaron a Monte Grande, según varios colonos reclamaron, lejos estuvieron de abrazar la idea de la igualdad y prontamente volvieron a las viejas formas por las que se consideraban superiores a otros colonos y se los hacían sentir así. Sirvientes y labradores denunciaron que los granjeros no respetaron lo prometido en Escocia. Pero en esta nueva tierra las oportunidades podían encontrarse en cualquier lugar, por lo cual abandonaron la colonia en búsqueda de un mejor porvenir por fuera de un mundo que pretendía copiar las jerarquías abandonadas en la vieja Europa al partir. Algo similar sucedió en relación con las diferencias nacionales: apenas zarpado el *Symmetry*, ingleses y escoceses se trenzaron en discusiones que varias veces los

llevaron al enfrentamiento físico y que se reprodujeron en la colonia (W. Grierson, 2000; C. Grierson, 1926; Dodds, 1897).

Otro motivo interno que explica el fracaso de la colonia fue el choque que se produjo entre el mercado y las formas de producción local y los colonos. Estos tenían un conocimiento imperfecto de la tierra, sus temporadas y las costumbres del país, lo cual los llevó a intentar reproducir formas de producción escocesas en la pampa bonaerense. Nada tenían que ver las vacas lecheras domesticadas escocesas con las cimarrones. Y pocos tenían experiencia en el trabajo agrícola. A su vez, la producción de manteca y crema que caracterizó a la colonia, consumo típico en las tierras caledonias, inundaron el mercado local ante una población más acostumbrada al consumo de aceite de las tradiciones españolas.

Para 1829, la colonia se había disuelto y sus fundadores, fundido. Pero la vida de los colonos continuó en la región. La mayoría no regresó a su patria de origen. Las historias personales de los colonos al reducir la escala de observación nos permiten devolver agencia a esos miles de migrantes y reflexionar sobre sus trayectorias migratorias. Estas nos permiten analizar las conexiones interculturales que se produjeron y cómo crearon nuevos sentidos frente a la necesidad de negociar con las estructuras locales tanto en términos materiales para adaptarse al contexto de producción local como simbólicas para comprender el funcionamiento de la política y sociedad local e intentar construir una vida social y cultural lejos de la madre patria. Si bien la vida de la colonia era bastante cerrada, sus fronteras eran permeables y las negociaciones con el entorno local, constantes. Lejos de una imposición de una cultura o una forma de producción sobre la otra, ambas chocaron, se entrelazaron y resignificaron.

A los 87 años, Jane Rodgers, una colona que arribó en 1825 siendo una niña de cuatro años con sus padres desde Renfrewshire, Escocia, recopiló sus aventuras y desventuras en el país y las publicó en el diario angloparlante *The Standard*.⁵³ Su padre se había sumado como sirviente a la colonia, pero al poco tiempo abandonó las tierras de los hermanos Parish Robertson al encontrar que las condiciones que se le habían prometido no se cumplieron. Ilusionado con el proyecto del ascenso social y la perspectiva de igualdad, la familia se instaló sucesivamente en Cañuelas, Chascomús y San Vicente, donde compraron vacas lecheras y se dedicaron a la producción de lácteos para el mercado local. De pequeña, Jane trabajó cuidando bebés y, a medida que creció, se fue incorporando a los trabajos en la granja, ordeñando vacas, produciendo manteca, cuidando y arreando el ganado.

La historia de esta familia fue profundamente dinámica. Lejos de la seguridad de la Escocia natal, un día habían logrado adquirir cientos de vacas, para luego perderlas al quedar en el medio de luchas civiles.⁵⁴ Para la década de 1830, la región había logrado una cierta estabilidad política y económica⁵⁵ que permitió a la familia Rodgers progresar nuevamente. Al momento de su fallecimiento en 1849 en Buenos

⁵³Una compilación de los artículos se puede consultar en Stewart (2000).

⁵⁴Durante el enfrentamiento entre Lavalle y Rosas, un grupo de soldados ingresó a su casa para saquearlos. La familia, espantada por lo sucedido y ante el temor de perder la vida junto con sus bienes, huyeron a la ciudad, donde la madre de Jane se empleó como lavadora, planchadora y costurera.

⁵⁵Con la Confederación Rosista se instauró un orden político republicano (en tanto la legitimidad del Gobierno estaba basada en la voluntad popular y había sido elegido dentro de un marco institucional) y la campaña bonaerense inició un camino de expansión y crecimiento económico.

Aires, el padre de Jane había logrado adquirir una chacra de un poco menos de 3000 metros cuadrados y más de 400 cabezas de ganado.

En su relato, Jane describió el desconcierto que le generaban su nueva vida y las diferencias geográfica y climáticas con su Escocia natal. Un tema recurrente era el clima, desde la inversión de las estaciones en relación con el hemisferio norte a la percepción de amenaza constante de la naturaleza local. Por ejemplo, en su relato denunció haber sido “atacada en la nuca” por un aire, atravesada por un rayo un día de tormenta, azotada por fuertes vientos que “levantaban por los aires a las ovejas” y destruida su producción por la sequía. También su aspecto se vio cruzado por el sol de la pampa. Las extensas jornadas de trabajo al aire libre habían oscurecido su tez blanca. Esto es percibido por una joven Jane a través de la mirada de otro, cuando un conacional visitó a su familia y comentó asombrado sobre su respecto. Su aspecto y el comentario sorprendieron a la niña, quien respondió con enojo y desprecio hacia su interlocutor por haber llamado la atención al respecto (Robson, 2000: 79).

A las desgracias atravesadas, Jane contrapone en su relato su fortaleza física y mental para superar los obstáculos e imponerse a los campos vírgenes y los cardos, pero también a la barbarie de la población local, bruta, violenta y propicia a la estafa, el robo y el engaño que la amenazó una y otra vez. La joven escocesa se impone una y otra vez a los infortunios, mostrando su moral y temple. A pesar de haber sido estafada o desahuciada, cuando aquellos que mal le hicieron necesitaron de su ayuda, no dudó en brindarla. Su fe presbiteriana se imponía y demostraba así su superioridad moral frente a los criollos católicos, de ahí el título de sus crónicas: *Faith hard tried*, la fe puesta a prueba. Lo interesante de su relato es que, aunque culpa a la naturaleza y po-

blación local de sus desventuras, varias veces fue también saqueada o estafada por familiares y coterráneos. En estos casos, la autora no denuncia los orígenes de aquellos ni su fe.

El campo entonces se erigió en una zona de contacto (Pratt, 1997) en la cual se produjo el encuentro colonial del cual emergieron desde nuevos productos introducidos en el mercado local y una nueva fisonomía en los cutis curtidos por los rayos solares hasta nuevos instrumentos musicales, sonidos y formas de vestir que circulaban en el campo junto con los ponchos y las guitarras. Al mismo tiempo, el relato heroico de la joven escocesa muestra sus intentos por domesticar el salvaje campo bonaerense con su trabajo y esfuerzo.

Jane se casó con otro colono, Hugh Robson, quien había arribado con su familia a la colonia de Monte Grande a los once años. Su padre también había sido contratado como sirviente. Durante los enfrentamientos entre Lavalle y Rosas, la familia Robson, al igual que la de Jane, sufrió la inestabilidad política. Unos bandidos los atacaron, robaron y uno de los hermanos de Hugh fue asesinado.

A pesar de ser súbditos británicos y haberse inscripto en el consulado para demandar su protección, poco y nada pudo hacer el poder imperial para evitar que la vida de estos colonos fuera amenazada. Más allá de denuncias públicas en los medios de comunicación y alguna observación realizada con horror por parte de los cónsules, los colonos escoceses (e ingleses) estuvieron tan sujetos a la violencia política local, robo, pillaje y estafas como cualquier otro ciudadano de la zona. Su situación de privilegio garantizado por el Tratado de 1825 no parece haberlos puesto a resguardo. Si estas familias lograron un cierto progreso fue más por consecuencia de las mejoras en la situación política y económica local, su trabajo y esfuerzo, así como oportu-

tunidades aprovechadas para insertarse en el mercado local, que por sus conexiones imperiales o privilegios garantizados por un tratado.

Una trayectoria distinta de la de los sirvientes fue la de los colonos que arribaron con una carrera y educación previa. Por ejemplo, el jardinero escocés John Tweedie, quien era un hombre de cincuenta años cuando arribó a Monte Grande. Tweedie contaba con estudios académicos y experiencia laboral en los jardines de altos miembros de la aristocracia escocesa. Cuando se disolvió la colonia, se asentó en la ciudad de Buenos Aires, donde se dedicó a diseñar jardines particulares, montó un vivero y un *tea garden* (casa de té implantado en un pintoresco jardín), importando un modelo cultural de sociabilidad que convivió con las pulperías y cafés. Su trabajo fue muy valorado y respetado en el país al punto que el gobernador Rosas lo contrató para que diseñara sus jardines en su estancia en Palermo. El arquitecto londinense Richard Adams se sumó a la colonia con 32 años y, al igual que Tweedie, contaba con una trayectoria laboral previa en Inglaterra. Richard edificó la residencia de los hermanos Parish Robertson y muchos otros edificios en la colonia, así como diversas construcciones de la comunidad, entre ellas, las iglesias anglicana y presbiteriana, las cuales convivieron en el centro porteño con las iglesias católicas y las casas coloniales hispánicas. También se destacó como pintor, sus acuarelas desplegaron su mirada sobre la ciudad, sus habitantes y costumbres, proyectando hacia al imperio imágenes y recreaciones del recientemente emancipado virreinato. El maestro Gilbert Ramsay, quien se instaló en la colonia en 1826 con 27 años, fue convocado por los hermanos Parish Robertson para encargarse de la educación de los hijos de los colonos. Como Tweedie y Adams, contaba con un título universitario y una trayectoria como maestro

en Escocia. Al año siguiente de su arribo, se casó con una de las hijas de John Tweedie. Disuelta la colonia, se instaló en la ciudad donde estuvo al frente de un almacén, luego estableció una escuela, fue profesor de inglés en la Universidad de Buenos Aires y se dedicó a la labor periodística al frente del *The British Packet*. Su presencia multiplicó el idioma inglés en la región, como docente y como redactor del primer periódico anglófono del país.

Finalmente, las trayectorias más exitosas en términos económicos fueron las de tres colonos con experiencia en trabajo agrícola, quienes llegaron a acumular grandes fortunas, al punto de ubicarse entre los grandes capitalistas de la época en Buenos Aires: John McClymont y los hermanos James y William White (Silveira, 2009).

Los hermanos escoceses James y William White habían nacido en una pequeña ciudad en el condado de Roxburgh y arribaron a Buenos Aires con sus familias en el *Symmetry* como granjeros a los 24 y 22 años respectivamente. Los hermanos White fueron de los pocos que no abandonaron la colonia luego de su disolución; se quedaron y arrendaron las tierras de los Parish Robertson por diez años. A diferencia de los Rodger y Robson, abandonaron la producción de lácteos e innovaron en la importación de carneros Negrette desde Alemania para dedicarse al refinamiento del ganado ovino para la exportación de lana al mercado inglés de la revolución industrial. También diversificaron sus intereses montando un almacén de venta de frutos producidos en su estancia (pasto, maíz, cebada, alfalfa y habas), así como de carretas, hierro y aceros, creando la sociedad *Diego White y Compañía*.

En la década de 1840, compraron dos estancias, una en Cañuelas y otra en Chivilcoy, casas en la ciudad y terrenos en los actuales barrios de Belgrano y Saavedra. William falleció en 1866 y legó una fortuna de

casi 200 000 pesos fuertes y James en 1871, con una fortuna valuada en más de 700 000 pesos fuertes (Hanon, 2005; Silveira, 2009).

John McClymont, oriundo del condado de Ayrshire, arribó con su esposa en 1825 como granjero a los 26 años. Al igual que los hermanos White, se quedó arrendando las tierras de los Parish Robertson fracasado el proyecto colonizador. Compró varias estancias y se dedicó al refinamiento del ganado y explotación lanar. John murió en 1865 y dejó una fortuna de más de 160 000 pesos fuertes (Hanon, 2005; Silveira, 2009).

Al analizar las diversas trayectorias de algunos colonos, nos encontramos con que aquellos que fueron más exitosos económicamente fueron quienes entrelazaron sus vidas con las del país en un mundo cambiante, donde la ruleta de la fortuna podía enriquecer y empobrecer a una persona por el efecto de una sequía, una guerra o una mala decisión financiera, como vimos en el caso de los Parish Robertson. En el caso de los hermanos White, esto puede visibilizarse incluso a través de sus relaciones familiares. Ambos se casaron en segundas nupcias con las hijas de un rematador de Buenos Aires, José Julián de Arriola. Esta interacción les permitió integrarse mejor con las necesidades y posibilidades del mercado local.⁵⁶ La mayoría de los comerciantes británicos desconocían el mercado interior, por lo cual era común que remataran sus productos en lugar de distribuirlos directamente fuera del puerto. Es probable que así fuera como los White conocieron a Arriola y sus hijas, y, al tejer redes familiares con aquel, impulsaron también sus actividades económicas, una práctica habitual entre los comerciantes

⁵⁶Ambos arribaron con esposas a la colonia que fallecieron relativamente jóvenes, dejando a los hermanos escoceses libres para volver a contraer nupcias, a diferencia de John McClymont, que también arribó casado, pero cuya esposa murió después que él.

británicos en Buenos Aires (Silveira, 2019). Muchos granjeros, como los White y McClymont, se iniciaron en la explotación de ganado vacuno, luego adquirieron ovejas e importaron ganado para su refinamiento y diversificaron sus negocios. Quienes lograron un mayor éxito económico imitaron las estrategias de inversión de los capitalistas locales, quienes, para hacer frente a la inestabilidad local y la volatilidad del capital mercantil, diversificaban sus capitales en bienes rurales y urbanos, *stock* ganadero y capital mercantil (Gelman y Santilli, 2004). En la primera mitad del siglo XIX, los británicos fueron conocidos por ser pioneros de la producción lanar en la región. Como a estos extranjeros les resultaba difícil competir con los ganaderos locales en el negocio de los cueros, tendieron a volcar sus actividades a negocios no dominados por las elites locales. Es así como se dedicaron inicialmente a la producción de queso y crema. Pero quienes lograron acumular importantes fortunas rápidamente abandonaron ese negocio que ofrecía tasas menores de ganancia por la explotación ovina. Esta actividad rendía altos beneficios a corto plazo porque no se necesitaban grandes cantidades de capital para la compra de tierra, la mano de obra se podía pagar con un porcentaje de lo producido (a través del régimen de la aparcería, por ejemplo), se requería menos capital que para la producción vacuna y se podía iniciar a pequeña escala (Sábado y Korol, 1981). A su vez, el fin de la contienda militar con Brasil (el puerto de Buenos Aires volvió a abrirse al comercio internacional) y la abolición de los impuestos aduaneros para la venta de lana en el mercado inglés impulsó a algunos de estos extranjeros a dedicarse a esta actividad. Probablemente, en este caso, el conocimiento que tenían o podían obtener por medio de redes y conexiones interpersonales como británicos los ubicó en un lugar de ventaja frente a productores y comerciantes locales o de otras nacionales.

No todos los colonos llevaron adelante esta trayectoria. Quienes se mantuvieron vinculados a la explotación de ganado vacuno para la producción de lácteos, más asociada a la de la patria natal o las expectativas iniciales, tendieron a lograr un cierto estatus como chacareros locales, intentado eludir las dificultades políticas, pero afirmando su proyecto económico adaptado a las realidades locales, como el caso de los Robson y Rodgers. Estos también se mantuvieron más cerrados en sus vidas familiares y sociales al grupo de origen, eligieron casarse entre miembros de la colonia y mantuvieron la religión presbiteriana y las prácticas culturales de la madre patria adaptadas al nuevo escenario.

Otros colonos abandonaron la colonia y el mundo rural. El mercado local, falto de mano de obra, los absorbió rápidamente. Asentados en la ciudad, continuaron con sus saberes, ya fuera como maestros, arquitectos, jardineros o artesanos compartiendo sus habilidades con la sociedad local.

A diferencia de los escritos de los hermanos Parish Robertson, las narrativas de los colonos no moldean una imagen de Sudamérica para el público lector europeo, sino que reconstruyen sus narrativas de vida para sus coterráneas en Buenos Aires, en el caso de Rodgers y Dodds, y para sus amigos y familiares en las crónicas de William Grierson. En estos casos, son los propios colonos quienes moldearon una imagen sobre su pasado, no como sujetos imperiales hacia la metrópoli, sino como sujetos subalternos hacia la propia comunidad de emigrados. Otros, como Cecilia Grierson, desde la alteridad pero en castellano, escribieron sobre el pasado familiar con el objetivo de compartir la experiencia del proyecto colonizador con el público local, trascendiendo el marco étnico. En estas crónicas, el mito burgués de la meritocracia era central, valor asociado a la civilización europea capitalista que trascendía el marco imperial británico. Lo mismo sucede cuando describen despectivamen-

te la moral de los criollos, acusados de deshonestos, codiciosos y mentirosos, omitiendo que esas mismas prácticas también caracterizaban a connacionales. Se reproducen en estos casos el discurso civilizatorio común tanto en Europa como entre las elites latinoamericanas colaborativas de una moral superior frente a la local.

Consideraciones finales

El caso de la colonia agrícola de Monte Grande/Santa Catalina nos permite reflexionar en torno a las múltiples artistas a través de las cuales pensar las relaciones entre Gran Bretaña y América Latina en el siglo XIX. El trabajo ha intentado mostrar que las relaciones entre ambas regiones fueron complejas, dinámicas y multifacéticas. Al reducir la escala de observación, nos encontramos con un universo muy heterogéneo de actores con deseos y expectativas cambiantes. Estos entraron en diálogo en un proceso intercultural con la sociedad y condiciones materiales locales. Lejos de una influencia unilateral de la ética laboral británica (como proponía Love en su editorial), lo que vemos son hombres, mujeres y niños que intentaron aprovechar las ventajas del mercado local y eludir los peligros para adaptarse a la vida en el nuevo mundo. En este cruce, los colonos transformaron la tierra inculta en campos de cultivo, mientras las vacas cimarronas se adaptaron a la producción de lácteos. En sus relatos, el supuesto de su superioridad moral, económica y religiosa nunca es cuestionado, aunque los valores que se imponían eran propios de la civilización europea más que de la británica en particular.

Esto no implica, no obstante, que debamos desestimar los lazos del imperialismo en la conformación de la colonia y en las expectativas de sus fundadores. Las invasiones inglesas fueron un intento frustrado

de control directo del territorio que permitió construir lazos entre ambas costas del atlántico. Descartada la opción de control formal, el fin de las guerras napoleónicas y la irreversibilidad de las emancipaciones americanas, se impulsó la firma del Tratado en 1825, que buscaba garantizar los intereses británicos en el Río de la Plata. A pesar de las cláusulas de nación favorecida, las inversiones y expectativas culminaron en estrepitosos fracasos para el gran capital.

Debemos entonces relativizar el supuesto de que el éxito económico o los intercambios desiguales fueron el punto de partida. Estos debieron construirse al mismo tiempo que el propio imperialismo británico estaba diseñándose y no fue hasta la segunda mitad del siglo XIX que podemos ver estos lazos construyendo un mercado más exitoso para los capitales británicos, erigidos sobre los cimientos emplazados en la primera mitad del siglo XIX e impulsados por un Estado nación argentino que consolidó su estructura. Es cierto que algunos lograron progresar, pero quienes lo lograron, en el caso de los colonos escoceses como John McClymont o los hermanos White, lo hicieron entrelazándose con la sociedad local, vinculándose familiarmente con las mujeres criollas, conociendo en profundidad el mercado rioplatense y su realidad política y afirmándose en la sociedad de acogida. No fueron meros enclaves de un capitalismo foráneo, sino que se insertaron como migrantes y se asentaron en el país para criar a sus hijos como argentinos o angloargentinos.

Bibliografía

- Baeza Ruz, Andrés (2021). *El otro imperio. Chilenos y británicos en la revolución de independencia, 1806-1831*. Santiago de Chile: Ril editores.
- Ballantyne, Tony (2014). "Introduction", *Entanglements of Empire. Missionaries, Maori and the Question of the Body*. Londres: Duke University Press.

- Brown, Matthew (2008). "Introduction". En Brown, Matthew (comp.), *Informal Empire in Latin America. Culture, Commerce and Capital*. Oxford: Blackwell Publishing y SLAS.
- Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo (1977). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cohen, Deborah (2019). "Love and money in the Informal Empire". *Past and Present*, 245: 79-115.
- Dávila, Beatriz (2005). "La elite de Buenos Aires y los comerciantes ingleses: espacios de sociabilidad compartidos. 1820-1825". En Batticurore, Graciela, Gallo, Kalus y Myers, Jorge, *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, 136-149. Buenos Aires: Eudeba.
- Dodds, James (1897). *Records of the Scottish Settlers in the river Plate and their Churches*. Buenos Aires: Grant and Sylvester.
- Ferns, Henry (1966). *Gran Bretaña y la Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Solar-Hachette.
- Furtado, Celso (1964). *Desarrollo y subdesarrollo*. Buenos Aires: Eudeba.
- Gallagher, John y Robinson, Ronald (1953). "The imperialism of Free Trade". *Economic History Review*, VI: 1-15.
- Gallo, Klaus (1994). *De la invasión al reconocimiento. Gran Bretaña y el Río de la Plata, 1806-1825*. Buenos Aires: AZ Editora.
- Gelman, Jorge y Santilli, Daniel (2004). "Las elite económicas de Buenos Aires en la época de Rosas. Patrones de inversión, movilidad y fragmentación en tiempos de cambio". *Prohistoria*, VIII, 8: 11-37.
- Gould, Eliga (2007). "Entangled Histories, Entangled Worlds: The English-Speaking Atlantic as a Spanish Periphery". *The American Historical Review*, 112 (3): 764-786.
- Grierson, Cecilia (1926). *Colonia de Monte Grande. Primera y única colonia formada por escoceses en la Argentina*. Buenos Aires, Taller Jacobo Peuser.

- Grierson, William (2000). "Voyage of the Symmetry". En Stewart, Iain, *Two accounts by early Scottish emigrants to the Argentine. From Caledonia to the Pampas*, 65. Trowbridge: Cromwell Press.
- Gunder Frank, André (1967). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Hanon, Maxine (2005). *Diccionario de británicos en Buenos Aires*. Buenos Aires: Gutten Press.
- Head, Francis (2003). *Las Pampas y los Andes*. Biblioteca virtual de Cervantes Saavedra, Universidad de Alicante. Disponible en: <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcmg7j0>
- Knight, Alan (1993). "Britain and Latin America". En Porter, Edward (ed.), *The Oxford History of the British Empire. The Nineteenth Century*. Oxford: Oxford University Press.
- Kussmaul, Ann (1981). "The Ambiguous Mobility of Farm Servants". *The Economic History Review*, 34 (2): 222-235.
- Miller, Rory (1993). *Britain and Latin America in the nineteenth and twentieth centuries*. Nueva York: Longman.
- Neves Sarriegui, Juan (2021). "Entangled Public Opinion: Thomas George Love and the British Press in the River Plate, 1807-1845". En Iglesias-Rodgers, Graciela (ed.), *The Hispanic-Anglosphere from the Eighteenth to the Twentieth Century. An Introduction*, 157-175. Londres: Routledge.
- Parish Robertson, John y Parish Robertson, William (1988). *Cartas sobre el Paraguay*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Parish Robertson, John y Parish Robertson, William (2000). *Cartas de Sudamérica*. Buenos Aires: Emecé.
- Platt, Desmond Christopher Martin (1968). *Finance, Trade and Politics. British Foreign Policy 1815-1914*. Oxford: Clarendon Press.
- Pratt, Mary Louise (1997). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

- Prebisch, Raúl y Martínez Cabañas, Gustavo (1949). “El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas”. *El Trimestre Económico*, 16 (63): 347-431.
- Robson, Jane (2000). “Faith Hard Tried”. En Stewart, Iain, *Two accounts by early Scottish emigrants to the Argentine. From Caledonia to the Pampas*. Trowbridge: Cromwell Press.
- Sábato, Hilda y Korol, Juan Carlos (1981). “Incorporación a la estructura productiva”. En *Cómo fue la inmigración irlandesa en Argentina*, 81-122. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Sarmiento, Domingo Faustino (2009). *Facundo o civilización y barbarie*. Buenos Aires: Ed. Eduvim.
- Silveira, Alina (2009). “Inserción económica, trabajo y movilidad social de los británicos en Buenos Aires (1800-1850)”. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 65, año 22/23: 13-42.
- Silveira, Alina (2017). *Gran Bretaña en la Reina del Plata. Ingleses y escoceses en Buenos Aires (1800-1880)*. Buenos Aires: Biblos.
- Stewart, Iain (2000), *Two accounts by early Scottish emigrants to the Argentine. From Caledonia to the Pampas*. Trowbridge: Cromwell Press.
- Stoler, Ann Laura (2001). “Tense and Tender Ties: The Politics of Comparison in North American History and (Post) Colonial Studies”. *The Journal of American History*, 88 (3): 829-865.

| CAPÍTULO 5 |

Los británicos, los deportes y la sociabilidad suburbana (Buenos Aires, mediados-fines del siglo XIX)

Florencia Rolla⁵⁷

Introducción

Los británicos comenzaron a llegar a Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XIX y se asentaron en un comienzo sobre todo en el centro de la ciudad. Las razones por las cuales arribaron al país fueron variadas: desde los jóvenes de espíritu aventurero que encontraron en estas latitudes un horizonte de posibilidades a representantes de firmas británicas, asimismo inversores y comerciantes, y luego profesionales requeridos para trabajar en infraestructura, entre otras. Muchos de ellos, sobre todo ingleses, irlandeses y escoceses,⁵⁸ desarrollaron una conexión con los espacios suburbanos de la ciudad desde esas primeras décadas del siglo. Entre paseos a caballo a la tarde por el camino de Barracas hacia el sur y los callejones que daban a él (Parish Robertson y Parish Robertson, [1843]2000: 400), las visitas a los pueblos vecinos de San José de Flores, San Isidro o Las Conchas, como también las primeras quintas al norte y sur de la ciudad, los británicos se movieron por esos espacios periféricos desde los comienzos.

⁵⁷Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas “Mario J. Buschiazzo”, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires (IAA|FADU|UBA).

⁵⁸La gran mayoría de galeses se asentaron en otros territorios argentinos, sobre todo en la Patagonia.

Hacia mediados del siglo XIX, la llegada de británicos fue incrementando, aunque no fue una inmigración masiva como la de otras comunidades como españoles e italianos (Tabla 2). En el contexto internacional Argentina aparecía como una tierra de oportunidades, uno de los destinos deseados por los emigrantes europeos. José Luis Romero plantea que el incentivo producido por los países productores de materias primas y los consumidores de productos manufacturados trajo como consecuencia la creación de nuevas fuentes de trabajo y ello estimuló el crecimiento poblacional ([1976]2014: 247). Haciendo foco en los intereses comerciales, Gran Bretaña proveía a la Argentina de productos manufacturados, textiles, herramientas y maquinaria, como también capital para el desarrollo de los ferrocarriles, puertos e infraestructura comercial, y Argentina respondía con la provisión de cueros, lana, sebo, cereales y carne.

Tabla 2. Población por nacionalidades y sexo en Buenos Aires y sus suburbios. 1869. Fuente: elaboración propia. (Primer Censo de la República Argentina, 1872: 38-45).

Secciones	Españoles		Italianos		Ingleses	
	V	M	V	M	V	M
Ciudad de Buenos Aires	10.486	3.512	28.883	13.074	2.054	1.027
NORTE						
Belgrano	143	61	526	162	17	12
San Isidro	41	107	469	165	10	4
San Fernando	160	44	521	119	14	4
Las Conchas y Tigre	224	37	528	137	95	14
CENTRO						
San José de Flores	6	-	104	25	-	-
SUR						
Barracas al Sud	826	363	1.043	428	42	27
La Paz	81	12	21841	41	30	23
Quilmes	472	155	857	229	65	28

Más allá de las razones particulares de la emigración, los británicos en Buenos Aires formaron una comunidad heterogénea, pero que compartió una gama de prácticas comunes, entre ellas el idioma, y algunas asociaciones que los vinculaban entre sí que colaboraban en forjar vínculos comunitarios. Sin embargo, también dieron muestra de su heterogeneidad frente a otras cuestiones que los identificaban dentro de la propia comunidad, como por ejemplo la religión y, asimismo, la formación de instituciones acorde a los intereses de únicamente una parte de sus miembros. Traducir la integración alcanzada, entendiendo que convivía con la diversidad, permite desentrañar una de las características esenciales de los británicos: su percepción de unión comunitaria. Probablemente sea la figura presentada por Benedict Anderson, como parte de la idea de “comunidad imaginada”, específicamente la nacionalidad como concepto sociocultural, lo que llevó a la comunidad británica a sostener su integración comunitaria a pesar de su heterogeneidad ([1983]2013). Por otro lado, si bien compartieron prácticas y representaciones con otros grupos de inmigrantes, la mayoría de los británicos participaron activamente dentro de su propia comunidad. Ese grupo social heterogéneo se formó en suelo argentino como una suerte de constelación de expatriados que construía su lugar fuera de su tierra de origen y de las colonias del Imperio británico, durante el ciclo que Eric Hobsbawm denomina la “era del imperio” ([1987]2012). Mediante la reconstrucción de un imaginario dejado atrás se formó la identidad británica a través de hábitos y costumbres, como también por medio de lo material.

A pesar de haber sido poblacionalmente baja, la comunidad británica de Buenos Aires tuvo un gran peso en la configuración de los suburbios en los que participó. En muchos casos, los lazos con aquellos

espacios periféricos en relación con su “ambiente natural” se dieron a través de los deportes como práctica de sociabilidad. Fue allí, en las periferias, donde los británicos establecieron clubes para las prácticas deportivas, que además actuaban como espacios de sociabilidad para sus miembros, dejando huellas que han logrado perdurar en el tiempo. La vida por fuera de la ciudad consolidada y el diálogo intracomunitario que allí desarrollaron fueron representativos de esa comunidad de inmigrantes, que incluyó nuevas formas de sociabilidad, asociaciones y la formación de instituciones acordes. La hipótesis que se plantea es que los deportes y la formación de las instituciones deportivas fueron el resultado de las representaciones de una comunidad heterogénea que encontró en ellos un refugio donde desarrollar vínculos, tanto intercomunitarios como extracomunitarios. El territorio elegido para tal fin fueron los suburbios de la ciudad de Buenos Aires, como espacio en relación con el aire libre, el ocio y las actividades de recreación.

Entretenimiento, ocio y deportes

Durante el período victoriano, nuevas actividades de entretenimiento modificaron la sociabilidad de un pueblo que se transformaba juntamente con el avance de la ciencia, la industria y la tecnología. Con estos progresos se produjo una mejora sustancial en la capacidad económica que trajo aparejado, entre otros, un mejoramiento en la percepción monetaria de la sociedad en general, sobre todo en los estratos medios y en la pujante burguesía. Con el progreso económico aparece también el tiempo libre como noción; por lo tanto, culturalmente, esa sociedad victoriana alteraba sus costumbres acompañando aquellos cambios e introducía formas novedosas que fueron revolucionarias respecto a su pasado georgiano. Asimismo, guiada por el

progreso de la medicina, la percepción sobre el cuidado del cuerpo y de la mente actuó directamente sobre la idea de esparcimiento, donde la salud tanto física como espiritual tuvieron un efecto similar en la mente. Ambas fueron caracterizadas por las sensaciones de relajación, confort y liberación de la ansiedad (Haley, 1979: 253). Gran parte de esta transformación fue de la mano de la apreciación del espacio exterior, de la vida al aire libre y de las bondades que la naturaleza tenía para ofrecer, donde los suburbios cumplieron un rol fundamental (Figura 1). La combinación de tiempo, ocio y dinero llevaron al incremento de las actividades de entretenimiento y la invención de pasatiempos que llenaran las nuevas horas vacantes (Wilson, 2003: 409). Es en este contexto en que los británicos desarrollaron actividades de recreación de todo tipo, incluyendo visitas a museos, paseos por el zoológico, juegos al aire libre y deportes.



Figura 1. Arundel, Sussex (1893). Fuente: Colección J.A.F. Lough. (Udesa).

En 1873, D. F. Sarmiento fue invitado a dar la charla inaugural del *Tigre Boat Club*, además de ser nombrado miembro honorario del nuevo club de remo fundado por británicos, instalado sobre el Río Luján en Tigre.

Damas y caballeros. Estoy deleitado con la fiesta de hoy, acaso más de lo que podéis creerme. He venido complacido como socio honorario de este Club a presenciar la inauguración de un nuevo género de diversión en este país. Sus fuertes antepasados debieron gran parte de su grandeza a su destreza y osadía en el mar, y los británicos robustos de hoy mantienen el buen estado de la raza gracias a estas atracciones dignas de una nación viril, libre y enérgica.

Para mí, que estoy envuelto en los tediosos cuidados del cargo, es reconfortante venir aquí y formar parte en estos deportes varoniles que realzan el aforismo de los antiguos “*mens sana in corpore sano*”.⁵⁹ (*The Standard*, 10-12-1873)

Mens sana in corpore sano, como idea de salud integral o de totalidad, fue el concepto que dominó el período victoriano en Gran Bretaña y delineó gran parte de la sociedad y sus expresiones culturales. Los intelectuales de la época adoptaron la idea del cuerpo robusto como modelo para una mente bien formada; la armonía entre el cuerpo y la mente fue el modelo para la salud espiritual (Haley, 1979: 4).

⁵⁹Traducción del autor: *Ladies and gentlemen. I am more delighted at the festivity of today than you will perhaps give me credit for. I have gladly come, as honorary member of this Club, to witness the inauguration of a new kind of amusement in the [sic] this country. Your hardly ancestors owed much of their greatness to their dexterity and daring on sea, and the robust Britishers of the present day keep up the fine physique of the race by these amusements worthy of a virile, free and energetic nation.*

For me who am involved in tedious cares of office it is refreshing to come here and take part in these manly sports, which realize the aphorism of the ancients “Mens sana in corpore sano”.

La mirada sobre la salud, la higiene y la salubridad fue delineándose a medida que los avances científicos no solamente fueron mejorando la calidad de vida de los británicos, sino que también trajeron grandes beneficios que modificaron sus hábitos.

Hacia comienzos del período, los “deportes” practicados, casi exclusivamente por la aristocracia, eran la caza, la pesca y el tiro. Además, existían juegos que se jugaban en los jardines privados de las residencias, como por ejemplo el *tip-cat*, *stoolball* y la novedad: el croquet. Esos juegos eran considerados como tal, ya que no requerían de un gran desafío físico y eran aptos tanto para mujeres como niños. En cambio, los nuevos deportes desde sus inicios fueron considerados actividades más bien varoniles y se inscribían, en parte, en la búsqueda de la salud física como modelo de excelencia del hombre, el hombre robusto, el *sportsman*.⁶⁰ Era, entonces, la personificación del cuerpo sano que estaba en consonancia con la destreza deportiva de esos hombres jóvenes y viriles, y, por lo tanto, los victorianos llevaron su enseñanza a las instituciones educativas. Para el caso argentino, recién en 1882, va a ser el escocés Alexander Watson Hutton quien

⁶⁰“*Sportsman*: ideal de *gentleman* (hombre perteneciente a la clase dominante inglesa), que desde fines del siglo XVIII se había transformado en deportista imbuido de los valores del *fairplay*. La moralidad del *fairplay*, presente en los inicios del deporte moderno, incluía desde cánones asociados a la masculinidad de la caballería feudal hasta valores afines a la nueva burguesía industrial. Apuntaba a la resistencia física al dolor, a sostener actitudes leales y caballerescas tanto hacia los propios compañeros como hacia los adversarios ocasionales, a no especializarse en ningún deporte (elemento común a las clases dominantes del continente), a cultivar virtudes del *gentleman* (fomentar el esfuerzo, la disciplina, el respeto al reglamento y a las decisiones de los árbitros) y a ejercer el culto a las tradiciones” (Gillet, Bernard [1971], *Historia del deporte*. Barcelona: Oikos Tau. Citado en Frydenberg, 2013: 286).

incorpore la práctica deportiva en una escuela británica en Buenos Aires, la escuela Saint Andrew's Scotch School.

Se dice que el duque de Wellington exclamó que la batalla de Waterloo⁶¹ se ganó en los campos de juegos de Eton College, una antiquísima escuela de varones inglesa, aunque es probable que sus dichos hayan sido distorsionados. Lo que sí es significativo es el avance gradual, pero constante, de la enseñanza deportiva en las instituciones educativas, más allá de la promoción oficial (Paterson, 2008: 265-266). Por otro lado, la institucionalización de los deportes no hubiera sido posible sin el consentimiento de los voceros religiosos que argumentaban que “la salud era un principio de mejoramiento moral completamente compatible con las actividades saludables como simple entretenimiento o relajación” (Haley, 1979: 140). Es decir que, a través de diversas promociones y miradas, los deportes fueron introducidos en las escuelas y universidades, promoviendo el cuidado del cuerpo y la salud, como también dando el espacio para la competencia que, eventualmente, llevó al entretenimiento deportivo.

El cricket fue uno de los deportes más respetados a lo largo del siglo XIX. Teniendo sin dudas linaje, supo ser el rey de los deportes entre las décadas de 1850 y 1870. A partir de allí, logró la popularización dentro de las islas británicas y el territorio del Imperio y se convirtió en uno de los primeros deportes de competencia internacional. Con la competencia deportiva creció la concurrencia de espectadores que disfrutaban del encuentro deportivo dando lugar al florecimiento

⁶¹La batalla de Waterloo fue librada entre el ejército francés comandado por Napoleón Bonaparte contra los ejércitos británicos, holandeses y alemanes a cargo del duque de Wellington, en 1815.

de instalaciones aptas para el público, como por ejemplo *grandstands*, *pavilions* y *clubhouses* (Paterson, 2008: 268). Es decir, el deporte no solamente convocaba a los deportistas, sino que se fue transformando en entretenimiento para el público también. Si los encuentros deportivos en torno a los partidos de cricket entre las escuelas Eton College y Harrow School, como también entre las universidades de las ciudades de Oxford y Cambridge, eran los puntos culminantes de la temporada de verano, el evento que más entusiasmaba durante la primavera era la *university boat race*. La competencia de botes a remo sobre el río Támesis atraía a un caudal de espectadores creciente y, por ser uno de los primeros deportes que reunía a un público masivo, se dice que ese deporte dio lugar a la aparición de artículos en la prensa, lo que dio inicio al periodismo deportivo moderno. Durante el período victoriano, además, se impulsaron o crearon otros deportes como el *football*, el *rugby*, el *lawn tennis*, el golf, *hockey*, *water-polo*, etc., como también las competencias atléticas, el atletismo.

Hacia fines del período del reinado de la reina Victoria, los deportes formaban parte fundamental de la vida del entretenimiento y el ocio, tanto de jugadores como de espectadores. Desde una mirada cultural, los deportes aparecen con una doble lectura: por un lado, permitieron mantener la identidad regional, no solamente de cada país, sino dentro de cada uno de ellos, a través de la competencia y, por el otro lado, ayudaron a establecer las bases del *team spirit*. Esa noción de espíritu de equipo fue, según Robbins, fundamental a la hora de formar un frente común británico para la lucha armada conjunta de la Primera Guerra Mundial ([1988]2002: 162). Entendiendo que los británicos se integraban dentro de su diversidad, más como una combinación de estructuras sociales y culturales que como un conglomerado

homogéneo, se pueden identificar algunas de las redes tejidas por esa comunidad en torno a los deportes y el entretenimiento, también fuera de las islas británicas. Bailey y Seibert entienden que en Argentina el recambio permanente de personas de la comunidad, como migraciones de ida y vuelta, colaboró en mantener las tradiciones en forma persistente, y plantean que fueron inmigrantes temporarios que recrearon en el exilio asociaciones étnicas que tipificaron la cultura de su país de origen, sirviéndoles durante la estadía en el exterior (1979: 547). En Buenos Aires, más específicamente en los suburbios de la ciudad, la comunidad británica no solamente compartió la práctica de los deportes, sino que, asimismo, organizó y fundó instituciones para tal fin.

El deporte suburbano

El suburbio es ese espacio intermedio donde la forma de vivir desarrolla su propia experiencia tomando las mejores virtudes tanto de la ciudad y sus comodidades como del campo y sus bondades. En consonancia con el progreso de la ciencia, la industria y la tecnología, que fueron modificando las áreas rurales del Reino Unido desde la revolución agraria, aparece una nueva mirada hacia el campo y la naturaleza. Se gesta durante el siglo XIX una nueva relación hacia el “aire libre” que contribuyó a un cambio profundo sobre las formas de habitar. El suburbio del período fue percibido como un espacio potencial para la creación de un nuevo entorno, un territorio cualitativamente diferente a nivel social, político y cultural. La incurción de la naturaleza, los espacios verdes, el contacto con el aire libre fueron fundamentales en la construcción de ese espacio suburbano que se ajustaba a los cánones higiénicos, el cuidado del cuerpo y la salud, brindando el ideal del buen vivir; valores resignificados desde

la ciudad, como marcó Raymond Williams ([1973]2001). El suburbio, entonces, hacia la segunda mitad del siglo XIX fue la construcción real de un espacio suburbano en vez de uno subrural (Whelan, 2014: 24). La importancia de estos valores del período victoriano radica en la transferencia y reproducción que los británicos realizaron de ellos en territorios fuera de su tierra de origen y cómo los adaptaron a contextos diferentes a los propios.

En la periferia inmediata a la ciudad de Buenos Aires, como también en los pueblos, poblados y caseríos alejados de esta, pero comunicados a través de caminos, se asentaron muchos británicos desde épocas tempranas. En las primeras décadas del siglo XIX ubicaron principalmente sus quintas en esos espacios periféricos, residencias que en general eran utilizadas como lugares para pasar los meses estivales, aunque muchas de ellas fueron, asimismo, viviendas permanentes. En una de ellas, la quinta ubicada en Barracas perteneciente al comerciante inglés James Brittain, bautizada como *Waterloo* en honor a la batalla ganada por Lord Wellington a Napoleón, pareciera que se jugó el primer partido de cricket en 1819. Brittain fue uno de los jugadores junto a varios estancieros británicos, como Daniel Gowland y Thomas Duguid, entre otros (Fernández-Gómez, 2004: 135). Sin embargo, es probable que los oficiales capturados tras la invasión británica de 1806 lo hayan practicado antes en las cercanías de San Antonio de Areco (Graham-Yool, [1981]2007: 192).

Planteadas las bases sociales para el desarrollo de los deportes y fomentados desde la propia comunidad, los británicos establecieron sus instituciones deportivas en las zonas suburbanas de la ciudad. Comenzando con el cricket y el remo, luego el atletismo, el *football*, el polo y

el tenis, entre otros, fueron muchos los deportes practicados por ellos en Buenos Aires. Cada uno de estos deportes tuvo más de un espacio adecuado para tal fin y se expandió hacia todas las regiones suburbanas de la ciudad. Referidos los deportistas por los porteños como aquellos “locos ingleses”, los *sportsmen*, esta mirada que recorrió buena parte del siglo XIX hasta principios del XX fue la que primó para que los clubes deportivos fueran fundados, en su mayoría, por miembros de la comunidad británica. Como para muchos de los casos de la historia, las inclinaciones personales no deben ser del todo categóricas, ya que también hubo miembros de las élites locales en varias de las instituciones tanto en forma de socios como de miembros fundadores.

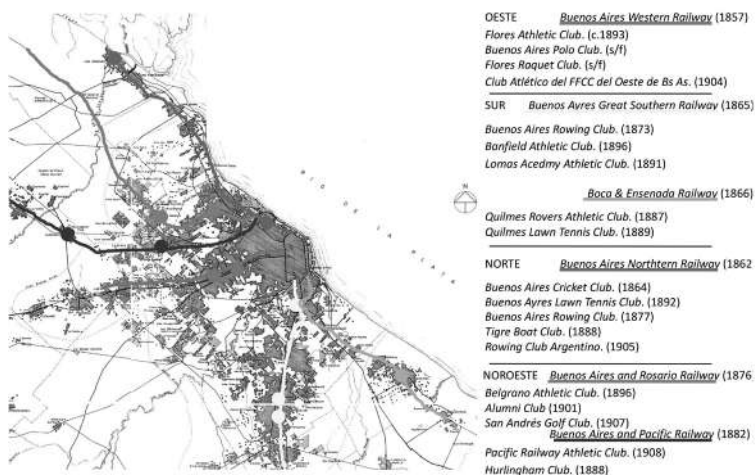


Figura 2. Ubicación de los clubes deportivos (según su nombre original y fecha de fundación) fundados por iniciativas de británicos en los suburbios de Buenos Aires indicados junto a las líneas de ferrocarril. Fuente: elaboración propia.

Nota: El gráfico fue realizado sobre el plano “Buenos Aires y alrededores hacia 1910”, elaborado por C. A. Vapñarsky (2000).

Dentro de los muchos clubes deportivos británicos en la periferia de la ciudad, algunos de ellos se destacaron por establecerse de forma tal que lograron perdurar en el tiempo. Aquellos fueron formándose desde la década de 1860 hasta la primera década del siglo XX, con un notorio auge sucedido en las décadas de 1880 y 1890. Las razones de esta periodización pudieron ser varias, como por ejemplo las tasas de inmigración de británicos creciendo en las últimas décadas del siglo XIX. Por otro lado, hacia principios del siglo XX, la constitución de clubes deportivos únicamente por iniciativas de británicos fue deca- yendo frente a la formación de instituciones mixtas con otras comunidades, sobre todo con argentinos. Asimismo, y desde una mirada económica, se evidencia que inicialmente el acceso a este tipo de ocio estaba restringido a un cierto grupo económico. Sin embargo, no debe soslayarse que el aumento del PBI per cápita en el período 1875 y 1912 tuvo un salto cuantitativo notable (Cortés Conde, 1997: 17-18), lo que dio entonces la posibilidad de destinar mayores ingresos al ocio y el entretenimiento a personas de diverso ingreso. Haciendo foco en el ferrocarril se encuentra que, en todos los casos, la formación de los clubes deportivos suburbanos fue *a posteriori* a la fundación de la línea de hierro que los comunicaba con la ciudad de Buenos Aires (Figura 2).

Entendiendo, entonces, que de las actividades al aire libre los deportes son la carta de presentación de los británicos, el suburbio de Flores no escapó a ellos y allí desarrollaron encuentros deportivos de varios tipos, con la concurrencia de espectadores que disfrutaron de los eventos. El cricket tuvo varios encuentros en Flores y la formación de instituciones como el Flores Cricket Club confirma la importancia de aquel deporte en ese suburbio. Así fue como, luego de un partido contra el Lomas Cricket Club jugado en Lomas de Zamora, la revancha se

jugó en Flores, específicamente en la quinta de Mr. David Methvin. El evento no solamente contó con el encuentro deportivo, sino que fue completado con un gran almuerzo como cierre (*The Standard*, 15-02-1874). De esta manera, los británicos no solo disfrutaban del entretenimiento deportivo, sino que también sociabilizaban distendidamente los jugadores y espectadores en un entorno pintoresco. Asimismo, las residencias particulares de algunos británicos completaban el gran apoyo que esa actividad recibía por parte de la comunidad.

Por otro lado, el *football* también fue una actividad suburbana, ya que, por ejemplo, el partido inaugural de la temporada del Football Club de 1876 se jugó en el campo de juego del Flores Cricket Club (*The Standard*, 20-05-1876). También llegó el polo al suburbio con la formación del Buenos Aires Polo Club, cuya sede se instaló en Flores, cerca de la quinta de Mr. Leslie (Graham-Yool, [1981]2007: 206). El anuncio del partido a jugar contra el Santa Fe Polo Club en octubre de 1886 indica que se esperaba una gran concurrencia de personas al evento (*The Standard*, 14-10-1886). Para esa época ya también se había formado el Flores Raquet Club y se había disfrutado de otras muchas actividades deportivas; el suburbio de Flores era identificado deportivamente por los miembros de la comunidad británica.

En 1865 se inaugura el Buenos Ayres Great Southern Railway. Ese ferrocarril permitió el acceso a varios clubes deportivos británicos ubicados en los suburbios al sur de la ciudad, como al Buenos Aires Rowing Club cercano a la estación Barracas Norte que se inauguró en 1873, también al Lomas Academy Athletic Club de 1891 junto a la estación Lomas de Zamora y al Banfield Athletic Club de 1896 próximo a la estación Banfield. Asimismo, en 1866 se pone en funcionamiento el Boca & Ensenada Railway, que, a través de la estación Quilmes, fa-

cilitó la conexión con los clubes Quilmes Rovers Athletic Club de 1887 y Quilmes Lawn Tennis Club de 1889. La cercanía con las estaciones de ferrocarril permitía el uso de las instalaciones de los clubes para un público más amplio, no solamente para los habitantes de los suburbios. Dicha conexión hacía a la ciudad partícipe de una serie de entretenimientos en relación con los deportes y no solamente para acceder a las residencias temporales.

Respecto al esparcimiento, el Riachuelo, un río de aguas serenas y resguardadas, fue el escenario donde los británicos desarrollaron, sobre todo, actividades relacionadas con el remo, y la fundación del Buenos Ayres Rowing Club lo demuestra. Las regatas de botes a remo convocaban a un gran número de personas que, impulsadas por miembros de la comunidad británica, atraían también a un público más amplio. Lo notable es la percepción del espectáculo deportivo como una “escena” que englobaba al deporte en contacto con el entorno de características pintorescas. Como caso, según los relatos de una regata ocurrida un sábado de enero de 1876, el lugar se vistió con banderas, el río se llenó de barcos a vapor, además de los botes a remo, y dos bandas tocaron música mostrando una escena muy animada (*The Standard*, 25-01-1876). Parece que las regatas de botes a remo se convirtieron en una cita muy popular y, según comentaba el periódico, el British Boating Club le dio un impulso náutico al entretenimiento público (*The Standard*, 16-01-1876).

Más hacia el sur, no solamente eran otras las propuestas deportivas desarrolladas en los suburbios, sino que además las instalaciones de los clubes funcionaban para demás actividades de esparcimiento. El periódico británico comentaba que en el club de Lomas de Zamora se realizaban bailes mensuales en la temporada de verano que tenían

reputación de ser muy alegres (*The Standard*, 27-11-1873). Además, como los encuentros deportivos eran frecuentes, ello llevó a la formación de más de un club. Criquet, primeramente, con muchos de los desafíos contra el Flores Cricket Club, el Zíngari Cricket Club, entre otros, se realizaban en Lomas de Zamora. El campo de juego se hallaba en un terreno bien escogido, ubicado en un leve promontorio detrás de la magnífica propiedad de Mr. Henry A. Green y rodeado de una gran colonia inglesa (*The Standard*, 10-12-1873). El partido contra el suburbio de Flores de enero de 1876 probó ser una de las competencias más excitantes, presenciada por un buen número de visitantes y con un servicio de *lunch* y arreglos generales hechos para el confort y la conveniencia de los visitantes (*The Standard*, 12-01-1876). A principios de la década de 1880 ya se registraban partidos de tenis (Graham-Yool, [1981]2007: 201) y hacia 1886 el periódico estaba promocionando una nueva membresía al Lomas Polo Club.

Varios de los clubes del norte se formaron próximos al Buenos Aires Northern Railway inaugurado en 1862, tales los casos de los clubes junto a la estación Palermo, como el Buenos Aires Cricket Club de 1864 y el Buenos Ayres Lawn Tennis Club de 1892 y los clubes de remo cercanos a la estación Tigre, como por ejemplo el Buenos Aires Rowing Club de 1877, el Tigre Boat Club de 1888 y el Rowing Club Argentino de 1905. Según cita el periódico *The British Packet* del año 1831, un corresponsal se encontró con la agradable sorpresa de ver cómo se desarrollaba un juego de cricket dentro de un cuidadoso vallado, un poco más allá de la iglesia del Socorro, donde ondeaba una bandera con la inscripción “BUENOS AYRES CRICKET CLUB”. La referencia, además, incluía una mención a una prolija tienda de campaña que también se encontraba dentro del perímetro del vallado (05-11-1831). Si bien este

no fue el primer partido de cricket jugado en Buenos Aires por miembros de la comunidad británica, es la primera referencia que se hace respecto al club de cricket más antiguo de la ciudad. El lugar donde se ubicó el club fue en el suburbio de Palermo, en el gran parque al norte de la ciudad, conocido también por los británicos como el Hyde Park o el Bois de Boulogne de Buenos Aires.⁶²

En cambio, las prácticas desarrolladas en Tigre fueron, como era de esperar, en relación directamente ligadas al paisaje, ya que el río brindó la posibilidad de recrear las actividades náuticas practicadas en los ríos ingleses, específicamente el remo (Figura 3). El periódico británico recordaba que la primera regata de remo en Inglaterra se había corrido en el Río Támesis en el año 1775 y el evento había sido considerado una gran novedad a la cual concurren miles de espectadores (*The Standard*, 11-12-1873). Un siglo después, la regata corrida en el Río Luján en diciembre de 1873 fue un éxito absoluto de concurrencia tanto de remeros como de público. La gran novedad del evento fue la presencia del presidente de la nación Domingo Faustino Sarmiento, que fue recibido por el *British Minister*, Lionel Sackville West, y fue nombrado miembro honorario del Tigre Boat Club.

⁶²La analogía entre el Parque 3 de Febrero y los parques mencionados es una construcción también reconocida por la comunidad local. A modo de ejemplo, el informe realizado por Domingo F. Sarmiento al presidente para la inauguración del parque detalla que "...el pueblo argentino puede desde hoy considerarse iniciado en todos los esplendores de la Civilización más antigua de sus padres, y sin abandonar su país, pasearse complacido por su Bois de Boulogne, su Hide Park o su central Park" [sic]. *Informe de Domingo Faustino Sarmiento al Señor Presidente*. Buenos Aires, nov. 1875. Citado en Pederuina (coord.) y Pagani (dir.) (2010). *Sarmiento, espacio y política: el Parque 3 de Febrero*, 26. Buenos Aires: Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico.



Figura 3. Regata Río Luján. 1892. Fuente: Tigre Boat Club.

Es indudable que la identificación de los británicos con el deporte náutico del remo tuvo un peso importante en la propia comunidad, por lo que fue, además, reconocido por la comunidad local. Como generalmente sucede con los deportes propuestos por los británicos, el espectáculo excede la competencia deportiva, ya que conforma un evento que incluye a los espectadores y las actividades recreativas de estos. A la regata mencionada anteriormente asistieron alrededor de 200 personas, muchas de ellas pertenecientes a familias inglesas. Las mujeres agitaron sus pañuelos a los ganadores al cruzar la meta, junto a los hombres que vitoreaban y el juez que disparaba un tiro; todo ello mientras la banda tocaba un compás familiar de música inglesa o italiana. La regata finalizó con un *lunch* dispuesto sobre mesas abundantes en cosas ricas y

decoradas con muy buen gusto (*The Standard*, 10-12-1873). La tradición de este tipo de entretenimiento no fue pasajera y no disminuyó la energía puesta en la organización y en el evento en sí; no fue aquella regata un caso aislado. Años más tarde, el periódico anunciaba la famosa regata anual que se había llevado a cabo dos días atrás; una costumbre que ya tenía unos diez o doce años. A juzgar por los trenes y barcos atestados de gente, parecía que la popularidad del evento había aumentado y que había sido el gran picnic de inauguración de la temporada de verano, o “la temporada del Tigre” (*The Standard*, 03-11-1886).

Siguiendo las líneas de ferrocarril hacia el noroeste, que conectaban la ciudad de Buenos Aires con otras ciudades del interior de la Argentina, se inauguran en 1876 el Buenos Aires and Rosario Railway y en 1882 el Buenos Aires and Pacific Railway. Sobre la primera de las líneas mencionadas se encuentran dos clubes junto a estaciones suburbanas, como el Belgrano Athletic Club de 1896 cercano a la estación Belgrano y el San Andrés Golf Club de 1907 próximo a la estación San Martín. Finalmente, en relación con la segunda de esas líneas férreas está el Hurlingham Club de 1888 próximo a la estación Hurlingham y el club fundado por los empleados del ferrocarril homónimo, el Pacific Railway Athletic Club de 1908 cercano a la estación Sáenz Peña. Se identifica, entonces, que los clubes deportivos británicos se fueron desarrollando en todas direcciones y fueron asentándose en los diversos suburbios de la ciudad de Buenos Aires.

Reflexión final

Durante el ciclo que Eric Hobsbawm denomina “la era del imperio”, las acciones del Reino Unido en general, en consonancia con los

valores de la era victoriana, potenciaron una serie de virtudes que se proyectaron e instalaron dentro de la agenda internacional del higienismo. El cuidado del cuerpo, la utilización del tiempo libre y las actividades como los deportes modificaron muy tempranamente la sociabilidad de los británicos. Surge, entonces, la figura del *sportsman*, que logró expandirse tanto dentro del Imperio y sus colonias como fuera de ellos. Asimismo, la valoración del aire libre contribuyó a dar forma a la representación de un ideal de vida natural a través de la resignificación del entorno rural. En ese punto los suburbios, conectados a través de la red de ferrocarril, más precisamente la vida suburbana, permitía conjugar los beneficios de la ciudad con los del campo según los cánones de la apreciación de la naturaleza y el ideal del “buen vivir”; valores resignificados desde la ciudad, como marcó Raymond Williams.

La comunidad británica, que mantuvo estrechas redes con su país de origen, pues viajeros, empresarios y especialistas remiten a un intercambio permanente de personas, recreó en el exilio asociaciones que reproducían su sociabilidad y cultura. Esta comunidad heterogénea que logra sentar las bases comunitarias dentro de su diversidad encuentra en las periferias de la ciudad un espacio potencial para sus prácticas y representaciones. Aparecen los deportes, entonces, que funcionaban como una de las formas asociativas dentro de la heterogeneidad comunitaria, con sus clubes suburbanos. A través de esas asociaciones, los británicos encontraron un refugio donde desarrollar vínculos, tanto intercomunitarios como extracomunitarios. Las prácticas y la sociabilidad de los clubes, que se consagran en las últimas décadas del siglo XIX, fueron huellas de matriz británica que dejaron su impronta en todos los barrios suburbanos, sin distinción de ubicación geográfica.

Bibliografía

- Anderson, Benedict ([1983]2013). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.
- Bailey, John Paul (1976). *The British Community in Argentina*. (Tesis doctoral). Department of Sociology: University of Surrey. Recuperado de: <https://openresearch.surrey.ac.uk/esploro/outputs/doctoral/The-British-community-in-Argentina/99513164102346>
- Bailey, John Paul y Seibert, Sibila (1979). “Inmigración y relaciones étnicas. Los ingleses en la Argentina”. *Desarrollo Económico*, 18: 72. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/3466584>
- Cortés Conde, Roberto (1997). *La economía argentina en el largo plazo. Ensayos de historia económica de los siglos XIX y XX*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- De la Fuente, Diego (dir.) (1872). *Primer Censo de la República Argentina. Verificado en los días 15, 16 y 17 de Setiembre de 1869. Bajo la dirección de Diego. E. de la Fuente, Superintendente del Censo*. Buenos Aires: Imprenta del Porvenir.
- Fernández-Gómez, Emilio Manuel (2004). *Estancias y estancieros. De Barracas hasta el Salado*, Vol. A. Argentina: gesta británica, Tomo III. Buenos Aires: L.O.L.A.
- Frydenberg, Julio ([2011]2013). *Historia social del fútbol. Del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Graham-Yool, Andrew ([1981]2007). *La colonia olvidada*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Haley, Bruce (1979). *The Healthy Body and the Victorian Culture*. Cambridge y Londres: Harvard University Press.
- Hanon, Maxine (2005). *Diccionario de Británicos en Buenos Aires*. Buenos Aires: Maxine Hanon.
- Hobsbawm, Eric ([1987]2012). “La era del imperio, 1875-1914”. *La era de la revolución (1789-1848), La era del capital (1848-1875), La era del imperio (1875-1914)*, 667-1050. Buenos Aires: Crítica.

- Jakubs, Deborah Lynn (1985). *A Community of Interests: A Social History of the British in Buenos Aires, 1860-1914*. (Tesis doctoral). Department of History: University of Stanford.
- Paterson, Michael (2008). *A Brief History of Life in Victorian Britain. A Social History of Queen Victoria's Reign*. Londres: Robinson.
- Pedernera, Sergio (coord.) y Pagani, Estela (dir.). (2010). *Sarmiento, espacio y política: el Parque 3 de Febrero*. Buenos Aires: Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico.
- Parish Robertson, John y Parish Robertson, William ([1843]2000). *Cartas de Sudamérica*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Periódico *The British Packet*.
- Periódico *The Standard*.
- Robbins, Keith ([1988]2002). *Nineteenth-Century Britain. Integration and Diversity*. Nueva York: Oxford University Press.
- Romero, José Luis ([1976]2014). *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Scobie, James ([1977]1986). *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*. Buenos Aires: Ediciones Solar.
- Silveira, Alina (2014). *Ingleses y escoceses en Buenos Aires. Movimientos poblacionales, integración y prácticas asociativas (1800-1880)*. (Tesis doctoral). Buenos Aires: Universidad de San Andrés.
- Tartarini, Jorge (2001). *Arquitectura ferroviaria*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- Vapñarsky, César (2000). *La aglomeración Gran Buenos Aires. Expansión espacial y crecimiento demográfico entre 1869 y 1991*. Buenos Aires: Eudeba.
- Whelan, Lara Baker ([2009]2014). "Introduction: "Scenes of Peace and Quietude", or Victorian Fantasies of Suburban Utopia". *Class, Culture and Suburban Anxieties in the Victorian Era*. Nueva York y Londres: Routledge.
- Williams, Raymond ([1973]2001). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.
- Wilson, Andrew Norman ([2002]2003). *The Victorians*. Nueva York y Londres: W. W. Norton & Company.

| CAPÍTULO 6 |

La independencia de Irlanda en la prensa provincial: repercusiones del Tratado anglo-irlandés (1921)

Jeremías Daniel Rodríguez⁶³

Introducción

El 6 de diciembre de 1921, plenipotenciarios irlandeses e ingleses reunidos en Londres resuelven firmar lo que se conoció como el Tratado anglo-irlandés (*Anglo-Irish Treaty*), acuerdo que puso fin a la guerra de independencia irlandesa o guerra angloirlandesa y consolidó la partición de la isla en dos entidades separadas.

El presente trabajo intenta indagar cómo fue la recepción por parte de la prensa entrerriana y santafesina de lo sucedido durante los meses en que se llevaron a cabo las negociaciones en torno a la firma del tratado, entre octubre y diciembre de 1921. Las investigaciones sobre la repercusión y representación en la prensa escrita de los sucesos acontecidos en Irlanda a principios del siglo XX solo se han limitado hasta el momento, y de forma pormenorizada, al examen de la prensa nacional y los periódicos comunitarios —británicos e irlandeses—,⁶⁴

⁶³Instituto de Investigación en Lenguas Modernas de la Universidad del Salvador / miembro de la Unidad de Investigación y Extensión sobre “Estado, Ciudadanía y Familias” de la Universidad Nacional de Quilmes.

⁶⁴Véanse Galazzi, Mariano (2016). ““Dublin Traitors” or “Gallants of Dublin” The Argentine Newspapers and the Easter Rising”. *Estudios Irlandeses*, (11): 56-68; Keogh, Dermot (2016). *La independencia de Irlanda: la conexión argentina*. Buenos Aires: Universidad

relegando los periódicos provinciales, importantes formadores de la opinión pública en numerosas ciudades y pueblos del interior del país.

Se han seleccionado para el análisis dos periódicos pertenecientes a la ciudad de Paraná y Santa Fe, por ser los de mayor tirada y circulación en ambas capitales provinciales a partir de la segunda década del siglo XX: *El Diario* de Paraná y el matutino *Santa Fe*.

La prensa provincial en el cambio de centuria

A principios del siglo XX, con la apertura democrática y el desarrollo de los medios de comunicación masiva, la prensa “popular” alcanzó una importancia fundamental y las provincias convergieron hacia un modelo empresarial, liberal y profesionalizado (Damianovich, 2013). Un proceso no exento de tensiones entre los nuevos formatos periodísticos, como el norteamericano —distinto al modelo francés—, y viejas prácticas propias del periodismo del siglo XIX.

Para entonces, la oferta de noticias se había incrementado sustancialmente a raíz de los avances tecnológicos que tuvieron lugar a fines del siglo XIX, en especial la invención del telégrafo, e influía en la vida diaria de los lectores (Caimari, 2019). Pero, al mismo tiempo, los avances en materia de comunicación implicaron un mayor nivel de competitividad y un desafío para las publicaciones locales pequeñas.

El despertar de esta “agitada vida periodística” (Picco, 2018) también es visible más allá de Buenos Aires, por ejemplo, en Entre Ríos

del Salvador; Cruset, María Eugenia (2019). Asociaciones irlandesas en Argentina y su acción política transnacional durante la Guerra Civil. *Journal of Iberian and Latin American Research*, 25: 1, 87-97.

y Santa Fe. Y, si bien para el período estudiado existieron en ambas provincias un gran número de periódicos en circulación, en esta oportunidad hemos seleccionado para nuestro análisis dos de los más importantes a nivel regional: *El Diario* de la ciudad de Paraná y el periódico *Santa Fe* de la capital homónima.

Entre dos orillas. Paraná y Santa Fe a principios del siglo XX

Paraná

Para 1914, el rápido crecimiento poblacional de Paraná no solo trajo aparejados cambios materiales, sino también culturales, con el desarrollo de un importante mercado editorial alimentado por una comunidad cada vez más amplia de lectores ávidos de información local e internacional (Motura, 2019). En este contexto realiza su aparición *El Diario* de la mano de un grupo de hombres afines al radicalismo con aspiraciones de alcanzar el poder.

En sus inicios, logró sostenerse con el aporte de numerosos militantes anónimos y un sistema de suscripciones dirigido en especial a un público radical. No obstante, para 1920 se constituye en una empresa formal, lo que le permitió ampliar su infraestructura y convertirse en un verdadero protagonista de la vida política provincial.

En relación con su posicionamiento ideológico, *El Diario* adhería los principios manifestados décadas atrás por los revolucionarios que dieron vida a la Unión Cívica Radical, defensores de un republicanismo cívico liberal (Cattaruzza, 2009).

El formato en que se comercializaba era tamaño tabloide, lo que para entonces representaba toda una novedad, y de 16 páginas, que luego se redujeron a 8. Reunía noticias del ámbito local, nacional e internacional.

Santa Fe

El territorio provincial santafesino se configuró a partir de la oposición y exclusión de Santa Fe y Rosario (Roldán, 2006). En el cambio de centuria la prensa santafesina, al igual que en Entre Ríos, también acompañó las transformaciones sociales, modernizándose y proponiendo formas alternativas de articulación entre política y opinión (Bonaudo, 2006). En este contexto, surgieron diversos diarios, como el matutino *Santa Fe*, periódico de información general fundado por el procurador Salvador Espinosa en 1911, compuesto en sus inicios por 8 páginas que luego se incrementaron a 12 en 1914 y el primero en utilizar fotograbados. Al igual que *El Diario*, se nutría de noticias provenientes del ámbito nacional e internacional.

La línea editorial sería orientada en su primera etapa por el escritor y pedagogo Domingo Guzmán Silva, aunque por su sala de redacción transitaban distintos colaboradores, figuras destacadas del ámbito cultural, escritores e historiadores, pertenecientes a todo el arco político.

Irlanda 1916-1921, un breve recorrido histórico

La segunda década del siglo XX se encuentra atravesada por distintos acontecimientos nacionales e internacionales que implicaron profundos cambios sociales y políticos y tuvieron una fuerte repercusión. Sucesos, como la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la Revolución rusa (1917), que nos permiten hablar del inicio de una nueva etapa en la historia mundial que se distingue por una lenta pero inexorable decadencia del Imperio británico y el ascenso de una nueva potencia, defensora de la democracia liberal: Estados Unidos.

Mientras tanto, en el plano local, la Unión Cívica Radical, el primer partido de masas moderno, lograba llegar al poder en 1916 luego de

la sanción de la Ley Sáenz Peña de 1912, lo que significó un antes y un después en la historia política argentina.

Irlanda no es ajena a las transformaciones desencadenadas en este tumultuoso contexto. Los años que transcurren entre 1916 y 1923, desde el Alzamiento de Pascua a la finalización de la guerra civil, constituyen uno de los períodos más dramáticos de la historia irlandesa. Entre los numerosos acontecimientos que tuvieron lugar en esta coyuntura, el de la firma del Tratado anglo-irlandés viene a ser uno de los más relevantes, en especial por las consecuencias que tuvo a largo plazo.

Para 1919, la creación de un nuevo parlamento (*Dáil Éireann*) y el establecimiento de un Gobierno propio, liderado por el *Sinn Féin*,⁶⁵ generó el descontento de Inglaterra, que no tardó en considerar como ilegales a la mayoría de las organizaciones nacionalistas. Es el inicio de lo que se conoció como la guerra de independencia irlandesa o guerra anglo-irlandesa, que sumergió a la isla en un período de extrema violencia hasta mediados de 1921, cuando miembros del Parlamento irlandés, partidarios de la vía constitucional, iniciaron conversaciones con el Gobierno británico con el propósito de alcanzar un acuerdo de paz.

El Tratado anglo-irlandés en las páginas de *El Diario* y el periódico *Santa Fe* (1921)

Octubre 1921

Desde la apertura de las negociaciones, el 11 de octubre, hasta el 24 del mismo mes, tuvieron lugar siete sesiones plenarias en Downing

⁶⁵Partido político fundado en 1905 por Arthur Griffith.

Street, donde participaron la totalidad de los delegados irlandeses e ingleses distribuidos en tres comités.⁶⁶

Avanzada la primera etapa, a fines del mes de octubre, *El Diario* publica una extensa nota de tapa⁶⁷ donde intenta explicar al lector el origen del conflicto entre Irlanda e Inglaterra desde una perspectiva histórica argumentando que el “problema irlandés” no es reciente, sino que “tiene más de un siglo de gestación”. Desde su punto de vista, existen dos causas fundamentales que...

estimulan la pasión libertadora de los habitantes de la isla: la divergencia religiosa y el régimen de la tierra. Los irlandeses son católicos y los británicos son protestantes: los irlandeses son los encargados de trabajar su tierra, y los británicos son los propietarios de las mismas.

Pero añada que existe otra “diferencia radical”: que “los irlandeses son de origen celta, mientras los británicos son sajones”. Y, por si fuera poco, “las razones de seguridad, de derecho y de política colonial invocadas por Inglaterra” agravan aún más la situación.

La nota de *El Diario* pretende complejizar la situación por la que atravesaba Irlanda. Desde la perspectiva del periódico paranaense, la imposibilidad de alcanzar una pronta solución al conflicto no solo se debía a la “intransigencia” de los delegados irlandeses y la “enérgica

⁶⁶La delegación irlandesa estaba integrada por Arthur Griffith, Michael Collins, Robert Barton, George Gavan Duffy y Éamonn Duggan. Por su parte, la delegación británica se encontraba conformada por David Lloyd George, Austen Chamberlain, Lord Birkenhead, Winston Churchill, Sir Laming Worthington-Evans, Sir Hamar Greenwood y Sir Gordon Hewart.

⁶⁷“El problema irlandés”. *El Diario*, 27 de octubre de 1921.

actitud” de los representantes ingleses, sino también a una serie de profundas causas políticas, religiosas e incluso étnicas que no quedaron resueltas con la anexión de Irlanda en 1800 por medio del Acta de Unión,⁶⁸ sino todo lo contrario: acentuaron las “ansias de libertad” que el pueblo irlandés sostenía desde la “penetración británica en la isla” siglos atrás. Por tal motivo, para *El Diario*, el reclamo de libertad de Irlanda es completamente legítimo, negarlo sería una “verdadera injusticia”, pero entiende lo intrincado del problema, “reinando tanto en los círculos irlandeses como en los británicos, impresiones pesimistas”. Por su parte, el diario *Santa Fe* no emite opiniones al respecto.

A partir de aquí las negociaciones se llevaron a cabo mediante sub-conferencias.

Noviembre 1921

A lo largo del mes de noviembre continúan las reuniones en torno a dos aspectos claves: el reconocimiento de lealtad a la Corona británica y la cuestión del Ulster.

En relación con este último punto, el periódico *Santa Fe* informaba sobre “el gran obstáculo que se presenta en el camino de las negociaciones”.⁶⁹ El *Sinn Féin* se oponía a la partición de Irlanda a pesar de la existencia, desde hacía tiempo, de un Gobierno y un Parlamento en Irlanda de Norte descentralizados. Frente a esto, Lloyd George in-

⁶⁸El 1 de agosto de 1800, el rey Jorge III firmó el Acta de Unión entre Gran Bretaña e Irlanda que establecía el Reino Unido.

⁶⁹*Santa Fe*, 6 de noviembre de 1921.

tentó presionar a Sir James Craig,⁷⁰ el primer ministro norirlandés, a aceptar la subordinación legislativa bajo un parlamento de toda Irlanda con el propósito de evitar posibles problemas económicos a futuro. Pero la situación se agravaba aún más. Tanto el periódico paranaense como el santafesino informaban sobre la delicada situación y la posibilidad de dimisión del primer ministro inglés.

Tras deliberar con los miembros del Parlamento, Sir James rechazó la propuesta de Lloyd George y exigió el estatus de Dominio para Irlanda del Norte, un “golpe de muerte a las negociaciones de arreglo”⁷¹ que no fue bien recibido por la prensa inglesa, que acusó al Ulster de “intransigente cuando no debería serlo, por conspirar contra los intereses británicos”.⁷²

Desde el inicio Lloyd George había insistido en respetar la Ley de 1920 y que “Irlanda del Sur” jurase lealtad a la Corona británica. Griffith y Collins tenían la expresa orden de Valera de aceptar el juramento de lealtad o la partición.

Finalmente, a cambio de la lealtad a la Corona británica, los delegados ingleses aseguraron que la posición de Irlanda sería similar a la de Canadá o cualquier otro dominio perteneciente a la Commonwealth. Esto satisfizo a los negociadores irlandeses.

⁷⁰James Craig, primer vizconde de Craigavon (1871-1940), soldado y estadista, y primer ministro de Irlanda del Norte (desde el 22 de junio de 1921 hasta su muerte).

⁷¹*Santa Fe*, 12 de noviembre de 1921.

⁷²*Santa Fe*, 11 de noviembre de 1921.

Diciembre 1921: la firma del Tratado anglo-irlandés

A principios de diciembre, sin tiempo de consultar al Parlamento y presionados por el primer ministro inglés, Collins y el resto de los representantes irlandeses decidieron firmar el Tratado al sexto día del mencionado mes para dar nacimiento al Estado Libre Irlandés.

Este acontecimiento es anunciado por el periódico santafesino en una extensa nota de tapa⁷³ que inicia con una aclaración importante: con la firma del acuerdo Irlanda no se constituye en un estado independiente, sino “autónomo”, ya que seguirá formando parte del Imperio británico. Esto implicaría reconocer “en todo momento al rey o al emperador británico” y “ajustarse al ritmo imperial”. En definitiva, Irlanda será para Inglaterra “una célula de su vasto organismo”.

Según el matutino, la intransigencia de Inglaterra en otorgar la completa independencia a Irlanda significaría “sentar un mal precedente y darle un mal ejemplo a sus numerosas colonias”. Para los ingleses, que veían cómo su Imperio se desmantelaba poco a poco, la prioridad ahora pasaba por conservar su centralidad como potencia económica. Con el paso del tiempo, el Imperio británico solo ha de serlo “nominal y no efectivo” y “lo que los ingleses quieren [es] conservar es su poderío marítimo y su gran tráfico comercial por todas las latitudes”. El hecho de que Inglaterra lograra llegar a un acuerdo por la vía diplomática demuestra que “tiene la virtud de superarse a sí misma, de ser dinámica, de ajustarse a las condiciones nuevas que van imponiendo los tiempos nuevos”.

⁷³“El arreglo irlandés. Han concluido favorablemente las negociaciones de paz entre Irlanda e Inglaterra”. *Santa Fe*, 8 de diciembre de 1921.

Por su parte, *El Diario* de Paraná no le dedica demasiado espacio a lo sucedido en Londres durante esos días. La cuestión irlandesa se ve eclipsada en lo inmediato por las elecciones comunales en Entre Ríos, donde el radicalismo obtiene una aplastante victoria. Recién cuatro días después de la firma del Tratado ve la luz una nota de tapa⁷⁴ donde el periódico celebra este “suceso de indiscutible trascendencia histórica” y aclara que Irlanda pasa a “constituirse en un estado libre” de manera similar a Australia, Canadá y Nueva Zelanda —países semiautónomos que conformaban la Commonwealth—, sin ahondar en detalles técnicos relacionados a la confección de los artículos del Tratado como sí lo hace el matutino *Santa Fe*.

Según la mirada del periódico paranaense, el “honor de haber solucionado el pleito” le corresponde a Lloyd George, quien “personifica la vanguardia de la tradicional Inglaterra en sus proyecciones hacia el futuro”, y la audacia de de Valera —que en realidad no participó directamente de las negociaciones—. Pero, a diferencia del periódico santafesino, *El Diario* añade que la creación de un estado libre implica la partición de la isla. En función de este nuevo arreglo, en Irlanda se “formará un gobierno provisional del sur (...) que no requiere el consentimiento del Ulster”.

La nota finaliza en un tono optimista resaltando lo que representa para los valores democráticos el hecho de que Irlanda haya obtenido su independencia, que “debe ser celebrada por la democracia del mundo entero, como una nueva conquista de los pueblos libres”.⁷⁵

⁷⁴“Irlanda”. *El Diario*, 10 de diciembre de 1921.

⁷⁵*El Diario*, 10 de diciembre de 1921.

Las discusiones alrededor de la aceptación o el rechazo del tratado generaron una profunda grieta hacia el interior del Gobierno irlandés, pero principalmente entre Michael Collins y Éamon de Valera. Pocos auguraban que estaban a las puertas del inicio de una nueva etapa de conflictos en la historia de Irlanda.

Conclusiones

El recorrido por los ejemplares seleccionados de *El Diario* y el matutino *Santa Fe* refleja la centralidad que la causa irlandesa poseía para la prensa provincial. Ambos periódicos no solo intentan seguir de cerca los acontecimientos, sino que reflexionan sobre lo sucedido, se posicionan y opinan desde una óptica ideológica-política más cercana a los principios que sostenía el radicalismo que por entonces gobernaba en ambas provincias. En otras palabras, a la vez que informan, procuran comprender y explicar la complejidad de la situación a la expectativa de una pronta solución, sin dejar de reivindicar, por momentos en un lenguaje mesurado, el legítimo reclamo de independencia de Irlanda, en un contexto internacional y nacional particular donde los ideales democráticos y republicanos comenzaban a ser cuestionados.

Por otro lado, aunque es sabido que durante las negociaciones intervinieron distintos actores políticos, es llamativo que los periódicos solo prioricen a los líderes de las delegaciones sin advertir que uno de los principales jugadores, Éamon de Valera, no participó directamente en las conversaciones sobre el acuerdo. Del análisis se desprende que son las cuestiones técnicas en torno a la elaboración del Tratado donde los redactores finalmente ponen el acento sin lograr advertir, a su vez, las consecuencias que a largo plazo tendría para Irlanda la firma del acuerdo.

Bibliografía

- Bonaudo, Marta (2006). *La organización productiva y política del territorio provincial (1853-1952)*, Nueva Historia de Santa Fe, Vol. 6. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Caimari, Lila (2019). Derrotar la distancia. Articulación al mundo y políticas de la conexión en la Argentina, 1870-1910. *Estudios Sociales del Estado*, 5 (10): 128-167.
- Cattaruzza, Alejandro (2009). *Historia de la Argentina, 1916-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cruset, María Eugenia (2019). Asociaciones irlandesas en Argentina y su acción política transnacional durante la Guerra Civil. *Journal of Iberian and Latin American Research*, 25: 1, 87-97.
- Damianovich, Alejandro (2013). *El periodismo en Santa Fe (1828-1983)*, Historia del periodismo argentino, Vol. VIII. Buenos Aires: Academia Nacional de Periodismo.
- Galazzi, Mariano (2016). ““Dublin Traitors” or “Gallants of Dublin” The Argentine Newspapers and the Easter Rising”. *Estudios Irlandeses*, (11): 56-68.
- Keogh, Dermot (2016). *La independencia de Irlanda: la conexión argentina*. Buenos Aires: Universidad del Salvador.
- Motura, Nicolás (2019). La Batalla de las Ideas en la prensa entrerriana: los casos de *El Diario* y *La Acción* (1917-1921), XVII Jornadas Interescuelas, Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Catamarca.
- O’Beirne Ranelagh, John (2014). *Historia de Irlanda*. Madrid: Ediciones Akal.
- Peretti, Gustavo, Gómez, Néstor y Demarchi, Mariela (2019). *Territorio y población de Entre Ríos. Estudios demográficos contemporáneos*. Paraná: Editorial UADER.
- Picco, Ernesto (2018). *Los orígenes de la prensa en las provincias argentinas*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Riani, Jorge (2020). *El imperio del quijote. La historia oculta de un diario que influyó en la política argentina*. Paraná: Editorial Fundación La Hendija.

- Roldán, Diego (2006). *La sociedad en movimiento. Expresiones culturales, sociales y deportivas (Siglo XX)*, Nueva Historia de Santa Fe, Vol. 10. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Sors, Ofelia (1981). *Paraná. Dos siglos y cuarto de su evolución urbana, 1730-1955*. Paraná: Colmegna.

Fuentes periódicas

- *El Diario*, Paraná, 1921.
- *Santa Fe*, Santa Fe, 1921.

Fondos documentales

- Hemeroteca Digital “Fray Francisco de Paula Castañeda” del Archivo General de la Provincia de Santa Fe.
- Archivo General de la Provincia de Entre Ríos.
- Archivo Nacional de Irlanda (NAI, por sus siglas en inglés).

Representaciones y cultura material

| CAPÍTULO 7 |

Hispanoamérica en impresos británicos de comienzos del siglo XIX (1805-1810)

Evangelina Mischelejis⁷⁶

Introducción

Este trabajo analiza la información sobre Hispanoamérica en general, y el área rioplatense en particular, que circuló en impresos británicos durante los primeros años del siglo XIX. Desde finales del siglo XVIII, la expansión político-económica de Gran Bretaña tuvo como correlato cultural un proceso paulatino pero sistemático de ampliación del conocimiento del mundo. Este desarrollo se tradujo en una creciente circulación de escritos sobre regiones lejanas, entre las que Hispanoamérica tuvo un lugar central. El creciente interés comercial en los territorios de una monarquía hispánica en decadencia generó la necesidad de comprender mejor esta región atractiva, pero en gran parte desconocida.

Si bien existen trabajos en torno a la circulación de información sobre Hispanoamérica en Gran Bretaña, estos en su mayoría analizan

⁷⁶Universidad Nacional de Tres de Febrero.

los años posteriores a las independencias.⁷⁷ El período comprendido entre las décadas finales del siglo XVIII y los primeros años del XIX, por el contrario, ha sido relativamente poco explorado.⁷⁸

Por otra parte, el análisis de los discursos europeos sobre sociedades no europeas abordado por los estudios poscoloniales y decoloniales han incluido muchas veces cierto tono de denuncia sobre las asimetrías en torno a la producción de conocimiento. Este tipo de abordajes conllevan el riesgo de considerar los discursos europeos tan solo como resultado de una relación de poder, dejando de lado un posible análisis en torno a su producción, circulación y funciones, así como también de las herramientas y mecanismos que intervinieron en su construcción (Gandini, 2022: 18-19).

En este sentido, una de las categorías analíticas que se pretende problematizar es la de “imperio”. La idea de “imperio informal” que comenzó a difundirse a mediados del siglo XX en la historiografía británica para explicar la relación entre Gran Bretaña e Hispanoamérica ha sido cuestionada y revisada en los últimos años.⁷⁹ No obstante, como señala Matthew Brown (2008: 19), la introducción de la dimensión cultural en el tratamiento del concepto de “imperio” puede contribuir a la reformulación y revitalización de un término que aún es ampliamente utilizado por la comunidad académica.

⁷⁷Al respecto, véase Somarriva (2013, 2017).

⁷⁸Trabajos recientes abordan la literatura de viaje y las representaciones que surgen de las experiencias de viajeros británicos en Sudamérica a partir de la década de 1810. Ejemplos de estos análisis son, entre otros, Cicerchia (2005) y Somarriva (2007, 2017).

⁷⁹Al respecto, puede verse el análisis de Brown (2008), Knight (2001, 2008) y Stoler (2008).

El propósito de este trabajo reside, así, en mostrar que la escasez de información sobre Hispanoamérica fue una motivación clave para que Gran Bretaña comenzara a producir material propio sobre la región. Para concretar los objetivos propuestos, se ha conformado un *corpus* documental a partir de diversos repositorios digitales británicos y compuesto por textos en inglés sobre Hispanoamérica no traducidos al castellano pertenecientes al período 1805-1810. Entre estos se encuentran compendios, revistas y artículos periodísticos que hasta el momento han recibido comentarios al margen en la mayoría de los trabajos, lo que deja así un vacío tanto en la historiografía local como en la británica.

Se indaga, además, la manera en que el contenido de estas primeras publicaciones fue muchas veces tomado con suspicacia. En este sentido, se plantea que el rol de la crítica en la evaluación de la información que circulaba fue un fenómeno contemporáneo a ese proceso de ampliación de saberes, y que respondía a una lógica e intereses propios no siempre alineados con objetivos “imperiales”.

Gran Bretaña hacia el siglo XIX: entre la expansión económica y la expansión cultural

El siglo XVIII fue una etapa de expansión para Gran Bretaña, generada por una combinación de desarrollos —demográfico, industrial, financiero, tecnológico y científico— que aseguraron su liderazgo por sobre otras potencias rivales europeas incluso hasta finales del siglo XIX (Louis, 2001: vii). Hacia 1750, el territorio que poseía abarcaba la isla de Gran Bretaña, Irlanda, las colonias de América del Norte y las Indias Occidentales. Posteriormente, la expansión comercial corrió sus límites hacia el Atlántico, África y Asia. Para fines del siglo, la fortaleza económica y marítima de Gran Bretaña superaba a la de

cualquier otra potencia europea. En términos territoriales, las últimas décadas dieciochescas fueron particularmente difíciles (1776 marcó la pérdida de su principal colonia americana). No obstante, incluso los nacientes Estados Unidos permanecieron bajo la órbita de intercambio comercial de su antigua metrópoli, por lo que, para la década de 1790, Gran Bretaña aún seguía siendo la mayor potencia europea (Cain, 2001: 3).

La hegemonía británica y su ambición expansionista generaron tensiones permanentes con las demás potencias del continente en el transcurso del cambio de siglo, especialmente con Francia y España. A raíz de las guerras europeas de la década de 1790, las comunicaciones transatlánticas se vieron interrumpidas y el contrabando, especialmente el británico, se infiltró en los territorios hispanoamericanos. El interés comercial de Gran Bretaña en estos territorios estaba en ascenso ya desde las décadas finales del siglo XVIII. No obstante, España mantenía un monopolio mercantilista que se había reforzado durante la década de 1770. Este impidió la existencia de un comercio legal entre Hispanoamérica y Gran Bretaña hasta 1810 (Knight, 2008: 36).

La reafirmación del poder español, sin embargo, comenzó a declinar con las guerras de la década de 1790. Desde 1796, el comercio ilegal entre Gran Bretaña y la América española se acrecentó en forma considerable, lo que vino a sumarse al beneficio del asiento que los británicos ya poseían. No obstante, el contrabando implicaba un costo muy alto en las transacciones, por lo que no podía asegurar un comercio extensivo ni rentable. De esta manera, el Gobierno británico se esforzaba permanentemente por elaborar todo tipo de planes para penetrar territorio español. Fue durante este período que ocurrieron las tomas de Buenos Aires y Montevideo de los años 1806 y 1807 e

incluso se puso en marcha un plan para atacar México. La estrategia detrás de estos movimientos respondía a la tradicional política británica de llevar la guerra a los territorios pertenecientes a los enemigos (Knight, 2001: 126).

El escenario político cambió radicalmente en 1808, cuando Gran Bretaña y España se convirtieron en aliadas a raíz de la invasión napoleónica y el inicio de la guerra de independencia. Los planes británicos de expansión sobre los territorios hispanoamericanos tuvieron que ser momentáneamente archivados. No obstante, el uso de la fuerza sobre las regiones pertenecientes a la corona española fue una constante, y no se detuvo ni siquiera tras las independencias americanas (Knight, 2008: 37-38).

Los años del pasaje entre el siglo XVIII y el XIX estuvieron, de esta manera, marcados por un creciente interés comercial de Gran Bretaña en nuevas regiones ultramarinas, entre las que Hispanoamérica ocupó un lugar central. Hacia 1810 comenzó a formarse aquello que muchos autores han denominado el “imperio informal” británico. Este consistió en la articulación de una red comercial en las áreas de América, Medio Oriente y China, sostenida por la hegemonía naval y el poder económico británicos. El “imperio informal” de principios del siglo XIX logró extender así el poderío de Gran Bretaña a escala mundial y mantenerlo incluso hasta la década de 1940 (Brown, 2008: 2).

Esta expansión político-económica británica iniciada en las últimas décadas del siglo XVIII fue, además, acompañada por una expansión de tipo cultural. Desde la segunda mitad del siglo, América se convirtió en sujeto de intenso escrutinio histórico. Los debates en torno a la presencia europea en ese territorio cambiaron radicalmente el curso del pensamiento político del Viejo Continente (Pagden, 1995: 1-3).

Desde Gran Bretaña se emprendió así un proceso de comprensión, no solo de las áreas que ocupaba, sino de aquellos lugares del mundo que comenzaban a ser comercialmente atractivos pero que aún eran relativamente desconocidos. España y sus territorios ultramarinos se convirtieron en estos años en importantes focos de debates y objetos de investigación para viajeros, estadistas, economistas políticos y observadores culturales británicos. Como señala Gabriel Paquette (2011: 154), “la América española resultó ser un lienzo perfecto para las fantasías británicas”. El interés por los mercados controlados por España tuvo así su correlato en la creciente circulación de escritos sobre estas regiones, reflejo de la curiosidad y las ansias británicas por conocerlas y comprenderlas. Esta ampliación de saberes partió en gran parte del cuestionamiento a la información hasta entonces disponible sobre el Nuevo Mundo.

La disputa por el saber: España, Gran Bretaña y la “nueva lectura” del Nuevo Mundo en el cambio de siglo

Para mediados del siglo XVIII, la mayor parte del conocimiento que Gran Bretaña tenía sobre América provenía de informes, crónicas y relatos escritos por los españoles luego de la Conquista. Sin embargo, también fue en este momento cuando comenzó a surgir desde Europa del norte un fuerte cuestionamiento hacia estos primeros testimonios. Pensadores como Adam Smith y Guillaume-Thomas-Françoise Raynal comenzaron a dudar de la credibilidad de la información sobre América proveniente de los primeros europeos, quienes, sostenían, eran en su mayoría soldados y sacerdotes ignorantes. Los debates epistemológicos que se sucedieron en torno a la validación del conocimiento y la experiencia en tierras exóticas dieron lugar a una nueva

forma de escepticismo y un nuevo “arte de la lectura” de las fuentes que ahora privilegiaba la consistencia interna de los testimonios (Cañizares Esguerra, 2007: 37-38).

La desconfianza hacia los informes españoles de los siglos XVI y XVII cambió así la forma de abordar el estudio del Nuevo Mundo. Las críticas a los primeros testimonios se plasmaron en la relevancia que tomó la figura del “viajero filosófico” y en el surgimiento del nuevo género literario de las compilaciones de relatos de viaje. Fue en especial la compilación “filosófica” de Cornelius de Pauw, *Recherches philosophiques sur les américains* (1771), la que sentó precedente, combinando la crítica a las fuentes disponibles sobre América con una nueva propuesta metodológica.⁸⁰

Trabajos posteriores, como *The History of America* (1777) del escocés William Robertson, continuaron la senda de de Pauw. El objetivo central de la obra de Robertson fue demostrar que los testigos, desconociendo las reglas de lo que se denominaba evolución social, habían recurrido a analogías falsas, creando distorsiones del pasado americano a través de sus relatos (Cañizares Esguerra, 2007: 77-78). En el prefacio del primer volumen de *The History of America*, Robertson dejó en claro que su trabajo se alejaba en muchos aspectos de los informes de “historiadores previos”, y que tomaba en cuenta una serie de hechos que estos relatos parecían haber ignorado (1777: vi).

⁸⁰La categoría de “viajeros filosóficos”, señala Cañizares Esguerra, refiere a un ideal propio de Europa del siglo XVII que surgió en el marco del desarrollo de la filosofía experimental. Pensadores como Raynal planteaban que, si observadores “filosóficos” como Buffon o Montesquieu hubieran podido visitar Hispanoamérica, el pasado de las civilizaciones indígenas hubiera perdurado. Por el contrario, los primeros testigos europeos “habían visto cosas que simplemente no existían”.

A esta desconfianza en la información disponible sobre América se sumaron los obstáculos que existían para acceder a documentación relativa a las posesiones españolas. Ante estas dificultades —e impulsada por su interés expansionista— Gran Bretaña tuvo que emprender su propio camino en la construcción de su conocimiento sobre Hispanoamérica, no sin antes condenar el secretismo de España respecto a sus territorios transatlánticos. Tras mencionar los principales contactos y fuentes que le proveyeron el material para su libro, Robertson señaló a España como la culpable de cercenar su “ardiente curiosidad” y de su frustración por la imposibilidad de acceder a una gran cantidad de documentos en el Archivo de Simancas, que, según ciertas fuentes, era de un tamaño considerable. En este sentido, denunciaba cómo “[c]on un exceso de cautela, España ha puesto un velo de manera uniforme sobre sus transacciones en América, y a los forasteros las ocultan con particular atención”. No solo los extranjeros se vieron imposibilitados de acceder a estos documentos, ya que, según afirmaba Robertson, incluso los propios súbditos requerían una orden del rey para ingresar al archivo y podían hacer copias solo por medio del pago de tasas exorbitantes. La acusación culminaba con un deseo de esperanza de que España recapacite sobre este “sistema de ocultamiento” que Robertson calificó de “poco diplomático” e “intolerante” (1777: ix-x).

La inquietud que generaban tanto la falta de credibilidad en las fuentes disponibles como la reticencia de España para develar información sobre sus posesiones quedó plasmada en varios escritos británicos de los primeros años del siglo XIX.⁸¹ En el prefacio de *The Present*

⁸¹No se pretende con esto reconocer un impacto directo e inmediato de los debates epistemológicos entre pensadores como Smith, Raynal y de Pauw en los nuevos escritos bri-

State of Peru —compilación basada en extractos del periódico *El Mercurio Peruano* desde 1791—, su autor, Joseph Skinner (1805: v), afirmaba que “poco se ha sabido hasta el momento de las colonias españolas en Sudamérica, y este conocimiento imperfecto ha sido resultado, en su mayor parte, de fuentes contaminadas”. Esta “contaminación” a la que aludía Skinner habría sido producto de las observaciones de los españoles que visitaron sus territorios y que...

guiados por diferentes motivaciones, ya sean personales o fundadas en los principios o terrores de la Inquisición, han incurrido en reticencias y distorsiones en todo lo que respecta a la condición social de los habitantes y sus logros filosóficos y científicos. (1805: v)

Estos argumentos fueron retomados por Samuel Hull Wilcocke en *History of the Viceroyalty of Buenos Ayres* (1807) y abordados en profundidad en el primer capítulo con una introducción titulada “Dificultades para adquirir conocimiento de las colonias españolas”. El autor iniciaba el texto reconociendo el interés británico en estos “territorios ricos” para luego aludir a la inaccesibilidad de aquel “tesoro de conocimiento histórico y colonial”. Wilcocke identificó a este problema como de larga data, recurriendo a ejemplos del último cuarto del siglo XVIII, en tanto afirmaba que “[e]s conocida la celosía con la que el gobierno de España se ha empeñado en ocultar al resto del mundo todo aspecto relativo a sus posesiones transatlánticas” (1807: 1). Para justificar estas afirmaciones, emitió y citó las mencionadas

tánicos sobre Hispanoamérica que se publicaron en los primeros años del siglo XIX. Si bien el surgimiento de estos trabajos responde también a otras causas, en ellos pueden encontrarse cuestionamientos a los informes españoles que podrían haberse derivado en cierta manera de ese nuevo “arte de la lectura” surgido a mediados del siglo XVIII.

dificultades de Robertson para acceder a los documentos del Archivo de Simancas e insistía en que este “sistema de ocultamiento” —tal y como lo denominara Robertson— aún perduraba. También mencionó la experiencia de Alejandro Malaspina, quien, luego de que España lo contratara entre 1792 y 1795 para explorar sus territorios del Océano Pacífico, continúa Wilcocke, encarceló al navegante, confiscó todos los documentos e ilustraciones pertenecientes a la expedición y ordenó suspender sus actividades a aquellos que lo acompañaron en la exploración (1807: 3).

Otros ejemplos de las dificultades británicas para obtener información sobre Hispanoamérica surgen del prefacio del primer volumen de *The Present State of the Spanish Colonies*. William Walton (1810) adjudicaba la falta de “clasificación y disposición prolija” de su trabajo a la urgencia para publicarlo, “en un tiempo en que el público parecía estar en particular atraído por el Nuevo Mundo y en especial buscando ampliar su conocimiento sobre los asentamientos españoles, hasta ahora imperfecto” (1810: v-vi). La información con la que contaban respecto de los territorios españoles, según Walton, provenía de autores “que escribieron tras los descubrimientos de Colón, y cuyos trabajos, luego de dos siglos, se han vuelto obsoletos, o de los literatos franceses, que recientemente han visitado sus costas” (1810: vii-viii).

En definitiva, es posible advertir que estas publicaciones evidencian una misma cuestión, a saber: la necesidad de Gran Bretaña de expandir su conocimiento sobre Hispanoamérica a principios del siglo XIX había entrado en conflicto con dos problemáticas en torno a la credibilidad y la disponibilidad de la información. Los textos británicos de los primeros años decimonónicos dieron cuenta del descrédito hacia los primeros informes españoles —principales fuentes de infor-

mación sobre el territorio—, a lo cual se sumaron las múltiples restricciones que la monarquía hispánica imponía al acceso de documentación sobre sus posesiones. La escasez de información impulsó en parte a Gran Bretaña a producir material propio sobre Hispanoamérica, con el fin de transformar esta *terra incognita* en un lugar más inteligible. No obstante, la necesidad de conocer mejor los territorios sudamericanos se enmarcó en un objetivo más amplio: la ambición de Gran Bretaña por expandir su influencia económica y política hacia esa región.

***Terra incognita*: expansión británica y producción de saberes**

El interés de Gran Bretaña por el continente americano puede rastrearse desde el siglo XVI. En ese momento, la rivalidad con España —en ocasiones mayor a la que mantenía con Francia— generó varias disputas entre ambas potencias al otro lado del Atlántico.⁸² Sin embargo, fue recién en las décadas finales del siglo XVIII cuando la atención británica comenzó a dirigirse con mayor frecuencia hacia Sudamérica. Este interés se debió a diversos motivos. Por un lado, la Revolución Industrial generó la necesidad de nuevos mercados para colocar una producción en constante expansión. Los territorios ultramarinos, por otro lado, adquirieron mayor importancia en vísperas de las guerras napoleónicas, ya que los mercados europeos se encontraban cortados por el bloqueo (Gallo, 2001: 95). Al mismo tiempo, y a pesar de los esfuerzos por reforzar su dominio en América a través de las denominadas “reformas borbónicas”, el poder español se encontraba en declive. Esto permitió a Gran Bretaña infiltrarse en la región a través del

⁸²Sobre los primeros avances de Gran Bretaña y España en el continente americano, véase Elliott (2006: 3-56).

contrabando. Siguiendo lo propuesto por Alan Knight (2001), es posible pensar que durante los primeros años decimonónicos la intención de Gran Bretaña fue en realidad la de establecer un imperio *formal* en territorios hispanoamericanos. Su actividad en esta área tuvo, así como telón de fondo su propósito de expandirse, que desde finales del siglo XVIII y comienzos del XIX quedó plasmado en varios intentos de conquista e intervención militar (2001: 122, 126).

La ambición expansionista y el interés comercial en la región comenzaron a circular con mayor frecuencia en varios de los escritos británicos sobre Hispanoamérica. En el inicio del prefacio de *A Description of Patagonia and the Adjoining Parts of South America*, Thomas Falkner (1774) señalaba que el establecimiento de una colonia inglesa en las islas Malvinas —en referencia al intento de ocupación en 1765— fue lo que le indujo a considerar que “toda información referida a la geografía, los habitantes y otras cuestiones sobre la parte más meridional del continente americano podría ser de utilidad pública, así como también proveer cierto entretenimiento a los curiosos” (1774: 1). Un segundo motivo que mencionaba para su publicación era que...

en el momento en que las cortes de Londres y de Madrid se reconcilien, es probable que se les permita a los mercaderes ingleses retomar el negocio de esclavos, y quizás otros tipos de comercio en el Río de la Plata. (1774: 2)

Otro ejemplo se encuentra en *History of the Viceroyalty of Buenos Ayres*, de Samuel Hull Wilcoke (1807). En la introducción al primer capítulo se señalaba que:

Para una nación como la británica, excepcional en opulencia comercial, grandeza colonial y empresa marítima, y en una coyun-

tura en la que todas las miradas se dirigen hacia Sudamérica, un informe sobre los dominios hispánicos en ese continente desprovisto de fábulas y descrito en forma fidedigna no puede ser menos que aceptable. (1807: 4)

Estas fuentes ponen en evidencia cómo la necesidad de información más certera sobre la región se volvía un asunto urgente conforme crecía la presencia de Gran Bretaña en el sur del continente americano. Al igual que Falkner respecto a la ocupación de las islas Malvinas, Wilcocke indicaba cómo, en vistas a la “brillante adquisición” de Buenos Aires, la necesidad de un informe sobre el virreinato se volvía “deseable por partida doble” (1807: 4).

La expansión británica hacia Hispanoamérica constituyó así una de las causas de la mayor circulación de escritos y noticias sobre la región. Consecuencia de las tomas de Buenos Aires y Montevideo en 1806 y 1807, el interés del público británico por el Río de la Plata experimentó un marcado auge, lo que incentivó una mayor afluencia de novedades sobre el área y sobre los sucesos en torno a las expediciones. Ejemplo de ello son los relatos —generalmente anónimos— publicados entre 1807 y 1808 que incluían descripciones sobre las operaciones militares, así como también observaciones sobre los habitantes y las costumbres rioplatenses.⁸³ Por otro lado, los principales periódicos que trataban noticias relativas a Sudamérica —*The Times* y *The*

⁸³Entre estos relatos se encuentran *A Narrative of the Expedition to, and the Storming of Buenos Ayres, by the British Army, Commanded by Lieutenant-General Whitelocke* (1807), *Notes on the Viceroyalty of La Plata in South America... by a Gentleman Recently Returned from it* (1808) y *An Authentic Narrative of the Proceedings of the Expedition Under the Command of Brigadier General Craufurd, until its Arrival at Monte Video: with an Account of the Operations against Buenos Ayres under the Command of Lieut-Gen. Whitelocke* (1808).

Morning Chronicle— también pusieron de manifiesto la importancia de Buenos Aires para Gran Bretaña. Tras el primer fracaso de las tropas británicas en 1806, *The Times* (28 de enero de 1807) se lamentaba por ese “evento desafortunado”, a saber, la pérdida de la “tan importante adquisición” de Buenos Aires como “colonia”.

Si bien hacia 1808 existía una mayor circulación de escritos y noticias sobre Hispanoamérica —en particular sobre el Río de la Plata—, aún se manifestaba cierta insatisfacción con la información disponible, como se mostró en la sección anterior. Un ejemplo de ello se encuentra en *The Present State of Peru*, de Joseph Skinner (1805), quien afirmaba que el compendio había sido bien recibido entre los hombres de letras, aunque con cierto grado de asombro. Estos, declaró, habían exigido examinar los documentos originales con el fin de determinar su autenticidad: se sospechaba que un impostor hubiese hecho pasar estos “esbozos científicos” como provenientes de Hispanoamérica, un lugar considerado por los británicos como carente de cualquier tipo de ciencia (1805: vii).

Otro ejemplo de la insatisfacción británica respecto la información que circulaba sobre Hispanoamérica se encuentra en el ya mencionado artículo de 1807 de *The Times*, donde se intentaba explicar la derrota británica en el Río de la Plata a partir de información provista por *The Gazette* —primera publicación oficial de la Corona británica— y cartas privadas. Partiendo de la lectura del “tan esperado” informe oficial de *The Gazette*, el matutino adjudicaba la pérdida de la capital virreinal al accionar —a su juicio, cuestionable— de Sir Home Popham y William Beresford. No obstante, muchas de las cuestiones en torno a la capitulación británica que surgían de las fuentes disponibles en ese entonces parecían resultar poco claras para los escritores

de *The Times*. A lo largo del artículo, se menciona con frecuencia la necesidad de obtener informes más inteligibles sobre los sucesos. El final pone énfasis una vez más en este punto, concluye que “[e]n síntesis, debemos esperar reportes adicionales y más perspicuos antes de considerarnos correctamente informados del comportamiento y de las circunstancias de las tropas inglesas en la reconquista de Buenos Aires”.

Al mismo tiempo, en varios de los escritos se instaba a tomar con cautela la información que circulaba sobre Hispanoamérica. Esto se evidencia, por ejemplo, en algunos periódicos de crítica literaria que, conforme surgían nuevas publicaciones sobre la región, procedían a evaluar su contenido. En su edición de 1807, *The Annual Register* incluyó el análisis de un epistolario de viaje por Sudamérica publicado en 1805 y escrito por un supuesto caballero inglés llamado John Constane Davie. El anuario señaló sus dudas sobre Davie, mencionando que “varias partes del relato tienen un giro demasiado novelesco para convencernos de la identidad de su autor, o para permitirnos confiar en toda la información que se brinda”. Sin embargo, unas líneas más abajo se afirmaba que los británicos sabían “tan poco de Sudamérica” que no era posible desechar la información contenida en el relato de viaje, aun existiendo algún grado de sospecha respecto a su autenticidad (1807: 1021-1022).

Otro ejemplo de las sospechas en torno a la información que circulaba sobre Hispanoamérica surge de la edición de 1808 de *The Annual Review and History of Literature*, donde se reseña el libro de Samuel Hull Wilcocke, *History of the Viceroyalty of Buenos Ayres*. Una vez más, se mencionaba la importancia comercial de la región para Gran Bretaña, en particular la ciudad de Buenos Aires, cuya ubica-

ción, se afirmaba, parecía convertirla en “el gran depósito para los productos europeos, desde donde se podrían distribuir de la manera más conveniente a lo largo de la mayor parte de Sudamérica” (1808: 260-261). Si bien se reconocía el valor de ciertas partes del trabajo —por ejemplo, la sección histórica—, se dudaba, en cambio, de la veracidad de otras. El motivo de la desconfianza, según se declaró en el anuario, era la rapidez con la que Wilcocke —como él mismo mencionara en su prefacio— procedió a publicar su obra. Para sustentar esta crítica, el periódico comparaba el trabajo de Wilcocke con *The History of America* de William Robertson:

Al escribir la historia de América, el Dr. Robertson tuvo grandes dificultades para obtener material, y es por esta circunstancia, de hecho, que su trabajo resulta muy defectuoso en varios aspectos. Si este historiador eminente, quien no se apresuró a publicar con el fin de satisfacer una curiosidad temporaria, no es siempre de fiar sino que la falta de documentación oficial lo llevó a incurrir en conclusiones erróneas, sin duda debemos tomar con gran cautela afirmaciones como las presentes, que están hechas para satisfacer la demanda inmediata. (1808: 260)

Estos ejemplos sugieren, en definitiva, que, si bien a comienzos del siglo XIX la expansión británica hacia el sur americano generó un aumento en la circulación de escritos sobre el área, gran parte de la información fue tomada con suspicacia. Como surge de los periódicos de crítica de la época, estos impresos muchas veces carecieron de la rigurosidad o exhaustividad que se esperaba de ellos. De esta manera, varias de las cuestiones relativas a los territorios hispanoamericanos quedaron sujetas a la especulación hasta incluso entrada la década de 1820 (Somarriva, 2017: 224).

Conclusión

El interés británico en Hispanoamérica incrementó de forma considerable entre finales del siglo XVIII y principios del XIX. Para concretar su expansión hacia esta área, Gran Bretaña emprendió un esfuerzo por conocerla y comprenderla de la forma más exhaustiva posible. Esta tarea se enfrentó con dos obstáculos. En primer lugar, el descrédito de las primeras crónicas españolas sobre el Nuevo Mundo, que en ese entonces constituían las principales fuentes de información disponible. Una segunda dificultad radicó en las múltiples restricciones impuestas por España para el acceso de documentación sobre sus posesiones transatlánticas.

La falta de información resultó clave para que Gran Bretaña comenzara un proceso de construcción de conocimiento sobre Hispanoamérica por sus propios medios, lo que generó la aparición de varios impresos relativos a la región durante los diez primeros años del siglo XIX. Si bien los contenidos de estos escritos fueron muchas veces tomados con suspicacia, en ellos quedaron reflejadas las ambiciones expansionistas británicas, como también su constante rivalidad político-económica —e ideológica— con España.

Bibliografía

- Art. XIII. History of the Viceroyalty of Buenos Ayres, by Samuel Hull Wilcocke, 1807 (1808). *The Annual Review and History of Literature for the year 1807*, Vol. VI, 260-263. Londres: Longman, Hurst, Rees, and Orme.
- Brown, Matthew (2008). “Introduction”. En Brown, Matthew (ed.). *Informal Empire in Latin America. Culture, Commerce and Capital*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Cain, Peter (2001) [1999]. “Economics and Empire: The Metropolitan Context”. En Porter, Andrew (ed.). *The Oxford History of the British Empire, The Nineteenth Century*, Vol. III. Oxford-Nueva York: Oxford University Press.

- Cañizares Esguerra, Jorge (2007). *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Cicerchia, Ricardo. (2005). *Viajeros. Ilustrados y románticos en la imaginación nacional*. Buenos Aires: Troquel.
- Elliott, John Huxtable (2006). *Empires of the Atlantic World. Britain and Spain in America 1492-1830*. New Heaven-Londres: Yale University Press.
- Falkner, Thomas (1774). *A Description of Patagonia and the Adjoining Parts of South America*. Hereford: C. Pugh for T. Lewis.
- Gallagher, John y Robinson, Ronald (1953). "The Imperialism of Free Trade". *The Economic History Review*, 6 (1): 1-15.
- Gallo, Klaus (2001). *Great Britain and Argentina. From Invasion to Recognition, 1806-26*. Nueva York: Palgrave.
- Gandini, María Juliana (2022). ¿Quiénes construyeron el Río de la Plata? Exploradores y conquistadores europeos en el lugar donde se acababa el mundo. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Knight, Alan (2001 [1999]). "Britain and Latin America". En Porter, Andrew (ed.). *The Oxford History of the British Empire, The Nineteenth Century*, Vol. III. Oxford-Nueva York: Oxford University Press.
- Knight, Alan (2008). "Rethinking British Informal Empire in Latin America (Especially Argentina)". En Brown, Matthew (ed.). *Informal Empire in Latin America. Culture, Commerce and Capital*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Louis, William Roger (2001 [1999]). "Preface". En Porter, Andrew (ed.). *The Oxford History of the British Empire, The Nineteenth Century*, Vol. III. Oxford-Nueva York: Oxford University Press.
- Pagden, Anthony (1995). *Lords of All the World. Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c. 1500-c. 1800*. New Haven-Londres: Yale University Press.
- Paquette, Gabriel (2011). "Visiones británicas del Mundo Atlántico Español, c. 1740-1830". *Cuadernos de Historia Moderna*, 36: 145-154.

- Robertson, William (1777). *The History of America*, Vol. 1. Edinburgh: printed for W. Strahan; T. Cadell, in the Strand; and J. Balfour at Edinburgh.
- Skinner, Joseph (1805). *The Present State of Peru*. Londres: for Richard Phillips.
- Somarriva, Marcelo (2007). *Como un mapa ante mis pies: “Viajeros ingleses en el cono sur 1819-1829”*. (Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos), Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/109033>
- Somarriva, Marcelo (2013). “An open field and fair play”. *The relationship between Britain and the Southern Cone of America between 1808 and 1830*. (Tesis de doctorado), UCL, History Department. <https://discovery.ucl.ac.uk/id/eprint/1383790>
- Somarriva, Marcelo (2017). “A Matter of Speculation: British Representations of Argentina, Chile and Perú during the Wars of Independence”. *Bulletin of Latin American Research*, 36 (2): 223-236.
- Stoler, Ann Laura (2008). “Imperial Debris: Reflections on Ruins and Ruination”. *Cultural Anthropology*, 23 (2): 191-219.
- Trifilo, Samuel (1959). *La Argentina vista por viajeros ingleses: 1810-1860*. Buenos Aires: Guré.
- Walton, William (1810). *Present State of the Spanish Colonies*, Vol. 1. Londres: for Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown.
- Wilcocke, Samuel Hull (1807). *History of the Viceroyalty of Buenos Ayres*. Londres: H. D. Symonds.

| CAPÍTULO 8 |

La construcción de un relato gráfico protestante sobre América del Sur (1880-1914). ¿Una mirada imperial?

Paula Seiguer⁸⁴

Este artículo representa un intento de agregar una nueva dimensión a una investigación de largo plazo que vengo desarrollando sobre las misiones protestantes en América del Sur durante las décadas finales del siglo XIX y las iniciales del XX. A lo largo de estos años he leído y analizado libros, artículos e informes escritos por misioneros protestantes, tanto europeos como norteamericanos, sobre los países de América del Sur. Muchos de estos materiales incluyen imágenes, y he intentado trabajar su sentido también, en el contexto de casos específicos. Pero resulta necesario un análisis de mayor envergadura, dado que, así como esta literatura misionera estableció tópicos sobre la región, que podemos encontrar repetidos en textos de diversa proveniencia y que constituyeron un discurso que circulaba más allá de las iglesias concretas, también las imágenes utilizadas construyeron un relato gráfico sobre América del Sur, sus habitantes, sus riquezas y necesidades, y sobre el rol de los mismos misioneros. Este relato gráfico es indivisible del texto al que acompaña, dado que se construyó con la intención de resultar demostrativo de las hipótesis propuestas

⁸⁴Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Universidad de Buenos Aires/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

a través de la palabra escrita, pero no puede ser considerado ingenuamente como mera ilustración. Por el contrario, su construcción implicó un trabajo importante de confección, selección y recorte a partir de fuentes múltiples. Desmontar esa operación, rastrear la proveniencia, circulación, uso y valor de al menos algunas de estas imágenes nos permite dar cuenta de cómo ocurrió esa construcción discursiva del relato gráfico, cómo (y con base en qué materiales) se armó una idea particular de América del Sur destinada a la imaginación del público enorme que tenía la literatura misionera de la época.

Este público tenía una dimensión que hoy puede resultarnos difícil de aprehender. Durante el siglo XIX y en los inicios del siglo XX, la inmensa mayoría de la población del norte de Europa, de Canadá y los Estados Unidos era miembro de alguna iglesia protestante. La pertenencia a las iglesias a menudo incluía la participación en actividades como la compra de periódicos y revistas específicas, la asistencia a conferencias o a círculos de lectura y, en el caso de los niños, a la escuela dominical. En todos estos espacios, e incluso en el culto regular, la referencia a las misiones era repetida, y las personas recibían fuertes presiones para donar dinero a causas específicas a partir de la lectura o la escucha directa de relatos de viajes, milagros, sufrimientos y necesidades contados por los mismos misioneros. Las donaciones involucraban a los fieles personalmente en los relatos y los llevaban a seguir con interés las aventuras o desventuras posteriores de aquellos a quienes habían apoyado con su dinero. Incluso existían en muchas denominaciones mecanismos para apadrinar a misioneros con los que se establecía así una relación personal. Por otra parte, sabemos que el público en general estaba predispuesto hacia las historias de aventuras y de viajes, dos géneros de enorme éxito editorial hacia finales del

XIX. La literatura misionera ofrecía elementos de ambos, con un barniz de respetabilidad moral que la volvía eminentemente adecuada para todo el mundo, incluyendo a las mujeres y a los niños. En un siglo de crecimiento económico y expansión política para las grandes potencias protestantes, la globalización del protestantismo fue un proceso que generó entusiasmo, fascinación, emoción y conocimientos nuevos que los misioneros ponían a disposición del público.

En ese marco, las iglesias a menudo tuvieron imprentas y casas editoriales propias que proveían material a un público ávido y, por lo tanto, requerían de los misioneros la escritura regular de informes y anécdotas con que poblar sus páginas. Pero, también, la publicación de artículos en revistas cristianas comerciales no denominacionales podía generar ingresos a misioneros que a menudo estaban trabajando en condiciones de mucha necesidad económica. Dentro de este circuito, la publicación de libros (memorias, relatos de viajes, etc.) a través de editoriales cristianas o seculares que pagaban por ese contenido podía ser de gran ayuda a la iglesia, a la misión y/o al misionero personalmente, dependiendo de quién recibiera el pago. Y, en la creación de un éxito editorial misionero, las imágenes jugaban un rol que a menudo era crucial. Entonces, como ahora, una revista o libro nutrido de imágenes permitía el acercamiento a públicos más extensos, que a menudo se acercaban por primera vez a representaciones gráficas de América del Sur.

Como nos lo han mostrado múltiples autores dedicados al análisis de la literatura imperial de viajes, estas descripciones no eran políticamente neutrales (Joseph, 2005; MacKenzie, 2005; Pratt, 2008; Peñaloza, 2008; Reeder, 2020). Se basaban en presupuestos de superioridad que establecían un “nosotros” lector frente a unos “otros”

sobre los cuales se naturalizaba la necesidad de una intervención en nombre del progreso. Resulta interesante notar, además, que en este aspecto la cultura protestante no divergía mucho de un lado a otro del Atlántico. En contra de toda una bibliografía que suele presentar a los protestantes británicos (y alemanes) en América del Sur como no misioneros (Villalpando *et al.*, 1970; Bastian, 1994), solo acompañando comunidades de inmigrantes, y a las iglesias norteamericanas como un fenómeno totalmente distinto, en este trabajo se buscará mostrar la construcción de un relato gráfico integrado. Para ello analizaré tanto fuentes provenientes de denominaciones y sociedades misioneras británicas como norteamericanas, dado que todas ellas compartían una esfera de circulación de impresos y predicadores que construían un público común. Los más exitosos de estos libros y publicaciones eran consumidos por públicos que constituían una esfera protestante amplia, que compartía presupuestos sobre las bondades del protestantismo y la legitimidad de su expansión sobre regiones nominalmente católicas.

En una primera aproximación es posible dividir a las imágenes en dos grandes tipos, que organizarán las secciones del presente trabajo: las imágenes que se concentran en los misioneros y su actividad (dentro de las cuales diferenciaré aquellas que cumplen diferentes funciones), y aquellas que representan al espacio y sujetos de misión (y que pueden mostrar tanto su potencial como sus necesidades). En todos los casos, me concentraré en los orígenes materiales de las imágenes, en su circulación y en el valor otorgado a estas dentro de la construcción de un relato gráfico más general. Finalmente, presentaré algunas conclusiones, incluyendo una breve reflexión sobre el uso de la categoría de imperialismo cultural.

Imágenes de los misioneros

Incluso en aquellas publicaciones misioneras en donde hay escasas imágenes (o casi ninguna), suele haber una: una fotografía del autor, a menudo colocada en el inicio del libro, antes del prólogo. En general, estos retratos son fotografías de estudio, del estilo de las *cartes de visite* tan típicas de finales del siglo XIX, y buscan mostrar la respetabilidad del misionero, establecer su identidad como un relator confiable. Las imágenes son estáticas y convencionales, y siguen los cánones habituales de la época: los misioneros aparecen vestidos con ropa formal, de pie o sentados en una pose rígida, o más comúnmente en un primer plano que recorta la cabeza y los hombros. Las fotografías de presentación parecen proceder de estudios de los países de origen, y por ende no contienen nada que las identifique con América del Sur. En los escritos un poco anteriores, se usan litografías en lugar de fotografías, con el mismo sentido.



Figura 4. El respetable misionero Oscar von Barchwitz Krauser (Barchwitz Krauser, 1885, portada).



Figura 5. El respetable misionero H. K. Carroll (Carroll, 1905, portada).

Pero los textos a menudo también contienen imágenes que muestran al misionero en un rol activo, aventurero, o en viaje: a caballo, luchando con cocodrilos o afrontando las duras condiciones de su campo de misión. Muchas de estas imágenes, más bien genéricas, son grabados o pinturas inspirados en el relato escrito, realizados por ilustradores profesionales que no tienen por qué haber estado en América del Sur, y a menudo contienen detalles que no reflejan las condiciones locales. En otros casos, sin embargo, sí se trata de fotografías tomadas por estudios locales o por los mismos misioneros, retratos que buscan transmitir su valentía frente a situaciones inhóspitas para despertar las simpatías del lector.



Figura 6. Wilfrid Barbrooke Grubb en Paraguay (Bedford, 1927, tapa).



Figura 7. Wilfrid Barbrooke Grubb en Waikthlatingmangyalwa, Chaco, 1898 (Hunt, 1933, portada).



Figura 8. Colportor típico (Neely, 1910: 217).

En las Figuras 6 y 7 podemos ver dos retratos de W. Barbrooke Grubb, misionero pionero de la South American Missionary Society⁸⁵ en el Chaco paraguayo. La Figura 6 es una ilustración profesional procedente de un libro para niños que relata sus aventuras: como puede verse, ni el animal ni la vegetación de fondo corresponden al Chaco. La fotografía de la Figura 7 fue tomada por sus compañeros en la misión chaqueña. Se destacan la expresión adusta del misionero y la piel de un puma colgando de su silla, ambos signos de su heroísmo y virilidad, en un momento clave: Grubb había sobrevivido poco tiempo antes a un intento de asesinato por parte de un indígena de la misión.

⁸⁵La South American Missionary Society era una sociedad anglicana de laicos y religiosos dedicada a misionar en América del Sur. Fundada por el capitán Allen Gardiner, de la Royal Navy, en 1844, desarrolló misiones en Tierra del Fuego, en la Patagonia, en la zona austral y la Araucanía chilenas, en el Chaco paraguayo, argentino y boliviano y en los centros urbanos de Buenos Aires y Rosario.

La Figura 8, procedente del libro de un obispo metodista, toma una fotografía anónima y la convierte en la ilustración de un colportor (repartidor de biblias) típico, recalcando las condiciones primitivas según las cuales se realizaba el trabajo y haciendo contrastar el caballo con la vestimenta urbana y “civilizada” del misionero.

Finalmente, tenemos imágenes de intención plenamente demostrativa, aquellas que buscan mostrar que una situación o episodio concreto es verdadero. Se trata siempre de fotografías y su valor para los misioneros era incalculable, ya que documentaban su *bona fides*. En este sentido, me gustaría detenerme en tres casos concretos en donde imágenes de este tipo tuvieron un rol significativo.

El primero es el de una fotografía que se hizo bastante famosa, el retrato de Francesco Penzotti. Penzotti era un inmigrante italiano a Uruguay, convertido al metodismo, que fue enviado por la American Bible Society⁸⁶ a avanzar la causa del protestantismo en Perú. Como el culto público no católico estaba prohibido por el artículo 4 de la Constitución peruana, y Penzotti estaba organizando una congregación local de la Iglesia metodista, fue denunciado y enviado a prisión en julio de 1890. La figura en cuestión tiene un origen casi fortuito: en enero de 1891 un ingeniero minero de Nueva York, E. E. Olcott, que estaba en Lima, leyó en un diario la noticia de la prisión de Penzotti. Intrigado, fue a conocerlo a Casas Matas y luego envió a su asistente con instrucciones precisas: debía pedir a Penzotti que le mostrara el calabozo en donde dormía (durante el día circulaba libremente por todo el edificio) y, cuando el misionero entrara, debía cerrar la puerta y sacarle una fotografía mirando

⁸⁶La American Bible Society, fundada en Nueva York en 1816, es una sociedad supradenominacional dedicada a la traducción y distribución de biblias.

a través de los barrotes. El asistente lo hizo y volvió con las placas, que entre ambos revelaron y sacaron a escondidas de Perú en el barco en el que Olcott volvía al día siguiente a Nueva York (Daniels, 1916: 218-221). Esta historia no parece corresponder, entonces, con la versión de que la cámara habría sido una Kodak, de reciente invención (1888), tal como dijeron algunos contemporáneos,⁸⁷ ya que aquella solo tenía un rollo de celuloide y parte de su novedad consistía en que la máquina debía enviarse cerrada por correo a la empresa, que revelaba las fotografías y recargaba el rollo. La litografía tomada de la fotografía original fue publicada por *The New York Herald*, junto con otras imágenes que retrataban al misionero, su familia y la prisión en donde estaba detenido. El valor demostrativo de esta fotografía puede verse a partir del revuelo que causó a nivel mundial y que convirtió a Penzotti en una *cause célèbre* del protestantismo en Latinoamérica (Seiguer, 2019), estimulando reacciones que terminaron en su liberación y en su establecimiento como un mártir de la causa de la libertad religiosa en la región.



Figura 9. Fotografía original de Penzotti, publicada en Díaz (1943: 33).

⁸⁷*The Daily Leader*, Gloversville, Nueva York, 27 de abril de 1891: 5.



Figura 10. Litografía de Penzotti publicada por *The New York Herald* (13 de enero de 1891).

Un segundo caso que demuestra el valor de estas fotografías es el de Emilio Olsson, un misionero que se convirtió en el primer superintendente de la misión para América del Sur de la Christian and Missionary Alliance (CMA)⁸⁸ en 1896. Olsson era un marinero sueco que había pasado por una conversión evangélica en un viaje a América del Sur. Desde entonces había trabajado como misionero

⁸⁸La Christian and Missionary Alliance (CMA) se conformó en 1897 a partir de dos organizaciones previas fundadas por Albert Simpson en 1887 en Maine, Estados Unidos. Inicialmente era una sociedad supradenominacional de laicos y clérigos dedicados a dar a conocer el cristianismo protestante al mundo. Desde 1965, la Alianza se convirtió en una iglesia específica.

y repartidor de biblias en Chile, Bolivia y Argentina, entre 1885 y 1896. Luego de ser contratado por la CMA, realizó un largo viaje predicando por el interior de Argentina, Bolivia y Brasil, visitando el Chaco y las zonas caucheras del Amazonas. A lo largo de estos viajes había ido sacando fotografías, que entregó a la CMA como parte de un proyecto de libro de su autoría, en donde contaría sus experiencias como forma de recaudar fondos para el desarrollo de la misión. Pero en 1899 la relación entre la CMA y Olsson estalló públicamente de manera muy escandalosa, en una serie de reclamos mutuos sobre sueldos adeudados y el manejo de los fondos de la misión. La Christian and Missionary Alliance lo despidió y a lo largo del año Olsson siguió reclamando la devolución de las imágenes, que el fundador de la CMA se negaba a devolver. El motivo de la insistencia es fácil de entender cuando uno examina la carrera posterior del sueco. Publicó su libro (Olsson, 1899) densamente ilustrado en forma independiente (por lo que podemos suponer que algunas fotografías fueron devueltas o que tuvo acceso a otro archivo, ya que no aparece personalmente en ninguna de ellas), pero el escándalo había arruinado su reputación y nadie quiso contratarlo. Durante años suplementó sus magros ingresos con artículos publicados en la revista ilustrada *The Christian Herald*, recitando una y otra vez sus anécdotas y enviando imágenes con que ilustrarlas, que a veces no coincidían con el relato. Las fotografías, que pretendían demostrar la veracidad de sus historias, eran parte esencial de su empeño por seguir siendo un misionero profesional. Sin embargo, las que poseía eran imágenes genéricas, en donde él no aparecía retratado, y eso devaluaba su interés. Ante su fracaso, tuvo que renunciar y dedicarse a la agronomía (Seiguer, 2023).



Figura 11. Nota ilustrada de Olsson después de su despedido (*The Christian Herald*, 30 de marzo de 1901: 257).

El tercer caso por analizar es el de las fotografías tomadas por misioneros anglicanos de la South American Missionary Society (SAMS) en su misión el Chaco paraguayo. La SAMS las publicó en su revista ilustrada, la *South American Missionary Magazine*, y en sucesivos libros escritos en torno de la figura del líder de la misión, Wilfrid Barbrooke Grubb, cuyo retrato ya hemos visto. El corpus fotográfico de la misión paraguaya, que fue un gran éxito y tuvo una muy larga duración, era de enorme valor para la sociedad misionera, ya que demostraba el valor de su trabajo y el de sus empleados como pioneros en “tierra salvaje” (entre los libros más conocidos publicados con autoría

de Barbrooke Grubb se encuentran *A Church in the Wilds*, de 1914, y *An Unknown People in an Unknown Land*, de 1911). Los misioneros buscaban proveer material fotográfico para las publicaciones, posando, por ejemplo, en estudios de Asunción con algunos de sus conversos vestidos con sus ropas típicas. La Figura 12, una fotografía de Andrew Pride (a quien los indígenas llamaron Yiphenabat) con Keamapsithyo (a quien los misioneros llamaron Philip) demuestra el esfuerzo por conjugar la naturalidad del retrato, la búsqueda de demostrar familiaridad en el contacto con el otro indígena, la típica postura de superioridad misionera y la distancia “civilizatoria” entre uno y otro.

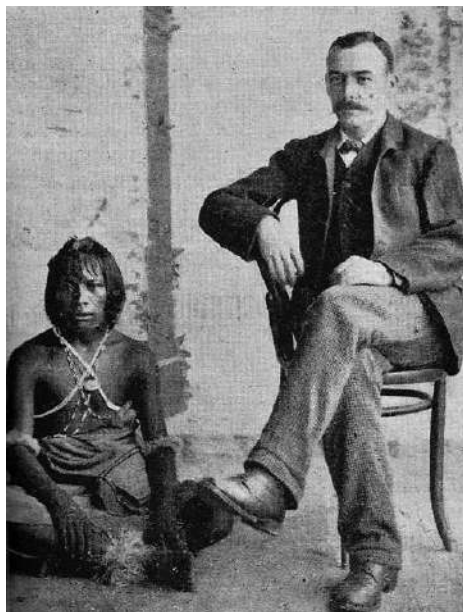


Figura 12. Andrew Pride (“Yiphenabat”) con Keamapsithyo (“Philip”), c. 1893 en Asunción (Marsh de Gardiner, 1895: 55).

Pero quizás una de las más reveladoras del sentido de estas fotografías, y de la importancia demostrativa de lo visual en relación con las misiones, es la fotografía “realista” tomada en una exhibición misionera en Inglaterra, en donde se observa al personal de la SAMS vestido con ropas y tocados del pueblo Enxet chaqueño, demostrando una ceremonia tradicional con una choza construida de ramas sobre un fondo de edificación europea (Figura 13). El acto mimético permite a los misioneros representar doblemente a los indígenas: por una parte, en el sentido de que su conocimiento de esta cultura los erige como sus representantes legítimos en su pedido de asistencia hacia los británicos; por otro lado, en el sentido de hacer presentes a los ausentes, de traerlos ante la mirada de los espectadores. Pero, como en cualquier representación, esta aparición es engañosa, y la imagen de la pipa no es la pipa: Grubb y sus compañeros, siendo parte de la comunidad blanca anglófona, no son ni pueden ser “el indio”, y la farsa resulta cómica a nuestros ojos.



Figura 13. Grubb y sus compañeros vestidos como indígenas chaqueños, Inglaterra, 1909 (Hunt, 1933: 256).

Como podemos ver, las imágenes que representaban a los misioneros cumplían diversas funciones en la literatura producida por los protestantes sobre América del Sur, que las volvían extremadamente valiosas. Resultaban una prueba del carácter de los misioneros, de su valor, su fe y su determinación frente a circunstancias difíciles. También tenían un sentido probatorio de su existencia y experiencia concreta, algo necesario para estimular las donaciones que estas historias buscaban generar y movilizar esfuerzos en su favor en momentos de necesidad. Pero, además, proveían al lector, quien desconocía el territorio que los misioneros atravesaban, de visiones de ese mundo distinto, estimulando su imaginación. No es extraño, por lo tanto, que tanto las sociedades misioneras independientes como las juntas misioneras de las iglesias, y hasta las editoriales que imprimían estos materiales, las apreciaran, las reunieran y conformaran archivos copiosos, estimulando a los misioneros sobre el terreno a hacerse de más imágenes.

Imágenes de América del Sur

Las imágenes de la literatura misionera no solo buscaban dar fe de la obra de sus autores. Aquello que era representado con más frecuencia era el paisaje y las gentes de la región. Estas imágenes no eran neutras tampoco. En sí mismas, y en su articulación con el texto en el que estaban insertas, contenían en general un sesgo bastante notable, fuese este positivo o negativo.

En el lado positivo se destacan una cantidad inmensa de imágenes que representaban las posibilidades que ofrecía América del Sur: sus recursos naturales y potencial económico, sus paisajes majestuosos, sus ciudades, lo imponente de sus monumentos y las curiosidades de

su pasado (fundamentalmente los rastros de la cultura inca, presentados como atracción turística). Se trata, sin embargo, de paisajes de orígenes y factura inmensamente variada.

Para concentrarnos en un caso específico, tomaré aquí el caso del libro de E. C. Millard y Lucy Guinness, *South America, the Neglected Continent*, de 1894. Esta obra combina la historia de una gira misionera realizada por el Rev. George C. Grubb, de la cual Millard fue parte, con un estudio denso de la historia y la situación religiosa realizado por Lucy Guinness, quien fue, además, responsable de la edición general del trabajo. Lucy Guinness era ya una autora reconocida, pero nunca había estado (ni estuvo después) en América del Sur (Guinness, 1907). Sin embargo, como hija de los fundadores de la Regions Beyond Missionary Union,⁸⁹ y durante un tiempo responsable de la edición de la revista de la sociedad, tenía una gran experiencia, una fuerte convicción sobre el relato por construir y contactos de donde sacar materiales útiles. La obra incluía fotografías profesionales, imágenes de *stock* compradas a estudios como Meisenbach & Co. de Londres (Figura 14)⁹⁰ o a Marc Ferrez, de Río

⁸⁹La Regions Beyond Missionary Union fue una organización supradenominacional creada por el Rev. Henry Grattan Guinness, uno de los más famosos predicadores de la segunda mitad del siglo XIX, junto a su esposa Fanny. Se distinguió por la organización de seminarios de formación profesional para misioneros que luego eran enviados por distintas iglesias o por donantes particulares a diferentes destinos.

⁹⁰Georg Meisenbach era un famoso grabador y empresario alemán que inventó el autotipo en 1881 y jugó un papel decisivo en el desarrollo de las técnicas de reproducción fotográfica y de imágenes en las dos últimas décadas del siglo XIX. Hacia 1900, su empresa en Alemania y Londres era el establecimiento gráfico más importante de Europa. <https://www.deutsche-biographie.de/gnd116863684.html#ndbcontent>
<https://fotointermedialidad.uahurtado.cl/autor/georg-meisenbach/>

de Janeiro (Figura 21).⁹¹ Había dibujos y aguafuertes, también profesionales, realizados por artistas que podían o no haber estado en América del Sur —la participación de algunos, como Edward Wilson, solo es una suposición fundada (Figura 15)—.⁹² Muchos, la mayoría, son anónimos: posiblemente se trate de trabajadores contratados por las editoriales de los que no ha quedado un buen registro. Otros podrían ser de autoría de los misioneros, o de locales con los que entraban en contacto. Eso es lo más probable cuando se trata de dibujos o bosquejos hechos a mano alzada que representan iglesias locales, que no son hitos turísticos (Figura 16).

⁹¹Marc Ferrez, uno de los grandes pioneros de la fotografía brasileña, formado en Francia y famoso por sus paisajes y su documentación de Río en la segunda mitad del siglo XIX, tenía su propio estudio, como Meisenbach, donde ofrecía tanto hacer retratos como imágenes de *stock*.

⁹²Edward Wilson fue un paisajista y naturalista artista inglés que participó en dos expediciones a la Antártida en 1901-1904 y en 1910-1912, donde finalmente falleció. Sin embargo, no queda claro que haya estado en América del Sur, por lo cual las imágenes suyas (si es que lo son) reproducidas en el libro de Millard y Guinness podrían, en realidad, ser representaciones de la campaña inglesa. <https://www.cheltenhammuseum.org.uk/collection/edward-wilson-the-artist/>



Figura 14. Fotografía de la catedral de Buenos Aires y de la Plaza Victoria perteneciente al estudio Meisenbach & Co. (Millard y Guinness, 1894: 21).



Figura 15. Acuarela de E. (¿Edward?) Wilson (Millard y Guinness, 1894: 82).



Figura 16. Bosquejo a mano alzada del interior de la Primera Iglesia Metodista de Buenos Aires (Millard y Guinness, 1894: 27).

Muchas de las imágenes referidas al mundo natural destacaban la imagen de América del Sur como tierra de contrastes y de grandiosos accidentes geográficos, majestuosa y desmedida, que maravillaba pero al mismo tiempo resultaba algo desoladora, una imagen que tiene su correlato escrito:

Sus ampliamente extendidas mesetas, sus sabanas casi inmensurables, y sus poderosos ríos que ruedan a sus aguas majestuosas sobre las planicies hasta el océano, impresionan a la mente con

sensaciones de temor reverencial y de sorpresa. Ubicado entre las cumbres de los Andes el viajero europeo parece como levantado hacia un nuevo horizonte y rodeado por los fragmentos en ruinas de un mundo superior. (Millard y Guinness, 1894: 69-70)

Hasta cierto punto, esta impresión no hacía más que retomar un lugar común previo, el de las descripciones de América como espacio de la desmesura (una imagen que provendría de los escritos de Humboldt según Pratt, 2008: 118 y ss.). De hecho, la cita no es sino una repetición (sin citarlo) de un párrafo de una obra que para entonces era clásica: la *London Encyclopaedia*, de 1829 (Curtis, 1829: 62).

De la misma manera, el grabado del Cotopaxi que aparece en el libro, por ejemplo, no hace más que repetir un tópico, que los lectores podían haber encontrado ya en obras previas. De hecho, se parece mucho al grabado publicado en la obra de Humboldt (Figuras 17 y 18).

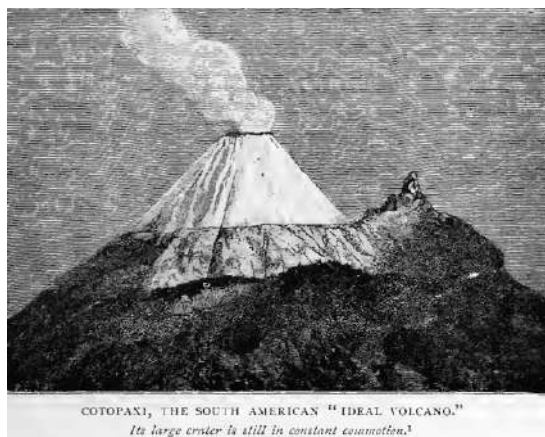


Figura 17. El volcán Cotopaxi, en una probable reversión del clásico grabado de Humboldt (Millard y Guinness, 1894: 139).



Figura 18. El volcán Cotopaxi en su versión original: el grabado hecho por J. Poppel en Múnich a partir del dibujo de J. Stock, hecho a su vez a partir de un bosquejo de Humboldt (Humboldt, 1853: 21).

En este sentido, entonces, las imágenes no necesitaban ser originales, ya que no hacían más que reforzar las ideas previas que el lector pudiera tener sobre la región, aprovechando lugares comunes preconstruidos que se reutilizaban para destacar las potencialidades del subcontinente. Los misioneros no proponían en este sentido una versión fresca o nueva de América del Sur, sino que reciclaban para la construcción de su relato tópicos que tenían décadas y que enfatizaban la idea de un paisaje estancado en el tiempo, siempre igual a sí mismo. Además, los aspectos que consideraban destacables se repetían en muchas obras, dando fe de recorridos estandarizados. Sin embargo, cabe preguntarse si no existía en este sentido una retroalimentación con los archivos de imágenes disponibles, sobre todo a medida que avanzaban las décadas: si los misioneros empleaban imágenes previas para ilustrar sus libros y abrevaban de archivos cons-

truidos por editoriales, sociedades misioneras y casas fotográficas, no es extraño que hubiera repetición.

Como muestra, veamos las siguientes imágenes del Cristo de los Andes, en el paso cordillerano entre Chile y la Argentina (Figuras 19 y 20), o las de los jardines botánicos de Río de Janeiro (Figuras 21 y 22).



Figura 19. Cristo de los Andes (Clark, 1907: 186-187).



Figura 20. Cristo de los Andes (Neely, 1910: portada).

Esto debería alertarnos sobre la necesidad de no pensar en estos libros como álbumes de imágenes de viaje. Los misioneros no necesitaban haber estado en los lugares que sus obras describían, sino que utilizaban imágenes de otros (también en el sentido literario) para construir una idea más completa de la región que estaban describiendo.



Figura 21. Los jardines botánicos de Río de Janeiro, litografía sobre fotografía de Marc Ferrez (Millard y Guinness, 1894: 52).



Figura 22. Los jardines botánicos de Río de Janeiro, fotografía (Clark 1907, portada).

En el sentido negativo, las imágenes elegidas por los misioneros representaban una y otra vez lo que veían como la pobreza y la barbarie de América del Sur. Estas imágenes se centraban en los pobladores de la región y en sus prácticas para representarlos como atrasados, primitivos, supersticiosos y miserables. Volviendo sobre el libro de Millard y Guinness, podemos encontrar imágenes de indígenas “salvajes” en medio de la jungla amazónica —indudablemente provenientes de alguna obra anterior (Figura 23)—, fotografías de niños indígenas semidesnudos en la Patagonia o en el Chaco (Figuras 24 y 25, prove-

nientes de los archivos de la South American Missionary Society), junto con descripciones de los ranchos sucios de los gauchos y de las procesiones católicas condenadas como supersticiosas e ignorantes en las ciudades del interior argentino o de Bolivia.



Figura 23. Indios de la selva amazónica (Millard y Guinness, 1894: 160).



Figura 24. Niño indígena patagónico (Millard y Guinness, 1894: 149).



Figura 25. Un pueblo en el Chaco paraguayo (Millard y Guinness, 1894: 152).



Figura 26. Dibujo de Karl Oenike subtítulo "Ingleses y españoles en la Argentina" (Millard y Guinness, 1894: 109).

Dentro de este tópico, la Figura 26, titulada “Ingleses y españoles en la Argentina”, que es la reproducción de una obra del artista alemán Karl Oenike,⁹³ aparece como un buen ejemplo de la construcción que el libro hace de estas representaciones. El dibujo representa a un hombre a caballo, con la vestimenta estándar de un explorador europeo (el sombrero, la carabina cruzada en la espalda, la camisa abierta y las botas podrían ser las vestidas por Barbrooke Grubb en los retratos de las Figuras 3 y 4, y también corresponder a un explorador en las colonias de África o la India). Esta figura ha llegado a las viviendas de unos gauchos (reconocibles por el poncho, las espuelas y los sombreros). De hecho, la obra original ilustraba un artículo de Ludwig Brackebusch, “Das Bergmannslebens in der Argentinischen Republik” (“La vida de un minero en la República Argentina”), aparecido en la revista *Westermanns Monatshefte* (Brackebusch, 1894: 752). El dibujo llevaba el título “Europäischer Mineningenieur und Landbevölkerung” (“Ingeniero de minas europeo y población rural”). ¿Por qué, entonces, en la obra de Millard y Guinness el título hace referencia a “ingleses” y (más extraño aún) “españoles”? El contraste que la obra pretende realizar entre el “nosotros” civilizado conformado por los autores y el conjunto de sus lectores y los primitivos nativos sudamericanos resulta explícito. Es posible pensar que la referencia fuera lingüística y no nacional, pero esta posibilidad se disipa cuando tenemos en cuenta otras imágenes incluidas en el libro, que sirven para ilustrar secciones

⁹³Karl Oenike fue un paisajista alemán que realizó varios viajes al cono sur de América del Sur entre 1887 y 1891. <https://centrodiha.org/karl-oenike/>
Véase Liebenthal (2022) y las traducciones de sus escritos por Regula Rohland y Beatriz Romero, en el mismo número.

en donde se habla sobre las deficiencias de la Iglesia católica y su impacto sobre sus colonias sudamericanas.

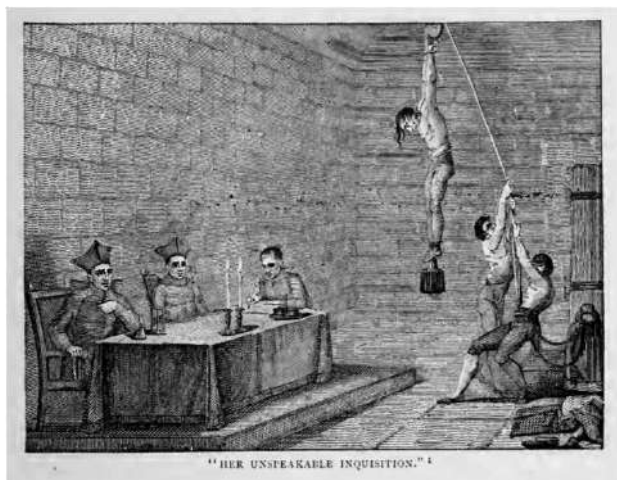


Figura 27. La “indescriptible Inquisición” española, facsímil parcial de una litografía aparecida en la obra de Philippus van Limborch, *The History of the Inquisition* (Millard y Guinness, 1894: 73).

En la Figura 27, para hablar sobre la incapacidad de la Iglesia católica para desarrollar una sociedad moderna, cristiana y con valores morales, se usa una litografía recortada de una fuente clásica de la leyenda negra española (el tomo II de *The History of the Inquisition*, de Philippus van Limborch, publicada en 1793),⁹⁴ que se complementa con una litografía de la conocida pintura de Karel Ooms (pintor belga) de 1876, que en realidad muestra a protestantes holandeses leyendo

⁹⁴<https://digital.library.cornell.edu/catalog/witchcraft166>

la Biblia en secreto en el contexto de las persecuciones del siglo XVI (Figura 28).⁹⁵ Este uso de imágenes que nada tienen que ver con América del Sur nos permite recalcar la importancia de lo que podríamos llamar “citas gráficas”, el recurso de topos gráficos que seguramente resultaban familiares al lector y reflotaban todos sus prejuicios, y que permitían asociar el rechazo hacia los aspectos más represivos del catolicismo europeo con la necesidad de disputar el predominio católico en el Nuevo Mundo.



Figura 28. “El libro prohibido”, litografía sobre la pintura de Karel Ooms de 1876 (Millard y Guinness, 1894: 127).

⁹⁵https://en.m.wikipedia.org/wiki/File:Karel_Ooms_-_The_prohibited_reading.jpg

Quizás deberíamos tomarnos también un momento para considerar aquello que no aparece representado en estas obras: las élites sudamericanas y su vida urbana “civilizada”. A pesar de las descripciones que enfatizan la riqueza del subcontinente, no hay imágenes sobre la vida de las poblaciones urbanas de clase media y alta. Podemos especular que el énfasis en la representación de los sectores rurales más pobres y, mejor aún, de los pueblos indígenas, permitía enfatizar mejor las carencias de la región y la necesidad de intervención por parte de quienes representaban a las naciones más “modernas” y “civilizadas” del globo, portadores del “verdadero” cristianismo.

Conclusiones

Cuando tomamos una obra de la literatura misionera sobre América del Sur, nuestra primera impresión puede ser que las imágenes, como el texto, son la obra de un misionero con nombre y apellido, cuyo recorrido por la región le permitió mostrar a sus lectores “de primera mano” una realidad desconocida y exótica. Sin embargo, las observaciones hechas a lo largo de este trabajo permiten demostrar que ese no es el caso. En estas obras el relato gráfico, como en ocasiones el escrito (que contiene citas, explicitadas o no, tomadas de otros textos), es absolutamente coral al punto de parecer ya un palimpsesto. Las imágenes provienen de fuentes muy diversas, y en muchos casos fueron arrancadas de su contexto para ser recicladas como parte de un proyecto diferente, en un proceso de laboriosa construcción a partir de materiales múltiples, que quedaron como marcas de ese proceso. Hay uso de los archivos de otras sociedades misioneras, de editoriales y de casas fotográficas, de artistas muy variados, y de obras sueltas sacadas de muchos lugares distintos. Como es usual, además,

en el siglo XIX y en los inicios del XX, esta circulación de imágenes y textos a menudo no es reconocida y la atribución original es escasa, lo que nos deja en la oscuridad sobre el origen de muchos de ellos.

En su contexto anterior, muchas de estas imágenes no tenían un contenido religioso: en general provenían de la industria de los viajes, la comunicación y el entretenimiento, y la mayoría de ellas tenía un origen europeo o norteamericano. Existe algo de aporte local, aunque es escaso (es posible que los dibujos a lápiz más básicos tuvieran ese origen), y sobre todo muy poco material que pueda rastrearse a los viajes en sí a los que teóricamente se refieren los libros, por lo cual es esencial no hacer una lectura ingenua que integre las imágenes a lo escrito y las piense como meras ilustraciones.

En muchos casos, las imágenes repetían lugares comunes, tópicos previos de la literatura de viajes, de relatos de exploradores consagrados como Humboldt, o servían para evocar ideas previas de los lectores, proyectando hacia América del Sur procesos ocurridos en Europa. La impresión general de América del Sur es la de una tierra con una naturaleza majestuosa y exuberante, pero abandonada, inexplorada, no explotada (la idea del “neglected continent” aplicaba no solo a su situación espiritual, sino a sus condiciones materiales), y necesitada de la intervención misionera en particular y europea/norteamericana en general. En este sentido, parte de los lugares comunes retomados por textos e imágenes son los construidos por los primeros viajeros europeos tras las guerras de la independencia, aquellos que Pratt (2008: 143-152) ha llamado la “vanguardia capitalista”, con su mirada en las posibilidades de inversión y extracción de beneficios, y que los misioneros resignificaron en mayor o menor medida al presentar el prospecto de salvación de almas que ofrecía la región.

En cuanto a las imágenes que mostraban específicamente a los misioneros y su obra, a menudo estaban seleccionadas para destacar lo arduo de su labor y las condiciones primitivas del entorno y construirlos como héroes que atravesaban aquella naturaleza desmesurada y enfrentaban pueblos supersticiosos e ignorantes para hacerles llegar la palabra de Dios. En este sentido, es importante notar que las imágenes no registran sus encuentros con las élites locales o las comodidades de la vida urbana que encontraban en las grandes ciudades.

Las imágenes, y sobre todo las fotografías, tenían un valor enorme para los misioneros y las sociedades o iglesias que los enviaban, en el sentido de construir su legitimidad y estimular las donaciones que permitirían la continuación de las misiones. Por ello, las sociedades misioneras construyeron archivos que luego podían ser usados para ilustrar obras de misioneros (e incluso de iglesias y sociedades) distintas a las que describen los textos. Por todo esto, debemos mantener cierto nivel de escepticismo respecto del efecto de transparencia que producen imágenes que parecen simplemente mostrar aquello que el misionero en cuestión ha experimentado en carne propia.

Para comprender cabalmente el proceso de elaboración de la literatura misionera se hace necesario desmontar este relato gráfico y examinarlo de manera paralela al texto, analizando las imágenes en busca de su proveniencia, intentando rastrear sus orígenes y formas de circulación previas para comprender cómo y por qué fueron seleccionadas para ocupar ese lugar. Sin embargo, sería erróneo pensar que podemos leerlas por fuera, separadas totalmente del texto junto al cual fueron publicadas. En su cuidadoso proceso de selección, las imágenes construían un relato sobre qué era América del Sur y estaban al servicio de demostrar una hipótesis: que este continente

descuidado o abandonado precisaba de los misioneros protestantes para salir adelante, que valía la pena la inversión de tiempo, dinero, hombres y mujeres, que era una tierra de promisión, con mucho futuro, y que ese futuro, costara lo que costara, debía ser protestante. Este es un relato que evidencia una “mirada imperial” del mundo (jugando con la idea de los “ojos imperiales” de Pratt, 2008), pero el origen material de las imágenes nos demuestra que esa relación asimétrica estaba lejos de ser bilateral, involucraba simplemente a una potencia y a un país o región subordinada. Como suele suceder cuando se analiza un fenómeno cultural, las fronteras nacionales resultan sumamente porosas. La construcción de este relato involucró a múltiples países centrales (Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania, entre otros), a las comunidades protestantes locales, a circulaciones más horizontales, a viajeros y empresarios fotográficos, a libros y representaciones más antiguas. Se trata de una construcción cultural compleja en lo temporal y lo espacial, que se recicló y resignificó en distintos momentos y que reclama un esfuerzo interpretativo de nuestra parte.

Esa “mirada imperial” no era la de una única entidad política, la británica, por ejemplo, sino la de un conjunto amplio de fieles protestantes unidos por este campo de publicaciones a través del Atlántico, quienes compartían una idea de misión común, un “nosotros” frente a los “otros” sujetos de misión. Reconocer esta existencia de comunidades más amplias de sentido y de circulación de imágenes y textos permite repensar los límites de la categoría del “imperialismo informal” aplicado al campo de la cultura, tal como lo ha pensado la bibliografía (Brown, 2008). Puesto que los límites culturales no coinciden necesariamente con los políticos o los económicos, quizás necesitamos categorías que den cuenta de estas relaciones más complejas

y policéntricas, sin dejar de reconocer la potencia de un encuentro asimétrico, en donde la jerarquía superior del “nosotros” activo, moderno, completo, frente al “otros” pasivo, retrasado y requerido de intervención impregna el relato gráfico y textual. Si reconocemos en él una “mirada imperial”, debemos notar al mismo tiempo que el “imperio” que la produjo era también una comunidad imaginaria que no se pensaba a sí misma como coincidente con ningún imperio institucionalmente definido, sino como un conjunto supranacional de comunidades cristianas llamadas a expandirse abarcando el mundo en un único reino de Dios.

Bibliografía

- Barbrooke Grubb, Wilfrid (1914). *A Church in the Wilds, The Remarkable Story of the Establishment of the South American Mission Amongst the Hitherto Savage and Intractable Natives of the Paraguayan Chaco*. Londres: Seeley Service & Co. Limited.
- Barbrooke Grubb, Wilfrid (1911). *An Unknown People in an Unknown Land*. Londres: Seeley & Co. Ltd.
- Barchwitz Krauser, Oscar von (1885). *Six Years with Bishop Taylor in South America*. Boston: McDonald & Gill.
- Bastian, Jean-Pierre (1994). *Protestantismos y modernidad latinoamericana. Historia de unas minorías religiosas activas en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bedford, C. T. (1927). *Barbrooke Grubb of Paraguay. The Story of His Great Work Amongst Savage South American Indians & of His Many Adventures on Land and Water Told for Boys & Girls*. Londres: Seeley Service & Co. Ltd.
- Brackebusch, Ludwig (1894). “Das Bergmannslebens in der Argentinischen Republik”. *Westermanns Monatshefte*, 38, parte 1: 749-771.

- Brown, Matthew (2008). "Introduction". Brown, Matthew (ed.), *Informal Empire in Latin America: Culture, Commerce and Capital*, 1-22. Malden, Massachusetts: Blackwell.
- Carroll, Henry (1905). *Around and Across South America: Viewing the Mission of the Methodist Episcopal Church*. Nueva York: The Missionary Society of the Methodist Episcopal Church.
- Clark, Francis (1907). *The Continent of Opportunity*. Nueva York: Young People's Missionary Movement of the United States and Canada.
- Curtis, Thomas (1829). *The London Encyclopaedia: or Universal Dictionary of Science, Art, Literature, and Practical Mechanics, Comprising a Popular View of the Present State of Knowledge*, Vol. 2. Londres: T. Tegg.
- Daniels, Margarette (1916). *Makers of South America*. Nueva York: Missionary Education Movement of the United States and Canada.
- Díaz, Alberto Franco (1943). *La brigada trastornadora*. Buenos Aires: La Aurora.
- Guinness, Henry Grattan (1907). *Lucy Guinness Kumm. Her Life Story*. Londres: Regions Beyond Missionary Union.
- Humboldt, Alexander von (1853). *Umriss von Vulkanen aus den Cordilleren von Quito und Mexico*. Stuttgart: J.G. Cotta'scher Verlag.
- Hunt, Richard James (1933). *The Livingstone of South America*. Londres: Seeley Service & Co.
- Joseph, Gilbert (2005). "Encuentros cercanos. Hacia una nueva historia cultural de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina". En Salvatore, Ricardo (comp.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, 89-120. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Liebenenthal, Roberto (2022). "Vita. Johan Karl Oenike (1862-1924)". *Cuadernos del Archivo*, año VI, 2, (11/12): 92-105.
- Limborch, Philippus van (1731). *The History of the Inquisition* (trad. de Samuel Chandler). Londres: J. Gray.

- MacKenzie, John (2005). “Imperios del viaje. Guías de viaje británicas e imperialismo cultural en los siglos XIX y XX”. En Salvatore, Ricardo (comp.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*: 213-242. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Marsh de Gardiner, Elizabeth Lydia (1895). *Records of the South American Missionary Society*. Londres: SAMS.
- Millard, Edward y Guinness, Lucy (1894). *South America, The Neglected Continent*. Nueva York: Fleming H. Revell Co.
- Neely, Thomas (1910). *South America: its Missionary Problems*. Nueva York: Young People’s Missionary Movement of the United States and Canada.
- Olsson, Emilio (1899). *The Dark Continent—at Our Doors: Slavery, Heathenism and Cruelty in South America*. Nueva York: M. E. Munson.
- Peñaloza, Fernanda (2008). “Appropriating the ‘Unattainable’: the British Travel Experience in Patagonia”. En Brown, Matthew (ed.), *Informal Empire in Latin America: Culture, Commerce and Capital*, 149-172. Malden, Massachusetts: Blackwell.
- Pratt, Mary Louise (2008). *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. Nueva York: Routledge.
- Reeder, Jessie (2020). *The Forms of Informal Empire. Britain, Latin America, and Nineteenth Century Literature*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Seiguer, Paula (2019). “‘Los caminos de Penzotti’. Las misiones protestantes en América del Sur y la construcción de la laicidad”. *Revista Iberoamericana*, 19 (70): 157-179.
- Seiguer, Paula (2023). “Emilio Olsson contra la Alianza Cristiana y Misionera: las misiones de fe y los dilemas de la profesionalización”. En Morales Schmuker, Eric y Sánchez, Rocío (eds.), *Redes, empresas e iniciativas misioneras en América del Sur (siglos XIX-XX)*, 187-213. Santa Rosa: Teseo.
- Seiguer, Paula (2022). “Los dilemas del misionero-antropólogo: Wilfrid Barbrooke Grubb en Paraguay (1889-1910)”. *Boletín Americanista*, Universitat de Barcelona, LXXII (2/85): 191-215.

- *The Christian Herald* (1901). Nueva York, 30 de marzo.
- *The Daily Leader* (1891). Gloversville, Nueva York, 27 de abril.
- Villalpando, Waldo (ed.), Lalive D'Epinay, Christian y Epps, Dwain (1970). *Las iglesias del trasplante. Protestantismo de inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Centro de Estudios Cristianos.

| CAPÍTULO 9 |

Antropología en el Solar de Santa Catalina

Diego Daniel Aguirre⁹⁶

Gustavo David Candela⁹⁷

Introducción

El presente trabajo es una síntesis de las investigaciones antropológicas y arqueológicas desarrolladas en la Reserva Natural Provincial Santa Catalina —que incluye al solar histórico homónimo—, en la localidad de Llavallol, partido de Lomas de Zamora, provincia de Buenos Aires.

Se utilizaron como fuentes el registro arqueológico, documentos escritos del siglo XIX y XX y memorias de personas que, por razones familiares, laborales y/o residenciales, dieron testimonio escrito u oral sobre recuerdos o vivencias en Santa Catalina. En este marco de investigación, se detectaron y declararon dos sitios arqueológicos: 1) Sitio del Ciprés, que representa un palimpsesto del siglo XIX; 2) Sitio Mazoti 1, que representa un palimpsesto del siglo XIX y XX.

Contexto patrimonial

El Solar de Santa Catalina fue declarado lugar histórico nacional por decreto del Poder Ejecutivo 877/61, enmarcado en la Ley marco

⁹⁶Museo Agrobotánica y Naturaleza (Magna), Facultad de Ciencias Agrarias, Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Cooperativa de Trabajo Arqueoterra Limitada.

⁹⁷Cooperativa de Trabajo Arqueoterra Limitada.

12665/40, sitio histórico provincial 11242/92, y reserva natural provincial por Ley 14294/11. Posteriormente, tuvo también declaratoria municipal mediante ordenanza del año 16084/2016 por parte del Municipio de Lomas de Zamora, la cual incluye al Solar Histórico de Santa Catalina como bien cultural municipal.

Contexto histórico y ambiental

La reserva natural provincial posee casi 700 hectáreas en la zona de transición entre la Pampa Deprimida y la Pampa Ondulada, con un paisaje que mantiene una impronta rural y educativa (De Magistris *et al.*, 2018: 1), desde la creación de la Escuela Práctica de Agricultura (1872), más allá de las transformaciones dadas por la expansión urbana del siglo XX y XXI, lo que implicó el crecimiento y desarrollo de barrios hacia la cuenca del Río Matanza-Riachuelo durante el siglo XX y el surgimiento de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora (UNLZ) en 1972, entre otros hitos que impactaron en el AMBA meridional.

Cabe destacar que el humedal de Santa Catalina fue poblado desde tiempos prehispánicos, tal como se evidencia en los diversos sitios arqueológicos del actual conurbano sur bonaerense (entre otros, Bonomo y Lantini, 2012; Ponsard y Conlazo, 1984; Vázquez y Martí, 2011).

Por otra parte, es conocido por los relatos de Ulrico Schmidl (2007), cronista que registró el momento de la llegada de la expedición del capitán general don Pedro de Mendoza al Río de la Plata en 1535 y a principios de 1536 a lo que hoy es el AMBA (ciudad de Buenos Aires y conurbano), que esos españoles tuvieron un contacto inicial con distintas agrupaciones de pueblos originarios, especial-

mente con los querandíes, pero también con otras que oficiaron de aliados de aquellos en sus enfrentamientos con los hispánicos: guaraníes, charrúas y chaná-timbúes.

Luego, cuando, en 1580, los pueblos originarios fueron derrotados por la partida al mando de Juan Ruíz de Ocaña, por órdenes de Juan de Garay, se produjo la “gran matanza” que dio origen al nombre de la cuenca del río Matanzas-Riachuelo y la consecuente expulsión hacia el sur de los sobrevivientes (Campomar Rotger, 2002: 10).

El registro documental del establecimiento de tierras que posteriormente formarían parte de la Reserva Natural Provincial Santa Catalina tiene su inicio a mediados del año 1588, cuando don Juan Torres y Aragón extiende el título de propiedad de tierras y solares urbanos a los primeros pobladores para el establecimiento de estancias, entre los que se encontraba don Pedro López de Tarija, considerado el primer propietario con título de estas tierras.

En Buenos Aires, en tiempos coloniales y poscoloniales, la agricultura encontraba limitaciones debido principalmente a la presión de la ganadería. Esta era la actividad predominante en la región, y los cultivos se concentraban solo en los alrededores de las poblaciones para abastecer sus necesidades (Azcuy Ameghino, 2004; Delucchi y Correa, 1992).

La colonia escocesa

El nombre Santa Catalina aparece por primera vez como mención documental en una escritura del año 1819, en carácter de Estanzuela de Santa Catalina (De Magistris *et al.*, 2018: 3).

En 1825 pasó a ser propiedad de Juan y Guillermo Parish Robertson. Estos, acogidos a la política inmigratoria del Gobierno del general Martín Rodríguez, crearon la sociedad anónima River Plate Agricultural, cuyos fines eran reclutar en Escocia inmigrantes dispuestos a realizar trabajos agrícolas, para lo cual se les ofrecía el pago del traslado y las tierras necesarias (Portas, 1987: 8).

A fines de 1825, los 250 colonos ya estaban instalados en el área, levantando sus viviendas con la dirección del arquitecto Richard Adams. Tres años después, ya se encontraban edificadas “30 casas de mampostería, con un total de 145 habitaciones, y además 47 ranchos que aportaban otros 70 aposentos”. Por su parte, las viviendas, al igual que sus similares situadas en las zonas rurales británicas, no conformaban un tejido urbano (Portas, 1987: 8).

El proyecto de colonización se disolvió en 1829 debido a varias causas, entre las que se destacaban las constantes sequías que asolaron el lugar y el continuo desorden administrativo por las luchas políticas intestinas, como así también problemas en su producción. En 1831, su propietario vendió Santa Catalina al irlandés Guillermo Tayleur y este, a su vez, lo hacía en 1851 a Patricio Bookey, del mismo origen, quien finalmente lo hizo a la comisión de la Sociedad Rural, en representación del Gobierno provincial, con el fin de fundar el Instituto Agrícola (Portas, 1987: 10).

Según Cecilia Grierson, el campo que por ley de Enfiteusis se destinó para la colonia originalmente cubría unas 6500 hectáreas, pero para 1870 quedó reducido a 739. Para 1825, el sitio era Monte Grande, el cual formaba parte de la preexistente estancia de Santa Catalina, abarcando la zona donde hoy el ferrocarril Roca —antiguo Ferrocarril del Sud— tiene las estaciones Llavallol, Turdera, Luis Guillón y Monte Grande (Grierson, 1925: 37 y 38).

El contingente escocés inicial constó de 220 personas, con la siguiente descripción: 86 personas correspondientes a 43 parejas (casados), 42 hombres solteros, 14 mujeres solteras y 78 niños.

Para registrar las actividades que se llevaban dentro de la colonia, Grierson describe el detalle del debe y el haber, durante 1828, de la cuenta corriente de una de las familias colonas, cuidándose de no nombrar de qué familia se trataba (Grierson, 1925: 44 a 55). Entre ellas, aquí se destacan las siguientes: trabajos de cosecha, herrería, almacenes, derivados lácteos (manteca, queso, lechería), maíz, trigo (*sensu* Sbarra, 2011: 24), hacienda, comestibles, ginebra, yeguas, vacunos, cerdos, tijeras para techo, pólvora y municiones, etc.

Otras variables relevantes de interés antropológico de la reseña de Grierson son las relativas a ciertas actividades y sus impactos socioeconómicos e históricos que trajo la instalación de la colonia escocesa:

- Utilizaron el tala para hacer cercos vivos (*sensu* Sbarra, 2011: 24).
- El ambiente pampeano fue modificado en la territorialidad de la colonia por la instalación de huertas, quintas, chacras y bosques —se plantaron millares de árboles—.
- Los productos de granja abastecieron a la ciudad de Buenos Aires durante un lustro (1825 a 1829) y se introdujeron mejoras logísticas: carros livianos tirados por caballos (estilo inglés) que reemplazaron a las carretas más pesadas, fabricación de la manteca en panes que reemplazaron al envase en vejigas de vaca.

También, la autora registra categorías sociolaborales de los inmigrantes escoceses (Grierson, 1925) según el rol social u oficio dentro de la colonia: granjeros propietarios/estancieros, agrimensores, carpinteros, albañiles, herreros, un arquitecto, un pintor, un médico, es-

cribientes dependientes comerciales, serruchadores, un alguacil, un canastero, un zapatero, un tonelero, un cuidador de caballos, un marterife, sirvientes, peones.

Otros elementos destacados por la autora son datos de la colonia obtenidos de la revisión del censo de 1828:

- La colonia estaba ocupada por 514 personas: 241 adultos escoceses, 85 niños escoceses, 158 adultos criollos y 30 niños criollos.
- Existían 31 casas de material y 47 ranchos.
- El terreno utilizado, teniendo en cuenta montes, quintas de duraznos y otros árboles frutales, quintas, chacras cercadas y cultivadas y campos de pastoreo, en total, para 1828, cubría 16 000 acres, es decir, algo más de 6400 hectáreas.

Como aspecto complementario de la memoria familiar, Grierson aporta una lista resumida de las herramientas y enseres que su abuelo, William Grierson —por pedido de los hermanos Parish Robertson—, compró en Edimburgo y Dumfries para las familias escocesas que no podían costearse el viaje y, por lo tanto, constituyeron parte del complejo material que los colonos llevaron hacia Santa Catalina: lozas, cubiertos, jabón. Para huertas: guadañas, hoces, cabestros, arneses, látigos para carros. Para las chacras: arados y rastras. Objetos de lomillería, monturas. Dos carros con elásticos tirados al pecho y con cadenero (los primeros que vinieron al país).

Otra variable muy importante que marcó la colonia escocesa en la historia nacional argentina fue la cuestión religiosa:

apenas llegaron, hicieron gestiones para establecer la Iglesia presbiteriana escocesa y conseguir un maestro de escuela para los hijos de los colonos. Consiguieron que de Glasgow, viniera el Reverendo

W. Brown que ejerció ambas misiones, más tarde se construyó la iglesia, estilo gótico, dirigida por el arquitecto Adams y situada en la calle Piedras, que fue demolida para hacer la Avenida de Mayo. (Grierson, 1925: 33)

Asentamiento de la única colonia escocesa en Argentina

La idea de creación del Instituto Agrícola de Santa Catalina fue una iniciativa de Eduardo Olivera, diputado y primer agrónomo argentino, quien, junto con el Dr. Ocantos, presentó un proyecto de ley para su creación, el 29 de septiembre de 1867.

La elección del sitio provocó arduos debates en la Cámara de Senadores, donde finalmente se aprobó el 30 de septiembre de 1868, cuando se autorizó al Poder Ejecutivo a “establecer un Instituto Agrícola en el lugar que fuese más conveniente”, y se destinó para su fundación la suma de 1 500 000 (\$). Un año más tarde, por decreto del 27 de septiembre de 1869, el Gobierno encomendaba a la Sociedad Rural la elección del lugar donde se instalaría el instituto y la autorizaba a levantar los planos y presupuestos de las obras necesarias (Portas, 1987: 12).

Esta sociedad recibió varias propuestas, pero finalmente recomendó la elección del predio de Santa Catalina, valorando, entre las consideraciones, que:

la situación, el muy extenso e importante bosque y los edificios de un valor crecido que tiene el establecimiento de Santa Catalina, siendo digno de notarse la circunstancia de estar completamente formado y ser su bosque una especialidad en la provincia; tenien-

do además un magnífico lago, un arroyo y el Río Matanzas, que permite la aplicación del riego... (Portas, 1987: 12-13)

El 30 de junio de 1869, la comisión directiva comunicaba la compra efectuada en la cantidad de 1 450 000 (\$), que fue aprobada el 11 de agosto, fecha en la cual se autorizó realizar el inventario, en el cual debía estar presente el juez de paz de Lomas de Zamora.

Una delegación formada por Ramón Vitón Arrufó, agrimensor, y Francisco Portela, juez de paz de Lomas de Zamora, fue la encargada de realizar dicho inventario, elevado con fecha del 12 de noviembre, a la Sociedad Rural. Del análisis de esta, destacamos la casa principal, las áreas de cultivo y un bosque y la población del molino (Portas, 1987: 13-14).

Creación de la escuela de agricultura (1872)

El 22 de noviembre de 1872, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires creaba la Escuela Práctica de Agricultura en Santa Catalina para la educación de jóvenes del asilo de huérfanos, que “pueden ser provechosamente educados...” (Portas 1987: 33). En diciembre de ese año quedaba instalada la comisión presidida por Eduardo Olivera, quien se encargó, en primera instancia, de cercar completamente la propiedad y refaccionar los edificios que no eran adecuados o estaban en ruinas, trabajos que duraron más de un año (Portas, 1987: 33).

En 1877 se nombraba un nuevo director de la escuela, Sperat Brouges, quien le daría gran impulso, en especial en cuanto a ensayos de técnicas nuevas con el fin de que puedan ser de utilidad para los agricultores. En cuanto a los edificios, ya estaban completamente refaccionados y se habían construido otros a la entrada del bosque, por lo

que se cercaba casi en su totalidad el área que comprendía la chacra “con alambre de fierro y postes de ñandubay” (Portas, 1987: 33 y 34).

Instituto Superior de Agronomía y Veterinaria (1881)

La Sociedad Rural, en 1881, dirigió una nota al gobernador de la provincia de Buenos Aires que mencionaba la necesidad de crear una cátedra de veterinaria, con el fin de que de ella salieran hombres capaces para dirigir científica y prácticamente establecimientos agrícolas y pastoriles. Dicha solicitud fue aceptada por el Poder Ejecutivo, quien, en diciembre de 1881, enviaba al Congreso un proyecto para crear una casa de monta (Haras) y la cátedra de veterinaria, en tanto se decidía comprar en Europa los animales de pura sangre necesarios. Se encargó de esa tarea Ricardo Newton, miembro de la Sociedad Rural, quien viajaría a Inglaterra a tal efecto (Portas, 1987: 37).

El primer Instituto Superior de Agronomía y Veterinaria del país se inauguró el 6 de agosto de 1885 con 17 alumnos internos, de los cuales en 1887 egresaron los primeros 10 ingenieros agrónomos y médicos veterinarios de América Latina.

Hasta la fecha de su traslado a La Plata en 1888, la labor llevada a cabo en Santa Catalina fue altamente reconocida, tanto por las investigaciones desarrolladas como por la calidad de los animales que se criaban en el Haras, que anualmente se exponían en la feria de la Sociedad Rural.

A partir de 1888, se desmantela el instituto y se trasladan todas las existencias a La Plata (excepto los animales que fueron vendidos en remate), a la recién formada Facultad de Agronomía y Veterinaria de la provincia de Buenos Aires (Portas, 1987: 38 y 39).

Las evidencias arqueológicas y las hipótesis de trabajo

Durante el año 2018 se realizaron prospecciones y sondeos, de los que surgió el Sitio Mazoti 1. Luego, desde el año 2022, se retomaron los trabajos, con el inventario de la Colección Magna del Museo Magna dependiente de la UNLZ y la organización de los lotes del sondeo 1 realizado en 2018.

Durante el año 2023 se realizó una campaña de excavación en el Sitio Mazoti 1 (Figura 29), la cual arrojó evidencias respecto de que se trata de un sitio arqueológico de alta densidad y con diferentes estratos arqueológicos bien diferenciados con por lo menos dos sectores internos:

- Un sector con estructuras arquitectónicas diferentes, las que se pueden observar horizontalmente, con diversos diseños y materiales de construcción y a diferentes cotas en superficie, que, a modo de hipótesis, estarían correlacionadas con la etapa de refacciones que realizara la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) en el Solar Histórico durante la segunda década del siglo XX.
- Un sector con estratos arqueológicos verticales, inicialmente detectados por la caída en 2006 del ciprés en el parque principal y en el sondeo 1 de 2018 en el parque del pabellón Mazoti, y que, a modo de hipótesis, siguiendo a Sandra Guillermo, representan estructuras de descarte producto de acumulaciones de material arqueológico que datan del siglo XIX hasta el tercer cuarto del siglo XX, cuando se creó la UNLZ y se reorganizó el uso del espacio (Guillermo, 2004).



Figura 29. Equipo de investigación de las campañas arqueológicas del 2023. Fuente: propia.

Estas acumulaciones se consideran basureros de gran extensión horizontal, pero diferencial profundidad vertical, según los usos específicos, con episodios de recurrencia en el uso del espacio junto a usos específicos.

La formación de estos basureros se debe a una combinación de factores. Además de los objetos arrojados intencionalmente, como claramente se evidencia en el sector donde originalmente se detectó el sondeo 1, otros llegaron allí debido a la acción de la gravedad, el viento y el agua de lluvia, ya que el terreno presenta desniveles. La compacta-

ción del material arqueológico se produjo debido al pisoteo de animales domésticos, posiblemente ovejas, lo que resultó en la migración vertical de objetos y su disposición en capas estratigráficas (Figura 30).

Es importante destacar que estos sitios son manifestaciones parciales de un sitio arqueológico más grande que ha experimentado transformaciones a lo largo del tiempo debido a procesos posdeposicionales como las ulteriores y diferentes fases constructivas significativas a finales del siglo XIX, a lo largo del siglo XX y en el presente, como la creación del Instituto Agrícola de Santa Catalina en 1870, la creación de la Escuela Práctica de Agricultura en Santa Catalina en 1872, la creación del Instituto Agronómico Veterinario en la década de 1881, las refacciones de 1916 que llevó adelante la UNLP, la creación de la UNLZ en 1972, etc.



Figura 30. Densidad artefactual del sondeo 1 del Sitio Mazoti 1. Fuente: propia.

Lotes y objetos arqueológicos que evidencian las relaciones socioeconómicas entre Argentina y Gran Bretaña entre fines del siglo XIX y principios del XX

La integración de las colecciones MAGNA-Santa Catalina y las obtenidas en las excavaciones arqueológicas entre el año 2018 y el 2023 consta de más de 1000 piezas entre objetos completos y fragmentos,

donde se presentan lotes correspondientes a vidrio, azulejos, losas, cerámicas, herramientas de madera y hierro, tejas, materiales de construcción, plástico, entre otros.

Entre la variedad de los objetos que pudieron reconocerse se destacan botellas de uso medicinal, cerveza, ginebra, lácteos y vino; vidrios procedentes de aberturas; latas y planchas de hierro; vajillas de losas provenientes de diferentes fábricas —especialmente de origen inglés o nacional—; pipas de cerámica de origen francés; tejas que representan diferentes etapas constructivas en el Solar de Santa Catalina, etc.

Entre los objetos arqueológicos de origen británico obtenidos en la estratigrafía arqueológica dentro del Solar Histórico, y que se han podido identificar, están los siguientes:

- Un fragmento de gres correspondiente a una botella de cerveza de marca Kennedy, de origen escocés, provenientes de una fábrica en Glasgow, producida entre 1866 y 1929 (Schávelzon, 1994).
- Una botella de gres color monocromo correspondiente a una botella de cerveza, posiblemente de origen británico, en la que se observa el relieve del sello de fabricación, pero por la acción de procesos posdepositacionales es imposible identificar a la fábrica en la que se produjo.
- Dos botellas enteras de tintero marca Lovatt and Lovatt, de origen inglés, proveniente de Nottingham, producidas entre 1895 a 1931 (Schávelzon, 1994).

Conclusiones e hipótesis preliminares

En función de las fuentes documentales consultadas y de las evidencias arqueológicas, es menester concluir que el espacio del Solar

Histórico de Santa Catalina emplazado actualmente en la localidad de Llavallol, partido de Lomas de Zamora, fue un ámbito espacial que representa diferentes etapas históricas de las relaciones entre Gran Bretaña y Argentina:

- Una primera, ligada a la instalación de la colonia escocesa a partir de 1825, que tuvo un período de tiempo muy corto, de unos cinco años, pero de gran impacto histórico-social, económico y ambiental, con un predominio de las actividades agroganaderas, siendo las segundas las más importantes; con innovaciones tecnológicas como el uso del tala para cercos vivos de campos de más de 2000 hectáreas, la introducción de carros livianos tirados por caballos (estilo inglés) que reemplazaron a las pesadas carretas, la producción de manteca fabricada y cortada en panes de una libra que reemplazó al sistema de almacenamiento en vejigas de vacunos, además de la implantación de un bosque vigente hasta el presente (Grierson, 1925: 56-57; Sbarra, 2011: 24); la inclusión de población étnica y lingüísticamente diferenciada respecto de la preexistente en el Río de la Plata, con prácticas culturales y religiosas particulares.
- Una segunda etapa transicional entre los inicios de la década de 1830 hasta la década de 1860, que coincide históricamente para el Río de la Plata con un momento transicional que algunos autores denominan de “feudalismo colonial tardío en la época del ascenso de la burguesía y la afirmación del capitalismo” (Azcuy Ameghino, 2004: 73-76). Dicha época se caracterizó por la transferencia del plustrabajo en beneficio de los propietarios de la tierra, mediante obligaciones impuestas coactivamente y no a través de la compra-venta generalizada

de la fuerza de trabajo, con una continuidad parcial de las formas de producción de tiempos coloniales (esencialmente ganadera) con una creciente mercantilización de productos europeos, especialmente de las potencias predominantes tras la caída del poder virreinal español (Inglaterra especialmente y Francia), desde el segundo cuarto del siglo XIX en adelante, lo que se refleja arqueológicamente en el Solar de Santa Catalina con la creciente circulación de elementos no locales ni de origen hispánico, como pipas de origen francés, botellas de cerveza de origen británico y otras mercancías que circulaban por el Río de la Plata para esta época, lo que coincide contextualmente con otras evidencias concurrentes obtenidas por otros arqueólogos en sitios arqueológicos del actual AMBA para la misma época (Guillermo, 2004 y 2016; Vázquez y Martí, 2011; Schávelzon, 1994).

- Una tercera etapa está relacionada con el modelo agroexportador de la Argentina y el agro pampeano, desde finales del tercer cuarto del siglo XIX hasta la década de 1930, donde surge el advenimiento de la agricultura a gran escala y el frigorífico (Azcuy Ameghino, 2004: 216), lo que específicamente en el ámbito territorial de este estudio se refleja en el proyecto de creación del Instituto Agrícola de Santa Catalina (1867), la creación de la Escuela de Agricultura (1872) y, finalmente, la inauguración del Instituto Superior de Agronomía y Veterinaria (1881), procesos que están documentados en forma escrita; también existen documentos planimétricos y evidencias arqueológicas concurrentes de esta etapa en el Solar de Santa Catalina.

Bibliografía

- Azcuy Ameghino, Eduardo (2004). *Trincheras en la Historia. Historiografía, marxismo y debates*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.
- Bonomo, Mariano y Lantini, Sergio (2012). "Arqueología y etnohistoria de la región metropolitana: Las sociedades indígenas de Buenos Aires". En Athor, José (comp.). *Buenos Aires. La Historia de su Paisaje natural*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fundación de Historia Natural Félix de Azara. Universidad Maimónides.
- Campomar Rotger, Pedro (2002). *El partido bonaerense de Esteban Echeverría, su geografía. Lapso 1500-2001*. Monte Grande, Buenos Aires: Imprenta Copyxpress.
- Campomar Rotger, Pedro (2006). *1500/1583. (2006) Historia del Municipio Bonaerense de Esteban Echeverría*. Llavallol, Buenos Aires: Ediciones AICOM.
- Delucchi, Gustavo y Correa, Rubén (1992). "Las especies vegetales amenazadas de la Provincia de Buenos Aires". En López, Hugo y Tonni, Eduardo (comps.). *Situación Ambiental de la Provincia de Buenos Aires. A. Recursos y rasgos naturales de la evaluación ambiental 2*. La Plata, Buenos Aires: Comisión de Investigación Científica de la Provincia de Buenos Aires.
- De Magistris, Alberto, Fiedczuk, Adriana, Aguirre, Diego, Weissel, Marcelo, Vázquez, Javier y Hashimoto, Patricia (2018). "Del medio natural al paisaje cultural y la preservación del patrimonio integral en la Reserva Natural Provincial Santa Catalina (Provincia de Buenos Aires)". *Revista de Divulgación Técnica Agropecuaria, Agroindustrial y Ambiental. Facultad de Ciencias Agrarias*: 27-35.
- Guillermo, Sandra (2004). "El proceso de descarte de basura y los contextos de depositación presentes en la Ciudad de Buenos Aires". *Intersecciones en antropología*, 5: 19-28.
- Guillermo, Sandra (2016). *Arqueología Urbana. La Aduana Taylor (1857-1894)*. Remedios de Escalada, Buenos Aires: Sandra Analía Guillermo.

- Grierson, Cecilia (1925). *Primera y Única Colonia Formada por Escoceses en la Argentina*. Monte Grande, Buenos Aires: Peuser.
- Ponsard, Rogelio y Conlazo, Daniel (1984). “Breve contribución a la arqueología histórica de la provincia de Buenos Aires: Un Real de plata de Potosí del Yacimiento Ezeiza”. *Asociación de Estudios Histórico-Arqueológicos de la Región Pampeña*, VII: 73-75.
- Portas, Beatriz (1987). *Investigación Aplicada. Restauración y Revalorización del conjunto Edificio Santa Catalina-Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Informe de actividades realizadas en 1987*. Lomas de Zamora, Buenos Aires: En prensa.
- Sbarra, Noel (2011). *Historia del Alambrado en la Argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Letemendia.
- Schávelzon, Daniel (1994). “Arqueología de Superficie en Palermo (I), Buenos Aires”. *Historical Archaeology in Latin America*, (5): 83-96.
- Schmidl, Ulrico (2007). *Viaje a España y las Indias*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Longseller.
- Vázquez, Florencia y Martí, Verónica (2011). “Haciendo arqueología de la arqueología. Las tareas de revisión del material arqueológico de Quilmes (provincia de Buenos Aires), diez años después”. *La Zaranda de Ideas*, (7): 91-95.

| CAPÍTULO 10 |

Aportes de la arqueología histórica y marítima al estudio del comercio de loza británica en Patagonia y Tierra del Fuego (1850-1914)

Julieta Frère⁹⁸

Introducción

En la película *Los Colonos* (Felipe Gálvez Haberle, 2023), quien encarna a Benjamín Vicuña Mackenna recorre el extremo austral chileno a principios del siglo XX con el objetivo de proponer un país unido que incluyera colonos, criollos e indígenas. En la búsqueda por el esclarecimiento de la matanza de indígenas —asociada a José Menéndez y al “Chanco Colorado” MacLennan— busca a un hombre que los había conocido, un “mestizo” de la isla de Chiloé que se había unido a una mujer selk’nam. Al encontrarlos fuera de su hogar en la costa del estrecho magallánico, Vicuña propone sacarles una fotografía. Insiste una y otra vez a la mujer, Rosa (antes Kiepja), con un vestido (ya no con su piel de guanaco): “Rosa, recoja la taza de té... ¡Rosa! ¿usted quiere o no quiere ser parte de esta nación?”.

El siglo XIX fue un período signado por los procesos revolucionarios e independentistas en las nacientes repúblicas sudamericanas que trajeron el fin del monopolio comercial español. En el marco de la expansión industrial, bienes provenientes de Europa se comercia-

⁹⁸Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) / Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL).

lizaron y distribuyeron de forma amplia a lo largo y ancho del globo. Previo a la independencia, un antecedente del ingreso de mercancías británicas en el Río de la Plata sucedió durante las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807, cuando ingresaron un centenar de embarcaciones mercantes cargadas de bienes de origen británico (Cotrell, 1975). Posteriormente, la apertura a nuevos mercados desde las primeras décadas del siglo XIX posicionó a Gran Bretaña como protagonista en el desarrollo económico de la región. Así, se consolidó un sistema económico que consistía en la exportación de materia prima hacia Europa (como lana, carne, cobre) y la importación de objetos manufacturados, tales como textiles y zapatos o vajilla de loza y porcelana.

Entre mediados del siglo XIX y el inicio del XX, Buenos Aires y Santiago de Chile crecían como centros políticos y sociales y se transformaban en incipientes urbes. Previo a la apertura del canal de Panamá (1914), las rutas del estrecho de Magallanes y el cabo de Hornos eran fundamentales para el tránsito marítimo Atlántico-Pacífico, donde cientos de embarcaciones circulaban en el marco de actividades de explotación comercial (como la caza de cetáceos, pinnípedos o la recolección de guano), de exploración (en expediciones científicas y relevamientos cartográficos) o de movimiento de poblaciones. Sin embargo, los límites del territorio fuego-patagónico todavía eran disputados entre Argentina y Chile (que firmaron un tratado de límites en 1881). Su régimen de ocupación se caracterizaba por poblaciones de cazadores-recolectores y canoeros que serían paulatinamente exterminados, y los establecimientos —escasos y distribuidos de forma espaciada— incluían pocos poblados, misiones religiosas o estancias de familias o grupos dedicados a la cría ovina.

La cultura material puede constituirse como un vehículo identitario y es capaz de reflejar procesos amplios en tanto los objetos son integrales a las prácticas sociales. Un elemento frecuentemente representado en los sitios arqueológico-históricos para el período es la loza, material cerámico constitutivo de vajilla (platos y tazas, por ejemplo) y elementos de higiene (tales como bacinas o jarras de aseo). Entre los siglos XVI y XVIII, una “revolución cerámica” generó que estos objetos se transformaran en una *commodity* social y no solo un elemento funcional (Gaimster, 1999). A partir del siglo XVIII, Staffordshire —centro de Inglaterra— se transformó en un polo de producción cerámica que lograba competir con el mercado oriental de la porcelana, abastecía a nivel local y distribuía sus productos de loza alrededor del globo. La vajilla británica se volvió popular, relativamente accesible para una amplitud de estratos socioeconómicos y muy valorada como un tipo de objeto que, aunque cotidiano, implicaba para su usuario cierto estatus simbólico.

Este trabajo apunta a caracterizar los conjuntos de loza decorada por transferencia de origen británico provenientes de tres sitios histórico-arqueológicos ubicados en el área fuego-patagónica⁹⁹ (Figura 31): (a) la misión anglicana de Ushuaia (Tierra del Fuego, Argentina); (b) la misión anglicana de isla Bayly (archipiélago de cabo de Hornos, Chile) y (c) el castillo de Niebla (Valdivia, Chile). A partir de la reconstrucción del contexto de comercio y uso de estos objetos, intentamos

⁹⁹El término “Fuego-Patagonia” refiere a la zona austral subantártica del continente sudamericano (Patagonia continental y los archipiélagos del Atlántico y Pacífico sur). Es empleado aquí en tanto se enfatiza su unidad geográfica en términos geológicos, ambientales y en función de una conectividad históricamente construida más allá de las disputas de soberanía nacional entre Argentina, Chile o Gran Bretaña.

delinear posibles aportes del estudio de este registro material a la caracterización de lazos culturales y comerciales entre Gran Bretaña y Fuego-Patagonia durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX en un área geográfica considerada marginal.



Figura 31. Sitios incluidos en el análisis (misiones anglicanas en Ushuaia e isla Bayly, y Castillo de Niebla) y los puertos de Buenos Aires y Valparaíso, claves para el comercio marítimo.

Antecedentes

Si bien una investigación arqueológica necesariamente se enmarca en discusiones más amplias, los estudios de cultura material en Fuego-Patagonia no se han orientado a caracterizar la naturaleza del vínculo con Gran Bretaña en los mismos términos que se han postulado desde disciplinas como la historia o la economía. Las ciudades y puertos de mayor relevancia —Buenos Aires y el litoral, Santiago o Valparaíso— han recibido mayor atención en la exploración de esta temática. Por su parte, algunos tópicos recurrentes en torno a mediados del siglo XIX en el extremo austral son la participación británica en la ganadería ovina (Platt, 1966) o en la explotación minera (Bascopé Julio, 2010), la colonia galesa en Chubut (Baur, 1954; Bowen, 1966; Williams, 1992; Williams, 2010) o las misiones anglicanas (Seiguer, 2013; Morales Schmuker, 2019). También han sido extensamente analizados los relatos de británicos que circulaban por la región, tanto exploradores o científicos como viajeros o comerciantes (Pratt, 1997; Peñaloza, 2008).

En los sitios histórico-arqueológicos, la cerámica es uno de los elementos más recuperados, cuya relativa fragilidad se contraponen con el grado alto de preservación de piezas y fragmentos. Es un marcador temporal sensible por ser un elemento tendiente al cambio estilístico, además de ser útil para estudiar procesos de diversa escala, como prácticas de alimentación e higiene, cambios tecnológicos o patrones de expansión comercial (Barker y Majewski, 2006). En Sudamérica, el estudio de loza arqueológica apunta a distintos tópicos: cómo ha acompañado cambios sociales como el surgimiento de las clases medias en Río de Janeiro (Andrade Lima, 1995) o el veloz reemplazo de mayólica española por loza británica en Buenos Aires a la par que se rechazaba el poder colonial (Schávelzon, 2013). Es útil para entender

la construcción identitaria de actores sociales en asentamientos militares (Bagaloni y Martí, 2021), coloniales (Dosztal, 2017) y a bordo de embarcaciones (Dellino-Musgrave, 2006), entre otros. También constituye un corpus de evidencia para estudiar rutas y redes de comercio, tanto en sitios del litoral (Elkin y Frère, 2022) como en lugares mediterráneos (Puebla, 2018) o relacionados con la explotación de recursos (Pérez Pieroni, 2022).

En el análisis de la firma arqueológica de la loza en Chile, Brooks y colaboradores (2019) proponen que la extensión de la importación y consumo de cerámica británica en Sudamérica se debió a que políticos y comerciantes británicos buscaban vincularse con las nacientes repúblicas para expandir el comercio. Las elites políticas sudamericanas, figuras cosmopolitas que buscaban emular estilos y modas europeas, buscaban, además, un contrapeso del poder imperial español en pos de la independencia. Por su parte, en *Archaeologies of the British in Latin America*, Orser (2019) define el rol de Gran Bretaña en América Latina como complejo, multifacético y de largo alcance, y propone su estudio a partir del uso de un modelo de redes —un nodo primario relacionado a una serie de nodos menores, materializados en puertos, fortificaciones y establecimientos comerciales—, alimentado por la concepción de economía-mundo capitalista europea (Wallerstein, 1979: 2011). En este sentido, Orser (2019) estima la fuerza de una red a partir de la distancia física entre el núcleo y las periferias.

Así, el medio marítimo es un conector muy relevante en el que las embarcaciones juegan un rol preponderante que permite evaluar el nivel de implicación entre Gran Bretaña y el sur de Sudamérica. En ese sentido...

si la apropiación de la tierra sentó sus bases en el poder territorial del estado, la apropiación del mar tomó la forma de rutas comerciales y carriles navieros coloniales: el espacio era y es de movimiento, un reino de tráfico, y para potencias específicas una fuente de poder imperial y global. (Haller, 2023: 28)

La región fuego-patagónica y los sitios seleccionados

El proceso de poblamiento y desarrollo de la región de Patagonia y Tierra del Fuego a un lado y otro de la Cordillera ha tenido puntos en común. A lo largo de todo el territorio se distribuyeron —durante al menos los últimos 13 000 años— sociedades que explotaban diversos recursos a través de la caza, la recolección y la pesca (Dillehay, 1989), de dinámicas y diversas identidades. Desde el arribo de europeos al continente, las interacciones entre ambos grupos también variaron, desde el asombro y la exotización, pasando por la cooperación, hasta el aniquilamiento. Hacia el siglo XIX ya existía una tradición consolidada de alianzas entre los sucesivos Gobiernos, criollos y miembros de las comunidades indígenas, con el objetivo principal de mantener cierta paz y realizar transacciones comerciales (ver Bandieri, 2022, para el caso de Carmen de Patagones). Desde su fundación en 1844, la *South American Missionary Society* (SAMS) estableció distintos asentamientos en la región, con diverso grado de éxito en su objetivo misional y civilizatorio: en la isla Vigía o Keppel en el archipiélago de Malvinas (1851-1869), en Ushuaia (1869-1884), en las islas Wollaston (1888-1892), Hoste (1892-1907) y Navarino (1907-1916), muchas de estas las primeras poblaciones occidentales en la zona (Figura 32).



Figura 32. Estaciones misionales anglicanas establecidas en el área de Tierra del Fuego e islas del Atlántico sur y del archipiélago de cabo de Hornos (Chile y Argentina): (1) isla Vigía o Keppel (1851-1869); (2) Ushuaia (1869-1884); (3) isla Bayly en las islas Wollaston (1888-1892); (4) bahía Tekenika en la isla Hoste (1892-1907), y (5) río Douglas, en la isla Navarino (1907-1916).

Durante el último tercio del siglo XIX, los Gobiernos de Chile y Argentina avanzaron sobre los territorios australes avasallando lo que quedaba de aquellas comunidades indígenas para expandir la frontera de producción y reclamar soberanía en el marco de una competencia territorial entre ambos países. Fuego-Patagonia recibió oleadas inmigratorias de menor calibre que aquellas que caracterizaban al litoral o Buenos Aires, pero pronto tanto criollos como grupos de europeos fueron estableciéndose en la zona. Además del caso de la colonia galesa en Chubut en 1865, fue especialmente importante la afluencia de comunidades de origen británico que provenían de las islas Malvinas (que se encontraban ocupadas por Reino Unido desde 1833) en el marco de actividades de ganadería ovina.

Las misiones anglicanas en Ushuaia (Tierra del Fuego, Argentina) y la isla Bayly (comuna de cabo de Hornos, Chile)

En 1869 se estableció una estación misional en la bahía que las comunidades nativas llamaban Tushkapalan o Ushuaia, una zona resguardada y central para su modo de vida. Allí llegó el obispo anglicano Waite Hockin Stirling en la embarcación de la misión radicada en las islas Malvinas, a las que retornaría como obispo. Por ello delegó la misión a Thomas Bridges, cuya familia había dirigido la misión en la isla Vigía/Keppel años antes. El primer establecimiento argentino en Ushuaia fue construido en 1884 tras la llegada del marino Augusto Lasserre (1826-1906) durante su expedición a Tierra del Fuego y la Isla de los Estados. En aquel evento, intercambiaron regalos e izaron las banderas británica y argentina. El marino describe el trabajo de Bridges con cuarenta familias que reunían alrededor de trescientos Yámana-yaganes:

200 hablan inglés y viste ropa de paño que les proporciona la misión; 40 o 50 niños asisten a la escuela y muchos de ellos saben leer y escribir; algunos son carpinteros, otros herreros, los más agricultores; poseen 200 vacas, que también les ha proporcionado la misión. Los que se portan mejor son estimulados con útiles de servicio doméstico. Algunas familias ya tienen un servicio completo, hasta de tazas para té. (Lasserre, 1884, en Weissel, 2021)

La SAMS también se estableció en la isla Bayly en 1888 a cargo de Leonard Henry Burleigh —diácono que dominaba la lengua yagán—. Además de evangelizar, esta estación tenía como objetivo socorrer a víctimas de los frecuentes naufragios de la zona. Esto último se alineaba con el interés de la administración nacional chilena de consolidar

su presencia en la región meridional (Martinic, 1980). Posteriormente, en 1892, es abandonada y se traslada a bahía Tekenika en la isla Hoste, “por las carencias de alimentos, vituallas y otros elementos de utilidad, y el atraso en el reabastecimiento, y, además por las rencillas entre indígenas que ponían a prueba la paciencia de los misioneros” (Martinic, 2005: 68).

Durante las últimas décadas del siglo XIX, las comunidades indígenas que vivían en el área mermaron tras un largo proceso de colonización que se caracterizó por la violencia, además de la introducción de bebidas alcohólicas, armas de fuego y nuevas enfermedades provenientes de otras poblaciones. También fueron afectadas por hábitos novedosos que se inculcaban en las misiones, como el uso de ropa occidental inadecuada para el entorno: en una expedición científica francesa al cabo de Hornos en 1882 (Figura 33), el médico Hyades afirmaba que “la fibrosis pulmonar es rara entre los fueguinos que viven al aire libre, pero es muy frecuente entre los que habitan la Misión Inglesa de Ushuaia, que han adquirido hábitos sedentarios y viven confinados” (Hyades, 1885: 582). En particular, brotes de sarampión y tos convulsiva afectaron a la estación misionera en la isla Bayly (Martinic, 2005).

Desde 2013 se ejecutan tareas arqueológicas en la zona donde originalmente se construyó la Misión en Ushuaia, dirigidas por el Dr. Marcelo Weissel. El equipo realizó tareas de prospección y excavación durante cuatro campañas, así como de puesta en valor del patrimonio cultural local (Weissel, Rodríguez y Piana, 2021). Se excavaron varios rasgos, principalmente asociados a la vivienda y a la infraestructura de gestión del agua, y se desenterraron muchos objetos relacionados con la vida cotidiana en la Misión, como lápices, botones, cuentas de collar y juguetes. La loza, previamente clasificada según tipología y

decoración, se interpretó como vinculada al uso doméstico, a la vez que asociada a valores de una ética occidental (Weissel, 2019).



Figura 33. Mujeres fueguinas a bordo de la embarcación francesa *Romanche* en la región este del canal Beagle, cerca de Ushuaia (1883). Fuente: Museo Antropológico Martín Gusinde, 2012.

En el marco de un relevamiento científico encomendado al Instituto de la Patagonia, el historiador magallánico Martinic (1980) comenta la búsqueda de una estación misionera establecida en la isla Bayly en 1888. En este trabajo, el autor repasa antecedentes sobre la “presencia y actividad humana no aborigen” en la zona de cabo de Hornos a fines del siglo XIX. Señala, entre otros procesos históricos, el aumento del tráfico naval en el área durante el tercio final del siglo...

una vez que determinados productos de comercio alcanzaron grande y sostenida demanda en el mercado europeo como en la costa oriental de Norteamérica (...) el movimiento marítimo por las aguas del cabo de Hornos se estimó para 1890 en 1122 veleros de distintas banderas. (Martinic, 1980: 48)

Se estimaron 2500 hacia 1906.

La fortificación costera del Castillo de Niebla (comuna de Valdivia, Chile)

La Región de los Ríos está situada en el sur de Chile y su capital es Valdivia, situada en la costa de la confluencia de tres ríos. Allí España construyó en 1645 una serie de fortificaciones en el estuario del río Valdivia para proteger la entrada desde el océano. Uno de los cinco castillos se encuentra en la localidad de Niebla, con el nombre de Castillo de la Pura y Limpia Concepción de Monforte de Lemos, conocido hoy como Museo de Sitio Castillo de Niebla (Figura 34). Fue excavado en tres campañas: entre 1991 y 1995, en 2009 y entre 2013 y 2014 (Aguilera, 1994; Van Meurs, 1996; Hermosilla *et al.*, 2009; Urbina, 2015). Si bien se han llevado a cabo estudios histórico-arqueológicos en la zona, el período posterior a 1820, llamado “período republicano” en Chile, ha recibido menos atención.

En 1820, junto con el proceso de independencia nacional de Chile, las fortificaciones pasaron a manos del Gobierno local. Se convirtieron en “instalaciones militares de bajo rango, como desembarcadero y alojamiento provisorio para los inmigrantes alemanes en la segunda mitad del siglo XIX” (Urbina, 2018: 3). Lema (2017) atribuye las primeras cerámicas (fabricadas por Davenport y Enoch Woods & Sons) a la ocupación de diferentes ejércitos entre 1800 y 1840. A finales del siglo

XIX se estableció en las inmediaciones una villa veraniega, zona asociada al incremento de la burguesía comercial y profesional, asentada en el territorio interior tratando de escapar del creciente bullicio de las ciudades industriales (Lema, 2017).



Figura 34. A la izquierda, el Castillo de Niebla (Fuente: Ministerio de Bienes Nacionales de Chile); a la derecha, un plano con detalle de las estructuras excavadas entre 1991 y 1993 (Fuente: Aguilera, 1994, Archivo y Biblioteca del Castillo de Niebla).

Métodos y técnicas

La muestra de estudio está compuesta por conjuntos de loza refinada de origen británico provenientes de sitios arqueológicos ubicados en Fuego-Patagonia: (a) la misión anglicana de Ushuaia (provincia de Tierra del Fuego, Argentina) (b) la misión anglicana de la isla Bayly (comuna de cabo de Hornos, Chile), y (c) el castillo de Niebla (comuna de Valdivia, Chile).

Este trabajo aborda el subconjunto de loza con decoración impresa por transferencia. Los patrones decorativos de este estilo de cerámica

mica de alcance global han sido ampliamente estudiados,¹⁰⁰ por lo que, en ciertos casos, es posible asociar el objeto con una serie de fabricantes y una cronología más acotada. Además, permiten un análisis en torno a las representaciones pictóricas seleccionadas. También conocida como *transfer-print* (Figura 35), esta técnica surgida a fines del siglo XVIII consiste en la impresión de ilustraciones estandarizadas en las piezas de loza. Esto se logra a partir de placas metálicas grabadas con representaciones pictóricas de distinta índole, cuyas acanaladuras se llenan de tinta para luego trasladar el diseño a un papel de seda con la ayuda de una prensa, que finalmente es colocado sobre el bizcocho (es decir, la pieza cocida), para proceder al horneado final. Esta técnica permitía producir de forma mecanizada conjuntos de piezas con distintas funciones con el mismo patrón decorativo (*matching sets*), habilitando nuevas expresiones estéticas. Se convirtió, durante el siglo XIX, en un tipo de loza valorada y relativamente costosa. Sin embargo, durante períodos de saturación de los mercados y descenso de precios, su consumo se acentuaba y permitía el acceso a las incipientes clases medias (Miller, 1991; Andrade Lima, 1995).

La loza refinada es definida como una cerámica porosa, opaca o no traslúcida, horneada entre alrededor de 1000 y 1300 °C. Las piezas suelen ser cubiertas por un esmalte que les otorga impermeabilidad y protección. A lo largo del desarrollo de la arqueología histórica como disciplina, múltiples autores delinearon el abordaje metodológico de

¹⁰⁰Una de las bases de datos más amplia corresponde al Transferware Collectors Club, que compila alrededor de 20 000 patrones decorativos con información asociada a su historia y distribución. Disponible en <https://www.transferwarecollectorsclub.org/>

la loza (Majewski y O'Brien, 1987; Brooks, 2005). Se ha señalado la importancia de un lineamiento en común que permita la comparación entre conjuntos, especialmente porque el trabajo en contextos socio-históricos atravesados por el proceso de globalización genera que espacios muy distantes compartan rasgos en común.



Figura 35. Grabados que muestran parte del proceso mecanizado de manufactura cerámica: a la izquierda, hombres preparando los diseños en las placas de cobre; a la derecha, mujeres usando las placas para pasarlo a papel (que luego pasa al bizcocho). Fuente: Ambrose Cuddon, 1827.

Los conjuntos, almacenados en museos, fueron examinados por la autora entre diciembre de 2021 y mayo de 2023, específicamente en el Museo del Fin del Mundo (Ushuaia, Argentina), el Centro de Estudios Histórico-Arqueológicos del Instituto de la Patagonia (Punta Arenas, Chile) y el Museo Sitio Castillo de Niebla (Niebla, Chile). Fueron analizados en función de distintas variables: tipo de fragmento (base,

cuerpo o borde), tipo de pasta (a partir del esquema clásico de *creamware*, *pearlware*, *whiteware*),¹⁰¹ tratamiento de superficie, colores, técnicas y motivos decorativos. Además, se tuvieron en cuenta las formas presentes y las marcas, tales como sellos de fabricación. A partir de bases de datos disponibles, bibliografía especializada y documentos históricos, se definieron, cuando era posible, fabricantes y cronología correspondiente. Según el contexto, esto aporta a la comprensión de la distribución de este tipo de objetos —cómo llegan a Sudamérica— y revela las redes de comercio que existían entre ceramistas británicos, intermediarios sudamericanos y consumidores.

Resultados

La Misión Anglicana de Ushuaia (Tierra del Fuego, Argentina)

En este sitio, la loza es abundante, pero presenta un alto grado de fragmentación, especialmente por los procesos de formación del sitio que incluyeron la reutilización del predio para la circulación de caballos (que generaron pisoteo sobre el sitio). Esto limitó la posibilidad de reconocer formas predominantes en el conjunto. Se seleccionó un total de 75 fragmentos con decoración impresa por transferencia, teniendo en cuenta que el total del conjunto es mucho mayor. Los moti-

¹⁰¹Este esquema categoriza la loza según características macroscópicas, como la coloración de la pasta y el esmalte. Existen implicancias cronológicas para cada tipo: tradicionalmente, los tonos crema se atribuyen a fechas entre 1760 y 1820/30, esmaltes más azulados aparecen en 1780 y se extienden hasta 1830, y las piezas más blancas se hacen comunes a partir de 1820 y durante el siglo XX. Estas denominaciones no eran necesariamente empleadas por productores o comerciantes, sino que corresponden a una clasificación construida para su estudio. En tanto las recetas empleadas han ido modificándose en el tiempo, existe un *continuum* de temperaturas de horneado, densidades y vitrificación de la loza (Majewski y O'Brien, 1987).

vos más frecuentes son, por un lado, florales y botánicos, combinados con otros elementos y motivos geométricos o abstractos.

Los patrones de diseños analizados incluyen:

- a) *Spray #03* (Figura 36): fabricado por William Baker & Co, una empresa que data de 1790 pero que Baker dirigió en solitario desde 1839, establecido en Fenton.

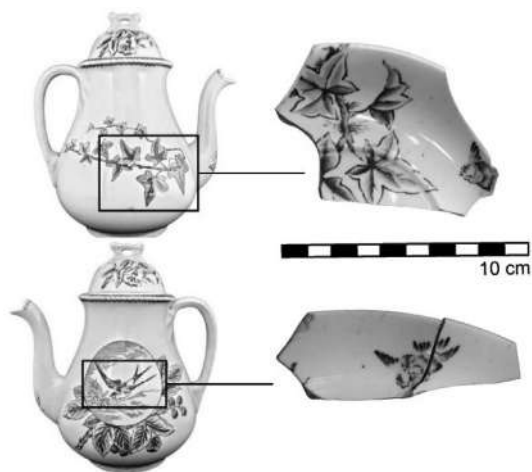


Figura 36. A la izquierda, cafetera con el motivo *Spray#03* de William Baker & Co.; a la derecha, fragmentos provenientes de la Misión Anglicana de Ushuaia.

- b) *Oriental #02* (Figura 37): se relaciona con la fábrica New Wharf Pottery Co., que funcionó en Burslem desde 1878 hasta 1894, aunque entradas en periódicos de la época indican que funcionó hasta 1900. Aunque el fragmento no tiene sellos, si se tomara en cuenta esta cronología, ello implicaría un ingreso tardío de la pieza al sitio y, además, muy alineado con la moda de la época.

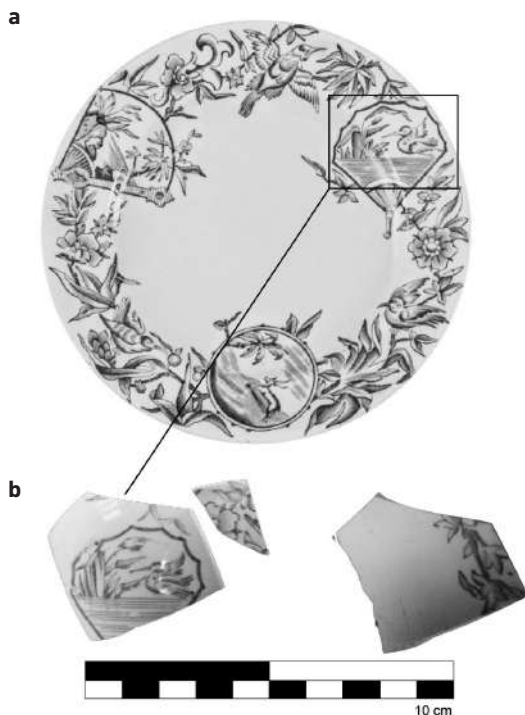


Figura 37. (a) *Oriental #02* de New Wharf Pottery (Transferware Collectors Club database); (b) fragmentos hallados en la Misión Anglicana de Ushuaia.

- c) *Asiatic Pheasants* (Figura 38): fabricado por distintos ceramistas desde 1834 (como Podmore & Walker o Wedgwood & Co.) y el segundo más popular durante la segunda mitad del siglo XIX (Coysh y Henrywood, 1982). Es frecuentemente identificado en sitios en todo el mundo, incluyendo los mercados estadounidenses, Buenos Aires o el litoral (Dosztal, 2019; Ricardi, 2020),

y colonias británicas como Nueva Zelanda (Fraser, 2002), Sudáfrica (Klose, 1997) o Canadá (Burke, 1991). Es posible que este en particular fuera producido por John Meirand Son, quien trabajó entre 1860 y 1897, ya que otros rasgos de los fragmentos —una banda impresa con cuentas, los bordes festoneados— eran propios del ceramista (Williams, 1978).

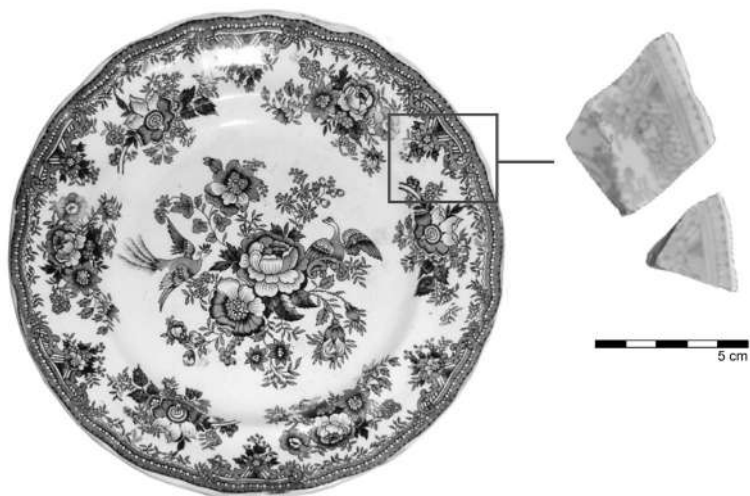


Figura 38. Fragmentos con el patrón *Asiatic Pheasants* en celeste, de la Misión de Usuaia, junto con un plato completo (Transferware Collectors Club database).

Existe otro patrón no identificado, llamado aquí “patrón en cadena” (Figura 39), que consiste en rectángulos enlazados y un borde en zigzag en lo que parece ser un fragmento de una forma ahuecada (una taza, por ejemplo) y un asa. Fue también hallado en el sitio Playa Donata (PDO-3), en el intermareal de Península Mitre (ver Elkin y Frère,

2022) y en North Dunedin, pequeña ciudad de Nueva Zelanda ocupada brevemente entre 1860 y 1880 durante la fiebre de oro (Woods, 2013).



Figura 39. Fragmentos encontrados en la Misión Anglicana de Ushuaia con el patrón de cadena, de fabricante desconocido.

Algunos fragmentos de diseños no identificados incluyen una vasija con llave griega, mientras que otro se relaciona con la influencia del movimiento estético (Figura 40) que se propuso, entre 1860 y 1900, centrarse en el arte por sí mismo y alejarse del materialismo de la era industrial.

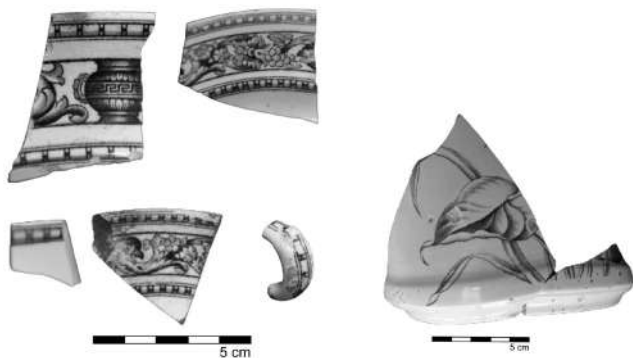


Figura 40. A la izquierda, fragmentos de platos y asas que incluyen jarrones con llave griega. A la derecha, fragmentos remontados de un jarro cilíndrico con diseño botánico, categorizado como estético y con influencia japonesa.

La Misión Anglicana en isla Bayly (archipiélago de cabo de Hornos, Chile)

La loza hallada durante recolecciones superficiales en Misión Bayly corresponde a 26 piezas, de las cuales únicamente nueve fragmentos presentan decoración impresa por transferencia. En las formas halladas —bacinica, tazas, platos— predominan los elementos botánicos combinados con geométricos, aunque un fragmento se diferencia por una figura antropomorfa. Todos los fragmentos son azules, el primer color desarrollado en el marco de la tecnología cerámica y uno de los más comunes, por la estabilidad de los componentes del óxido de cobalto. El azul se sostuvo como el más popular durante todo el período de auge de la loza decorada (entre 1820 y 1840), aun tras la experimentación exitosa del uso de otros colores que creaban un nuevo atractivo (Majewski y O'Brien, 1987).

En este sitio se enumeran fragmentos con el patrón *Asiatic Pheasants* (Figura 41), mencionado entre los hallazgos de la misión anglicana de Ushuaia. Estos incluyen las siglas del fabricante, Bovey Tracey Pottery Co., activo entre 1842 y 1894 en los distritos ceramistas de Inglaterra.



Figura 41. Arriba: frente y dorso de fragmento de loza (Misión Bayly) con el patrón *Asiatic Pheasants*. Abajo: la pieza con el patrón completo y la marca de Bovey Tracey Pottery Co.

Además de los fragmentos con decoración botánica, aparece una forma cerrada de tamaño considerable en la que un hombre desnudo come uvas (quizás Dionisio, dios del vino en la mitología griega), rodeado de decoración foliácea (Figura 42). Este tipo de imágenes se insertan en los cánones estéticos europeos, que recuperaban de forma romántica las figuras de “los antiguos” y aun radicalmente diferentes a la cotidianeidad en el extremo austral era este tipo de objetos el disponible y el elegido en el espacio misional.



Figura 42. (a) fragmento de forma cerrada con una figura antropomorfa y motivos botánicos; (b) base de bacínica con motivos foliáceos; (c) fragmentos con decoración botánica, uno de los cuales tiene signos de *biofouling*, que indicaría que estuvo al menos en algún momento en contacto en el agua.

El Castillo de Niebla (Valdivia, Chile)

En el conjunto correspondiente a recolecciones superficiales y excavaciones del Castillo de Niebla, 2359 fragmentos están catalogados como loza, aunque solo 203 corresponden a fragmentos decorados por transferencia. Con un repertorio más amplio de pigmentos empleados, el azul y el rojo son los más comunes, aunque también hay fragmentos en otros colores (rosa, negro, verde). Los motivos más comunes son los botánicos y los geométricos, en algunos casos combinados entre sí o con otros elementos (como escenas o figuras antropomorfas).

Los patrones *transfer-print* identificados son:

- a) *Peruvian Horse Hunt* (Figura 43): aparece en platos, tazas y *bowls*. Fue fabricado por Anthony Shaw en Burslem (1857-1900) y suele ser clasificado como un patrón propio del movimiento del Romanticismo.



Figura 43. Plato bandeja *Peruvian Horse Hunt* #06 (Transferware Collectors Club database, 2022), junto con fragmentos hallados en el Castillo de Niebla, correspondientes a una forma cerrada y a un plato.

- b) *Texian Campaign* (Figura 44): al menos nueve fragmentos en formas de taza y bowl u otra forma hueca. También fabricado por Anthony Shaw, quien compró el diseño para su uso en 1853 (Williams, 1978).

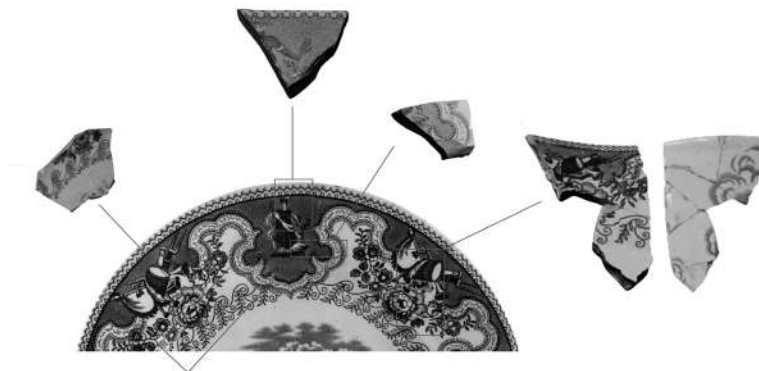


Figura 44. Borde de un plato *Texian Campaign* (Transferware Collectors club database, 2022) y fragmentos hallados en el Castillo de Niebla.

Este patrón se halla también en una taza tipo *mug* con un sello de Vives & Co., proveniente de Valparaíso y datado entre 1837 y 1856 (Figura 45). Este tipo de evidencia es poco frecuente y valiosa en tanto permite conocer intermediarios comerciales, rara vez representados en las fuentes históricas.



Figura 45. Taza tipo *mug* con el patrón *Texian Campaigne* y el sello de Vives & Co. (Museum of Fine Arts, Houston).

- c) *Willow* (Figura 46): nueve fragmentos en azul y celeste que, aunque responden al patrón general mencionado, pueden presentar leves variaciones del diseño. Al igual que *Asiatic Pheasants*, el modelo fue muy popular en la época victoriana (Coysh y Henrywood, 1982). Fue fabricado por primera vez por Josiah Spode (1795) como respuesta a la demanda de los servicios de porcelana chinos importados a Inglaterra por las clases altas. Hacia 1835-1845, este tipo de diseño era bastante habitual incluso entre la clase media, además de que varios ceramistas lo producían.



Figura 46. Un *bowl Willow* junto con fragmentos hallado en el castillo de Niebla.

Otros fragmentos, de diseños no identificados, representan paisajes (Figura 47): algunos con montañas al fondo y edificios de estilo italiano y escaleras, seguido de algunos árboles similares a *Pinus pinea*. La gran mayoría de los motivos clasificados como paisajes o escenas tienen estos elementos en común: espacios geográficos diferentes —Aleppo en Siria o Verona en Italia, nombrados como esas ciudades— se representan de forma similar. Esto es importante para entender cómo los alfareros europeos imaginaron lugares distantes y cómo los plasmaron en estos objetos, especialmente durante el auge del movimiento del Romanticismo. En términos generales, esto era una forma de atraer al comprador y la autenticidad de la ilustración no era disputada (F. Davenport, com. pers., 2022).



Figura 47. Varios fragmentos del Castillo de Niebla con paisajes o escenas.

- d) *Latin Dancers and Musicians* (Figura 48): un patrón poco frecuente que solo fue identificado en Chile con una marca de los comerciantes o importadores Agacio Hermanos, de Valparaíso. Un diseño similar pero con el nombre *Costumbres Españoles* (fabricado por J. F. Wileman entre 1869 y 1892) fue hallado en la colonia británica Alexandra en Santa Fe (Dosztal, 2017).

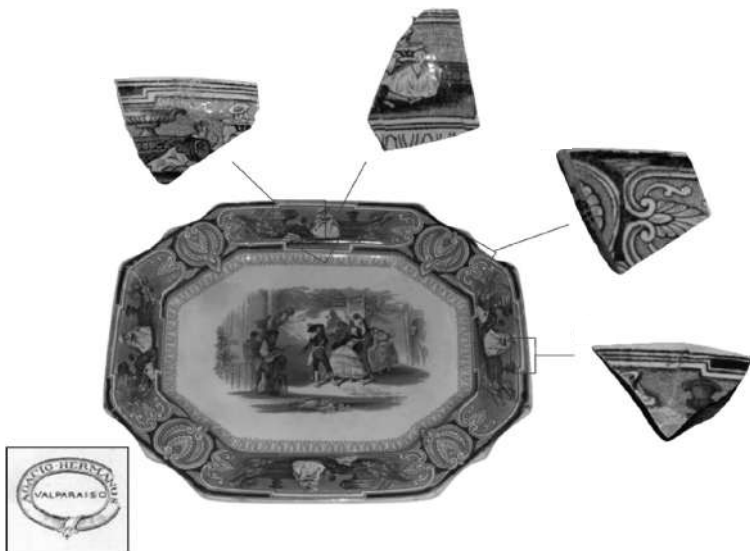


Figura 48. Bandeja con el patrón *Latin Dancers and Musicians* (Transferware Collectors Club), con la marca en su base de los importadores, y fragmentos del Castillo de Niebla.

- e) *Belzoni* (Figura 49): manufacturado por Enoch Wood & Sons (1759-1840), este diseño debe su nombre a Giovanni Battista Belzoni (1778-1823), un explorador en Egipto al servicio del Gobierno británico que gozó de gran popularidad entre 1820 y 1822 (Lema, 2017).

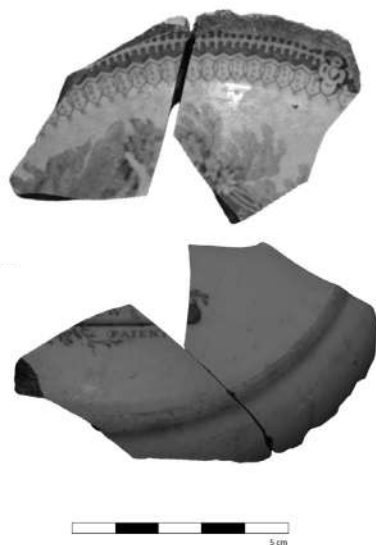


Figura 49. Fragmentos de plato pequeño del Castillo de Niebla con el patrón *Belzoni*.

Discusión y conclusiones

En el presente trabajo se describieron y analizaron 287 fragmentos de loza refinada decorada por transferencia de los sitios mencionados. Los conjuntos de cada sitio difieren en términos cuantitativos y cualitativos. Por un lado, los conjuntos del Castillo de Niebla y la Misión Anglicana, de mayor abundancia, provienen de recolecciones superficiales y excavaciones. Por otro lado, el conjunto de la misión de Bayly presenta menor cantidad de fragmentos y corresponde únicamente a recolecciones superficiales.

Respecto a las cronologías, se debe tener en cuenta el potencial desfase temporal que existe entre la manufactura de un objeto, su

adquisición y la vida útil que se diera. Por ello, es importante considerar factores como la frugalidad, la reutilización o la reparación en los contextos de sitio. En términos comerciales, los ceramistas poseían un conocimiento sobre los tipos de mercados de ultramar, algunos de los cuales eran receptores de piezas que no respondían a la demanda europea, ya que tenían defectos de fabricación, o correspondían a un cúmulo o *stock* de mercancías dirigidas originalmente a mercados que estaban temporalmente inhabilitados por, por ejemplo, conflictos bélicos. Esta temática ha sido explorada por diversos autores (Adams, 2003), específicamente en sitios arqueológicos rurales (Gómez Romero, 1999), de naufragio (Brooks *et al.*, 2019) o costeros (Elkin y Frère, 2022).

En todos los sitios se ven representados patrones de diseño coincidentes con las modas europeas. Por un lado, algunos diseños se asocian al movimiento estético, popular en Europa en las décadas de 1870 y 1880, el cual ponía en valor elementos de flora y fauna. Estos objetos arribaron a la región fuego-patagónica con imágenes que no representan a los animales o la vegetación locales, sino que aportan otra experiencia visual: uvas y vides, rosas, jarrones clásicos o garzas respondían a los cánones de belleza europeos. Del mismo modo, la presencia de los populares diseños *Willow* o *Asiatic Pheasants* da cuenta de una red en la que bienes estereotípicamente británicos llegan a lugares remotos, marginales en relación con el incipiente sistema capitalista. En el caso del Castillo de Niebla, las decoraciones son coincidentes con un uso posterior a 1820, en el que el sitio empezó a ser empleado de forma más espaciada por militares chilenos y luego como albergue transitorio para inmigrantes. La presencia de loza para esta época permite matizar las interpretaciones que señalan que el castillo fue abandonado después de 1820. Asimismo, su posterior uso como villa veraniega es compatible

con el uso y descarte de objetos de loza en el marco de actividades al aire libre por parte de una naciente burguesía local.

En contextos tan diversos como establecimientos militares o misionales, donde además se suma la complejidad de las relaciones interétnicas, cabe preguntarse por el rol que cumplirían estos objetos de vajilla en la conformación de identidades. El Castillo de Niebla se encontraba en una zona relativamente estratégica —cerca de Valdivia y entre puertos importantes como Punta Arenas y Valparaíso—. Una mayor diversidad de diseños puede comprenderse en relación con su cercanía con dichos puertos *entre-pôt*, en los que arribaban mercancías que luego eran distribuidas a puertos o asentamientos de menor escala. En este sitio militar, fue señalado que la vajilla británica habría sido empleada por tropas chilenas en tanto Gran Bretaña se consolidaba a escala global como referente estético y moral (Sussman, 2000; Lema, 2017).

Al instalarse en remotos asentamientos, los misioneros llevarían consigo posesiones personales u objetos aportados por la administración misional, ya que no existían almacenes de abastecimiento y el tráfico marítimo que fondeaba allí era limitado. Los objetos de loza funcionarían como productores del sentimiento de hogar allí donde se establecieran, además de ser poderosas herramientas de transmisión de las costumbres occidentales civilizatorias. Esto es claro a través de los relatos del marino Lasserre, quien describe la vajilla como incentivo para un “buen comportamiento”, una práctica que probablemente implicaba un acto coercitivo, a la vez que dichos objetos eran deseados y valorados por las comunidades indígenas. El sitio Puile, ubicado en la provincia valdiviana, corresponde a un contexto funeral que es interpretado por Maurice van de Maele como un entierro de un líder mapuche. Este reúne un ajuar funerario que combina —entre diversos

objetos— piezas de cerámica mapuche y siete coloridas piezas de loza británica (Brooks *et al.*, 2019).

Por otro lado, el comercio internacional se vio afectado a lo largo del tiempo por los distintos escenarios económicos y políticos, incluso para mercados relativamente menores como el de la loza. Esto es expresado por los actores sociales de la época y reflejado en las estadísticas comerciales. Por ejemplo, en 1870, el marino chileno Oscar Viel y Toro escribió desde Valparaíso a su hermano: “la colonia sigue prosperando y puedo asegurar que a los jóvenes les satisface ver que todos esos bienes que antes costaban fortunas se consiguen en Valparaíso por menos. Porque los vapores traen todo de Europa...” (Santana, 2017). De igual modo, la gran crisis de Baring en 1890 tuvo un impacto superlativo en el comercio de loza en Argentina, sobre todo al ser comparado con otros países de la región (Gráfico 1). Aún dos décadas más tarde, en 1913, un corresponsal de una gaceta de ceramistas expresa que “la depreciación de los valores argentinos, en particular los ferroviarios, y las deprimidas condiciones financieras, demuestran las insatisfactorias condiciones comerciales existentes, y el ceramista se ve muy afectado por esa influencia” (*The Pottery Gazette*, 1 de agosto de 1913: 945).

Más allá de las estadísticas comerciales que permiten acceder parcialmente al pulso del comercio externo, el estudio de este registro arqueológico permite aportar a la reconstrucción de las redes comerciales entretejidas a través del Atlántico. Los sellos de comerciantes (Vives & Co. o Agacio Hermanos, de Valparaíso) revelan actores intermediarios rara vez representados en otras fuentes. Por su parte, la evidencia de patrones idénticos en Fuego-Patagonia, e incluso su similitud con otros sitios en colonias británicas, señalan una cultura material de la expansión comercial británica que dejó sus huellas en lugares distantes y remotos.

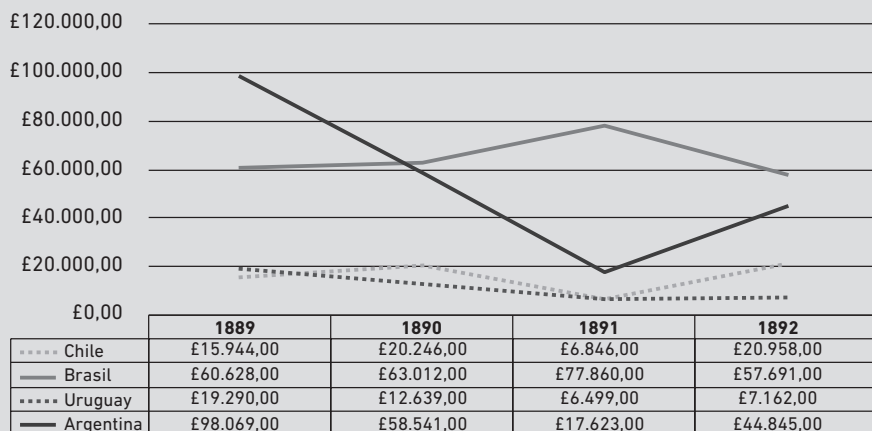


Gráfico 1. Exportación de loza británica a Chile, Brasil, Uruguay y Argentina entre 1889 y 1892. Fuente: elaboración propia en base a estadísticas de *The Pottery Gazette*.

Burke (1976) señalaba que los lazos entre Europa y América Latina estaban basados en la importación de bienes europeos y, por ende, descansaban en los lazos culturales formados por el consumo (Rock, 2019). También se ha señalado que la presencia británica en Latinoamérica —aun siendo minoritaria a comparación de españoles o italianos— implicaba la diseminación de actitudes, prácticas culturales e ideas de dicho origen, lo cual se alinea con un tipo de inserción más estratégica, de mayor durabilidad y seguridad, para conectar elites latinoamericanas e intereses británicos (Knight, 1999). En ese sentido, este tipo de cultura material es representativa de un *ethos* británico, en el que piezas estereotípicamente británicas que cargaban imáge-

nes creadas por los ceramistas o provenientes de ediciones londinenses circulaban ampliamente en el territorio fuego-patagónico. La producción en serie de cerámica coincidió con el apogeo del movimiento romántico, a la par que las elites sudamericanas percibían los valores europeos como superiores a los locales, con raíces indígenas. Esta inclinación proveía una audiencia para los ceramistas británicos y otros comerciantes para la expansión de nuevos mercados (Rodríguez y Brooks, 2012), que podían ser misioneros británicos que deseaban recrear su hogar e inculcar prácticas occidentales a los evangelizados, o grupos o individuos que, de forma creciente, deseaban compartir valores estéticos —materializados en objetos— con Europa.

Agradecimientos

Este estudio fue parcialmente financiado por la organización *Transferware Collectors Club* en el marco de la beca *Paul and Gladys Richards Charitable Foundation Research Grant Program for the study of British Transferware* (2021). Mis agradecimientos a las instituciones e investigadores que abrieron sus puertas para el análisis de materiales: Museo de Sitio Castillo de Niebla (Niebla, Chile), Museo del Fin del Mundo (Ushuaia, Argentina), Instituto de la Patagonia (Punta Arenas, Chile), Dr. Marcelo Weissel, Dr. Victor Sierpe, Lic. Jimena Jerez. Todo lo vertido aquí es exclusiva responsabilidad de la autora.

Bibliografía

- Adams, William Hampton (2003). “Dating Historical Sites: The Importance of Understanding Time Lag in the Acquisition, Curation, Use, and Disposal of Artifacts”. *Historical Archaeology*, 37: 38-64.

- Aguilera, Nelson (1994). *Excavaciones arqueológicas en el Castillo de Niebla 1992 - 1993. Descripción y análisis de la metodología y los principales rasgos culturales encontrados* (Informe de práctica profesional inédito), presentado ante la Universidad Austral de Chile.
- Ambrose Cuddon (1827). *A representation of the manufacturing of earthenware: with twenty-one highly finished copperplate engravings, and a short explanation of each, shewing the whole process of the pottery*. Londres: Ambrose Cuddon.
- Andrade Lima, Tânia (1995). “Pratos e mais pratos; louças domésticas, divisões culturais e limites sociais no Rio de Janeiro, século XIX”. *Anais do Museu Paulista*, 3: 129-191.
- Bagaloni, Vanesa Natalia y Martí, Verónica Silvina (2021). “Estudio de lozas ‘fortineras’ en el sur bonaerense (segunda mitad del siglo XIX)”. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 46 (1): 235-365.
- Bandieri, Susana Ofelia (2022). “Revisitando la ‘frontera interna’ en las márgenes del río Negro: el rol de Carmen de Patagones”. *Anuario IEHS* 37(2): 259-284.
- Barker, David y Majewski, Teresita (2006). “Ceramic studies in historical archaeology”. En Hicks, Dan y Beaudry, Mary Carolyn (eds). *The Cambridge Companion to Historical Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bascopé Julio, Joaquín (2010). “Sentidos Coloniales I: El oro y la vida salvaje en Tierra del Fuego, 1880-1914”. *Magallania (Punta Arenas)*, 38 (2): 5-26.
- Baur, John E. (1954). “The Welsh in Patagonia: An Example of Nationalistic Migration”. *Hispanic American Historical Review*, 34 (4): 468-492.
- Bowen, E. G. (1966). The Welsh Colony in Patagonia 1865-1885: A Study in Historical Geography. *The Geographical Journal*, 132(1): 16-27.
- Brooks, Alasdair, Urbina, Simón, Adán, Leonor, Carabias, Diego, Sepúlveda, Valeria, Chiavazza, Horacio y Zorrilla, Valeria (2019). “The Nineteenth Century British Ceramics Trade to Southwestern South America: An Initial Characterization of the Archaeological Evidence from Chile”. En Orser, Charles E. Jr. (ed.) *Archaeologies of the British in Latin America*. Cham: Springer.

- Brooks, Alasdair (2005). *An Archaeological Guide to British Ceramics in Australia, 1788-1901*. Sydney: Australasian Society for Historical Archaeology and Melbourne/La Trobe University Archaeology Program.
- Burke, Charles A. (1991). *Nineteenth century ceramic artifacts from a seasonally occupied fishing station on Saddle Island, Red Bay, Labrador*. (Tesis doctoral inédita), presentada ante la Memorial University of Newfoundland.
- Burke, William (1976). *Additional Reasons, for our Immediately Emancipating Spanish America, deduced from the Present Crisis*. Nueva York: Biblio Bazaar.
- Cotrell, Phillip Leonard (1975). *British Overseas Investment in the Nineteenth Century*. Londres: Macmillan Press.
- Coysh, Arthur Wilfred y Henrywood, Richard (1982). *The Dictionary of Blue and White Printed Pottery 1780-1880, Volume I*. Woodbridge: Antique Collectors' Club.
- De Kerchove, René (1961). *International maritime dictionary*. Nueva York: Van Nostrand Reinhold Company.
- Dellino-Musgrave, Virginia (2006). *Maritime Archaeology and Social Relations: British Action in the Southern Hemisphere*. Nueva York: Springer Science & Business Media.
- Dillehay, Tom (1989). *Monte Verde: A Late Pleistocene Settlement in Chile. Volume I: The Paleo-environment and Site Context*. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.
- Dosztal, Irene (2017). *Alexandra Colony: Arqueología Histórica en su sede administrativa*. Buenos Aires: Publicia.
- Dosztal, Irene (2019). "An English House in Alexandra Colony, Santa Fe, Argentina, 1870-1885". En Orser, Charles E. Jr (ed.). *Archaeologies of the British in Latin America*. Cham: Springer.
- Elkin, Dolores y Frère, Julieta (2022). "British Merchandise on the Cape Horn Route: Nineteenth-century Earthenware in Tierra del Fuego (Argentina)". *Journal of Maritime Archaeology*, 17: 71-92.

- Fraser, Janice (2002). *The domestic front: An archaeological investigation of the Albert Barracks ceramics assemblage*. (Tesis de doctorado inédita), presentada ante la Universidad de Auckland.
- Gaimster, David (1999). "The Baltic ceramic market c. 1200–1600: an archaeology of the Hanse". *Fennoscandia archaeologica*, 16: 59-69.
- Gómez Romero, Facundo (1999). *Sobre lo arado el pasado: Arqueología Histórica en los alrededores del Fortín Miñana (1860-1869)*. Azul: Biblos.
- Haller, Sofía Clara (2023). *Balleneros, loberos y guaneros en Patagonia y Malvinas: Una historia socioambiental del mar (1800-1914)*. Buenos Aires: Sb editorial.
- Hermosilla, Nuria, Bahamondes M., Francisco, Popovic S., Virginia, y Bueno M., Liliana (2009). *Informe de arqueología Etapa I. Proyecto Restauración Castillo de Niebla XIV Región de Los Ríos*. Programa Puesta en Valor del Patrimonio, Damop- GORE de Los Ríos, Consejo de Monumentos Nacionales.
- Hyades, Paul (1885). "Sur l'état actuel des Fuégiens de l'archipel du cap Horn". *Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, 8: 200-215.
- Klose, Jane Elizabeth (1997). *Analysis of ceramic assemblages from four Cape historical sites dating from the late seventeenth century to the mid-nineteenth century*. (Tesis de maestría inédita), presentada ante la Universidad de Cape Town.
- Knight, Alan (1999). "Britain and Latin America". En Porter, Andrew (ed.). *The Oxford History of the British Empire: The Nineteenth Century*. Oxford: Oxford University Press.
- Lasserre, Augusto (1884). "La expedición Lasserre a la Tierra del Fuego". *La Prensa*, 22 de octubre.
- Lema, Carolina (2017). "Aproximación histórica al conjunto de lozas del Museo de Sitio Castillo de Niebla". *Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam*: 1-28.

- Majewski, Teresita y O'Brien, Michael (1987). "The Use and Misuse of Nineteenth-Century English and American Ceramics in Archaeological Analysis". *Advances in Archaeological Method and Theory*, 11: 97-209.
- Majewski, Teresita y Schiffer, Michael Brian (2009). "Beyond Consumption: Towards an Archaeology of Consumerism". Teresita Majewski y Gaimster, David (eds.). *International Handbook of Historical Archaeology*. Nueva York: Springer Science & Business.
- Martinic, Mateo (1980). "La misión de Bayly (Archipiélago del Cabo de Hornos)". *Anales del Instituto de la Patagonia*, 11: 47-61.
- Martinic, Mateo (2005). *Crónica de las tierras del sur del Canal Beagle*. Punta Arenas: La Prensa Austral.
- Martinic, Mateo y Roehrs, Hans (1991). "Hallazgo de un asentamiento colonizador en la costa de Bahía Santiago (Estrecho de Magallanes). Evidencias de relación pionero-indígena". *Anales del Instituto de la Patagonia*, 20: 45-56.
- Miller, George L. (1991). "A revised set of CC index values for classification and economic scaling of English ceramics from 1787 to 1880". *Historical Archaeology*, 25 (1): 1-25.
- Morales Schmuker, Eric (2019). "La Patagonia protestante. Minorías religiosas, Estado y sociedad en los territorios del sur argentino (1862-ca.1966)". (Tesis doctoral inédita), presentada ante la Universidad de San Andrés.
- Orser, Charles E. Jr. (2019). "Archaeological Research and the British in Latin America". En Orser, Charles E. Jr. (ed.) *Archaeologies of the British in Latin America*. Cham: Springer.
- Palmer Wes, Pye, Andrew y Rogers, Connie (2008). "Texian Campaigne". *Transferware Collectors Club (TCC) Bulletin IX*, 3: 8-12.
- Peñaloza, Fernanda (2008). "Appropriating the 'unattainable': The British travel experience in Patagonia". *Bulletin of Latin American Research*, 27 (1): 149-172.
- Pérez Pieroni, María Josefina (2022). "Lozas del siglo XIX en poblados mineros de la puna: análisis de fragmentos de Antiguyoc y Ajedrez (Jujuy, Argentina)". *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 16 (2): 19-39.

- Platt, Desmond Christopher Martin (1966). “British agricultural Colonization in Latin America”. *Inter-American Economic Affairs*, 18 (3): 23-42.
- Pratt, Mary Louise (2010). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Puebla, Lorena (2017). *Análisis de sellos de lozas arqueológicas del Área Fundacional como contribución al estudio de la economía y sociedad de Mendoza (1800-1960)*. Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.
- Ricardi, Pamela (2020). *An archaeology of nineteenth-century consumer behavior in Melbourne, Australia, and Buenos Aires, Argentina*. Cham: Springer.
- Rock, David (2019). *The British in Argentina. Commerce, Settlers & Power. 1800-2000*. Cham: Springer.
- Rodríguez Ángela María, Sepúlveda, Valeria y Carabias, Diego (2016). “Late 19th and early 20th century institutional wares of the Pacific Steam Navigation Company: A preliminary assessment of the Valparaiso Fiscal Mole assemblage, Chile”. En Rodrigues, Jennifer y Traviglia, Arianna (eds.). *Proceedings of the 6th International Congress on Underwater Archaeology (IKUWA6)*, 524-533.
- Santana, Ricardo (2017). “El desarrollo del comercio internacional del puerto de Punta Arenas (Chile), 1905-1914”. *Magallania (Punta Arenas)*, 45 (1): 35-46.
- Schávelzon, Daniel (2013). “Argentina and Great Britain: Studying an Asymmetrical Relationship through Domestic Material Culture”. *Historical Archaeology*, 47 (1): 10-25.
- Seiguer, Paula (2013). “Religión y formas de producción de etnicidad: La Iglesia Anglicana en la Argentina”. En Rodríguez, Ana María (comp.) *Estudios de historia religiosa argentina (siglos XIX y XX)*. Rosario: Prohistoria-EdUNLPam.
- Sussman, Lynne (2000). “British Military Tableware I 1760-1830”. En David Brauner (comp.), *Approaches to Material Culture Research for Historical Archaeologists*. Pennsylvania: The Society for Historical Archaeology.

- *The Pottery Gazette* (1890, 1891, 1892, 1913). Acceso en archivo web *Newspapers*, 2022.
- Transferware Collectors Club. *Database of Patterns & Sources* (base de datos). Disponible en: <https://db.transferwarecollectorsclub.org/>, acceso en 2022.
- Urbina, Simón (2015). *Informe final de monitoreo arqueológico, Proyecto Restauración Castillo de Niebla*. Santiago: Consejo de Monumentos.
- Urbina, Simón (2018). "Vida cotidiana en el castillo de Niebla a través de las colecciones cerámicas y cartografías históricas". *Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural*, 1-26.
- Vaillant, Adolfo (1874). *Comercio exterior [sic] de la República Argentina*. Estadística de Aduana correspondiente al año 1873. Montevideo: La Idea.
- Van Meurs, Marijke (1996). *Excavaciones arqueológicas realizadas en el Fuerte de la Pura y Limpia Concepción de Monfort de Lemus (1992-1995)*. Valdivia: Universidad Austral de Chile.
- Wallerstein, Immanuel (1979). *The capitalist world-economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wallerstein, Immanuel (2011). *The modern world-system II: Mercantilism and the consolidation of the European world-economy, 1600-1750*. Berkeley: University of California Press.
- Weissel, Axel (2019). *En una Hermenéutica del Fin del Mundo: Agencia, Etnicidad y Construcción del Poder en el espacio de la Misión Anglicana de Ushuaia (1869-1894)*. (Tesis de Licenciatura inédita), presentada ante la Universidad de Buenos Aires.
- Weissel, Marcelo (2021). "Ingreso de materiales europeos al registro arqueológico de la Misión Anglicana de Ushuaia: manejo de hipótesis". XI Jornadas de Arqueología Patagonia, Sociedad Argentina de Antropología, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano del Ministerio de Cultura de la Nación, Universidad Austral de Chile.

- Weisell, Marcelo, Rodríguez, Beatriz y Piana, Ernesto (2021). *Misión anglicana de Ushuaia: arqueología y patrimonio del Lugar Histórico Nacional de la Provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur*. Ushuaia: Museo del Fin del Mundo.
- Williams, Fernando (2010). *Entre el desierto y el jardín. Viaje, literatura y paisaje en la colonia galesa de la Patagonia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Williams, Glyn (1992). "Neither Welsh nor Argentine: the Welsh in Patagonia". En Hennesy, Alistair y King, John (eds.). *The Land that England Lost*. Londres: The British Academic Press.
- Williams, Petra (1978). *Staffordshire Romantic transfer patterns*. Kentucky: Fountain House East.
- Woods, Naomi (2013). "Artefacts and neighbourhood transformations: a material culture study of nineteenth-century North Dunedin". *Australasian Historical Archaeology*, 31: 60-67.

Argentina y Gran Bretaña 200 años de historia (1825-2025)

Este libro es el resultado de las Primeras Jornadas “América Latina y Gran Bretaña, siglos XIX y XX”, organizadas por el Centro de Estudios en Historia, Cultura y Memoria (CEHCMe) de la Universidad Nacional de Quilmes y el Programa de Estudios sobre las Comunidades Británicas en América Latina (PECBAL) de la Universidad de San Andrés. El evento tuvo lugar el 9 de noviembre de 2023 en la Universidad Nacional de Quilmes, provincia de Buenos Aires.

Las jornadas evidenciaron el interés y la renovada vigencia de una cuestión ya consolidada: la naturaleza de las relaciones asimétricas establecidas entre los nuevos Estados latinoamericanos y la principal potencia en el mundo del siglo XIX, Gran Bretaña. Historiadores, arqueólogos y arquitectos retoman en el libro temas clásicos, como el impacto local de los cambiantes lazos económicos entre Gran Bretaña y Argentina y los debates sobre la soberanía en territorios largamente disputados, y enfoques más novedosos. Estos últimos recuperan el papel de los individuos, poniendo en cuestión su posición como posibles agentes imperiales, analizan la cultura material británica, problematizan diversas formas de ocupación del espacio e indagan las representaciones e imaginarios construidos tanto en Gran Bretaña sobre nuestra región como en Argentina sobre Gran Bretaña.